DENTRO DE CASA
¿QUÉ SABES REALMENTE DE TU FAMILIA?
LISA JEWELL
CROSS BOOKS

¿Qué sabes realmente de tu familia?

En una majestuosa casa del elegante barrio de Chelsea, la policía encuentra a una bebé en su cuna. Bien alimentada, cuidada y feliz, espera a que la cojan en brazos.

En la cocina de esa misma casa hay tres cadáveres en estado de descomposición. Junto a ellos, una nota escrita con urgencia.

Veinticinco años después, Libby, esa bebé a quien encontraron con vida, regresa a una casa que esconde su origen familiar y el más oscuro de los secretos.

Ten cuidado con a quién dejas entrar. Hay personas que nunca se irán.

Dentro de casa

Lisa Jewell

Quiero dedicar este libro a mis lectores,
con amor y gratitud

Nota aclaratoria sobre el nombre del personaje Cerian Tahany

El nombre Cerian Tahany me lo cedió una persona de carne y hueso que se llama así, uno de los ganadores de la campaña Get In Character.

CLIC Sargent es la organización sin ánimo de lucro contra el cáncer infantil y juvenil más prominente del Reino Unido. Su misión es cambiar lo que supone recibir el diagnóstico de cáncer a una pronta edad. Creen firmemente que los niños y adolescentes que padecen cáncer tienen derecho a obtener el mejor tratamiento posible, así como cuidados y apoyo, a lo largo de toda su enfermedad y más allá. La campaña Get In Character lleva activa desde 2014 y muchos de los escritores más famosos del país la han apoyado. Hasta la fecha, se han recaudado más de cuarenta mil libras esterlinas.

Me enorgullece formar parte de dicha campaña desde hace años, y volveré a participar en la próxima edición, que se lanzará en eBay del 5 al 9 de marzo de 2020.

Para más detalles, visita <www.clicsargent.org.uk>.

Mentiría si describiese mi infancia como normal antes de su llegada. Nunca lo fue, pero a mí me lo parecía porque era lo único que había conocido. Solo ahora, con décadas de por medio, puedo ver lo raro que era todo.

Tenía casi once años cuando llegaron, y mi hermana, nueve.

Vivieron con nosotros más de cinco años y lo volvieron todo muy muy oscuro. Mi hermana y yo aprendimos a sobrevivir.

Y cuando yo cumplí los dieciséis y mi hermana los catorce, llegó el bebé.

I

1

Libby recoge la carta del felpudo. Le da la vuelta. Tiene pinta de ser muy formal; el sobre es de color crema, de buena calidad, y parece estar forrada de papel de seda. El franqueo postal reza «Smithkin Rudd y Royle Abogados Chelsea Manor Street SW3».

Lleva la carta a la cocina y la deja sobre la mesa mientras llena la tetera y pone una bolsita en una taza. Libby está casi segura de que sabe lo que hay dentro del sobre. Cumplió los veinticinco el mes pasado. Subconscientemente, esperaba la llegada de este sobre. Pero ahora que ya está aquí no tiene claro si será capaz de abrirlo.

Coge el teléfono para llamar a su madre.

—Mamá —dice—. Ya ha llegado la carta de los fideicomisarios.

Desde el otro lado de la línea solo silencio. Se imagina a su madre en su propia cocina, a mil seiscientos kilómetros de distancia, en Denia: muebles blancos inmaculados, accesorios a juego en tono verde lima, puertas correderas de vidrio que dan a una pequeña terraza desde la que se ve, en la distancia, el mar Mediterráneo, ella tendría su móvil apretado contra la oreja, protegido por la funda con incrustaciones de cristales a la que se refiere como su «joyita».

—Ah —dice—. Claro. Madre mía. ¿La has abierto?

—No, aún no. Me estoy tomando una taza de té primero.

—Claro —repite. Y luego añade—: ¿Quieres que te acompañe mientras la abres?

—Sí —contesta Libby—. Por favor.

Se queda ligeramente sin aliento, como le pasa a veces, cuando está a punto de hacer una presentación en el trabajo, como si se hubiese tomado un café bien cargado. Saca la bolsita de té de la taza y se sienta. Sus dedos acarician el borde del sobre e inhala.

—Vale —le dice a su madre—, allá voy. La voy a abrir ahora mismo.

Su madre sabe lo que contiene. O al menos tiene una ligera idea,

a pesar de que nunca le han explicado oficialmente lo que hay en el fideicomiso. Podría ser, como siempre ha dicho, una tetera y un billete de diez libras.

Libby se aclara la garganta y desliza el dedo por debajo de la solapa. Extrae una hoja de papel grueso de color crema y la ojea rápidamente:

A la señorita Libby Louise Jones:

Como fideicomisario del fondo fiduciario de Henry y Martina Lamb, creado el 12 de julio de 1977, propongo realizar el reparto descrito en el documento adjunto...

Deja la carta y saca la documentación adjunta.

—¿Y bien? —pregunta su madre casi sin aliento.

—La estoy leyendo —responde ella.

Mientras escanea las páginas, su mirada se posa en el nombre de un inmueble. Es el número 16 de Cheyne Walk, SW3. Asume que es donde vivían sus padres biológicos cuando murieron. Sabe que tenían una casa en Chelsea. Y que era grande. Asumía que ya no era de su propiedad. Que estaría tapiada. Vendida. Se le queda el aliento atorado al fondo de la garganta cuando se da cuenta de lo que acaba de leer.

—Eh —dice.

—¿Qué?

—Según parece... No, tiene que haber un error.

—¡Qué!

—La casa. Me han dejado la casa.

—¿La de Chelsea?

—Sí —responde.

—Pero ¿entera?

—Eso creo.

Hay una carta en la que se explica algo sobre que ningún otro heredero la reclamó a tiempo. No es capaz de digerirlo.

—Dios mío. Pero si debe de valer...

Libby inspira repentinamente y alza la vista al techo.

—No puede estar bien —dice—. Tiene que tratarse de un error.

—Vete a ver a los abogados —le aconseja su madre—. Llámalos.

Concierta una cita. Asegúrate de que está todo en orden.

—Pero ¿y si no es un error? ¿Y si me corresponde de verdad?

—Pues entonces, ángel mío —le dice su madre, y Libby la ve sonreír a pesar de la distancia—, serás una mujer muy pero que muy rica.

Libby cuelga el teléfono y contempla la cocina. Cinco minutos antes, esa era la única cocina que se podía permitir, ese apartamento era el único que se podía comprar, en esa calle tranquila de casas adosadas en las afueras de St. Albans. Recuerda los pisos y las casas que miraba cuando buscaba en internet, los suspiros que soltaba cuando se fijaba en el apartamento de sus sueños: un solárium, una cocina en la que cabía una mesa de comedor, pisos a cinco minutos de la estación, ventanas antiguas de cristales emplomados, vistas a las campanas de la catedral a través de una zona verde, y luego miraba el precio y se fustigaba por haber sido tan tonta como para pensar que podría permitírselo.

Al final había tenido que renunciar a todo y se había contentado con un apartamento que quedaba cerca de su trabajo y no demasiado lejos de la estación del tren. No había sentido ninguna reacción gutural al cruzar el umbral de la puerta; su corazón no le había dicho nada cuando el agente inmobiliario le había enseñado las estancias. Pero lo había convertido en un hogar del que enorgullecerse, exprimiendo al máximo las ofertas de TK Maxx, y ahora su piso de una sola habitación, penosamente reformado y ligeramente excéntrico, la hacía feliz. Lo había comprado, lo había decorado. Le pertenecía a ella.

No obstante, ahora, según parecía, era la dueña de una casa en una de las calles más refinadas de Chelsea, y de pronto su piso le parecía una broma ridícula, al igual que todo lo que consideraba importante hacía solo cinco minutos: el aumento de sueldo de mil quinientas libras al año que le habían concedido en el trabajo, el fin de semana de chicas en Barcelona para el que llevaba seis meses ahorrando, la sombra de ojos de marca que se había «dado el gustazo» de comprarse como celebración del aumento de sueldo; el suave escalofrío que sintió al abandonar su estricto presupuesto mensual por un brillante y dulce momento en House of Fraser, la levedad de la

diminuta bolsa de MAC colgando de su mano, la trémula sensación de colocar la pequeña cápsula negra en su bolsa de maquillaje, de saber que la poseía, que tal vez la usaría en Barcelona, donde quizá también se pusiera el vestido que su madre le había regalado por Navidad, el de los adornos de encaje que le había comprado en French Connection y que llevaba siglos deseando tener. Cinco minutos antes sus placeres en la vida eran pequeños, anticipados, ansiados, fruto del esfuerzo y del ahorro, pequeños despilfarros intrascendentes que no repercutían en el devenir del mundo, pero que le daban a la superficie plana de su vida la cantidad justa de brillo como para que mereciese la pena levantarse por las mañanas para trabajar en un empleo que le gustaba pero no le entusiasmaba.

Ahora posee una casa en Chelsea y las proporciones de su existencia se han desbaratado.

Desliza la carta en el interior del caro sobre y se termina el té.

2

Se está formando una tormenta sobre la Costa Azul; aguarda, oscura como una ciruela, en el horizonte, reposando su peso sobre la coronilla de Lucy. Ella se sujeta la cabeza con una mano, y con la otra coge el plato vacío de su hija y lo coloca en el suelo para que el perro pueda relamer las manchas de salsa y los restos de pollo.

—Marco —le dice a su hijo—, termínate la cena.

—No tengo hambre —responde él.

Lucy siente la rabia latir en sus sienes. La tormenta se está acercando, la humedad refresca el tórrido ambiente.

—Basta —dice, con la voz tensa por el esfuerzo que está haciendo para no gritar—. Esto es lo único que hay para comer hoy. Ya no nos queda dinero. Ni un céntimo. Luego, cuando te vayas a la cama, no me digas que tienes hambre, porque será demasiado tarde. Come. Por favor.

Marco hace un gesto sufrido con la cabeza y corta un trozo de escalope de pollo. Su madre le mira la cabeza, el cabello de color avellana que se enrosca en dos remolinos. Trata de recordar cuándo fue la última vez que se lavaron el pelo, pero no es capaz.

Stella dice:

—Mamá, ¿puedo tomar postre?

Lucy la mira. Stella tiene cinco años y es el mejor error que Lucy ha cometido en su vida. Debería decirle que no; es muy estricta con Marco, no debería ser tan blanda con su hermana. Pero Stella es tan buena, tan flexible y fácil. ¿Cómo va a negarle algo dulce?

—Si Marco se termina el escalope —dice con un tono uniforme—, podemos compartir un helado.

Esto es claramente injusto para Stella, que se terminó el pollo hace diez minutos y no debería esperar a que su hermano se acabase el suyo. Pero la concepción de la injusticia de Stella parece no haberse formado aún, de modo que asiente y dice:

—¡Come rápido, Marco!

Lucy le retira el plato a Marco cuando ha terminado y lo deja en el suelo para el perro. Llega el helado. Es de tres sabores en un bol de cristal y con sirope de chocolate caliente, praliné desmigajado y una palmera de papel de aluminio rosa clavada en un palillo.

La cabeza de Lucy se bambolea mientras ojea el horizonte. Tiene que encontrar alojamiento, y pronto. Pide la cuenta, pone la tarjeta en el platillo, teclea el número secreto en el terminal, contiene el aliento porque sabe que no hay fondos en esa cuenta, que no hay dinero en ningún lado.

Espera mientras Stella lame el bol de cristal, luego desata la correa del perro de la pata de la mesa y recoge sus maletas. Le da una a Marco y la otra a Stella.

—¿Dónde vamos? —pregunta Marco.

Sus ojos marrones están serios; su mirada, lastrada por la ansiedad.

Lucy suspira. Contempla el extremo de la calle que conduce al casco antiguo de Niza, y el que lleva al mar. Incluso mira al perro, como si tuviese una buena sugerencia que proponer. Él la contempla con esperanza, como si pudiera haber otro plato que relamer. Solo hay un sitio al que ir, y es el último lugar donde le apetecería estar. Pero encuentra una sonrisa.

—Ya sé —dice—. ¡Vamos a ver a Mémé!

Marco gruñe. Stella parece insegura. Ambos recuerdan lo que pasó la última vez que se quedaron en casa de la abuela de la niña. En su día, Samia fue una estrella de cine en Argelia. Ahora tiene setenta años, está ciega de un ojo y vive en un apartamento cutre en el séptimo piso de un bloque en l'Ariane con su hija adulta discapacitada. Su marido murió cuando ella tenía cincuenta y cinco años y su único hijo, el padre de Stella, había desaparecido hacía tres años y no se había vuelto a poner en contacto con nadie. Samia está enfadada y dolida, y con todo el derecho del mundo. Pero tiene un techo y un suelo, tiene almohadas y agua corriente. Tiene todo lo que Lucy no puede ofrecerles a sus hijos en estos momentos.

—Solo una noche —les asegura—. Dormiremos allí hoy y mañana buscaré otra cosa. Lo prometo.

Llegan al edificio de Samia justo cuando empieza a llover, pequeñas bombas de agua explotan sobre el asfalto caliente. Cuando el

ascensor cubierto de grafitis está subiendo hacia el séptimo piso, Lucy lo percibe: el aroma húmedo de la ropa sin lavar, del pelo grasiento, de las deportivas que hace mucho tiempo que no se quitan. El perro, con su capa de pelo denso y áspero, es el que peor huele.

—No puede ser —dice Samia desde el umbral de la puerta, bloqueándoles el paso—. No es posible. Mazie está enferma. Su cuidadora tiene que dormir con ella esta noche. No tenemos sitio. Es que no lo hay.

Restalla un trueno sobre sus cabezas. El cielo tras de sí se vuelve completamente blanco. Trombas de agua descienden del cielo. Lucy mira a Samia con desesperación.

—No tenemos dónde dormir —suplica.

—Ya —dice Samia—. Eso lo sé. Puede quedarse Stella, pero el niño, el perro y tú no, lo siento. Tendréis que buscar otro sitio para pasar la noche.

Lucy siente que Stella se aferra a su pierna, un escalofrío recorre su diminuto cuerpo.

—No me quiero separar de vosotros —le susurra a Lucy—. Quiero que nos quedemos todos juntos.

Lucy se agacha y le toma las manos a su hija. Los ojos de Stella son verdes, como los de su padre, su pelo oscuro tiene reflejos medio castaños medio rubios, la piel de su rostro está bronceada por efecto del largo y caluroso verano. Es una niña preciosa; a veces la gente para a Lucy por la calle para comentárselo, con un suspiro.

—Cielo —le dice—. Aquí estarás a resguardo de la lluvia. Puedes darte una ducha; Mémé te leerá un cuento...

Samia asiente.

—Te leeré el que te gusta —asegura—, el de la luna.

Stella se aferra más a su madre. Lucy nota que se le está agotando la paciencia. Daría lo que fuese por que le permitiesen dormir en la cama de Mémé, por poder leer el libro sobre la luna, por ducharse y ponerse un pijama limpio.

—Solo será esta noche, cariño mío. Vendré a buscarte a primera hora de la mañana. ¿De acuerdo?

Nota el movimiento de la cabeza de Stella, un ligero asentimiento contra su hombro, una inspiración para combatir las lágrimas.

—Vale, mamá —acepta Stella, y Lucy la introduce en el piso de Samia antes de que cualquiera de las dos cambie de opinión.

Ahora, Marco, el perro y ella, con sus esterillas enroscadas a la espalda, se adentran en la copiosa lluvia, en la noche cerrada, sin ningún lugar adonde ir.

Se refugian bajo un paso elevado durante un rato. El runrún constante de los neumáticos de los coches sobre el asfalto mojado es ensordecedor. La lluvia sigue cayendo.

Marco tiene el perro en el regazo y reposa la cara contra su lomo. Mira a Lucy.

—¿Por qué nuestra vida es una mierda? —le pregunta.

—Ya sabes por qué nuestra vida es una mierda —le suelta.

—Pero ¿por qué no puedes hacer nada al respecto?

—Hago lo que puedo —dice.

—Qué va. Estás dejando que nos hundamos.

—Hago lo que puedo —sisea, y le lanza una mirada furiosa—. Cada minuto de cada día.

Él la mira con duda en las pupilas. Es demasiado listo y la conoce demasiado bien. Ella suspira.

—Recuperaré el violín mañana. Podré volver a ganar dinero.

—¿Cómo piensas pagar el arreglo? —Le frunce los ojos.

—Ya me las apañaré.

—¿Cómo?

—No lo sé, ¿vale? No lo sé. Ya se me ocurrirá algo. Siempre pasa.

Le da la espalda a su hijo y mira las líneas paralelas que abrasan dos faros al acercarse a ella. Un enorme trueno restalla sobre ellos y el cielo se enciende de nuevo; la lluvia se intensifica aún más, si es que es posible. Saca su maltrecho móvil del bolsillo exterior de su mochila y lo enciende. Ve que le queda el ocho por ciento de batería y está a punto de volver a apagarlo cuando se percata de que tiene una notificación del calendario. Lleva ahí semanas, pero no es capaz de eliminarla.

Dice, simplemente: «El bebé cumple veinticinco».

3

Chelsea, finales de los ochenta

Me llamo, igual que mi padre, Henry. Esta repetición de vez en cuando creaba confusión, pero como mi madre llamaba a mi padre «cariño» y mi hermana lo llamaba «papi» y casi todo el resto del mundo lo llamaba «señor Lamb» o «señor», nos apañábamos.

Mi padre era el único heredero de la fortuna de mi abuelo, producto de las máquinas tragaperras. No llegué a conocer a mi abuelo, era muy mayor cuando tuvo a mi padre, pero sé que era de Blackpool y que se llamaba Harry. Mi padre no trabajó ni un solo día de su vida; simplemente, esperaba sentado a que Harry se muriera para poder ser rico por derecho propio.

Compró la casa de Cheyne Walk, en Chelsea, el mismo día que recibió la herencia. Llevaba buscando vivienda desde que Harry había caído enfermo, le había echado el ojo a esa casa hacía unas semanas y le daba pavor que alguien hiciese una oferta antes de que él recibiese el dinero.

Cuando la compramos, la casa estaba vacía, y le costó años y muchos miles de libras llenarla con lo que él llamaba «objetos»: cabezas de alce que colgaban de paredes de madera, espadas de caza entrecruzadas sobre los quicios de las puertas, tronos de caoba con los respaldos torneados en espiral, una mesa de estilo banquete medieval con capacidad para dieciséis personas, repleta de arañazos y agujeros, vitrinas atestadas de pistolas y látigos, un tapiz de seis metros de largo, retratos siniestros al óleo de los antepasados de familias desconocidas, estantes de libros encuadernados en cuero con repujados de oro que nadie leería jamás y un cañón a tamaño real en el jardín delantero. No había ni un solo asiento cómodo en toda la casa, ni un solo rincón agradable. Todo era de madera, de cuero, de metal y de cristal. Todo era duro. En especial mi padre.

Practicaba halterofilia en el sótano y bebía Guinness de su propio barril en su bar privado. Llevaba trajes a medida que le costaban ochocientas libras en Mayfair y que a duras penas contenían sus músculos y su corpulencia. Su cabello era del color de los peniques viejos, sus manos parecían ajadas y sus nudillos eran rojos y tersos. Conducía un Jaguar. Jugaba al golf, a pesar de que lo detestaba porque su cuerpo no estaba hecho para ese deporte; era demasiado recio, nada flexible. Salía de caza los fines de semana; desaparecía los sábados por la mañana con una chaqueta de *tweed* ajustada y el maletero lleno de escopetas y volvía el domingo por la tarde con un brazado de palomas salvajes en una nevera portátil. En una ocasión, cuando yo tendría unos cinco años, trajo un bulldog inglés que le había comprado a un hombre en la calle con uno de los impecables billetes de cincuenta libras que llevaba enrollados en el bolsillo de la chaqueta. Dijo que le recordaba a sí mismo. Luego se cagó en una alfombra antigua y se deshizo de él.

Mi madre era de una «belleza excepcional».

En palabras de mi padre, no mías.

«Tu madre es de una belleza excepcional.»

Era medio alemana medio turca. Se llamaba Martina. Tenía doce años menos que mi padre, y por aquel entonces, era un icono de la moda, una adelantada a su tiempo. Se ponía un par de gafas de sol y se iba a Sloane Street a gastarse el dinero de mi padre en bufandas de seda de colores chillones y en pintalabios dorados y perfume francés de aroma intenso, y de vez en cuando la fotografiaban, con las muñecas repletas de asas de bolsas y aparecía en la prensa rosa. La consideraban de la alta sociedad. Aunque en realidad no lo era. Asistía a fiestas glamurosas y llevaba ropa elegante, pero cuando estaba en casa era solo nuestra madre. No era la mejor, pero tampoco la peor madre, y constituía un elemento relativamente blando en nuestra enorme mansión de Chelsea, masculina y repleta de machetes.

Hubo una época en la que tuvo un empleo, le duró más o menos un año, en el que se dedicaba a presentar entre sí a personalidades importantes del mundo de la moda. O al menos eso me parecía a mí. Llevaba en el bolso pequeñas tarjetas de visita de color plateado con las palabras «Martina Lamb y asociados» impresas en rosa fucsia. Tenía un despacho en King's Road, sobre una tienda; era un *loft* con mucha luz natural y una mesa de cristal, sillas de cuero, un aparato de

télex, percheros con modelitos protegidos con bolsas de plástico transparente, un jarrón con lirios blancos en un pedestal. Los días que no teníamos clase, nos llevaba allí a mi hermana y a mí y nos daba pilas de papel blanco inmaculado que sacaba de un paquete que tenía dentro de una caja y un puñado de rotuladores de los que cambian de color. De vez en cuando sonaba el teléfono, y mamá respondía: «Buenos días, Martina Lamb y asociados». A veces había que darle paso a una visita mediante el intercomunicador y mi hermana y yo nos peleábamos por darle al botón. Las visitas eran mujeres estridentes y delgadísimas que solo querían hablar de trapos y de famosos. Los «asociados» no existían, solo estaba nuestra madre y alguna que otra adolescente ingenua en busca de experiencia laboral. No sé qué fue de todo eso. Solo sé que el despacho desapareció, así como las tarjetas de visita plateadas, y mamá volvió a ser ama de casa de nuevo.

Mi hermana y yo estudiábamos en Knightsbridge, muy probablemente el colegio más caro de todo Londres. A nuestro padre no le importaba gastar dinero por aquel entonces. Es más, le encantaba. Cuanto más, mejor. El uniforme escolar era marrón caca y amarillo bilis, con pantalones bombachos para los niños. Por suerte, cuando fui lo suficientemente mayor como para que me abochornase el modelito, a mi padre ya no le quedaban fondos para pagar las mensualidades, y mucho menos para los bombachos de pana del departamento de uniformes escolares de Harrods.

Sucedió muy poco a poco, pero al mismo tiempo a toda prisa, el cambio en nuestros padres, en nuestra casa, en nuestra vida tras su llegada. Pero esa primera noche, cuando Birdie apareció en la escalera con dos maletas enormes y un gato en una cesta de mimbre, no habríamos sido capaces de imaginarnos el impacto que iba a tener, las personas que iba a traer a nuestras vidas, que todo iba a acabar como acabó.

Creíamos que solo iba a quedarse un fin de semana.

4

Libby es capaz de oír el susurro de cada momento de la existencia de esta habitación, de sentir cada aliento de cada persona que se ha sentado donde ella está ahora.

—Desde 1799 —ha respondido el señor Royle a la pregunta que le había planteado hacía un momento—. Uno de los bufetes de abogados más antiguos de la capital.

El señor Royle la mira por encima de la superficie profusamente pulida de su escritorio de madera. Una sonrisa destella en sus labios y dice:

—Vaya, vaya. Menudo regalo de cumpleaños, ¿no?

Libby sonríe nerviosa.

—Todavía no me creo que sea verdad —confiesa—. No hago más que esperar que alguien me diga que es una metedura de gamba.

Esas palabras, «metedura de gamba», le suenan mal en este edificio venerable y centenario. Desearía haber usado otra expresión. Pero el señor Royle no parece preocupado. Mantiene la sonrisa mientras se inclina para entregarle a Libby una pila de documentos.

—No es una metedura de gamba, se lo aseguro, señorita Jones. Aquí tiene —le dice al sacar una hoja del montón—. No estaba seguro de que este fuese el momento apropiado para darle esto. Quizá hubiera sido mejor enviárselo por correo. Con la carta. No lo sé, es todo bastante incómodo. Estaba en el fichero y me lo quedé por si acaso no le sentaba bien. Pero ahora me parece que es lo que hay que hacer. Así que tome. No sé cuánto le habrán contando sus padres adoptivos acerca de su familia biológica, pero quizá le interese leer esto.

Desdobla la hoja de periódico y la extiende ante ella, sobre la mesa.

Matrimonio de la alta sociedad muere en un suicidio

pactado. Hijos adolescentes desaparecidos; bebé hallada viva.

Agentes de la policía acudieron ayer a una llamada producida desde la casa de Chelsea donde vivía Martina Lamb, miembro de la alta sociedad, con su esposo, Henry. Había motivos para sospechar que se había producido un suicidio triple. Las autoridades llegaron a mediodía y encontraron los cadáveres del señor y la señora Lamb tendidos uno al lado del otro en el suelo de la cocina. También se halló el cuerpo de otro hombre, que aún no ha sido identificado. Un bebé, presuntamente una niña de diez meses, fue encontrado en un dormitorio en el piso superior. La menor se encuentra en buen estado de salud y está siendo custodiada por las autoridades pertinentes. Testigos afirman que en los últimos años han vivido muchos niños en dicha casa, y también varios adultos, pero no se han encontrado pruebas que lo respalden.

Aún se desconoce la causa de la muerte, pero los análisis de sangre preliminares apuntan a un envenenamiento intencionado por parte de las tres víctimas.

Henry Lamb, de cuarenta y ocho años, era el único heredero de la fortuna de su padre, Harry Lamb, de Blackpool, Lancashire. Según la información de la que disponemos, llevaba varios años sufriendo problemas de salud e iba en silla de ruedas.

La policía está peinando el país en busca de información sobre los hijos de la pareja, a los que se les atribuyen entre catorce y dieciséis años. Cualquier información sobre su paradero debe comunicarse a la Policía Metropolitana a la mayor brevedad posible. También se ruega a cualquiera de los supuestos inquilinos de la residencia de los Lamb en los últimos años que se ponga en contacto con las autoridades.

Libby observa al señor Royle.

—¿Esa soy...? La bebé que quedó con vida ¿soy yo?

El hombre asiente. Ella percibe tristeza genuina en su mirada.

—Sí —afirma—. Qué tragedia, ¿verdad? Y un gran misterio. Lo de los niños, digo. A ellos también les correspondía la casa, pero ninguno se presentó para reclamarla. Asumo que, bueno, que están... En fin. —Se inclina hacia delante, se ajusta la corbata y sonríe con un gesto de dolor—. ¿Necesita un bolígrafo?

Le acerca un tarro lleno de bolígrafos elegantes y ella toma uno. Lleva el nombre del bufete impreso en tinta dorada.

Libby se queda mirándolo durante un instante.

Un hermano.

Una hermana.

Un suicidio pactado.

Sacude la cabeza ligeramente y luego se aclara la garganta y dice:

—Gracias.

Aferra el bolígrafo con firmeza. Apenas recuerda cómo es su firma. Hay pegatinas en forma de flecha en todas las páginas donde debe firmar, señalándole el camino. El sonido del bolígrafo contra el papel le resulta poco menos que insoportable. El señor Royle la mira con una expresión amable; aparta su taza de té unos centímetros, luego la vuelve a acercar.

Mientras firma, percibe con gran intensidad la relevancia de este instante, el punto de inflexión que lleva su vida de aquí allá. A un lado de esta pila de documentos están los paseos por el Lidl, escrutando los precios tras el carrito, la semana de vacaciones al año y un Opel Corsa de once años. Del otro lado están las llaves de una casa de ocho dormitorios en Chelsea.

—Muy bien —dice el señor Royle con un suspiro de alivio cuando Libby le devuelve los documentos—. Muy muy bien. —Hojea los folios, pasando la mirada por los espacios junto a las flechas de plástico y luego le lanza una sonrisa a Libby y dice—: Perfecto. Ha llegado el momento de la entrega de llaves.

Saca un sobre acolchado blanco de un cajón de su escritorio. La etiqueta reza «Cheyne Walk 16».

Libby mira el interior. Tres juegos de llaves. Uno con un llavero de metal con el logo de Jaguar. Otro con un llavero de latón que lleva un mechero incorporado. Y otro sin llavero.

El señor Royle se pone en pie.

—¿Vamos? —propone—. Podemos ir andando, está a la vuelta de la esquina.

Caminan bajo el violento bochorno del verano. Libby nota el calor de los adoquines de la acera a través de las suelas de sus alpargatas de tela, el resplandor ardiente del sol meridiano atraviesa la fina capa de nubes. Bajan por una calle llena de restaurantes, todos abiertos a la acera, con mesas preparadas sobre plataformas especiales y protegidas

de la claridad mediante enormes sombrillas rectangulares. Parejas y tríos de mujeres con gafas de sol demasiado grandes para sus rostros beben vino. Algunas son tan jóvenes como ella, y a Libby le asombra que puedan permitirse tomar una copa en un restaurante pijo un lunes al mediodía.

—Bueno —dice el señor Royle—, este es tu nuevo barrio, supongo. Si decides mudarte a esta casa, claro.

Ella sacude la cabeza y suelta una pequeña carcajada nerviosa. No se ve capaz de formar una respuesta coherente. Es todo demasiado absurdo.

Dejan atrás diminutas *boutiques* y tiendas de antigüedades llenas de figuritas de bronce con forma de zorros y osos, gigantescas lámparas de araña del tamaño de su bañera. De pronto están junto al río y Libby lo huele antes de llegar a verlo, la peste a perro mojado. Anchos barcos se cruzan entre sí, una embarcación más pequeña llena de gente rica se desliza por la superficie: champán en un botellero de plata, un golden retriever con la melena al viento en la proa, mirando al sol con los ojos entrecerrados.

—Está aquí al lado —informa el señor Royle—. Nos quedará un minuto, dos a lo sumo.

A Libby le rozan los muslos; desearía haberse puesto pantalones cortos en lugar de falda. Nota que el sujetador le absorbe las gotas de sudor justo en el medio, donde se unen las copas, y percibe que el señor Royle, de traje y camisa ajustados, también siente el calor insoportable.

—Ya hemos llegado —dice, girándose para ponerse frente a un bloque de cinco o seis adosados de ladrillo rojo, todos de diferentes alturas y anchuras.

Libby adivina al instante cuál es el suyo, incluso antes de fijarse en el número 16 que tiene pintado en el farol con una caligrafía que parece manuscrita. La casa tiene tres pisos de altura y cuatro ventanas de ancho. Es preciosa. Pero, como ya se imaginaba Libby, está tapiada. Las chimeneas y los canalones están llenos de hierbajos. Da pena mirarla.

Pero una pena muy bella. Libby inspira intensamente.

—Es muy grande —comenta.

—Sí —asiente el señor Royle—. Doce estancias en total. Sin incluir el sótano.

La casa se encuentra separada de la acera mediante una barandilla metálica ornamentada y un parterre descuidado. Hay una cubierta de forja que conduce a la puerta principal y a la izquierda descansa un cañón a escala real sobre un bloque de cemento.

—¿Me permite hacer los honores? —El señor Royle señala el candado que sostiene el cierre de madera sobre la puerta principal.

Libby asiente y él lo abre, luego levanta el peso del cerramiento de madera con las manos, rodeándolo con los dedos entrelazados. Se desencaja con un aullido terrible y deja ver tras de sí una puerta negra de enormes dimensiones. El señor Royle se restriega las puntas de los dedos y luego rebusca entre las llaves hasta que da con la que sirve para abrir la puerta.

—¿Cuándo fue la última vez que alguien entró en esta casa? —pregunta Libby.

—Ostras, pues creo que hace unos años, cuando la inundación. Tuvimos que abrirles a los fontaneros de emergencia. Y también para reparar los desperfectos. Este tipo de cosas. Muy bien, allá vamos.

Acceden al recibidor. El calor del exterior, el murmullo del tráfico, el eco del río, todo se desvanece. El suelo es de un parqué suave y claro, ajado y polvoriento. La escalera que hay más adelante tiene un pasamanos con columnas en espiral y un frutero repleto tallado en el primer poste. Las puertas tienen ondas talladas y pomos de bronce ornamentado. Las paredes están cubiertas de paneles de madera oscura hasta media altura, y luego empapeladas con un papel pintado de color burdeos bastante raído, que incluso tiene pelados por el efecto de las polillas. El aire es denso y lleno de motas de polvo. La única luz procede de los ventanucos en forma de abanico que hay sobre las puertas.

Libby se estremece. Hay demasiada madera. Y apenas nada de luz. Ni de aire. Se siente como dentro de un ataúd.

—¿Puedo? —Posa la mano sobre una de las puertas.

—Puede hacer lo que le venga en gana. Está en su casa.

La puerta se abre y da a una estancia rectangular del fondo de la casa, con cuatro ventanas que ofrecen vistas a una densa maraña de árboles y arbustos. Más paneles de madera. Contraventanas de madera. Más parqué bajo sus pies.

—¿Adónde conduce eso? —le pregunta al señor Royle mientras señala a una puerta estrecha integrada en los paneles.

—Esa —responde él— es la puerta de la escalera del servicio. Lleva directamente a los cuartos del último piso; hay otra puerta en el primer piso, también disimulada en la pared. Es muy común en estas casas antiguas. Parecen jaulas de hámsteres.

Van explorando la casa cuarto por cuarto, piso por piso.

—¿Qué fue de los muebles? ¿Y de los electrodomésticos? —pregunta Libby.

—La familia tuvo que venderlo todo para mantenerse a flote. Dormían en colchones sobre el suelo. Se cosían su propia ropa.

—¿Eran pobres?

—Sí —dice él—. Supongo que, en efecto, eran pobres.

Libby asiente. Jamás se había imaginado a sus padres biológicos como unos pordioseros. Se había formado una imagen idealizada de su familia de origen. Incluso los niños que no son adoptados fantasean con una familia biológica ideal. Sus padres imaginarios eran jóvenes y sociables. Su casa junto al río tenía dos paredes enteras de ventanales y un balcón que la rodeaba. Tenían perros pequeños, dos hembras, con collares de diamantes. Su madre imaginaria era relaciones públicas en el mundo de la moda, su padre imaginario era diseñador gráfico. Cuando ella era su bebé, la llevaban a desayunar y la ponían en una trona y le cortaban el *brioche* en trocitos para que lo pudiese comer, y se hacían manitas bajo la mesa, donde las dos perritas estaban tumbadas, enroscadas la una junto a la otra. Habían muerto al volver de un cóctel. Muy probablemente en un accidente con un coche deportivo.

—¿Había algo más? —pregunta ella—. Aparte de la nota de suicidio.

El señor Royle niega con la cabeza.

—Bueno, oficialmente no. Pero sí que apareció otra cosa. Cuando la encontraron a usted. Había algo en su cuna. Creo que sigue allí. En su cuarto. ¿Quiere que vayamos?

Libby sigue al señor Royle a una espaciosa habitación en el primer piso. En ella hay dos ventanas de guillotina con vistas al río; el aire es fétido y denso, las esquinas superiores del dormitorio están cubiertas de cortinas gruesas, llenas de telarañas y polvo. Hay una abertura en el otro extremo de la estancia y doblan la esquina hacia otro cuarto. Está decorado como un vestidor, con tres paredes cubiertas de armarios y cajones con adornos elegantes y pintados de

blanco. En el centro de la sala hay una cuna.

—¿Esa es...?

—Sí, ahí fue donde la encontraron. Balbuceando y gorgoteando, según todos los testigos. Feliz como una perdiz.

La cuna es de las que se mecen, con palancas metálicas para empujarla hacia delante y hacia atrás. Está pintada de color crema con rosas azules claras desperdigadas. En la parte delantera tiene una chapa de metal con el logo de Harrods.

El señor Royle se acerca a una estantería en la pared del fondo y coge una cajita.

—Tome —le ofrece—, esto estaba escondido entre sus mantas. Asumimos, tanto nosotros como la policía, que era para usted. Los agentes se lo quedaron varios años como prueba, pero nos lo devolvieron cuando el caso se estancó.

—¿Qué es?

—Ábralo y lo verá.

Toma la caja de cartón de las manos del señor Royle y separa las solapas. Está llena de jirones de periódico. Sus dedos topan con algo sólido y sedoso. Lo saca de la caja y lo sostiene con las puntas de los dedos. Es una pata de conejo que cuelga de una gargantilla de oro. Libby recula ligeramente y el colgante se le desliza de las manos y cae al suelo de madera. Se agacha para recogerlo.

Sus dedos acarician la pata de conejo, siente el frío mortal de su liso pelaje, las afiladas puntas de sus garras. Desliza la cadena por la otra mano. Su mente, que hace una semana estaba llena de sandalias nuevas, una noche de chicas, las puntas abiertas, las plantas que tenía que regar, ahora estaba ocupada por personas que dormían en colchones en el suelo y conejos muertos y una casa enorme y terrorífica, vacía, excepto por una cuna de Harrods con unas siniestras rosas azul pálido pintadas a los lados. Vuelve a guardar la pata de conejo en la caja y la sostiene entre las manos, incómoda. Luego, muy despacio, baja la mano hasta el colchón de la cuna, trata de percibir el eco de su cuerpecito dormido, del fantasma de la persona que la dejó allí, la arropó con una manta y una pata de conejo. Pero no siente nada, claro que no. Solo una cama vacía y el olor a humedad.

—¿Qué nombre me pusieron? —se interesa—. ¿Lo sabe alguien?

—Sí —dice el señor Royle—. Estaba escrito en la nota que dejaron sus padres. Era Serenity.

—¿Serenity?

—Sí —confirma—. Un nombre muy bonito. Eso creo yo. Quizá un poco... ¿bohemio?

De pronto siente claustrofobia. Le entran ganas de salir corriendo de forma dramática de la habitación, pero no le pega mucho ser dramática.

En cambio, dice:

—¿Podemos ir al jardín, por favor? Me vendría bien un poco de aire fresco.

5

Lucy apaga el teléfono. Necesita ahorrar batería por si acaso Samia tiene que contactar con ella. Se gira hacia Marco, que la mira con curiosidad.

—¿Qué? —le pregunta ella.

—¿Qué era ese mensaje que aparecía en la pantalla?

—¿Qué mensaje?

—Lo acabo de ver. Hace un segundo. Decía: «El bebé cumple veinticinco». ¿Qué significa?

—No significa nada.

—Algo significará.

—Pues no. Es la hija de una amiga. Un recordatorio de su cumpleaños. Debería enviarle una felicitación.

—¿De qué amiga?

—Una de Inglaterra.

—Pero si no tienes amigos en Inglaterra.

—Claro que los tengo. Si me crie allí.

—Vale, ¿y cómo se llama?

—¿Quién?

Marco gruñe de frustración.

—Pues tu amiga, ¿quién va a ser?

—¿Qué más da eso? —responde tensa.

—Me importa porque eres mi madre y quiero saber cosas sobre ti. Es que, literalmente, no sé nada de tu vida.

—Qué tonterías dices. Sabes muchas cosas de mi vida.

Él la mira ojiplático y estupefacto.

—¿Como qué, por ejemplo? Sé que tus padres murieron cuando eras un bebé. Sé que te criaste en Londres con tu tía y que ella te trajo a Francia y te enseñó a tocar el violín y que murió cuando cumpliste los dieciocho. Es decir, conozco la historia de tu vida, pero no los detalles. Como a qué colegio fuiste o cómo se llamaban tus amigos o

qué hacías los fines de semana o alguna anécdota graciosa o cualquier cosa normal.

—Es complicado —le responde.

—Ya lo sé —dice él—, pero tengo doce años y ya no puedes seguir tratándome como a un bebé. Me tienes que contar las cosas.

Lucy contempla a su hijo. Lleva razón. Tiene doce años y ya no le interesan los cuentos de hadas. Sabe que la vida no se reduce a cinco grandes eventos, sino que la conforman los pequeños momentos que suceden entre medias.

Suspira.

—No puedo —dice—. Aún no.

—Entonces, ¿cuándo?

—Pronto —le asegura—. Si vamos a Londres algún día, te lo contaré todo.

—¿Vamos a ir?

Lucy suspira y le aparta el pelo de la cara.

—De verdad que no lo sé. No tengo dinero. Stella y tú no tenéis pasaportes. Y luego está el perro. Es todo demasiado...

—Papá —la interrumpe Marco—. Llama a papá.

—Ni hablar.

—Podemos quedar en un lugar concurrido. No intentaría hacer ninguna locura.

—Marco. Ni siquiera sabemos dónde está.

Se crea un silencio extraño. Ella nota que su hijo se está removiendo nerviosamente y a continuación hunde la cara entre el pelo del perro de nuevo.

—Yo sí.

Ella se gira rápidamente para mirarlo.

Él cierra los ojos y después los vuelve a abrir.

—Me recogió del colegio.

—¡Cuándo!

Marco se encoge de hombros.

—Un par de veces. Hacia final de curso.

—¿Y no se te ocurrió contármelo?

—Me pidió que no te dijera nada.

—Joder, Marco. Joder. —Da un puñetazo al suelo—. ¿Qué pasó? ¿Dónde te llevó?

—A ningún sitio. Solo caminó junto a mí.

—¿Y?

—Y… ¿qué?

—¿Qué te dijo? ¿A qué se dedica?

—Nada. Está de vacaciones. Con su mujer.

—¿Y dónde está ahora?

—Sigue aquí. Pasará aquí todo el verano. En casa.

—¿En casa?

—Sí.

—Dios santo, Marco, ¿por qué no me lo contaste antes?

—Porque sabía que se te iba a ir la olla.

—No se me está yendo la olla. Mírame. Estoy sentada en el duro y húmedo suelo bajo un puente sin un mísero lugar donde pasar la noche mientras que tu padre está a kilómetro y medio de distancia rodeado de lujos. ¿Por qué se me iba a ir la olla?

—Perdone usted —chistó—. Me habías dicho que nunca más querías volver a verlo.

—Sí, cuando no tenía que dormir debajo de una autopista.

—Entonces, ¿quieres volver a verlo?

—A él no. Pero necesito salir de este embolado y él es mi única opción. Como mínimo me puede ayudar a recuperar el violín.

—Ya, claro, porque así nadaríamos en la abundancia, ¿verdad?

Lucy aprieta los puños. Su hijo siempre sabe poner en palabras las conclusiones desagradables y abofetearla con ellas.

—Estamos en pleno julio. Los colegios británicos y alemanes están a punto de terminar el curso. Pronto se doblará el número de turistas. No creo que tarde mucho en conseguir suficiente dinero para llegar a Inglaterra.

—¿Por qué no le pides a papá que nos pague el viaje? Así nos podríamos ir ya. Tengo muchísimas ganas de ir a Londres. Quiero salir de aquí. Pídele el dinero a papá, por favor.

—No quiero que sepa adónde vamos. Nadie debe enterarse de que nos marchamos. Ni siquiera Mémé. ¿Entendido?

—Vale —asiente.

Marco hunde la barbilla en el pecho y Lucy ve la mata de pelo que se le ha formado en la parte de atrás de la cabeza durante la semana que llevan viviendo en la calle. Se le encoge el corazón y coloca su mano en la esbelta nuca de su hijo y le da un tierno apretón.

—Lo siento mucho, mi niño hermoso —le dice—. Perdóname, por

todo. Mañana iremos a ver a tu padre y todo empezará a ir mejor. Te lo juro.

—Ya —suelta él—, pero nada volverá a la normalidad, ¿a que no?

«No —piensa Lucy para sí misma—. Probablemente no.»

6

Chelsea, 1988

La primera fue Birdie. Birdie Dunlop-Evers.

Mi madre la había conocido no sé muy bien dónde. En un evento. Birdie tocaba el violín en un grupo de música pop que se hacía llamar Versión Original y que, según supongo, era algo conocido. Uno de sus *singles* casi llegó al número uno y aparecieron en *Top of the Pops* un par de veces. Tampoco era que me importasen demasiado estas cosas. Nunca me gustó la música pop, y la deificación de la gente famosa me repugna.

Estaba sentada en nuestra cocina, bebiendo té de una de nuestras tazas marrones. Me sobresalté cuando la vi allí. El cabello le llegaba hasta la cintura, llevaba pantalones de hombre amarrados con un cinturón, una camisa a rayas y *brackets*, una gabardina larga y gris y mitones. «Desentonaba por completo con nuestra casa», pensé. Las únicas personas que venían de visita vestían trajes hechos a medida y satén cortado al bies; olían a loción para después del afeitado de marca Christian Dior y a l'Air du Temps.

Birdie me miró cuando entré, ojos azules pequeños con una fina línea a modo de ceja justo encima, una boca dura que no se cerraba del todo sobre una hilera de dientes diminutos, una barbilla poco prominente que parecía haber cedido bajo el peso de la infelicidad de su rostro. Por un momento creí que tal vez iba a sonreír, pero no.

—Henry —dijo mi madre—, ¡esta es Birdie! La mujer de la que te hablé, la del grupo musical.

—Hola —saludé.

—Hola —respondió.

No era capaz de situarla. Sonaba como la directora de mi colegio, pero parecía una mendiga.

—¡Birdie y su banda quieren grabar un vídeo musical en casa! —

exclamó mi madre.

Admito que, a estas alturas, tuve que fingir desinterés. Mantuve la cara firme y seria y no dije nada. Me dirigí al bote de las galletas, que estaba sobre la encimera, para tomar mi merienda diaria. Escogí dos Malted Milks y me serví un vaso de leche. Entonces, y solo entonces, dije:

—¿Cuándo?

—La semana que viene —respondió Birdie—. Habíamos escogido otro emplazamiento, pero se inundó o alguna desgracia por el estilo. Puf. Cancelado.

—Entonces le dije que viniese a echarle un ojo a nuestra casa, a ver qué le parecía —tomó el relevo mi madre.

—Y aquí estoy.

—Y aquí está.

Asentí sin emoción alguna. Me moría por preguntar a qué hora iban a venir y si podría saltarme las clases para ayudar, pero en aquel momento no era, como nunca he sido, una persona dada a mostrar entusiasmo por nada. Mojé las Malted Milks en la leche, exactamente igual que todos los días, justo hasta la te de «Malted», donde acaba la vaca que está de pie y empieza la que está tumbada, y me la comí en silencio.

—Me parece ideal —dijo Birdie, señalando el entorno que la rodeaba—. Mejor que el otro sitio, en realidad. Simplemente perfecto. Creo que tendréis que firmar algunos documentos. —Puso los ojos en blanco—. Permisos y demás. Por si prendemos fuego a la casa. O si una de las cabezas de alce se nos cae encima y nos mata. Ese tipo de cosas.

—Claro, claro —dijo mi madre, como si tuviese que firmar seguros de exención por caída de cabeza de alce día sí y día también —. Tiene sentido. Obviamente, tendré que hablarlo con mi marido. Pero seguro que está feliz. Le encanta vuestra música.

Esto sospeché que no era verdad. A mi padre le gustaban las canciones groseras y la ópera impúdica. Lo que sí que le hacía feliz era que le prestasen atención, y le encantaba su casa, y todo el que la alabase estaba garantizado que le caería bien.

Birdie se marchó unos minutos después. Vi que había dejado una pequeña pila de costras sobre la mesa, junto a la taza, y me dio bastante asco.

El rodaje del videoclip duró dos días y fue mucho más aburrido de lo que me había imaginado. Pasaron muchísimo tiempo ajustando las luces y pidiendo a los desharrapados de los músicos que repitieran los mismos movimientos. Iban todos vestidos a conjunto, con unos trajes marrones que daban la impresión de oler fatal, pero en realidad no, porque una mujer los había sacado de unos embalajes de plástico justo antes de que se los pusieran. Al final del día, tenía la canción metida en el cerebro como una mosca atrapada en un vaso. Era malísima, pero llegó al número uno y se quedó en esa posición nueve largas y penosas semanas. El vídeo se reproducía en todos los televisores, nuestra casa estaba ahí, a la vista de millones de personas.

El videoclip sí que era bueno, lo admito. Y sentí cierta emoción al contarle a todo el mundo que era mi casa la que salía en él. Pero la emoción se diluyó según avanzaban las semanas, porque mucho tiempo después de que el equipo de rodaje hubiese desaparecido, mucho tiempo después de que el *single* se hubiese caído de la lista de los más vendidos, mucho tiempo después de que su siguiente *single* se hubiese caído de la lista de los más vendidos, Birdie Dunlop-Evers, con sus ojos de abalorio y sus dientes diminutos, seguía en nuestra casa.

7

Libby trabaja para una empresa de diseño de cocinas de lujo. Es la jefa de ventas y desarrolla su tarea en una sala de muestras del centro de St. Albans, cerca de la catedral. Tiene dos gerentes y dos ayudantes a su mando, y un ayudante del director de ventas, un director de ventas y un director ejecutivo por encima. Está a medio camino de la escalera, y su único objetivo durante los últimos cinco años ha sido seguir ascendiendo. En su mente, Libby ha construido un puente hacia una vida que daría comienzo cuando cumpliese los treinta. En ese momento, será directora de ventas, y si no lo ha logrado, se irá a otra empresa para lograrlo. Luego se casará con el hombre al que está intentando encontrar tanto *online* como en la vida real, el hombre con las líneas de expresión y el perro o gato, el hombre con el apellido interesante que ella pueda unir a su Jones, el hombre que gana tanto o más que ella, el hombre al que le gustan los abrazos más que el sexo y que tiene zapatos bonitos y piel radiante y ningún tatuaje y una madre encantadora y pies atractivos. El hombre que mide al menos 1,77, pero si pasa del metro ochenta, mejor. El hombre que no tiene cargas, pero sí un buen coche e indicio de tableta de chocolate, aunque se contentaría con que no tuviese barriga.

Este hombre aún tiene que materializarse, y Libby es consciente de que quizá se esté pasando con la lista de requerimientos. Pero le quedan cinco años para encontrarlo y casarse con él, y luego otros cinco para tener un hijo, quizá dos si le motiva el primero. No tiene prisa. Seguirá deslizando a la izquierda, poniéndose guapa para salir, aceptando invitaciones a fiestas, manteniéndose optimista, delgada, arreglada, en movimiento.

Ya hace calor cuando Libby se levanta para ir a trabajar, e incluso a las ocho de la mañana, hay una especie de resplandor perlado en el ambiente.

Ha dormido toda la noche con la ventana abierta, a pesar de que

sabe que no es lo más adecuado para una mujer. Alineó varios vasos en el quicio para al menos enterarse si un hombre allanaba su morada. A pesar de todo, se pasó la noche dando vueltas y más vueltas, y las sábanas acabaron enroscadas y pegajosas bajo su cuerpo.

El sol la había despertado de un breve sopor al colarse brillante como un láser por un escaso hueco entre las cortinas. No tardó más que unos minutos en caldear la habitación de nuevo. Por un instante, todo parecía normal. Pero luego ya no. Sus pensamientos volvieron de inmediato al día anterior. A la casa oscura y a la madera torneada, a la escalera secreta, a la pata de conejo, a las rosas azul pálido en el lateral de la cuna. ¿Había sucedido de verdad? ¿Seguía esa casa allí o se había desintegrado al despertar?

Llega la segunda al trabajo esa mañana. Dido, la diseñadora jefe, ya está sentada ante su escritorio y tiene puesto el aire acondicionado. El roce del aire helado contra su piel sudorosa le resulta exquisito, pero es consciente de que dentro de media hora tendrá frío y deseará haber traído una rebeca.

—Buenos días —la saluda Dido, sin levantar la vista de su teclado —. ¿Qué tal te fue?

Le había contado en confianza a Dido que necesitaba tomarse el día libre para reunirse con un abogado para hablar de una herencia. No le había revelado que era adoptada ni que existía la posibilidad de que heredase una casa. Solo le contó que un familiar entrado en años había fallecido y que era posible que le tocasen unos cientos de libras. Dido se había mostrado entusiasmada por la expectativa de recibir esa cantidad de dinero y Libby no tenía claro si sería capaz de gestionar su reacción si le contaba la verdad. Pero ahora que están ahí, y solas, un martes por la mañana, y dado que no verá a su mejor amiga, April, hasta el fin de semana y no tiene nadie más con quien hablar, decide que a lo mejor es bueno compartir esa información con alguien, que quizá Dido, que le saca doce años, tenga algo sabio o útil que decirle para ayudarla a darle sentido a ese asunto tan ridículo.

—He heredado una casa —dice Libby, rellenando la cafetera Nespresso de agua.

—Ja, ja —dice Dido, que claramente no la cree.

—No. En serio. En Chelsea, junto al río.

—¿El Chelsea de Londres? —dice Dido, con la boca abierta.

—Sí.

—¿Dónde viven los pijos?

—Allí mismo —afirma Libby—. Junto al río. Es enorme.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No —dice Libby mientras niega con la cabeza.

—Madre mía —exhala Dido—. Entonces básicamente eres millonaria.

—Eso parece.

—Y aquí estás, en Cocinas Northbone, un martes por la mañana, como si fueras una persona normal y corriente.

—Aún no lo he procesado.

—Dios santo, Libby, si me hubiese pasado a mí lo estaría procesando bebiendo champán en el jardín de St. Michael's Manor.

—Son las nueve menos veinte.

—Bueno, pues té. Y huevos benedictinos. ¿Qué narices estás haciendo aquí?

Libby nota que se empieza a resquebrajar y que comienza a desmoronarse al pensar en que no debería estar en la oficina, que la escalera sólida a la que se estaba aferrando se ha convertido en un montón de monedas de oro, que todo ha cambiado.

—¡Me enteré ayer! No la he vendido aún —se justifica—. Quizá ni siquiera pueda.

—Ya, claro, porque nadie quiere una casa en Chelsea con vistas al Támesis.

«Unos seis o siete millones de libras.» En ese precio valoró la casa el abogado cuando Libby consiguió reunir el valor de preguntarle. Menos, dijo, tasas y gastos, que deberán abonarse a los gestores. Y también tendrá que pagar impuestos de sucesiones. Sacará unos tres millones limpios, había dicho. O por ahí.

Le había chocado los cinco. La había tomado por una joven como las que salen en los periódicos. Había sido bastante desconcertante.

—Está en mal estado —dice Libby ahora—. Y tiene historia.

—¿Qué historia?

—Murieron en ella varias personas. Un asunto un poco macabro. Parientes lejanos. —Estuvo a punto de mencionar al bebé de la cuna, pero se contuvo.

—¡Qué dices!

—Sí. Bastante fuerte. Por eso, de momento, prefiero seguir haciendo como si no hubiese pasado nada.

—¿Vas a seguir vendiendo cocinas? ¿En St. Albans?

—Sí —afirma Libby, que nota que su estabilidad se recompone al pensar que nada va a cambiar—. Voy a seguir vendiendo cocinas en St. Albans.

8

Al final, Marco y Lucy pasaron la noche en la playa. Dejó de llover sobre las dos de la madrugada, momento en el que cogieron sus pertenencias y caminaron los veinte minutos que los separaban del paseo de los Ingleses, donde desenrollaron las esterillas sobre los guijarros aún húmedos, se taparon con unos pareos y contemplaron vestigios de nubes de tormenta vacías perseguirse ante la gran luna rosa hasta que los rayos de sol comenzaron a filtrarse por el horizonte, entre el mar y el cielo.

A las ocho, Lucy recopiló todos los céntimos que había en el fondo de su mochila y de su bolso y descubrió que tenía suficiente para comprar unos cruasanes y un café. Se los comieron en un banco, anquilosados por la falta de sueño y por la noche tan horrenda que acababan de pasar. Luego regresaron al piso de Samia para buscar a Stella, y la abuela de la niña no se dignó a invitarlos a comer a pesar de que era mediodía y era evidente que habían pasado la noche al raso. Stella se había dado un baño y llevaba ropa limpia; sus bucles estaban peinados y recogidos con pasadores con pompones rosas. Al encaminarse hacia la otra punta de la ciudad por tercera vez en el día, Lucy se planteó que era probable que la gente pensase que Marco y ella la habían secuestrado.

—Puede dormir aquí hoy también —había dicho Samia, con la mano sobre el hombro de Stella.

Lucy se había percatado de que su hija había hecho un movimiento casi imperceptible junto a la mano de su abuela, un gesto de negación con la cabeza.

—Muchas gracias por la invitación, pero ya he encontrado un lugar para dormir esta noche. —Había notado que los ojos de Marco le taladraban el hombro para reprocharle la mentira—. Pero te lo agradezco muchísimo. De veras.

Samia había inclinado la cabeza ligeramente y entrecerrado los

ojos, como procesando la situación de Lucy en un informe silencioso. Ella había contenido el aliento, a la espera de un comentario desdeñoso acerca de su aspecto, de su estilo de crianza, del papel que desempeñaba en la desaparición de su queridísimo hijo. En cambio, se había movido sin prisa hacia la mesa que había en el pasillo y había cogido un pequeño monedero de su bolso. Había rebuscado en su interior y había sacado un billete de veinte euros, que le entregó a Lucy.

—Esto es todo lo que tengo —había asegurado—. No hay nada más.

Lucy lo había tomado y se había acercado a Samia para darle un abrazo.

—Gracias —le había dicho—. Que Dios te bendiga.

Ahora estaba caminando junto con sus hijos y su perro por el paseo de los Ingleses bajo el sol abrasador de la tarde con una bolsa con ropa limpia, recién salida de la lavandería, y los estómagos llenos de pan y queso y Coca-Cola. Se dirigían hacia uno de los múltiples bares que circundan las playas de Niza: el Beach Club Bleu et Blanc.

Lucy ya había comido alguna vez allí. Se había sentado a esas mesas con el padre de Marco, se había puesto fina a marisco, con un vaso de champán o de vino blanco con soda al alcance de la mano, mientras la refrescaban ráfagas de agua nebulizada. Ahora ninguno de los viejos y hastiados camareros de polo azul y blanco sería capaz de reconocerla. Hacía doce años había sido una delicia para la vista.

Hay una mujer sentada en un taburete a la entrada del restaurante. Es rubia como solo pueden serlo las mujeres del sur de Francia, por el contraste de su cabello avainillado y su piel tostada. Observa a Lucy con aire indiferente, tomando nota del aspecto que tienen ella, Marco y el perro, antes de volver a centrar su atención en la pantalla del ordenador. Lucy finge que está esperando a alguien que está en la playa, haciéndose sombra con la mano y contemplando en la lontananza hasta que un grupo de cinco personas atrae la atención de la mujer al pedirle una mesa para comer.

—Ahora —sisea—. Ahora.

Coge al perro en brazos y empuja a Stella para que camine delante de ella. El corazón se le desboca mientras avanza lo más despreocupadamente que puede por la plataforma de madera que pasa por detrás del restaurante, hacia las duchas. Mantiene la vista al

frente.

—No te pares —le susurra a Stella cuando la niña se detiene, sin explicación alguna, a mitad de camino.

Luego, al fin, llegan a la agradable humedad de las duchas.

«Para uso exclusivo de los clientes del Beach Club Bleu et Blanc», rezan múltiples letreros clavados en las paredes de madera. El suelo de cemento está húmedo y lleno de arena; el aire, viciado. Marco y ella se desnudan. No se habían quitado la ropa desde hacía unos ocho días. Lucy tira las bragas a la basura. No quiere volver a verlas. Saca un bote de champú y otro de acondicionador de su mochila, una pastilla de jabón, una toalla. Mete al perro con ella en la ducha, lo enjabona por todas partes: bajo la cola, debajo del collar, detrás de las orejas. Él se queda quieto, casi como si supiera que necesitaba un baño. Luego Lucy se lo pasa a Stella, que aguarda fuera. El perro se sacude la humedad y Stella se ríe cuando la salpica con las diminutas gotitas que se desprenden de su pelo. Entonces Lucy se mete bajo el cálido chorro de agua y deja que corra por su cabeza, que se le meta en los ojos y en las orejas, bajo los brazos, entre las piernas y entre los dedos de los pies. Siente cómo el infierno que ha sido esa semana pasada se disuelve junto con el polvo y el barro y la sal. Se enjabona el pelo, pasando los dedos por toda la superficie del cabello hasta que queda reluciente. Luego le pasa el bote a Marco, que está en la cabina de al lado. Ve la espuma de ambos irse por el desagüe, el tono triste y gris que tiene.

—Restriega bien el pelo de la nuca, Marco —le dice—. Se te enreda mucho. Y las axilas. No te olvides de las axilas.

Después, se sientan uno al lado de la otra en un banco de madera, con las toallas enrolladas al cuerpo. A través de los huecos de la madera ve a la gente pasar, ve trozos de resplandeciente cielo azul, huele a madera caldeada por el sol y a ajo frito. Lucy suspira. Casi se siente aliviada, pero aún no está lista para dar el siguiente paso.

Se ponen ropa limpia y se echan desodorante y Lucy se aplica crema hidratante en la cara y les ofrece a los niños protector solar. Saca un pequeño frasco de perfume del fondo de su neceser y se rocía un poco detrás de las orejas y en el escote. Enrosca su cabello en un moño detrás de la cabeza y lo ajusta con una pinza de plástico. Se mira en el espejo. Casi cuarentona. Sin techo. Soltera. Sin blanca. No es ni quien dice ser. Hasta su nombre es falso. Es un fantasma. Un

fantasma viviente.

Se pone un poco de rímel, unos toques de brillo labial, se coloca el colgante en la gargantilla de oro para que descanse sobre su bronceado escote. Mira a sus hijos: son preciosos. El perro tiene buen aspecto. Todos huelen bien. Han comido. Están mejor que desde hace muchos días.

—Venga —le dice a Marco mientras mete la ropa sucia en la mochila y la cierra—. Vamos a ver a tu padre.

9

Chelsea, 1988

Los he estado espiando desde la escalera, por eso lo sabía. Un hombre de rizos oscuros, sombrero, chaquetón de obrero, pantalones de *tweed* remetidos en unas botas altas de cordones. Maletas antiguas que parecían parte del atrezo de una película de época y trasportín de mimbre amarrado con una correa de cuero gastado. Y Birdie justo a su lado, con un vestido que más bien parecía un camisón.

—¡Cariño! —oí a mi madre llamar a mi padre—. ¡Ven a que te presente a Justin!

Vi a mi padre emerger del estudio de pintura. Llevaba un puro entre los dientes y vestía un jersey peludo verde.

—Y bien —dijo al tiempo que le daba un apretón de manos demasiado firme—, ¿tú eres el famoso novio de Birdie?

—Compañero —intervino Birdie—. Justin es mi compañero.

Mi padre le lanzó la mirada que les dedicaba a las personas que intentaban hacerlo quedar mal a propósito, como si estuviera considerando hacer uso de la fuerza. Pero la expresión se desvaneció enseguida y lo vi atravesarla con una sonrisa.

—Claro —dijo—, así lo llamáis ahora los modernos, ¿no?

Birdie le había contado a mi madre que ella y su «compañero» necesitaban pasar unos días en casa porque no tenían dónde quedarse. Su casero los había echado porque habían adoptado un gato —¿cómo de imbécil tienes que ser para adoptar un gato sin haber comprobado el contrato de tu vivienda? Yo no había cumplido aún los once años y ya sabía que eso era lo que había que hacer— y Birdie no tenía a nadie más a quien acudir. Ahora, a mis cuarenta y un años, puedo decir que he recurrido a esta estrategia en numerosas ocasiones para manipular a la gente para que haga lo que yo quiera. «No tengo nadie más a quien acudir.» Deja a la persona a la que intentas camelar sin

alternativas. No pueden más que capitular. Que es exactamente lo que hizo mi madre.

—Pero si tenemos muchísimas habitaciones —había dicho cuando yo había intentado quejarme del futuro arreglo—. Y solo serán unos días.

Mi madre, desde mi punto de vista, lo que quería era vivir con una estrella del pop.

Mi hermana pasó a mi lado por la escalera y se detuvo con un pequeño suspiro cuando vio la cesta del gato en el pasillo.

—¿Cómo se llama? —preguntó, y se puso de rodillas para mirar a través del entramado.

—Es hembra. Se llama *Suki* —respondió Birdie.

—*Suki* —repitió ella, y metió los nudillos entre las barras.

La gata se recostó contra la mano de mi hermana y ronroneó intensamente.

El hombre llamado Justin cogió su maleta de atrezo y dijo:

—¿Dónde dejamos nuestras cosas, Martina?

—Os hemos preparado un dormitorio magnífico en el último piso. Niños, ¿podríais enseñarles a nuestros invitados el cuarto amarillo, por favor?

Mi hermana lideró la marcha. Era la más gregaria de los dos, con mucho. A mí los adultos me parecían aterradores, mientras que a ella parecían encantarle. Llevaba un pijama verde. Yo tenía puesto un batín a cuadros azules y zapatillas de fieltro a juego. Eran casi las nueve y estábamos apurando el tiempo hasta que nos mandasen acostar.

—Huy —dijo Birdie cuando mi hermana abrió la puerta secreta de la pared que ocultaba la escalera que subía al piso superior—, ¿adónde nos estáis llevando?

—Es la escalera trasera —dijo mi hermana—. Conduce al cuarto amarillo.

—¿La escalera de servicio, quieres decir? —replicó Birdie en un tono altanero.

—Sí —contestó mi hermana alegremente, porque a pesar de que solo le sacaba un año y medio, ella era demasiado joven para comprender que no todo el mundo consideraba una aventura emocionante dormir en cuartos secretos en lo alto de escaleras secretas, que ciertas personas creían que merecían dormitorios

enormes y decentes y que podrían sentirse ofendidos al recibir cualquier otra cosa.

En lo alto de la escalera secreta había una puerta de madera que daba a un pasillo largo y estrecho cuyas paredes estaban ligeramente inclinadas y la tarima combada e irregular. Daba la sensación de estar caminando por un tren en marcha. El cuarto amarillo era el mejor de los cuatro que había en ese piso. Tenía tres claraboyas y una cama grande con un edredón amarillo a juego con el papel pintado de la marca Laura Ashley. También tenía dos modernas lámparas de noche con pantallas de vidrio azul. Nuestra madre había colocado un ramo de tulipanes amarillos y azules en un jarrón. Contemplé la cara que ponía Birdie al observarlo todo, una especie de inclinación nada entusiasta de la barbilla que parecía significar «Tendrá que valer».

Los dejamos allí y yo seguí a mi hermana, que bajó las escaleras a saltitos. Luego atravesamos el estudio de dibujo y acabamos en la cocina.

Papá estaba descorchando una botella de vino. Mamá llevaba su delantal de volantes y preparaba una ensalada.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar esa gente? —no pude evitar soltar.

Vi que una sombra atravesaba la cara de mi padre a causa de la imprudencia que yo no había podido reprimir.

—Ah, no mucho. —Mi madre volvió a ponerle el corcho a la botella de vinagre de vino tinto y la dejó a un lado, con una sonrisa benigna en el rostro.

—¿Podemos quedarnos despiertos un rato más? —preguntó mi hermana, ajena al asunto realmente importante, dado que no veía más allá de sus narices.

—Hoy no —respondió mi madre—. Tal vez mañana, que es fin de semana.

—¿Y luego se irán? —insistí, consciente de que estaba tensando la cuerda de la paciencia de mi padre—. ¿Después del fin de semana?

Me di la vuelta cuando noté que la mirada de mi madre se dirigía a un punto detrás de mi hombro. Birdie estaba en el umbral de la cocina con la gata en brazos. Esta era marrón y blanca y tenía cara de reina egipcia. Birdie me miró y dijo:

—No nos quedaremos mucho tiempo, pequeño. Solo hasta que encontremos un piso propio.

—Me llamo Henry —dije, enormemente consternado porque un adulto me hubiese llamado «pequeño» en mi propia casa.

—Henry —repitió Birdie, lanzándome una mirada acerada—. Claro, por supuesto.

Mi hermana miraba ansiosa al animalillo, y Birdie le ofreció:

—¿Te apetece cogerla en brazos?

Asintió y al instante tenía a la gata en el regazo, aunque, como por resorte, enseguida se dio la vuelta y escapó, dejando a mi hermana con un arañazo terrible en el brazo. Vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y la boca se le torcía en una sonrisa valiente.

—Estoy bien —dijo cuando mi madre se apresuró a consolarla y a limpiarle la herida con un paño húmedo.

—Henry, trae el Germolene, por favor. Está en el armarito de mi baño.

Le lancé una mirada a Birdie al pasar a su lado, deseando que se percatase de que creía que no había tenido suficiente cuidado al pasarle la gata a mi hermana. Me devolvió la mirada, sus ojos eran tan pequeños que no pude ni percibir su color.

Era un niño raro. Ahora lo sé. Desde entonces he conocido a niños como yo: poco sonrientes, intensos, precavidos y cautos. Sospecho que Birdie también había sido una niña rara. Tal vez se viese reflejada en mí. No obstante, yo sabía que me odiaba, incluso en aquel momento. Era obvio. Y también muy mutuo.

Me crucé con Justin en el pasillo. Llevaba una caja maltrecha de bombones Black Magic y parecía perdido.

—¿Tus padres están por allí? —me preguntó, señalando más o menos hacia la cocina.

—Sí —dije yo—. En la cocina. Después del arco.

—*Merci beaucoup* —respondió, y a mis diez años yo ya sabía que era un tipo pretencioso.

Nos mandaron a la cama poco después, mi hermana con una tirita en el brazo, yo con un principio de revoltura de estómago. Era esa clase de niño: sentía las emociones en la barriga.

Los oí de cháchara en el piso de abajo más tarde. Me puse la almohada sobre la cabeza y me volví a dormir.

Los bombones estaban sobre la mesa de la cocina, aún sin abrir, a la

mañana siguiente. Los vi el primero porque me levanté supertemprano. Tuve la tentación de rasgar el celofán y abrir la caja. Un pequeño acto de rebeldía que me habría hecho sentir mejor a corto plazo, pero mucho mucho peor a largo plazo. Percibí movimiento detrás de mí y vi a la gata colarse por la puerta. Pensé en el arañazo que le había propinado a mi hermana y recordé la réplica impaciente de Birdie: «Ha sido un accidente, no la estaba cogiendo bien, *Suki* jamás arañaría a nadie a propósito».

Una bola de ira roja y ardiente me atravesó al recordar el incidente, le lancé un siseo sonoro a la gata y la eché de la cocina.

Casi me produjo alivio volver al colegio ese día, sentirme normal durante unas horas. Acababa de comenzar el último curso de primaria. Cumpliría once años dentro de un mes, era uno de los más jóvenes de mi curso, y luego pasaría a un instituto más grande, más cerca de casa, sin pantalones bombachos. Eso me importaba mucho. Ya se me quedaba pequeña la escuela de bombachos, y también los niños con los que me había criado. Me sentía diferente. Completamente distinto. No había nadie como yo en mi clase y fantaseaba con ir al instituto y encontrarme rodeado de gente afín. Todo iría mejor en el instituto. Solo me quedaban diez semanas por delante, después un verano tedioso y entonces comenzaría todo.

No tenía ni idea, ni la más mínima, de lo distinta que sería mi vida al final de aquel verano, ni de que todo lo que había estado esperando me parecerían sueños lejanos.

10

Libby está sentada a la mesa de la cocina. La puerta trasera está abierta y deja ver el jardín trasero, bañado por el sol de las últimas horas de la tarde, pero demasiado húmedo para salir. Ha vertido una Coca-Cola *light* en un vaso con hielo y va descalza, puesto que se ha quitado las sandalias en cuanto ha entrado en su piso. Levanta la pantalla de su portátil rosa y dorado y abre Chrome. Casi se sorprende de que lo último que buscó, cuatro días atrás, antes de que llegase la carta y lo pusiese todo patas arriba, eran clases de baile de salsa. Apenas es capaz de imaginarse lo que pretendía conseguir con ello. Conocer hombres, supone.

Abre una nueva pestaña y teclea, con dedos nerviosos, las palabras «Martina y Henry Lamb».

Encuentra de inmediato un enlace que la lleva a un artículo de *The Guardian* de 2015. Entra. El titular reza: «El misterioso caso de Serenity Lamb y la pata de conejo».

«Serenity Lamb —piensa—, esa era yo; esa soy yo. Me llamo Serenity Lamb. Y también Libby Jones. Libby Jones vende cocinas en St. Albans y quiere apuntarse a clases de salsa. Serenity Lamb descansa en una cuna pintada en una habitación revestida en madera en Chelsea con una pata de conejo bajo las mantas.»

Le cuesta encontrar dónde se solapa la historia, el punto en el que una se convierte en la otra. La primera vez que su madre adoptiva la tomó en brazos, supone. Pero ella aún no tenía consciencia. No era capaz de procesar la transición de Serenity a Libby, cómo se enredaron y se desenredaron los filamentos de su identidad.

Toma un sorbo de Coca-Cola y comienza a leer.

11

La casa de Antibes es del color de las rosas muertas: un rojo polvoriento, apagado, con las contraventanas de un azul brillante. Lucy vivió en esta casa, hace una vida entera, cuando estaba casada con el padre de Marco. A pesar de que ya han pasado diez años desde que se divorciaron, apenas es capaz de pronunciar su nombre. Le produce náuseas sentirlo en la boca, en la lengua, en los labios. Pero allí está, delante de su casa, y se llama Michael. Michael Rimmer.

Hay un Maserati rojo aparcado en la entrada para coches, de alquiler, seguro, porque Michael será muchas cosas, pero no tan rico como cree que debería ser. Lucy ve que la mirada de Marco se desvía hacia el coche. Nota el anhelo escrito en sus facciones, en su aliento contenido, en su asombro.

—No es suyo —murmura ella—. Es alquilado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto, ¿vale?

Le da un apretón tranquilizador a la mano de Stella. La niña no conoce al padre de Marco, pero sabe lo que opina su madre de él. Se acercan a la puerta y Lucy aprieta el timbre de latón. Acude una asistenta, ataviada con un mono blanco y guantes de látex. Les sonríe.

—*Bonjour, madame* —dice.

—¿Está el señor Rimmer? —pregunta Lucy, usando su mejor y más pulido acento británico.

—*Oui* —responde la criada—. Sí, está en el jardín. Espere un minuto. —Se saca un pequeño Nokia del bolsillo de su mono, se quita uno de los guantes de látex y marca un número. Vuelve a mirar a Lucy —. ¿Puedo preguntar quién desea verlo?

—Lucy —dice ella—. Y Marco.

—Señor Rimmer, ha venido una señora llamada Lucy. Y un niño llamado Marco. —Asiente—. Vale. Sí. Vale. Vale. —Cuelga la llamada y se vuelve a guardar el teléfono en el bolsillo—. El señor Rimmer

dice que pasen, yo los llevaré hasta él. Vengan conmigo.

Lucy sigue a la diminuta mujer por el pasillo. Aparta la vista, pues no quiere ver el pie de la escalera de piedra, donde acabó con un brazo roto y una costilla fracturada aquel día en el que Michael la empujó desde lo alto cuando estaba embarazada de cuatro meses de Marco. También evita mirar el punto de la pared del pasillo donde Michael le aplastó la cabeza en repetidas ocasiones porque había tenido un mal día en el trabajo, o eso le contó una hora más tarde, cuando intentaba que no lo abandonase porque la quería muchísimo, porque no podía vivir sin ella. Ay, qué ironía. Ahora estaba casado con otra persona, y vivito y coleando.

A Lucy le tiemblan las manos cuando se acercan a la puerta trasera; la conoce muy bien: las amplias puertas dobles de madera que dan al esplendor tropical del jardín. En este, esfinges colibrí liban flores con forma de cuerno, y en los rincones sombríos crecen plataneras; hay también una cascada pequeña que cae por una pared floral, y en la esquina más meridional reposa un rectángulo de agua azul celeste, bañada por el sol de la tarde. Y allí está. Allí tenemos a Michael Rimmer. Sentado a una mesa junto a la piscina, con un pinganillo en una oreja, un portátil abierto delante y dos teléfonos; una botella pequeña de cerveza desdice el aspecto de hombre de negocios atareado que está intentando ofrecer.

—¡Lucy! —dice rebosante de alegría mientras se levanta y mete barriga. Intenta ocultar que, a sus cuarenta y ocho años, su físico, aunque bronceado, ya no es el cuerpo moldeado en el gimnasio que ella le conoció a los treinta y ocho, cuando escapó de su lado. Se saca el pinganillo de la oreja y se acerca a ella—. ¡Lucy! —repite, con calidez añadida, y alarga los brazos.

Ella recula.

—Michael —responde circunspecta mientras se aleja de él.

Él dirige sus brazos tendidos hacia Marco y le da un gran abrazo de oso.

—Se lo has contado, según veo.

El niño asiente.

Michael le lanza una mirada asesina de broma.

—¿Y quién es esta señorita? —pregunta Michael, dirigiendo su atención hacia Stella, quien se está aferrando a la pierna de su madre.

—Stella —la presenta Lucy—. Mi hija.

—Vaya —exclama Michael—. Qué niña tan preciosa. Encantado de conocerte, Stella. —Le tiende la mano para saludarla y Lucy tiene que contener el instinto de apartar a su hija de él.

—¿Y este? —Echa un vistazo al perro.

—Este es *Fitzgerald*. Lo llamamos *Fitz* para abreviar.

—¿En honor a F. Scott?

—Exacto.

Lucy siente un subidón de adrenalina: le vienen a la mente las sesiones de preguntas y respuestas a las que la sometía para demostrarle que era tonta e ignorante, que no lo merecía, que tenía suerte de que se dignara a estar con ella. Pero había algo pequeño y duro en su interior que le decía que eso era mentira, que le advertía de que algún día escaparía y jamás miraría atrás. Y ahora está aquí, contestando sus preguntas, a punto de pedirle dinero, casi de vuelta en la casilla de salida.

—Hola, *Fitz* —saluda, rascando al perro bajo la barbilla—. Qué mono eres.

Luego se yergue y evalúa a Lucy y a su pequeña familia. Exactamente igual que cuando consideraba si debía castigarla o no. Ese filo de la navaja que podía terminar con una carcajada y un abrazo o con un dedo roto y un brazo retorcido.

—Vaya, vaya, vaya —dice—, sois adorables. ¿Queréis tomar algo? ¿Un vaso de zumo? —Mira a Lucy—. ¿Les dejas tomar zumo?

Ella asiente y Michael mira a la asistenta, que está aguardando ligeramente retirada a la sombra de la terraza.

—Joy, trae zumo para los niños. Gracias. ¿Y para ti, Lucy? ¿Vino? ¿Cerveza?

Lucy lleva semanas sin beber alcohol. Moriría por una cerveza. Pero no puede. Tiene que mantener la mente clara durante al menos media hora. Hace un gesto de negación.

—No, gracias. Zumo también para mí.

—Tres zumos, Joy. Gracias. Y tráeme otra cerveza. Ah, y unas patatitas. De las, mmm, ¿cómo se llamaban?, de las que tienen ondas.

Vuelve a mirar a Lucy, con su actitud infantil e inocente.

—Sentaos, sentaos.

Recoloca las sillas, se sientan.

—Y bien —dice—, Lucy Lou, ¿qué tal te ha tratado la vida?

Ella se encoge de hombros y sonríe.

—Ahí vamos. Ya sabes. Más vieja cada día. Más sabia también.

—¿Has estado aquí siempre desde la última vez que nos vimos?

—Sip.

—¿No regresaste al Reino Unido?

—Nop.

—Y el padre de tu niña... ¿Estás casada?

—Nop —repite—. Vivimos juntos un par de años. Luego viajó a Argelia a «visitar a la familia» hace unos tres años y no hemos vuelto a saber de él.

Michael tuerce el gesto como si la desaparición del padre de Stella fuese un ataque físico a Lucy. Demasiado irónico para soportarlo.

—Qué mal —opina—. Tiene que haber sido duro. Entonces, ¿eres madre soltera?

—En efecto, eso soy. Y a mucha honra.

Joy aparece con una bandeja sobre la que lleva una jarra de zumo de naranja refrigerado, tres vasos con posavasos de papel, patatitas en pequeños boles plateados, diminutas servilletas de papel, pajitas. Michael sirve el zumo y les pasa los vasos a sus invitados, también les ofrece las patatitas onduladas. Los niños se lanzan a por ellas ávidos.

—Más despacio —les sisea su madre.

—Tranquila —dice Michael—. Tengo bolsas y bolsas de ellas. Y bien, ¿dónde vives?

—Aquí y allá.

—¿Y sigues...? —Finge tocar el violín.

Ella esboza una sonrisa irónica.

—Sí, seguía, hasta que un capullo inglés borracho como una cuba que estaba de despedida de soltero con sus amigotes decidió quitármelo y lanzarlo por encima de un muro, no sin antes obligarme a perseguirlos durante una media hora para intentar que me lo devolviesen. Lo he llevado a reparar, lo que pasa es que... —Siente la boca seca por el miedo—. No tengo dinero para pagarlo.

Michael le lanza su mirada de «pobrecita mía», la que solía usar después de pegarle.

—¿Cuánto necesitas? —pregunta, y ya se está retorciendo para sacarse la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

—Ciento diez euros —responde ella, la voz se le rompe

ligeramente.

Lo ve contar los billetes. Los dobla por la mitad y se los pasa.

—Aquí tienes —le dice—. Y un poco más. Tal vez para que mi chico se corte el pelo. —Le alborota el cabello a Marco—. Y quizá tú también.

En ese momento, cuando le mira la melena, aparece la decepción en sus ojos. «Menuda dejadez. No te esfuerzas tanto como deberías. Cómo pretendes que te quiera si-no-te-esfuerzas-una-mierda.»

Toma los billetes doblados de su mano y nota un tirón casi imperceptible, como si los agarrase un poco demasiado fuerte, un indicio de un juego de poder y control. Él sonríe y los suelta. Ella se mete el dinero en el bolso y dice:

—Gracias, te lo agradezco de veras. Te los devolveré en un par de semanas, te lo prometo.

—No —se niega él mientras se vuelve a reclinar en la silla y abre las piernas un poco, sonriendo—. No quiero que me lo devuelvas, pero...

Un reguero frío recorre la columna vertebral de Lucy.

—Prométeme una cosa.

A ella se le congela la sonrisa.

—Me encantaría verte, o sea, más veces. Y también a Marco. Y a ti también, claro está. —Dirige su sombría mirada a Stella y le guiña un ojo—. Pasaré aquí todo el verano. Hasta mediados de septiembre. Estoy en plena transición laboral. Ya sabes.

—¿Y tu mujer?

—Rachel ha tenido que volver al Reino Unido. Cuestiones de negocios ineludibles. —Lo dice en un tono condescendiente. Rachel podría ser neurocirujana o política, Lucy no tiene ni idea. Podría tener las vidas de cientos de personas, de miles, en sus manos. Pero para Michael, cualquier cosa distinta de sí mismo que atraiga la atención de una mujer es una tontería patética. Incluso los bebés.

—Ah —comenta Lucy—. Qué pena.

—En realidad no —opina él—. Necesitaba algo de espacio. Porque ¿a que no adivinas lo que estoy haciendo?

Lucy niega con la cabeza y sonríe.

—Estoy escribiendo novela. Unas memorias, más bien. O quizá una mezcla de ambos géneros. Un libro semiautobiográfico. No lo tengo claro aún.

«Dios, qué pagado de sí mismo está», piensa Lucy. Ahora quiere que ella diga: «Vaya, Michael, qué maravilla, qué inteligente eres». En cambio, lo único que le apetece es reírse en su cara y decir: «Ja, ¿tú pretendes escribir un libro? ¿En serio?».

—Qué bien —dice—. Qué emocionante.

—Eso creo, sí. Aunque también necesito descansar mucho, como te podrás imaginar. Me encantaría poder pasar más tiempo con vosotros. Darle más uso a la piscina.

La mirada de Lucy sigue la de Michael hacia la piscina. Nota que se le corta la respiración, los pulmones se expanden y se contraen, el corazón le late con fuerza al recordar su cabeza bajo la superficie aguamarina, la presión de sus manos sobre su coronilla. Empujándola hasta que sus pulmones estaban a punto de reventar. Luego permitiendo que emergiese a la superficie, medio ahogada, tosiendo, mientras él salía de la piscina, tomaba una toalla de una de las tumbonas, se la ajustaba al cuerpo y se dirigía al interior de la casa sin mirar atrás.

«Podría haberte matado —dijo después del incidente—. Si hubiese querido. Lo sabes, ¿verdad? Podría haberte matado.»

«¿Por qué no lo hiciste?», preguntó ella.

«Porque no merece la pena.»

—Bueno —dice ella ahora—, tal vez. Estamos bastante ocupados este verano.

—Ya —dice con un deje condescendiente—. No me cabe duda.

—¿Sabes? —dice ella mientras se gira para mirar hacia la casa—. Creía que habías vendido la casa. He visto a otra gente viviendo aquí estos años.

—Alquiler vacacional —responde. Y Lucy escucha la vergüenza en su voz al considerar la idea de que el maravilloso, increíble, exitoso y rico Michael Rimmer tenga que rebajarse al nivel de tener que alquilar su residencia de veraneo de Antibes a desconocidos—. Me parecía un desperdicio tenerla cerrada y vacía todo el tiempo —se repone—, cuando podrían disfrutarla otras personas.

Lucy asiente. Le deja aferrarse a su patética mentirijilla. Michael odia a la gente. Seguro que hizo que desinfectaran la casa de arriba abajo antes de plantearse volver a poner un pie en ella.

—Bueno —dice Lucy, y se gira para sonreír a los niños—, ya es hora de que nos pongamos en marcha.

—No —dice Michael—. Quedaos un rato. ¿Por qué no? Puedo abrir una botella de lo que sea. Los niños se pueden bañar en la piscina. Lo pasaremos bien.

—La tienda de instrumentos debe de estar a punto de cerrar —se excusa ella, intentando que no se le noten los nervios—. Tengo que ir a buscar el violín para poder trabajar esta noche. Pero gracias. Muchísimas gracias. ¿Qué se dice, niños?

Ambos dan las gracias y Michael les sonríe.

—Qué niños tan guapos —comenta—. Muy guapos.

Los acompaña a la puerta principal. Parece tener intención de abrazar a Lucy, y ella se apresura a arrodillarse para colocarle el collar al perro. Michael los contempla desde el umbral, por encima del capó de su ridículo coche, con una sonrisa aún jugando en sus labios.

Durante un instante, Lucy cree que va a vomitar. Se detiene y respira hondo. Y entonces, cuando están a punto de doblar la esquina, el perro se agacha y expulsa una montañita de caca justo junto al muro de la casa de Michael, bajo los rayos del sol vespertino. Lucy busca una bolsita para recogerla. Pero se detiene. Dentro de una hora, la mierda estará caliente y blanduzca como un brie. Será lo primero que vea Michael cuando salga de casa. Quizá incluso la pise.

La deja donde está.

12

A Libby la habían invitado a una barbacoa el sábado. Y le apetecía mucho ir. Su amiga April le había dicho que también asistiría un «tío bueno de su oficina. Creo que te puede gustar. Se llama Danny».

Pero al llegar el sábado, otro día caluroso de cielo azul y límpido en el que las ventanas ya están al rojo vivo cuando las toca para abrirlas, Libby no piensa en el buenorro de Danny ni en la famosa ensalada de cuscús picante de April ni en la copa de color naranja brillante de Aperol Spritz que se iba a tomar ni en sumergir los pies en una piscina hinchable. Lo único que ocupa su mente es el misterioso caso de Serenity Lamb y la pata de conejo.

Le manda un mensaje a April.

Lo siento muchísisisisimo. Que lo paséis de lujo.
Si seguís de juerga por la noche, avísame
y me paso a tomar un copazo.

Luego se ducha, se pone un mono con estampado tropical y unas sandalias abiertas de cuero dorado; se aplica protector solar en los brazos y en los hombros, se coloca las gafas de sol sobre la cabeza, se asegura de llevar las llaves de casa en el bolso y se sube al tren hacia Londres.

Libby introduce la llave en el candado de la verja de madera y la gira. El candado se abre y Libby mete otra llave en la cerradura de la puerta principal. Medio espera que alguien le ponga una mano en el hombro, que le pregunte qué está haciendo, si tiene permiso para abrir esa puerta con esas llaves.

Entonces entra en la casa. Su casa. Y está sola.

Cierra la puerta tras ella y el ruido del tráfico matutino se sofoca de inmediato; la quemazón que sentía en el cuello se enfría.

Durante unos instantes, se queda quieta.

Se imagina a la policía allí, justo donde está ella. Llevan cascos pasados de moda. Sabe cómo son porque el artículo de *The Guardian* tenía fotografías. Los agentes Ali Shah y John Robbin. Iban a investigar una llamada anónima a comisaría de parte de un «vecino preocupado». Nunca se llegó a descubrir de quién se trataba.

Sigue los pasos de Shah y Robbin hasta la cocina. Se imagina que el tufo se intensificaría entonces.

El agente Shah recordaba oír el zumbido de las moscas. Dijo que le parecía como si alguien hubiese dejado una máquina de afeitar encendida o un cepillo eléctrico. Los cuerpos, según su informe, estaban en las primeras fases de descomposición, aún reconocibles como una mujer de unos treinta y tantos años, atractiva, de pelo moreno, y un hombre más mayor de cabello entrecano. Tenían las manos entrelazadas. A su lado yacía el cadáver de otro hombre. Rondaba la cuarentena. Alto. Pelo oscuro. Los tres iban vestidos de negro: la mujer con una túnica y mallas, y los hombres con una especie de bata. Según se supo más tarde, las prendas estaban hechas a mano. Se halló en la parte de atrás de la casa una máquina de coser y retales negros en una papelera.

Aparte del zumbar de las moscas, la casa estaba envuelta en un silencio mortal. Los agentes aseguraron que no se les habría ocurrido buscar a un bebé de no haber sido porque lo mencionaban en la nota que habían dejado sobre la mesa del comedor. Casi pasaron de largo el vestidor del dormitorio principal, pero entonces oyeron un ruido, un «oooh», según dijo el agente Shah.

Un «oooh».

Libby sube despacio por la escalera hasta llegar al dormitorio. Mira por la puerta del vestidor.

¡Y allí había estado ella! Feliz como una perdiz. Eso era lo que había dicho el agente Robbin. «Feliz como una perdiz.»

Se estremece un poco al ver la cuna pintada. Pero se sobrepone a la incomodidad y la mira hasta que ya no le produce ninguna emoción. Tras un momento, se siente lo bastante insensibilizada como para tocarla. Visualiza a los dos jóvenes agentes mirando al interior. Se imagina a sí misma, con su pijama blanco, su melena rizosa y rubia, a lo Shirley Temple, ya a los diez meses de edad, dando pataditas de emoción al ver dos caras amistosas contemplándola.

«Intentó ponerse en pie —dijo Robbin—. Se aferraba a las

paredes de la cuna. Ansiaba que alguien la sacase de allí. No sabíamos qué hacer. En teoría, la niña era una prueba. ¿Debíamos tocarla? ¿Pedir refuerzos? Nos quedamos desconcertados.»

Al parecer, decidieron no cogerla en brazos. El agente Shah le cantó nanas mientras esperaban a recibir instrucciones de sus superiores. Libby deseaba ser capaz de recordar la escena. ¿Qué canciones le había cantado ese amable policía? ¿Se habría sentido abochornado? Según decía el artículo, había llegado a tener cinco hijos con el tiempo, pero en el momento en el que había encontrado a Serenity Lamb no tenía experiencia alguna en el tema.

Al poco rato llegaron a la casa varios agentes de la policía científica, entre ellos una cuya única tarea era hacerse cargo del bebé. Se llamaba Felicity Measures. Tenía cuarenta y un años entonces. Ahora tiene sesenta y cinco, se acaba de jubilar y vive en el Algarve con su tercer esposo. «La niña era maravillosa —la cita el artículo—. Rizos dorados, bien alimentada y cuidada. Muy cariñosa y sonriente. Lo que no encaja con el ambiente en el que se la encontró. Que era francamente gótico. Sí, era bastante gótico en realidad.»

Libby empuja la cuna, que suelta un crujido patético que evidencia su antigüedad. ¿Para quién se habría comprado? No lo sabe. ¿Sería para ella? ¿O para varias generaciones de bebés antes de su nacimiento? Porque sabe que la precedieron otros personajes en su historia. Ya no solo Martina y Henry Lamb, ni el hombre misterioso. Ni los hermanos desaparecidos. Los vecinos mencionaron no a dos, sino a «cantidad» de niños, de gente que «entraba y salía». La casa estaba plagada de manchas de sangre y trazas de ADN sin identificar, de fibras y cabellos caídos y notas extrañas y garabatos en las paredes, y paneles secretos y un jardín lleno de hierbas medicinales, algunas usadas en el supuesto suicidio pactado de sus padres.

«Nos liberamos de estos cuerpos corruptos, de este mundo cruel, del dolor y de la decepción. Nuestra hija se llama Serenity Lamb. Tiene diez meses. Por favor, que acabe en una buena familia. Paz, siempre, HL, ML, DT», rezaba la nota junto a sus cuerpos en descomposición.

Libby abandona la estancia y deambula por la casa con paso calmado, buscando algunas de las rarezas halladas después del incidente. Los individuos que se encontraban en la casa la noche de los hechos habían huido, según afirmaba el artículo, dejando las

puertas de los armarios abiertas, comida en el frigorífico, libros a medio leer abiertos en el suelo, trozos de celo en las paredes después de haber retirado los papeles que sujetaban.

Encuentra una de estas tiras de cinta adhesiva en la pared de la cocina, amarillenta y reseca. Retira el trocito de papel pegado y lo mira durante un instante, en la palma de la mano. ¿Qué había en esa hoja que las personas que abandonaban el barco no querían que viesen otros ojos?

La nevera que había en esa cocina de estilo campestre, un frigorífico enorme, medio oxidado, modelo americano, de color crema y beis, no era muy común en el Reino Unido en los años ochenta, se imagina Libby. Lo abre y le echa un vistazo al interior. Motas de moho, un par de cubiteras de plástico resquebrajadas y rotas, nada más. En los aparadores halla cazuelas esmaltadas, un paquete de harina tan viejo que se ha convertido en un ladrillo. Hay un conjunto de pocillos blancos, una tetera cromada, vetustos tarros de especias y hierbas aromáticas, un soporte para tostadas, una bandeja grande pintada de negro. Rasca la superficie para revelar el núcleo de plata. Se pregunta por qué le daría a alguien por pintar de negro una bandeja de plata.

De pronto se detiene. Ha oído algo. Una especie de movimiento en el piso de arriba. Devuelve la bandeja al aparador y se para al pie de la escalera. Vuelve a oír el mismo sonido, una especie de golpe sordo. Se le acelera el pulso. Sube de puntillas hasta el descansillo. Vuelve a sonar. Y otra vez. Y entonces —su corazón dobla las pulsaciones cuando lo escucha— alguien se aclara la garganta.

El señor Royle, piensa, debe ser el señor Royle, el abogado. No puede ser nadie más. Ella había cerrado la puerta tras de sí al llegar. No le cabía duda.

—¿Hola? —dice en voz alta—. Hola. ¡Señor Royle!

Silencio. Un silencio inmediato y deliberado.

—¡Hola! —exclama de nuevo.

El silencio se asienta como un oso sobre la casa. Casi puede oír el pulso de una persona.

Recuerda todos los misterios que revelaba el artículo de la revista: los hijos que huyeron de la casa, la persona que se quedó a cuidarla; piensa en los garabatos de las paredes y en el trozo de tela que colgaba del radiador y los arañazos en los paneles de madera, en

la nota que habían dejado sus padres, en las rosas azules pintadas en su cuna, en los trozos de papel que habían arrancado de las paredes, en las manchas de sangre y en los pestillos por la parte exterior de las puertas de los dormitorios de los niños.

Luego le viene a la mente el jardín bien cuidado de su amiga April, su cuscús picante, el naranja fosforito de un Aperol Spritz, sus pies pegajosos en una piscina hinchable de agua helada. Piensa en Danny el tío bueno y los bebés que podrían tener juntos al cumplir los treinta. O antes. Sí, ¿por qué no antes? ¿Para qué posponerlo? Podría vender esta casa, deshacerse de su legado lóbrego y espantoso, de su nevera mohosa y de su jardín muerto, de la persona que golpeaba y se aclaraba la garganta en el ático. Podía venderla ya, hacerse rica, casarse con Danny y tener hijos. Lo que hubiera sucedido allí ya le daba igual. No le apetecía saber más.

Rebusca en su bolso para encontrar las llaves, cierra la gran puerta de madera y el candado del portillo, emerge con alivio a la ardiente acera y saca el móvil.

Guárdame un poco de cuscús. Llego
en una hora.

13

Lucy revisa su violín bajo la tenue luz de la tienda de reparación de instrumentos. Se lo coloca bajo la barbilla y toca a toda prisa una escala y un arpegio de tres octavas en la mayor para comprobar la uniformidad de la calidad del sonido y la ausencia de reverberaciones indeseadas.

Sonríe a monsieur Vincent.

—Es maravilloso —le dice en francés—. Suena mejor que antes.

Se le ablanda el corazón en el pecho. No se había dado cuenta, en medio de lo horrendo de dormir en la playa o bajo el puente de la autopista, de lo duro que había sido separarse de su instrumento ni de la cantidad de ira que había albergado contra los capullos borrachos que se lo habían roto. Y, más aún, no se había percatado de cuánto había añorado tocar.

Cuenta los billetes de veinte mientras los va dejando sobre el mostrador. Monsieur Vincent escribe un recibo, lo arranca de la libreta y se lo da. Luego saca dos chupachups de un expositor y le da uno a cada niño.

—Cuida de tu madre —le dice a Marco—. Y de tu hermana.

Ya estaba a punto de anochecer y el aire comenzaba a refrescar. A la salida de la tienda, Lucy desenvuelve el celofán del chupachups de Stella y se lo da. Luego se encaminan hacia el centro, a la zona turística, con los niños disfrutando de sus golosinas, el perro olisqueando el suelo ardiente en busca de huesos de pollo o helados caídos. Lucy sigue sin tener apetito. Ver a Michael se lo había quitado por completo.

Los comensales tempraneros habían llegado: veraneantes de la tercera edad o familias con niños pequeños. Este público es más duro de roer que el que vendrá después. Los vespertinos ya llevan alguna

copa encima y no les avergüenza acercarse a la mujer de la falda de gasa y corsé, de brazos fibrosos y morenos, de generosos pechos, *piercing* en la nariz y pulsera en el tobillo, con sus dos niños, guapísimos y agotados, sentados en una esterilla detrás de ella, a la sombra, y el jack russell desaliñado con la cabeza reposada sobre las patas. No los distraen bebés irritables a los que se les ha pasado la hora de irse a la cama. Ni se preguntan si se gastará el dinero en bebida o en drogas, si los niños y el perro son solo de atrezo, si les pegará cuando regresen a casa si no ha ganado suficiente dinero. Ha oído de todo a lo largo de los años. La han acusado de todo. Tiene la piel bien curtida.

Saca la gorra de la mochila. Antes Marco la llamaba la «gorra del dinero», ahora la llama la «gorra de pedigüeño». La odia a muerte.

La deja en el suelo delante de ella y abre la funda del violín. Echa un vistazo para ver si sus hijos están bien. Marco tiene un libro que leer. Stella está coloreando. Marco la mira, cansado.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

Cuánta energía adolescente, cuántos meses hasta que cumpla los trece.

—Hasta que consiga dinero para pagar una semana en el Blue House.

—¿Cuánto es?

—Quince euros la noche.

—No sé por qué no le pediste más dinero a mi padre. Le sobra. Podría haberte dado otros cien. Fácil.

—Marco. Ya sabes por qué. Ahora, por favor, déjame hacer mi trabajo.

Marco chasquea la lengua y alza las cejas; luego deja que sus ojos bajen hacia el libro.

Lucy se lleva el violín a la barbilla, adelanta el pie derecho, cierra los ojos, respira hondo y toca.

Resulta ser una buena noche; la tormenta de la anterior ya ha pasado y ha calmado el éter, ya no hace tanto calor y la gente está más relajada. Hay muchos espectadores. Ella toca canciones de Pogues y de Dexys Midnight Runners; durante la versión de *Come On Eileen* calcula que caen en la gorra unos quince euros más o menos. La gente

baila y sonríe; una pareja de treintañeros le da un billete de diez porque se acaban de comprometer. Una mujer mayor la da cinco porque su padre tocaba el violín y le ha traído recuerdos de una infancia feliz. A las nueve y media Lucy ha tocado en tres sitios distintos y ha ganado casi setenta euros.

Coge a los niños, al perro y las bolsas. Stella apenas es capaz de mantener los ojos abiertos y Lucy siente nostalgia de la época en la que podía meterla en el carrito al final de la noche y luego trasladarla directamente a la cama al llegar. Pero ahora tiene que despertarla, obligarla a caminar, intentar no gritarle cuando se queja de que está cansada.

El Blue House está a diez minutos de distancia, en plena cuesta de la colina del parque del Castillo. Es un edificio largo y estrecho, pintado de azul celeste, una casa urbana elegante en sus tiempos, construida allí por las vistas al Mediterráneo, aunque ahora está desconchada y gris y machacada por las inclemencias del tiempo, con las ventanas rajadas y hiedras enganchadas a los canalones. Un tal Giuseppe la compró en los años sesenta, dejó que decayera y luego la vendió a un casero, que la llenó de personas sin techo, a razón de una familia por dormitorio, baño compartido, cucarachas, sin ningún servicio adicional, pago en efectivo. El casero le ha cedido a Giuseppe un apartamento de una estancia en el entresuelo a cambio de que se encargue del mantenimiento y la gestión y de que le pague una pequeña mensualidad.

Giuseppe adora a Lucy.

—Si tuviese una hija —le dice siempre—, sería igualita que tú. Lo juro.

Cuando le rompieron el violín, Lucy había dejado de pagar el alquiler y estuvo varias semanas esperando y esperando a que el casero la echase. Entonces otro inquilino le dijo que Giuseppe le había pagado su parte. Ese mismo día había hecho las maletas y se había marchado sin decir adiós.

Lucy está nerviosa al acercarse al Blue House; entra en pánico. ¿Y si Giuseppe no tiene ninguna habitación disponible? ¿Y si le guarda rencor por haberse marchado a la francesa y le cierra la puerta en las narices? ¿Y si ya no está? ¿Y si ha muerto? ¿Y si la casa ha sido pasto de las llamas?

Pero él se acerca a la puerta, mira por el hueco que deja la

cadena de seguridad y sonríe, un muro de dientes marrones a través de un arbusto de barba canosa. Vislumbra el violín en la funda y se le ensancha la sonrisa.

—Mi niña —dice mientras descorre la cadena y abre la puerta—. Mis niños. ¡Mi perro! ¡Entrad!

El perro se vuelve loco de contento, salta a los brazos de Giuseppe y casi lo tira de espaldas. Stella le envuelve las piernas en un abrazo y Marco se acerca a él y le permite que le dé un beso en la coronilla.

—Tengo setenta euros —dice ella—. Nos da para varias noches.

—Tienes el violín. Quédate todo el tiempo que quieras. Estás más delgada. Todos habéis adelgazado. Solo tengo pan. Y algo de jamón. No es del bueno, pero tengo mantequilla rica, así que...

Lo siguen al interior del apartamento. El perro salta al sofá de inmediato y se hace una bola, mira a Lucy como diciendo «al fin». Giuseppe va hacia la cocina americana y regresa con pan, jamón y tres botellas de Orangina, con sus característicos hoyuelos. Lucy se sienta al lado del perro, le acaricia el cuello y exhala, nota que se le destensan las entrañas y se le vuelven a asentar. Y luego mete la mano en la mochila para buscar el teléfono. Se quedó sin batería en algún momento de la noche. Encuentra el cargador y le dice a Giuseppe:

—¿Puedo cargar el móvil?

—Claro, cielo. Aquí tienes un enchufe libre.

Lo enchufa y mantiene presionado el botón, a la espera de que vuelva a la vida.

La notificación sigue ahí.

«El bebé cumple veinticinco.»

Se sienta con sus hijos alrededor de la mesilla central y los mira comer el pan con jamón. Las humillaciones de la semana que termina comienzan a desvanecerse, como pisadas sobre la arena. Sus hijos están a salvo. Hay comida. Tiene el violín. Y una cama donde dormir. Tiene dinero en el bolso.

Giuseppe también contempla a los niños comer. La mira a ella y sonríe.

—Qué preocupado me teníais. ¿Dónde os habíais metido?

—Ah —dice sin darle importancia—, en casa de un amigo.

—N... —comienza Marco.

Ella le da un codazo y se gira hacia Giuseppe.

—Un pajarito me contó lo que has hecho, malandrín. Y no podía permitirlo. No era capaz. Y sabía que si te lo contaba, me habrías convencido para que nos quedásemos. Así que tuve que escaparme y, en realidad, no nos ha ido mal. Nos ha ido perfectamente. ¡No hace falta más que vernos! Estamos todos bien.

Se pone al perro sobre el regazo y lo achucha.

—¿Y has recuperado el violín?

—Sí, aquí lo tengo. Y bien, ¿hay alguna habitación libre? No tiene que ser la que solemos ocupar. Puede ser cualquiera. Cualquiera nos sirve.

—Tengo una, pero está en la parte de atrás, así que no tiene vistas. Es algo oscura. Y la ducha está rota, solo es un grifo. Te la dejo por doce euros la noche.

—Sí —responde Lucy—. ¡Sí, por favor!

Deja al perro sobre el sofá y se levanta para abrazar a Giuseppe. Huele a polvo y a vejez, un poco a mugre, pero le da igual.

—Gracias —le dice—, muchas gracias.

Esa noche duermen los tres en una cama de matrimonio diminuta en la oscura habitación de la parte de atrás de la casa, donde el sonido de los neumáticos chirriando en el asfalto ardiente compite con el traqueteo de un ventilador de plástico malo que oscila por la estancia, el televisor de los del cuarto de al lado, una mosca atrapada entre las cortinas y la ventana. Stella le ha puesto el puño en la cara a su madre, Marco gime levemente en sueños y el perro ronca. Pero Lucy duerme profunda, serena y largamente por primera vez desde hace más de una semana.

14

Chelsea, 1988

Aquel día, 8 de septiembre de 1988, debería haber sido mi segundo día en el instituto, pero probablemente ya hayáis adivinado que no llegué a ir a mi tan ansiada escuela de mayores ese año, el centro donde conocería a mis almas gemelas, a mis amigos para toda la vida, a mi gente. De vez en cuando, ese verano le iba preguntando a mi madre: «¿Cuándo iremos a Harrods a comprar mi uniforme?». Y ella me decía: «Mejor esperamos al final de las vacaciones, por si pegas un estirón». Cada día se acercaba más el final de las vacaciones y aún no habíamos ido a Harrods.

Tampoco habíamos ido a Alemania. Solíamos ir una semana o dos a visitar a mi abuela a su espaciosa casa de la Selva Negra, con su piscina desmontable cuya agua siempre estaba helada y llena de pinaza. Sin embargo, ese verano no nos lo podíamos permitir, según parecía, y si no podíamos pagarnos el vuelo a Alemania, entonces, ¿cómo narices, me preguntaba yo, íbamos a hacerles frente a las mensualidades del colegio?

A principios de septiembre mis padres estaban rellenando solicitudes de plaza en colegios públicos y metiendo nuestros nombres en listas de espera. Nunca verbalizaron que tuviésemos problemas económicos, pero resultaba obvio. Pasé días con dolor de estómago por culpa del miedo a que se metiesen conmigo en un instituto de mala muerte.

Ah, qué preocupaciones tan nimias e insignificantes. Qué inquietudes tan banales. Recuerdo a mi yo de once años: un niño ligeramente excéntrico, de estatura estándar, complexión delgada, con los ojos azules de mi madre, el pelo color avellana de mi padre, las rodillas como patatas clavadas en palos, una tensión reprobadora en los finos labios, una actitud ligeramente altiva, un niño mimado

convencido de que los capítulos de su vida habían sido cuidadosamente redactados y se sucederían en consecuencia; lo recuerdo y me dan ganas de abofetear su estúpida, desdeñosa y soñadora carita.

Justin estaba en el jardín, agachado, toqueteando las plantas que cultivaba.

—Hierbas de boticario; su sembrado, cultivo y uso —me había explicado con su pronunciación semicomatosa—. Las empresas farmacéuticas pretenden corromper el planeta. En veinte años seremos todos adictos a las medicinas con receta y la seguridad social se arruinará para pagar las golosinas de un país enfermo. Quiero dar marcha atrás en el tiempo y usar lo que nos da la tierra para paliar los males cotidianos. No necesitas siete compuestos químicos distintos para curar un dolor de cabeza. Tu madre dice que prefiere dejar de tomar pastillas y comenzar a usar mis infusiones.

Le lancé una mirada. Éramos una familia de pastilleros. Tomábamos pastillas para la alergia, pastillas para el catarro, pastillas para los dolores de tripa y de cabeza, para los dolores de crecimiento y para las resacas. Mi madre incluso tenía pastillas para lo que ella llamaba sus «sentimientos tristes». Mi padre tenía pastillas para el corazón y para que dejase de caérsele el pelo. Pastillas por todas partes. Y ahora, según parecía, íbamos a cultivar hierbas y a fabricar nuestras propias medicinas. No se lo tragaba nadie.

Mi padre había sufrido una apoplejía leve ese verano. Le había quedado como secuela una ligera cojera, también arrastraba las palabras y había dejado de ser él mismo de una forma apenas descriptible. Verlo así mermado me hizo sentir extrañamente desprotegido, como si ahora hubiese una pequeña pero relevante brecha en las defensas familiares.

Su médico, un hombre seco como la mojama y de edad indeterminada llamado doctor Broughton, que vivía y regentaba una consulta en una casa de seis pisos al doblar la esquina, vino a visitarlo cuando mi padre volvió a casa tras pasar una noche en observación en el hospital. Mi padre y él fumaron puros en el jardín y hablaron sobre

su pronóstico.

—Yo diría, Henry, que lo que necesitas es hacer rehabilitación a cargo de un buen fisioterapeuta. Por desgracia, todos los fisioterapeutas que conozco son horribles.

Se rieron y mi padre dijo:

—No estoy seguro. Ya no estoy seguro de nada. Pero lo probaré encantado. Probaré lo que sea para poder volver a ser quien era.

Birdie estaba arreglando el huerto de Justin. Hacía calor y llevaba un top de muselina que le transparentaba los pezones. Se quitó el sombrero de tela y se puso delante de mi padre y su médico.

—Yo conozco a alguien —dijo, con las manos sobre las caderas —. Conozco a alguien alucinante. Es un obrador de milagros. Usa energía. Puede mover el *chi* por el cuerpo. Ha curado el dolor de espalda a algunos de mis amigos. Y las migrañas. Le diré que venga de visita.

Oí que mi padre comenzaba a protestar, pero Birdie lo cortó.

—No. En serio, Henry. Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Lo minimísimo. Lo llamaré ahora mismo. Se llama David. David Thomsen.

Estaba en la cocina con mi madre, viendo cómo preparaba bollitos de queso, cuando sonó el timbre aquella mañana. Mi madre se limpió las manos en el delantal, se ajustó las puntas de su media melena rizada de permanente con aire nervioso y dijo:

—Ah, deben de ser los Thomsen.

—¿Quiénes son los Thomsen? —pregunté yo, que no recordaba la recomendación que le había hecho Birdie a mi padre hacía una semana.

—Unos amigos —dijo alegremente—. De Birdie y Justin. El marido es fisioterapeuta. Va a ayudar a tu padre a intentar que recupere la forma. Y ella es profesora. Os va a dar clase en casa durante un tiempo. ¿No te parece genial?

No tuve ocasión de pedirle a mi madre que explicase más en profundidad este dato tan apresuradamente introducido y bastante sorprendente antes de que hubiese abierto la puerta.

Con la mandíbula ligeramente entreabierta, los vi entrar en tromba.

Primero, una niña, de unos nueve o diez años. Media melena negra, peto con las perneras recortadas, rodillas raspadas, un pegote de chocolate esparcido por la mejilla, un leve aire de energía contenida. Su nombre, al parecer, era Clemency.

Y luego un niño, de mi edad, quizá algo mayor, rubio, alto, pestañas oscuras y largas que acariciaban los bordes de unas mejillas bien definidas, las manos en los bolsillos de unos pantalones cortos, azules y elegantes, un flequillo que se apartaba de los ojos sin esfuerzo y con algo más que un poco de desenfado. Se llamaba Phineas. Phin, se nos comunicó, para los amigos.

Su madre fue la siguiente. De hueso ancho, pálida, sin apenas pecho, larga melena rubia y una actitud ligeramente nerviosa. Esta, como pronto descubriría, era Sally Thomsen.

Y detrás de todos, alto, de hombros anchos, delgado, moreno, con pelo corto y negro, ojos de un azul intenso y una boca generosa, estaba el padre. David Thomsen. Me asió la mano con fuerza y la rodeó con la otra.

—Un placer conocerte, jovencito —dijo con una voz baja y suave.

Luego me soltó la mano y puso los brazos en alto.

Nos sonrió, uno por uno, y añadió:

—Encantado de conoceros a todos.

David insistió en invitarnos a cenar esa noche. Era jueves, aún hacía calor. Me pasé bastante rato acicalándome no solo en el sentido de asegurarme de que mi ropa estuviese limpia y mi pelo peinado y mis gemelos rectos, sino de una forma más afectada. Phineas me había resultado fascinante no solo por su gran belleza, sino también por su estilo a la hora de vestir. Además de los pantalones cortos azules, llevaba un polo rojo con rayas blancas en el cuello y unas zapatillas de deporte de marca Adidas con calcetines tobilleros blancos. Rebusqué en mi armario para dar con algo que produjera esa misma sensación de espontaneidad. Todos los calcetines me llegaban hasta media pantorrilla; la única que tenía calcetines tobilleros era mi hermana. Todos mis pantalones cortos eran de lana y mis camisas, de botones. Incluso consideré ponerme la ropa de Educación Física, pero enseguida lo descarté cuando me di cuenta de que seguía metida en la bolsa, donde la había dejado tras la última clase. Al final me decidí

por una camiseta lisa azul y unos vaqueros, y las zapatillas de deporte. Intenté que el mechón que me salía en el nacimiento del pelo me cayese sobre la ceja, como el de Phineas, pero se empeñaba en quedarse en su sitio. Me pasé unos veinte segundos mirándome en el espejo antes de salir del cuarto, detestando la fealdad de mi estúpida cara, la insulsez de mi camiseta, el corte anodino de mis vaqueros de la marca John Lewis for Boys. Emití un sonido estrangulado entre dientes, le di una patada a la pared y me dirigí al piso de abajo.

Allí estaba Phin, en el pasillo, sentado en una de las dos enormes sillas de madera que enmarcaban la escalera. Leía un libro. Lo miré a través de la balaustrada durante unos momentos antes de entrar. Era la persona más bella que había visto en mi vida. Me noté enrojecer al mirar sus contornos: el delicado perfil de sus labios que parecía modelado a partir de la arcilla más roja que existe, como si un dedo hubiese dejado su huella en ella. Su piel era como gamuza extendida sobre dos mejillas que parecían querer atravesarla. Incluso tenía la emocionante insinuación de un bigote.

Se retiró el flequillo de nuevo y luego alzó la vista desinteresadamente para verme descender; sus ojos volvieron rápidamente al libro. Quería preguntarle qué estaba leyendo, pero no lo hice. Me sentí incómodo, no sabía dónde ni cómo ponerme. Pero pronto aparecieron los demás: primero mis padres, luego Clemency, que vino con mi hermana, ambas charlando con total confianza, luego Sally, después Justin y Birdie y, por último, al fin, y casi rodeado por un halo de luz en lo alto de las escaleras, David Thomsen.

¿Qué puedo contarte sobre David Thomsen desde la perspectiva de un niño? Pues, para empezar, que era un hombre muy guapo. No tenía una belleza suave, casi femenina, como la de su hijo, sino que era bello en un sentido más tradicional. Tenía una densa barba de media tarde que parecía que se había pintado, unas cejas pobladas y definidas, una energía animal, un poder potente. Tenía la capacidad de hacer que cualquiera que estuviese a su lado pareciese inferior a él, incluso cuando no lo eran. Me horrorizaba tanto como me fascinaba. Y te puedo asegurar que mi madre se comportaba de forma muy extraña cuando él estaba presente; no es que se mostrara coqueta, sino más bien cautelosa, como si no se fiara de sí misma en su presencia. Era

creído y sensato, cálido y frío. Lo odiaba, pero comprendía por qué la gente lo adoraba. No obstante, todo eso estaba aún por venir. Lo primero de todo fue aquella primera cena en aquella primera noche cuando todos mostramos nuestras mejores caras.

Nos apretujamos alrededor de una mesa larga en Chelsea Kitchen, que era solo para ocho comensales. A los niños nos habían relegado a uno de los extremos, lo que significó que me encontré codo con codo con Phineas. Me electrizaba de tal manera estar cerca de él, tenía las terminaciones nerviosas tan a flor de piel, mi cuerpo estaba tan preparado y ansiaba con tal intensidad algo que era aún demasiado joven para comprender, que no me quedó más remedio que darle la espalda.

Miré hacia el otro extremo de la mesa, hacia mi padre, que estaba sentado a la cabecera.

Al verlo noté que algo en mi interior caía en picado, como un ascensor cuya cuerda se rompe y se precipita al vacío por el hueco. No comprendí lo que sentía, pero te aseguro que experimenté un aterrador momento premonitorio. Había visto a mi padre disminuido por la presencia de David Thomsen, que era desmesuradamente alto, y su agarre en la presidencia de la mesa, en tiempos tan incuestionable y definido, me pareció endeble. Incluso sin tener en cuenta el daño causado por la apoplejía, todos los presentes éramos más inteligentes que él, hasta yo. No iba bien vestido, su chaqueta le apretaba demasiado, el toque ostentoso de un pañuelo de color rosa oscuro que asomaba de su bolsillo desentonaba con el óxido de su pelo. Lo vi removerse en la silla; noté que la conversación se le escapaba como las nubes en un día de viento. Lo vi contemplar la carta más tiempo del necesario. Vi a David Thomsen inclinarse sobre la mesa hacia mi madre para enfatizar una opinión y luego volver a recostarse para observar su respuesta.

Vi todo eso, vi todo eso, y supe entonces, de un modo subliminal pero horriblemente incómodo, que había dado comienzo una lucha de poder justo delante de mis narices y que incluso entonces, en el minuto cero, mi padre ya iba perdiendo.

15

El lunes por la mañana, Libby llega veinte minutos tarde al trabajo.

Dido la mira sorprendida. Libby nunca llega tarde.

—Estaba a punto de llamarte —le dice—. ¿Va todo bien?

Libby asiente, se saca el móvil del bolso, luego el cacao labial y la rebeca, mete el bolso debajo de la mesa, se suelta el pelo, se lo vuelve a atar, arrastra la silla y se sienta pesadamente.

—Perdón —dice al fin—. No he dormido en toda la noche.

—Te lo iba a comentar ahora mismo —dice Dido—. Tienes un aspecto horrible. ¿Por el calor?

Asiente. Pero no ha sido cosa del calor. Ha sido lo que le ronda la cabeza.

—Ahora te traigo un café bien fuerte.

Normalmente Libby diría no, no, no, ya lo cojo yo. Pero hoy siente las piernas tan pesadas, la cabeza tan nublada, que asiente y le da las gracias. Observa a Dido preparar el café y se siente confortada por su pelo negro teñido, su mano en el bolsillo de su vestido túnica negro, sus diminutos pies plantados a buena distancia el uno del otro y enfundados en voluminosas zapatillas de deporte de terciopelo de color verde oscuro.

—Aquí tienes —dice Dido al posar la taza en la mesa de Libby—. Espero que te ayude.

Libby conoce a Dido desde hace cinco años. Sabe un montón de cosas sobre ella. Sabe que su madre fue una poetisa de renombre y que su padre, editor de un periódico famoso, se crio en una de las casas más ilustres de St. Albans y que su educación corrió a cargo de una institutriz. Sabe que su hermano menor murió a los veinte años y que ella lleva once sin practicar sexo. Sabe que vive en una casita en los confines de la finca de sus padres y que aún tiene el caballo que montaba de adolescente, y también que se llama *Spangles*. Sabe que sus padres no le legaron la casa a ella, sino a la Fundación Nacional

para los Lugares de Interés Histórico o de Belleza Natural y que a ella eso le da igual.

Sabe que a Dido le gusta el té PG Tips, Benedict Cumberbatch, los caballos, la gianduja, el agua de coco, la serie *Doctor Who*, los sobrecolchones caros, el perfume Orange Blossom, de la marca Jo Malone, los revueltos, el restaurante Nando's y los tratamientos faciales. Pero jamás ha ido a su casa ni ha conocido a su familia ni a sus amigos. Nunca ha visto a Dido fuera de su horario de trabajo, aparte de en la fiesta navideña anual en el hotel pijo que hay al final de la calle y en alguna que otra fiesta de despedida de algún compañero. En realidad, no sabe quién es Dido.

Pero ahora la mira y de pronto le resulta a todas luces evidente que es la persona que ella necesita en ese mismo instante. El sábado se sentó en el jardín trasero de April a coquetear un poco con Danny —que al final no estaba tan bueno, tenía cara de niño de ocho años y unas manos diminutas— y se había dedicado a buscar a alguien con quien hablar sobre los acontecimientos demenciales que le estaban sucediendo; sobre la casa y el artículo de la revista y los padres muertos y la persona que tosía en el ático. Pero lo único que vio fueron personas como ella misma, normales, con vidas comunes y corrientes; gente que aún vivía con sus padres o en pisos diminutos con parejas o amigos, gente con los préstamos para costearse los estudios sin pagar, con trabajos ordinarios, con sueños mediocres, bronceados falsos, perros en bolsos, dientes blancos, pelo limpio. Se había visto encasillada entre dos lugares dolorosamente dispares y se había ido antes de las once, había regresado a casa con su portátil y se había sumergido en los comentarios de internet sobre lo que le había pasado a Serenity Lamb.

Pero aquello había generado más preguntas que respuestas, y al final había bajado de golpe la tapa del ordenador a las dos de la madrugada y se había ido a la cama, donde su descanso había sido inestable, sus sueños llenos de encuentros y argumentos extraños.

—Necesito consejo —le dice a Dido ahora—. Sobre el tema de Chelsea.

—Ah, sí —dice ella mientras frota el disco extragrande que le cuelga de una cadena alrededor del cuello—. ¿Qué tipo de consejo?

—Bueno, en realidad solo me hace falta alguien con quien hablar del tema. Sobre... casas. Me imagino que tú sabrás bastante de eso.

—Bueno, sé de una casa. No de casas en general. Pero sí, por qué no. Ven a cenar.

—¿Cuándo?

—¿Esta noche te va bien?

—Sí —contesta Libby—. Sí, por favor.

La casita de Dido es preciosa. Es simétrica, con la puerta en medio, tiene ventanas decorativas, un rosal de flores diminutas rodea la puerta y fuera está su reluciente Fiat Spider negro, con su techo retráctil de color beis. El coche pega muy bien con la casa, y viceversa, y Libby no puede evitar sacar el móvil del bolso y tomar una foto para Instagram. Dido la saluda en la puerta con unos pantalones anchos de estampado floral y una camiseta de tirantes negra. Unas gafas de sol rojas y enormes le retiran el pelo de la cara, y va descalza. Libby solo la había visto con los poco agraciados zapatos que suele llevar al trabajo, de modo que se sorprende al ver dos pequeños y blancos pies, con una pedicura perfecta en un tono rosa palo.

—Qué casa tan bonita —le dice al traspasar el umbral hasta un pasillo blanco con suelo de terracota—. Preciosa.

La casa de Dido está llena de lo que Libby asume que deben ser reliquias y herencias; no hay nada de TK Maxx. Las paredes están atiborradas de arte abstracto deslumbrante y Libby recuerda que Dido le mencionó alguna vez que su madre también era artista. Dido atraviesa unas puertas cristaleras para llegar a la parte de atrás de la casa, al pequeño pero perfecto jardín rural, donde se sientan en unas sillas *vintage* de ratán de la marca Lloyd Loom tapizadas con motivos florales. Libby, al ver la parte trasera de la casa de su amiga, piensa que quizá a Dido no le haga falta el dinero. Que quizá su trabajo de diseñadora de cocinas pijas sea solo una pequeña afición.

Dido saca un bol de ensalada de quinoa y aguacate, otro de patatas cocidas con mantequilla, una rebanada de pan de centeno y dos flautas de champán para el *prosecco* que Libby ha traído.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunta Libby mientras unta mantequilla en el pan.

—Desde los veintitrés, cuando regresé de Hong Kong. Esta casita era de mi madre. La reservó para mí. Mi hermano, claro está, iba a

heredar la casa grande, pero, bueno, hubo un cambio de planes...

Libby sonríe sin emoción. «La casita», «la casa grande». Eran dos mundos aparte.

—Qué pena —dice.

—Sí —Dido asiente—. Pero la casa grande es una maldición. Me alegro de no tener nada que ver con ella.

Libby asiente. Hacía una semana no era capaz de imaginar que una casa grande podía ser una maldición, ahora está más próxima a comprenderlo.

—Bueno, cuéntame cosas sobre tu casa. Quiero saberlo todo.

Libby le da un sorbo al *prosecco*, deja la copa sobre la mesa y luego se recuesta en la silla.

—He encontrado un artículo —comienza—, en *The Guardian*. Sobre la casa. Sobre mis padres. Sobre mí.

—¿Sobre ti?

—Sí —dice Libby mientras se refriega los codos—. Es todo un poco extraño. Verás, a mí me adoptaron de bebé, antes de cumplir un año. La casa de Chelsea pertenecía a mis padres biológicos. Y según el artículo, nací en una secta.

La palabra sonó terrorífica al salir de su boca. Había intentado con todas sus fuerzas evitar pronunciarla, incluso pensarla. Está tan lejos de la patética fantasía que llevaba toda la vida imaginando... Ve que Dido se llena de entusiasmo.

—¡Qué!

—Una secta. Según el artículo, había una especie de sociedad secreta en la casa de Chelsea. Vivía allí mucha gente. Y de forma espartana. Dormían en el suelo. Vestían túnicas que fabricaban ellos mismos. Y aun así... —Mete la mano en el bolso y saca la copia impresa del artículo—. Mira, estos eran mis padres, seis años antes de que yo naciera, en una gala benéfica. Míralos bien.

Dido toma el artículo de sus manos y lo contempla.

—Madre mía —exclama—, qué glamur.

—¡A que sí! Mi madre era de la alta sociedad. Tenía una empresa de relaciones públicas en el campo de la moda. Incluso estuvo comprometida con un príncipe austríaco. Es preciosa.

Ver la cara de su madre había sido extraordinario; había algo de Priscilla Presley en el cabello teñido de negro y los ojos de un azul intenso. Su madre había consumado todas y cada una de sus fantasías

infantiles, incluso la de trabajar de relaciones públicas. Su padre..., bueno, iba muy bien vestido, pero era más bajo de lo que se había imaginado, más que su madre, y mostraba una inclinación de la barbilla algo arrogante, pero había algo en su mirada que lo hacía parecer a la defensiva, como si esperase algún tipo de problema. Tenía el brazo alrededor de la cintura de Martina Lamb, solo quedaban a la vista las puntas de los dedos; ella aferraba un chal de seda alrededor de sus hombros con sus dedos llenos de anillos, y se le marcaban los huesos de la cadera en la tela de su traje de noche. Esa era, según el artículo, la última imagen de la «famosa pareja» antes de su desaparición de la vida pública, hasta que los hallaron muertos siete años después en el suelo de la cocina.

—Tenía un hermano y una hermana —dice, y siente el impacto de expulsar esas palabras de su boca demasiado deprisa, sin dejar espacio entre ellas.

Dido levanta la vista para mirarla.

—Vaya —comenta—. ¿Y qué fue de ellos?

—Nadie lo sabe. El abogado cree que están muertos.

Y ahí estaba. El más pesado de todos los pesados hechos que la llevaban anclando al suelo desde hacía varios días. Cae entre las dos, tan pesado como un martillo.

—Dios —dice Dido—. Qué... O sea, ¿cómo puede ser posible?

Libby se encoge de hombros.

—Un vecino llamó a la policía. Encontraron a mis padres y a otro hombre muertos en la cocina. Se habían suicidado, una especie de pacto. Y allí estaba yo, con mis diez meses de edad, sana y contenta, metida en una cuna en el piso de arriba. Pero ni rastro de mi hermano ni de mi hermana.

Dido se recuesta en la silla con la boca entreabierta. Se queda callada durante un instante.

—Vale. —Se pone recta y se masajea las sienes con las palmas de las manos—. Entonces, había una secta. Y tus padres se suicidaron con un tipo desconocido...

Libby asiente.

—Se envenenaron con plantas que habían cultivado en el jardín.

A Dido se le vuelve a descolgar la mandíbula.

—Claro —dice en tono seco—. Cómo no. Joder. ¿Y luego qué pasó?

—Había más gente viviendo en la casa. Quizá otra familia, con hijos. Pero cuando llegó la policía, no encontraron a nadie. Solo los cadáveres y a mí. Todos los niños habían... desaparecido. Nunca se volvió a saber nada de ellos.

Dido se estremece y se lleva una mano al pecho.

—¿De tus hermanos tampoco?

—Tampoco —confirma Libby—. Apenas se los había visto en los años anteriores. Los vecinos asumían que estaban en un internado. Pero ninguna escuela los reconoció como alumnos suyos. Uno de los dos debió de quedarse en la casa tras la muerte de mis padres, porque según parece alguien me había cuidado. Tenía el pañal limpio. Y cuando me sacaron de la cuna, encontraron esto. —Se saca la pata de conejo del bolso y se la pasa a Dido—. Estaba entre las mantas.

—Para que te diese buena suerte —comenta Dido.

—Supongo —responde Libby.

—Y el otro tío que murió —pregunta Dido—, ¿quién era?

—Nadie lo sabe. No encontraron ningún documento identificativo, solo sus iniciales en la nota de suicidio. Nadie lo reconoció a partir de los bocetos policiales. La teoría que más peso tiene es que fuese un vagabundo. Un gitano, quizá. Lo que podría explicar también eso. —Señala la pata de conejo que aún sostiene Dido.

—Gitano —Dido masajea la palabra con deleite—. Madre mía.

—Y la casa es muy rara. Oscura. Fui el sábado por la mañana y oí algo. En el piso de arriba.

—¿Qué clase de algo?

—Más bien a alguien. Que se movía. Y tosía.

—¿Estás segura de que no se trataba de los vecinos?

—Puede que fueran ellos. Pero te juro que parecía que venía del piso superior de la casa. Y ahora me da demasiado miedo volver. Creo que debería ponerla a la venta, deshacerme de ella y pasar página. Pero...

—¿Tus hermanos?

—Mis hermanos. La verdad. Mi historia. Todo está en esa casa y, si la vendo, tal vez jamás llegue a descubrir lo que pasó en realidad.

Dido se queda mirando el artículo un momento. Luego alza la vista hacia Libby.

—Mira —dice, y apunta a la parte superior de la página con el

dedo—. Él. El periodista. —Aguza la vista para descifrar el nombre—. Miller Roe. Ese es tu hombre. Tienes que contactar con él. Imagínate lo alucinado que se quedará al ver un correo tuyo en su bandeja de entrada después de todo el trabajo de investigación que ha llevado a cabo. Serenity Lamb en persona. Con pata de conejo incluida.

Ambas se quedan en silencio durante un instante y sus miradas descienden al amuleto, que se encuentra sobre la mesa de jardín bajo los rayos de la suave y moteada luz vespertina.

Libby toma el artículo de las manos de Dido y mira el nombre del autor. «Miller Roe.» Un nombre poco común. Bastante fácil de buscar en Google. Saca el móvil del bolso y teclea. En menos de un minuto ya tiene su dirección de correo electrónico de *The Guardian*. Gira la pantalla para enseñársela a Dido. Esta asiente con actitud sabia.

—Buen trabajo —admite. Luego toma su copa de *prosecco* y la alza hacia Libby—. Por Serenity Lamb —brinda— y por Miller Roe. Que el uno dilucide la verdad sobre la otra.

16

Lucy se despierta a las cinco y media de la mañana. Se desliza con cuidado para salir de la cama y el perro se levanta de un brinco y la sigue hasta la cocina. Sus garras repiquetean sobre el linóleo. Giuseppe ha dejado bolsitas de té, café soluble y una bolsa de plástico con trozos de *brioche* de chocolate sobre la encimera. También hay una botella de leche en el frigorífico. Lucy pone agua a hervir, luego se sienta en una silla de plástico que hay en el rincón y mira la ventana, que está cubierta con una cortina. Un momento después, se levanta y abre la cortina, luego se sienta y contempla el edificio de enfrente, las ventanas oscuras reflejan el naranja de la aurora, las paredes grises se vuelven rosas durante unos instantes. El cielo es de color azul detergente y está lleno de pájaros que vuelan en círculos. Aún no hay tráfico y el único sonido es el borboteo del agua a punto de hervir, el lamento de la llama que arde debajo.

Lucy mira el móvil. Nada. El perro la observa con intención. Abre la puerta del apartamento, y también la que da a la calle, intentando hacer el menor ruido posible; luego le hace un gesto al perro para que salga. Él pasa a su lado, levanta la pata contra el exterior del edificio y tras medio minuto vuelve a entrar.

Ya dentro, Lucy se acerca la mochila y abre uno de los bolsillos interiores. Allí está su pasaporte. Lo abre. Como sospechaba, había caducado hacía tres años. La última vez que lo había usado había sido cuando Marco tenía dos años y ella y Michael lo habían llevado a Nueva York a conocer a sus abuelos paternos. Se habían separado poco después y Lucy no lo había vuelto a necesitar.

Michael era quien le había sacado el pasaporte. Cuando estaba reservando su luna de miel en las Maldivas, le había dicho:

—Dame tu pasaporte, cariño. Necesito la información.

—No tengo pasaporte —había dicho ella.

—Pues vas a tener que renovarlo cuanto antes, o nos quedaremos

sin luna de miel.

Ella había suspirado y lo había mirado.

—Escucha —le había dicho—. No tengo pasaporte. Y punto. Nunca lo he tenido.

Él se había quedado parado y la había observado un momento. Podían verse los engranajes de su cerebro en el espacio entre sus labios abiertos.

—Pero...

—Vine a Francia en coche, de pasajera. Cuando era muy joven. Nadie me pidió la documentación.

—¿En el coche de quién?

—No lo sé. De alguien.

—Entonces, ¿de un desconocido?

—No, en realidad no.

—Pero ¿qué plan tenías? Si te hubiesen pedido el pasaporte, ¿qué habrías hecho?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo has sobrevivido hasta ahora? Es decir...

—Pues como me encontraste —había respondido ella secamente —, tocando el violín a cambio de calderilla. Alojándome en pensiones que pagaba noche a noche.

—¿Desde niña?

—Desde niña.

En aquel momento ella confiaba en él, en el alto y genial estadounidense con la sonrisa arrebatadora. En aquel momento, era su héroe, el hombre que la había ido a ver tocar cada noche durante casi un mes, que le había dicho que era la violinista más guapa que había visto en su vida, que la había llevado a su casa rosa palo, tan elegante, y que le había ofrecido toallas suaves para secarse tras haber pasado media hora en una ducha alicatada con azulejos dorados, que le había peinado el cabello húmedo y le había hecho estremecer cuando las yemas de sus dedos habían acariciado sus hombros desnudos, quien le había dado su ropa sucia a la criada para que la lavase, la planchase y se la devolviese doblada como un abanico de origami sobre el edredón de su cama, en la *suite* de invitados. En aquel momento no había más que caricias y asombro y delicadeza. Claro que confiaba en él.

De modo que le había contado todo, la historia al completo, y él la había mirado con sus ojos de color avellana y le había dicho:

«Tranquila, ahora estás a salvo. Estás a salvo». Y luego le había sacado el pasaporte. No tenía ni idea de dónde ni de quién lo había obtenido. La información no era del todo correcta: no coincidían ni su nombre, ni su fecha ni lugar de nacimiento. Pero era un buen pasaporte, que la había llevado a las Maldivas, ida y vuelta, a Barbados, a Italia, a España y a Nueva York, y nadie le había preguntado nada.

Ahora había caducado y no tenía forma de sacarse otro ni de regresar a Inglaterra. Por no mencionar el hecho de que ni los niños ni el perro tenían pasaporte.

Cierra el documento y suspira. Hay dos formas de salvar este obstáculo: una es peligrosa e ilegal y la otra solo peligrosa. La única alternativa que le queda es no ir.

Al pensar en esto su mente se llena de imágenes de su partida de Inglaterra, a los veinticuatro años. Rememora esos momentos tal como los ha rememorado mil veces antes: el sonido de la puerta al cerrarse a su espalda por última vez, al susurrar «Volveré pronto, te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo» entre dientes una docena de veces mientras corría por Cheyne Walk en la oscuridad de la noche cerrada, con el corazón desbocado, la respiración entrecortada, la pesadilla al mismo tiempo acabando y empezando.

17

Chelsea, 1988

Pasaron casi dos semanas antes de que Phineas Thomsen se dignara a hablar conmigo. O quizá fuese al revés, quién sabe. Seguro que él tiene su propia versión de los hechos. Pero según lo recuerdo yo (y obviamente toda esta historia es desde mi perspectiva personal) fue cosa suya.

Yo estaba, como siempre, en la cocina con mi madre, cotilleando su conversación con las mujeres que ahora parecían vivir en nuestra casa. Subliminalmente había determinado que espiar las conversaciones femeninas era la única manera de saber lo que sucedía en el mundo. Quien ignore la cháchara de las mujeres está desperdiciando una gran sabiduría.

A estas alturas Birdie y Justin llevaban viviendo con nosotros unos cinco meses, y los Thomsen, unas dos semanas. La conversación que se desarrollaba en la cocina ese día en concreto se solía repetir en ciclos de cuarenta y ocho horas: el irritante problema de dónde iban a instalarse Sally y David. Yo aún me aferraba patéticamente a la falacia de que Sally y David no iban a quedarse mucho tiempo. Cada ciertos días aparecía una posibilidad en el horizonte y se hablaba largo y tendido sobre ello, y la sensación de que Sally y David estaban a punto de mudarse flotaba brevemente, tentadora, en el aire hasta que, ¡pop!, la «posibilidad» mostraba un fallo inherente y volvíamos a la casilla de salida. Ahora mismo la «posibilidad» era una casa barco en Chiswick. Pertenecía a un paciente de David que se iba de mochilero durante un año y estaba buscando a alguien que se hiciese cargo de sus dragones barbudos.

—Solo tiene un dormitorio —les decía Sally a mi madre y a Birdie—. Y, además, diminuto. Obviamente, David y yo podríamos dormir en las literas de la sala de estar, pero hay poco espacio por

culpa de los terrarios.

—Madre mía —dijo Birdie, rasca que te rascarás alrededor de las uñas; los trozos de piel seca caían sobre el lomo de la gata—. ¿Cuántos tiene?

—¿Terrarios?

—Como se llamen, sí.

—Ni idea. Unos seis o así. Quizá tengamos que buscar una forma de apilarlos.

—Pero ¿qué va a ser de los niños? —preguntó mi madre—. ¿Querrán compartir habitación? Y cama también. Phin está a las puertas de la adolescencia...

—Ay, Dios, no; esto será solo temporal, hasta que encontremos algo permanente.

Levanté la vista. En este punto el plan solía irse al garete. En este momento solía quedar claro que era, de hecho, una estupidez; Sally decía, estoicamente, «Bueno, es solo temporal», y mi madre replicaba: «Pues me parece ridículo, con la cantidad de sitio que tenemos aquí. No hace falta que cojáis lo primero que se os ponga delante». Y el cuerpo de Sally se relajaba, ella sonreía, le tocaba el brazo a mi madre y le decía: «No quiero abusar de tu hospitalidad». Y mi maravillosa madre añadía, con su hermoso acento alemán, «Tonterías, Sally. Tonterías. Tómate tu tiempo. Ya saldrá algo. Algo perfecto».

Y así pasó aquella tarde de finales de septiembre. La casa barco fue desechada en un breve tiempo, quizá récord, de ocho minutos.

La presencia de los Thomsen me producía sentimientos encontrados. Por una parte, abarrotaban mi casa. No con objetos propiamente dichos, sino consigo mismos, sus figuras humanas, sus sonidos, sus olores, su alteridad. Mi hermana y Clemency se habían unido en una pareja infame de niñas ruidosas. Corrían por la casa desde la mañana hasta la noche enfrascadas en extraños juegos que parecían tener como característica principal hacer el mayor ruido posible. Por si fuera poco, Birdie les estaba enseñando a tocar el violín, práctica de todo punto insoportable.

Luego, por supuesto, estaba David Thomsen, cuya carismática presencia parecía permear cada capa de la casa. Además de su dormitorio, en el primer piso, no sé muy bien cómo, se había

adueñado de la sala de estar, que alojaba el minibar de mi padre, y la había convertido en una especie de gimnasio donde en una ocasión lo había visto, a través de un resquicio en la puerta, intentar alzar todo su cuerpo usando solamente las yemas de los dedos.

Y por otra parte estaba Phin. El chico que se negaba a mirarme, y mucho menos a hablarme; quien hacía como si yo ni siquiera existiese. Y cuanto más ignoraba mi existencia, más sentía yo que me moriría si no me veía.

Y luego, por fin, aquel día, sucedió. Había salido de la cocina después de que se hubiera decidido que Sally y David se quedarían y casi me había chocado contra Phin, que venía en dirección contraria. Llevaba una sudadera desteñida con letras y vaqueros rotos por las rodillas. Se detuvo al verme y nuestros ojos se encontraron por primera vez. Me quedé sin aliento. Rebusqué entre mis pensamientos enmarañados, pero no encontré nada que decir. Me aparté hacia mi izquierda, él hacia su derecha. Me disculpé y me moví hacia la derecha. Imaginaba que pasaría a mi lado en silencio, pero entonces dijo:

—Sabes que no nos vamos a ninguna parte, ¿no?

—¿Disculpa?

—No hagas caso de los comentarios de mis padres acerca de la inminente mudanza. No nos vamos a marchar. En la casa de Bretaña —continuó— pasamos dos años. Y en principio solo íbamos de vacaciones. —Hizo una pausa y alzó una ceja.

Claramente yo debería responder, pero me había quedado estupefacto. Jamás había estado tan cerca de una persona tan bella. El aliento le olía a hierbabuena.

Me miró y vi decepción en su rostro, o ni tan siquiera eso, sino más bien resignación, como si mi actitud confirmase lo que ya sospechaba de mí, que era aburrido e inútil, y que no merecía su atención.

—¿Por qué no tenéis casa propia? —pregunté al fin.

Se encogió de hombros.

—Porque mi padre es demasiado tacaño para pagar el alquiler.

—¿Nunca habéis tenido una casa para vosotros?

—Sí. Una vez. La vendió para viajar por el mundo.

—Pero ¿y el colegio?

—¿Qué pasa con el colegio?

—¿Cuándo vais?

—Llevo sin ir a clase desde que tenía seis años. Me enseña mi madre.

—Hala —dije—. ¿Y tus amigos?

Me miró de reojo.

—¿No echas de menos tener amigos?

Entrecerró los ojos.

—No —respondió sin más—. Ni un poco.

Me miró como si estuviese a punto de irse. Yo no quería que se marchase. Ansiaba oler su aliento de hierbabuena y descubrir más cosas sobre él. Mi mirada descendió hasta el libro que llevaba en la mano.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté.

Miró hacia abajo y giró el libro hacia arriba. Era *El hombre de los dados*, de Luke Rhinehart, una novela de la que yo no había oído hablar por aquel entonces, pero que he leído unas treinta veces en los años posteriores.

—¿Es bueno?

—Todos los libros lo son —respondió.

—Eso no es verdad —rebatí—. He leído libros malísimos.

Me estaba acordando de uno en particular, *Ana, la de Tejas Verdes*, que me habían obligado a leer el curso anterior y que me había parecido el libro más estúpido y aburrido que me había echado a la cara.

—No es que sean libros malos —argumentó Phin pacientemente —, sino que a ti no te gustaron. No es lo mismo, ni por lo más remoto. Los únicos libros malos son los que están tan mal escritos que nadie se atreve a publicarlos. Cualquier libro que haya sido publicado es un «buen libro» para alguien.

Asentí. No le encontraba fallos a su lógica.

—Estoy a punto de terminarlo —dijo, mirando el libro que tenía en la mano—. Si quieres, te lo puedo prestar cuando lo acabe.

Asentí de nuevo.

—Vale —dije—. Gracias.

Y entonces se fue. Pero yo me quedé donde estaba, con la cabeza latiendo, las palmas de las manos sudando, el corazón lleno de algo extraordinario y nuevo.

18

Miller Roe está de pie cuando Libby se le acerca. Lo reconoce gracias a la fotografía que ha visto en internet, a pesar de que ahora lleva barba y ha ganado unos cuantos kilos. Se está comiendo un sándwich bastante guarro y tiene una mancha de salsa amarilla en la barba. Se limpia los dedos con una servilleta antes de estrecharle la mano.

—Hola, Libby. Vaya. Encantado de conocerte. De verdad que es un placer. —Tiene acento londinense y ojos azul oscuro. Su mano se ve enorme alrededor de la de ella—. Ven, siéntate. ¿Qué quieres tomar? Los sándwiches están buenísimos.

Ella observa el desastre que tiene él en su plato y dice:

—Acabo de desayunar.

—¿Café? ¿Té?

—Un capuchino sí que me tomaría. Gracias.

Ella lo contempla acercarse al mostrador de la moderna cafetería de West End Lane donde él sugirió quedar, un punto medio entre St. Albans y South Norwood. Lleva vaqueros de tiro bajo y una camiseta desteñida, una chaqueta verde de algodón y botas de montaña. Tiene una gran barriga y abundante cabello castaño oscuro. Abruma un poco mirarlo, parece un oso, pero tiene un punto atractivo.

Le trae el capuchino y se lo pone delante.

—Te agradezco que hayas accedido a quedar conmigo. Espero que hayas llegado bien.

Aparta el sándwich a un lado como si no tuviese intención de comer más.

—Sin problema —dice ella—. He tardado quince minutos, sin transbordos.

—Desde St. Albans, ¿no?

—Sí.

—Buen sitio, St. Albans.

—Sí —conviene ella—. A mí me gusta.

—Y bien —dice él, contemplándola con intención—, tú eres el bebé.

Ella suelta una risa nerviosa.

—Eso parece.

—¿Y has heredado la casa?

—Así es.

—Vaya —dice él—. Menudo vuelco ha debido de ser.

—Ni te lo imaginas —afirma Libby.

—¿Has ido a verla?

—¿La casa?

—Sí.

—Sí, un par de veces.

—Ostras. —Se recuesta en la silla—. Yo intenté con todas mis fuerzas que me dejasen entrar. Casi le ofrezco al empleado del bufete a mi primogénito. Incluso intenté colarme una noche.

—Entonces, ¿nunca la has llegado a ver por dentro?

—No, ni un poquito. —Suelta una risa irónica—. He mirado por las ventanas, incluso camelé a los vecinos para que me dejasen mirar por las suyas. Pero nunca he entrado en la casa. ¿Cómo es?

—Oscura —responde—. Mucha madera en las paredes. Rara.

—Y la vas a vender, asumo.

—Sí, esa es mi intención. Pero... —Pasa las yemas de los dedos por el borde de la taza mientras forma la siguiente oración—: Primero quiero saber qué pasó allí.

Miller Roe emite una especie de gruñido por lo bajo y se pasa la mano por la barba, limpiando así la mancha de salsa amarilla.

—Secundo esa moción. Dos años de mi vida se llevó ese artículo, dos años obsesionados, dementes, jodidos. Destruí mi matrimonio y aun así no obtuve las respuestas que buscaba. Ni de lejos.

Miller sonríe. Tiene, según Libby, una cara amable. Intenta adivinar su edad, pero le es imposible. Puede estar entre los veinticinco y los cuarenta.

Rebusca en su bolso y saca las llaves de la casa de Cheyne Walk, las deja en la mesa delante de él.

Su mirada recae sobre ellas y Libby ve una oleada de anhelo atravesar sus ojos. Su mano se alarga sobre la mesa.

—Ay, Dios. ¿Puedo?

—Claro —asiente ella—. Adelante.

Contempla cada llave, de una en una, acaricia el llavero.

—¿Un Jaguar? —pregunta, y la mira.

—Por lo visto.

—Henry Lamb, tu padre, era todo un machote. Salía a cazar los fines de semana, y de fiesta a Annabel el resto de las noches.

—Ya lo sé —replica alegre—. He leído tu artículo.

—Claro —dice él—. Por supuesto.

Se produce un breve silencio. Miller pellizca la esquina de su sándwich y se la mete en la boca. Libby bebe un sorbo de café.

—Y bien —dice él—. ¿Y ahora qué?

—Quiero encontrar a mis hermanos —dice ella.

—¿Nunca han intentado ponerse en contacto contigo?

—No. Nunca. ¿Qué crees tú que les pasó?

—Tengo un millón de hipótesis. Pero la gran pregunta es la siguiente: ¿saben que la casa era para ti? Y, en caso afirmativo, ¿son conscientes de que acabas de heredarla?

Libby suspira.

—No lo sé. El abogado me dijo que el acuerdo de herencia se había redactado hace muchos años, cuando nació mi hermano mayor. Él debía quedarse con la casa cuando cumpliese los veinticinco. Pero no se presentó. Luego le tocó el turno a su hermana, pero tampoco apareció..., y, claro, los abogados no tenían forma de contactar con ellos. Pero sí, creo que existe la posibilidad de que sepan que la casa acabaría llegando a mis manos. Eso asumiendo... —Iba a decir «que sigan con vida», pero se detiene.

»Y el tipo ese —añade—. El que murió con mis padres. En el artículo decías que solo encontraste callejones sin salida durante la investigación. ¿No llegaste a descubrir de quién se trataba?

—No, para mi frustración. —Miller se restriega la barba—. No obstante, hubo un nombre que destacó entre los demás. Tuve que darme por vencido al no encontrar nada sobre él. Pero me lleva rondando la cabeza desde entonces. David Thomsen.

Libby le lanza una mirada inquisidora.

—¿Recuerdas las iniciales que aparecen en la nota de suicidio? ML, HL, DT. Pregunté a los agentes de la policía por casos de personas desaparecidas que tuviesen las iniciales DT. David Thomsen fue una de las treinta y ocho que desenterraron de los archivos. Treinta y ocho personas desaparecidas cuyas iniciales eran DT. Diez que cuadraban

con la edad de la víctima desconocida. Y los fui eliminando uno a uno.

»Pero este en concreto me fascinó. No sé. Había algo en su historia que me cuadraba. Hombre de cuarenta y dos años procedente de Hampshire. Infancia normal. Pero sin rastro institucional desde que había regresado al Reino Unido desde Francia en 1988, con una esposa llamada Sally y dos hijos, Phineas y Clemency. Los cuatro llegaron a Portsmouth en ferri desde Saint-Malo en... —pasa las páginas de su libreta durante unos instantes— septiembre de 1988. Y a partir de entonces se les pierde el rastro: no hay ni historias clínicas, ni impuestos, ni matrículas escolares, ni ingresos hospitalarios, nada. Sus familias los describen como "solitarios", hubo discusiones y peleas, un gran cisma ocasionado por una herencia. Nadie se preocupó por conocer su paradero. Durante muchos años. Hasta que la madre de David Thomsen decide que quiere reconciliarse con su hijo en su lecho de muerte y denuncia la desaparición de la familia al completo. La policía indaga superficialmente en el caso, no halla ni rastro de la familia, luego la madre muere y nadie vuelve a preguntar por David y Sally Thomsen nunca más. Hasta que llegué yo, hace tres años. —Miller suspira—. Intenté con todas mis fuerzas dar con ellos. Phineas y Clemency son nombres poco comunes. Si estuviesen por aquí no sería complicado encontrarlos. Pero nada. Ni rastro. Y necesitaba entregar el artículo, me hacía falta el dinero, de modo que desistí. —Niega con la cabeza—. ¿Lo comprendes ahora? ¿Ves por qué me llevó dos años, por qué casi acaba conmigo, por qué me dejó mi mujer? Era un zombi consumido por la investigación. No hablaba de otra cosa, ni siquiera pensaba en nada más.

Suspira y pasa los dedos por entre el manojo de llaves.

—Pero vale, me apunto. Descubramos lo que le sucedió a esa gente. Averigüemos lo que te pasó a ti.

Alza la mano para estrechársela a Libby.

—¿Vamos a por ello, Serenity Lamb?

—Sí —acepta Libby, dándole la mano—. Vamos a por ello.

Libby va directa al trabajo desde la cafetería donde ha desayunado con Miller Roe. Solo son las nueve y media y Dido apenas si se da cuenta de que llega tarde. Cuando se percata, vuelve a comprobarlo y dice, con un susurro lleno de urgencia:

—¡Ay, madre! ¡El periodista! ¿Qué tal te ha ido?

—Genial —responde Libby—. Hemos quedado en su casa esta tarde. Para dar comienzo a la investigación.

—Los dos —dice Dido, la nariz se le arruga un poco—, ¿a solas?

—Sí.

—Mmm. ¿Seguro que es buena idea?

—¿Por qué?

—No sé, a lo mejor no es lo que parece. —Dido entrecierra los ojos—. Creo que debería acompañarte.

Libby parpadea despacio y luego sonríe.

—Podrías habérmelo propuesto sin más.

—No sé qué quieres decir. —Dido se vuelve hacia su portátil—. Solo pretendo protegerte.

—Vale —acepta Libby, aún sonriendo—. Puedes «protegerme». Hemos quedado a las siete. Tenemos que coger el tren de las seis y diez. ¿De acuerdo?

—Sí —dice Dido, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador—. De acuerdo. Ah, por cierto —levanta la vista de repente —, me he leído todas las novelas de Agatha Christie. Dos veces. Así que tal vez os pueda ser útil.

19

Los niños aún duermen. Lucy deja una nota para Marco en la mesilla de noche que dice: «He ido a arreglar lo de los pasaportes. Vuelvo en un par de horas. Dale algo de comer a tu hermana. El perro está con Giuseppe».

Sale de la casa a las ocho de la mañana y da un rodeo por la ciudad para llegar a la estación de Niza. Se toma un respiro y se sienta en un banco, mientras el suave sol matutino le calienta la piel. A las nueve menos cuarto, se sube en el tren con destino a Antibes.

Poco después de las nueve, se encuentra ante la puerta de la casa de Michael. Un revestimiento de moscas recubre la cagada de Fitz de la mañana anterior. Esboza una sonrisa tensa. Luego, muy despacio, con la bilis quemándole la boca del estómago, llama al timbre.

Responde la asistenta. Sonríe al reconocer a Lucy y dice:

—¡Buenos días! Eres la esposa de Michael. ¡La de ayer! La madre de su hijo. No sabía que Michael tuviese un hijo. —Tiene la mano aferrada al pecho y parece entusiasmada de verdad—. Qué niño tan guapo. Adelante, pase.

La casa está en silencio. Lucy dice:

—¿Está Michael en casa?

—Sí, sí. Está en la ducha. Espérelo en la terraza, ¿de acuerdo?

Joy la lleva hasta allí y le pide que se siente; insiste en traerle un café con *amaretto*, a pesar de que Lucy le dice que con agua ya le basta. Michael no merece una mujer tan buena, cree ella. Michael no merece nada.

Mete la mano en el bolso y saca su viejo pasaporte y la cartera diminuta donde lleva las fotos de Stella y Marco. Se bebe el café, pero es incapaz de probar el *amaretto*. Un abejaruco está posado en un árbol, revisando el jardín en busca de algo que comer. Ella hace pedacitos el *amaretto* y se lo deja en el suelo. El ave no se da cuenta y se va volando. El estómago de Lucy se encoge y se retuerce. Son las

nueve y media.

Entonces, al fin aparece, inmaculado con una camiseta blanca y unos pantalones cortos de color guisante; su cabello, cada vez más escaso, aún húmedo por la ducha, y sus pies, descalzos.

—Válgame Dios —dice, y se acerca para darle dos besos—. Dos visitas en dos días. Debe de ser mi cumpleaños. ¿Vienes sin niños hoy?

—Los he dejado dormidos. Nos acostamos muy tarde.

—Para la próxima, entonces. —Le lanza su gran sonrisa dorada, se sienta y se cruza de piernas—. Y bien, ¿a qué debo el honor?

—Pues... —Posa las yemas de los dedos sobre su pasaporte y los ojos de Michael las siguen—. Tengo que ir a casa —dice—. Mi amiga está enferma. Tal vez a las puertas de la muerte. Quiero verla antes de que... Por si acaso... Ya sabes.

Una lágrima emerge de su ojo izquierdo y cae espléndidamente sobre el pasaporte. La limpia. No tenía planeado llorar, pero ahí estaba.

—Ay, cielo. —Michael le cubre la mano con la suya.

Ella sonríe tensa y trata de mostrarse agradecida por el gesto.

—Es terrible. ¿Qué le pasa? ¿Es cáncer?

Asiente.

—De ovarios. —Saca la mano de debajo de la suya y se la lleva a la boca para ahogar un pequeño sollozo—. Quiero ir la semana que viene —explica—, pero mi pasaporte ha caducado. Y los niños ni siquiera tienen. Lamento mucho tener que acudir a ti. Ya fuiste demasiado generoso al darme el dinero para el violín. Te juro que no te lo pediría si tuviese otra opción. Pero ¿sigues teniendo el contacto de esa gente? Los que se ocuparon del mío. —Se pasa un dedo por debajo de los ojos y lo mira con expresión patética, pero, con suerte, también seductora.

—Pues, vaya, no lo creo. No. Pero intentaré conseguirlo. —Él toma el pasaporte y lo acerca hacia sí—. Déjamelo a mí.

—He traído fotos. Y ya sé que esto te sonará raro, pero necesito también uno para el perro. Nos hemos saltado algunas vacunas, por eso no podemos ir por la vía normal. Y sabe Dios cuánto tardarían, de todas formas...

—¿Te llevas al perro a ver a una amiga moribunda?

—No tengo otra opción.

—Podrías dejármelo a mí.

Ella intenta no mostrarse demasiado consternada al imaginarse a su querido perrito viviendo con ese monstruo.

—Pero ¿qué ibas a hacer tú con un perro?

—Ostras, pues no sé. ¿Jugar con él, por ejemplo? ¿Sacarlo a pasear? ¿Darle de comer?

—No es tan sencillo. Tienes que levantarte pronto para llevarlo a hacer sus necesidades. Y tienes que recoger sus mierdas.

Michael pone los ojos en blanco y dice:

—A Joy le encantan los perros. Le encantaría tenerlo por aquí. Y a mí también.

Cómo no, piensa Lucy, Michael tiene quien le recoja las cacas de perro.

—Bueno —concluye ella—, la verdad es que prefiero llevármelo conmigo. Los niños están muy unidos a él, y yo también...

—Ya veré lo que puedo hacer —dice él—. Dudo de que el pasaporte perruno se encuentre entre sus servicios habituales, pero lo intentaré.

—Ay —suspira Lucy, con los ojos llenos de gratitud fingida—. Muchísimas gracias, Michael. No te imaginas el peso que me quitas de encima. Me enteré de lo de mi amiga ayer y me he pasado la noche en vela preocupada por cómo iba a poder acudir a su lado. Gracias.

—Bueno, aún no he hecho nada.

—Ya lo sé —dice ella—. Soy consciente de ello. Aun así, te estoy muy agradecida.

Lucy ve que su expresión pasa de afable a terrorífica.

—¿Muy muy agradecida?

Ella fuerza una sonrisa. Sabe adónde quiere ir a parar; estaba preparada para afrontarlo.

—Muy muy muy agradecida —dice.

—Ah. —Él se reclina en la silla y sonríe—. Me gusta cómo suena eso.

Lucy le devuelve la sonrisa y se pasa la mano por el pelo.

Los ojos de Michael se deslizan hacia las ventanas del piso de arriba, que aún tienen las contras echadas, las del dormitorio principal, localización de múltiples violaciones maritales. Luego vuelve a fijarlos en ella y reprime un estremecimiento.

—Tal vez otro día —comenta ella.

Él arquea una ceja y pasa un brazo por encima del respaldo de la

silla que tiene a su derecha.

—¿Me estás incentivando?

—Es posible —dice ella.

—Me gusta tu estilo.

Lucy sonríe. Y luego se yergue en la silla y coge las asas de su bolso.

—Pero ahora tengo que volver con mis niños durmientes.

Ambos se ponen en pie.

—¿Cuándo crees que...? —pregunta dudosa.

—Me pondré manos a la obra ya mismo —responde él—. Dame tu número, te llamaré cuando sepa algo.

—Estoy sin móvil por el momento —dice ella.

Él esboza una mueca.

—Pero, entonces, ¿cómo te enteraste de lo de tu amiga?

Dormir en la playa te aguzaba la mente.

—Llamó al hostal y alguien me pasó una nota por debajo de la puerta para avisarme.

—Vale, entonces, ¿cómo me pongo en contacto contigo? ¿Te llamo al hostal?

—No —dice ella sin alterarse—. No. Dame tu número. Ya te llamaré desde una cabina. ¿El viernes te va bien?

Él anota su número de teléfono y se lo entrega.

—Sí, llámame el viernes. Y toma... —Se mete la mano en el bolsillo y saca un fajo de billetes. Extrae unos cuantos de veinte y se los pasa—. Cómprate un móvil. Por el amor de Dios.

Ella acepta el dinero y da las gracias. Ya no tiene nada que perder. Acaba de vender su alma por un pasaporte.

20

Chelsea, 1989

Pasaron meses y meses. Phineas cumplió los trece y le salió la nuez y un ligero bigote rubio. Yo crecí dos centímetros y medio y al fin conseguí un flequillo largo que me apartaba con un golpe de cabeza. Mi hermana y Clemency se hicieron más y más íntimas, compartían un lenguaje secreto y pasaban horas en una guarida hecha con sábanas y sillas dadas la vuelta en el dormitorio libre que había en el piso de arriba. El grupo de Birdie sacó un *single* horrible que llegó al número 48 de las listas de los más vendidos; ella dejó la banda, indignada, y ningún periodista se enteró ni se interesó. Entonces, comenzó a ganarse la vida dando clases de violín.

Entretanto, Justin convirtió el jardín de mi padre en un proyecto empresarial, pues vendía sus remedios botánicos mediante anuncios por palabras en los periódicos. Sally nos daba clase a todos, cuatro horas al día, en la mesa de la cocina, y David ofrecía lecciones de terapias alternativas tres veces a la semana en una iglesia de World's End y regresaba a casa con los bolsillos llenos de dinero.

Phin había dado en el clavo con su predicción.

Los Thomsen no se pensaban marchar.

Recuerdo aquellos años en la casa de Cheyne Walk con los Thomsen y puedo ver claramente los puntos de inflexión, los ejes sobre los que el destino giraba, sobre los que la historia se retorcía de forma tan horrenda. Recuerdo la cena en Chelsea Kitchen y ver a mi padre perder una lucha de poder que ni siquiera se había percatado de que había comenzado de lo débil que era. Y recuerdo cómo se apartaba mi madre de David, cómo se negaba a brillar por miedo a que la deseara. Recuerdo dónde empezó, pero no tengo ni idea de cómo llegamos de

esa noche hasta el punto en el que, nueve meses después, unos desconocidos habían tomado nuestra casa por asalto con el beneplácito de mis padres.

Mi padre fingía interesarse por lo que sucedía en la casa. Trasteaba en el jardín con Justin, fingiendo que le fascinaran sus riegos de hierbas y plantas; cada noche a las siete vertía dos dedos de *whisky* en sendos vasos y se sentaba con David a la mesa de la cocina y mantenía conversaciones distendidas sobre política y sucesos de actualidad, sus ojos se hinchaban a causa del esfuerzo que le costaba actuar como si tuviese la más remota idea de lo que estaba hablando. (Las opiniones de mi padre eran blancas o negras; o algo estaba bien o estaba mal: no había matices en su visión del mundo. Era vergonzoso.) Presenciaba las lecciones en la cocina y se mostraba increíblemente impresionado por nuestra inteligencia. Yo no era capaz de concebir lo que le había pasado. Era como si Henry Lamb hubiese desalojado el edificio, pero hubiese dejado su cuerpo allí.

Deseaba con ardor hablar con él de todo lo que estaba sucediendo, del vuelco que había sufrido mi mundo, pero me daba miedo que resultase como arrancar la postilla del último resquicio de su propia percepción de relevancia. Parecía tan vulnerable, tan roto. Un mediodía, a principios de verano, lo vi comprobar el contenido de su cartera ante la puerta principal, con el sombrero y el abrigo en la mano. Ya habíamos terminado la clase y me aburría.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Al club —respondió.

Ah, el club. Una serie de estancias llenas de humo en una calle perpendicular a Piccadilly. Había estado allí un día que mi madre había salido y la niñera no se había presentado. En vez de quedarse en casa con el deber de entretener a dos niños pequeños y tediosos, mi padre nos había metido en el asiento trasero de un taxi negro y nos había llevado al club. Lucy y yo nos quedamos sentados en un rincón con un par de limonadas y un puñado de cacahuetes mientras mi padre fumaba puros y bebía *whisky* con hombres a los que yo no había visto en mi vida. Me había cautivado, había deseado quedarme allí para siempre, había rezado para que la niñera no se volviese a presentar jamás.

—¿Te puedo acompañar?

Me miró con expresión vacía, como si le hubiese planteado un

complicado problema matemático.

—Por favor. Estaré callado. No diré ni una palabra.

Miró hacia la escalera, como si la solución a su dilema estuviese a punto de aparecer en el descansillo.

—¿Has terminado las clases?

—Sí.

—Vale.

Me esperó mientras yo cogía mi chaqueta; luego salimos a la calle juntos y paró un taxi.

En el club no encontró a nadie conocido y mientras aguardábamos a que nos trajesen las consumiciones me miró y me dijo:

—Y bien, ¿cómo estás?

—Confuso.

—¿Confuso?

—Sí. Sobre cómo se está desarrollando nuestra vida.

Contuve el aliento. Esa forma de abordar el tema habría provocado que mi padre me pusiera cara de perro en otros tiempos; habría mirado a mi madre y le habría preguntado, con expresión sombría, si le parecía que ese comportamiento era aceptable, si ese era el tipo de hijo que pretendía criar.

Pero en aquel momento me miró con sus ojos azules húmedos y me dijo simplemente:

—Sí.

Su mirada se apartó de la mía al instante.

—¿Tú también estás confuso?

—No, hijo, no. No estoy confuso. Sé exactamente lo que está pasando.

No me quedó claro si quería decir que sabía lo que estaba pasando porque tenía el control de las riendas o que sabía lo que estaba pasando, pero no tenía forma de detenerlo.

—¿Y qué? —presioné—. ¿Qué es lo que pasa?

Llegaron las consumiciones: limonada sobre un posavasos de papel para mí, un *whisky* con agua para mi padre. No había respondido a mi pregunta y yo creí que quizá no tuviese intención de hacerlo. Pero entonces suspiró.

—Hijo —comenzó—, a veces en la vida llegas a un cruce de caminos. Eso mismo nos pasó a tu madre y a mí. Ella quería ir hacia

un lado y yo, hacia otro. Ganó ella.

Levanté una ceja.

—¿Quieres decir que mamá quiere tener a toda esa gente en casa? ¿En serio?

—¿Que si quiere? —preguntó sombrío, como si mi pregunta fuese ridícula, cuando claramente no lo era.

—¿Quiere vivir con toda esa gente?

—Por Dios, qué sé yo. Ya no sé lo que quiere tu madre. Y escucha lo que te digo. No te cases nunca con una mujer. Son guapas, pero te destruyen.

Para mí nada de esto tenía sentido. ¿Qué tenía que ver con la gente que vivía en nuestra casa el hecho de casarme con una mujer? Algo que, por cierto, no tenía ninguna intención de hacer, pero que hasta entonces no me había planteado que fuese opcional; si no te casabas con una mujer, ¿con quién te ibas a casar?

Me quedé observándolo, deseando que me dijese algo claro y revelador. Pero mi padre no tenía la suficiente inteligencia emocional ni, de hecho, desde la apoplejía, el vocabulario necesario para ser claro ni revelador. Se sacó un puro del bolsillo de la chaqueta y pasó un rato preparándolo para fumarlo.

—¿No te caen bien? —dijo al fin.

—No —respondí—. ¿Se van a ir algún día?

—Bueno, si por mí fuera...

—Pero es tu casa. Seguro que puedes hacer algo.

Contuve el aliento, me preocupaba haberme pasado de la raya. Pero él se limitó a suspirar.

—Eso sería lo propio, ¿verdad?

Su opacidad me estaba matando. Me apetecía gritar. Dije:

—¿No los puedes echar? Diles que queremos recuperar nuestra casa. Que debemos volver al colegio. Que no queremos que sigan en nuestras vidas.

—No —dijo mi padre—. No puedo.

—Pero ¿por qué?

Mi voz sonaba una octava más alta de lo normal y vi que mi padre reculaba.

—Ya te lo he dicho —soltó—. Es cosa de tu madre. Los necesita. Sobre todo a él.

—¿A quién? —pregunté—. ¿A David?

—Sí. A David. Según parece, la hace sentir mejor respecto a su vana existencia. Según parece, le proporciona sentido a su vida. Pero —gruñó y abrió un periódico— me prometiste que no hablarías. ¿Y si haces honor a tu palabra?

21

Miller Roe está delante de la casa de Cheyne Walk, mirando el móvil. Parece más desaliñado que aquella mañana en la cafetería de West End Lane. Se acicala cuando ve acercarse a Libby y a Dido y sonríe.

—Miller, esta es Dido, mi compañera de... —se corrige—, mi amiga. Dido, este es Miller Roe.

Se estrechan la mano y luego todos se vuelven para mirar la casa. Sus ventanas relucen con el dorado del sol vespertino.

—Libby Jones —dice Dido—, madre mía. Tienes una mansión de verdad.

Libby sonríe y se gira para abrir el candado. No se siente propietaria al verse en medio del pasillo; los tres miran a su alrededor. Aún espera que aparezca el abogado y lidere la marcha con decisión.

—Ya veo lo que decías de la madera —comenta Miller—. Esta casa estaba llena de cabezas de animales y cuchillos de caza. Según parece había hasta tronos, tronos de verdad, justo aquí... —Señala a ambos lados de la escalera—. Uno para el rey y otro para la reina —añade irónico.

—¿Cómo sabes lo de los tronos?

—Me lo contaron unos viejos amigos de Henry y Martina, que en los años setenta y principios de los ochenta solían venir a celebrar fiestas bastante estridentes. Cuando Henry y Martina eran parte de la alta sociedad. Cuando sus hijos eran pequeños. Era todo muy glamuroso, según parece.

—Y esos viejos amigos —se interesa Dido— ¿dónde se metieron cuando se torcieron las cosas?

—Ay, Dios, no eran amigos de verdad. Eran padres de los compañeros de colegio de los niños, vecinos pasajeros, desechos y ruinas cosmopolitas. No se preocupaban por ellos. Solo los recordaban.

—Y los tronos también —dice Libby.

—Sí. —Miller sonríe—. Los tronos también.

—¿Y el resto de la familia? —pregunta Dido—. ¿Dónde estaba?

—Bueno, Henry no tenía familia. Era hijo único y ambos progenitores fallecieron. El padre de Martina la había abandonado, su madre se había vuelto a casar y vivía en Alemania con su nueva familia. Según parece, intentaba venir a visitarla, pero Martina le daba largas. Incluso llegó a mandar a uno de sus hijos, en 1992; vino, llamó a la puerta durante cinco días consecutivos y nadie le abrió. Dijo haber oído ruidos, haber visto movimiento de cortinas. El teléfono no daba señal. A la madre se la comía la culpa por no haber intentado contactar con su hija con más ahínco. Nunca se lo perdonó. ¿Puedo...? —Se dirige a la derecha, hacia la cocina.

Libby y Dido lo siguen.

—Aquí es donde estudiaban los niños —dice—. Los cajones estaban repletos de folios y libros de texto y cuadernos de ejercicios.

—¿Quién se encargaba de su educación?

—No lo sabemos. Henry Lamb seguro que no. No se había sacado ni el graduado escolar y había dejado los estudios de adolescente. El inglés no era la lengua materna de Martina, así que tampoco parece lógico que fuese ella. Imaginamos que sería uno de los misteriosos desconocidos el que se encargaba de las clases. Probablemente una mujer.

—¿Qué fue de los libros de texto? —pregunta Libby.

—No tengo ni idea —responde Miller—. A lo mejor siguen aquí.

Libby observa la enorme mesa de madera que hay en el centro de la estancia, con sus dos pares de cajones a cada lado. Contiene la respiración y los abre uno por uno. Todos están vacíos. Suspira.

—Los habrán considerado pruebas —comenta Miller—. Probablemente los hayan destruido.

—¿Qué más se llevó la policía? —se interesa Dido.

—Las túnicas. Las sábanas. El material farmacéutico, las botellas y las bandejas y todo eso. Jabón. Toallas. Fibras, claro, ese tipo de cosas. Pero en realidad no había nada más. Ni cuadros en las paredes ni juguetes ni zapatos.

—¿No había zapatos? —repite Dido.

Libby asiente. Fue uno de los datos que más le chocó del artículo de Miller. Una casa llena de gente y ni un solo par de calzado.

Dido echa un vistazo a la estancia.

—Esta cocina —comenta— debió de ser el último grito en los setenta.

—¿Verdad que sí? —coincide Miller—. Y de la mejor calidad también. Casi todo lo que había en la casa, antes de que lo vendiesen, procedía de Harrods. El archivero del departamento de ventas me enseñó las facturas desde que Henry compró la casa. Electrodomésticos, camas, pantallas de lámparas, sofás, ropa, un pedido semanal de flores, servicio de peluquería, artículos de aseo, toallas, comida, todo.

—Incluso mi cuna.

—Eso es. Esa la compraron, si no recuerdo mal, en 1977, cuando nació el pequeño Henry.

—¿Fui el tercer bebé que la usó?

—Sí. Eso creo.

Se dirigen a la pequeña sala de la parte delantera de la casa y Dido dice:

—¿Qué crees tú que pasó aquí?

—¿En resumen? Gente rara se muda a la casa de una familia adinerada. Pasan cosas extrañas y todo el mundo muere, excepto los hijos adolescentes, de los que no se vuelve a saber nada. Y el bebé. Serenity. Hay pruebas que confirman que en esta casa vivió una persona que cultivó el jardín. Me pasé un mes entero rastreando todos y cada uno de los boticarios del Reino Unido y del extranjero que podrían haber vivido en Londres en aquel entonces. Nada. Ni rastro.

Las paredes de la estancia donde se encuentran son de madera, así como el suelo. Hay una chimenea enorme de piedra al fondo y los restos de una barra de bar de caoba en el extremo opuesto.

—Aquí encontraron herramientas —dice Miller serio—. Al principio la policía creyó que se trataba de instrumentos de tortura, pero según parece eran aparatos de gimnasia caseros. Los cuerpos de dos de las víctimas estaban muy delgados y musculosos. Claramente se entrenaban en esta sala. Quizá para mitigar los efectos del confinamiento. De nuevo, me pasé un mes rastreando a todos los entrenadores personales que pude encontrar, para ver si alguno conocía la técnica que se usaba en el Chelsea de los ochenta y principios de los noventa. Y de nuevo, nada. —Suspira y se gira de pronto hacia Libby—. ¿Has encontrado la escalera secreta? La que lleva al ático.

—Sí, el abogado me la enseñó cuando me hizo el *tour* de la casa.

—¿Viste los pestillos en las puertas de los cuartos de los niños?

Libby siente un estremecimiento.

—Cuando visité la casa por primera vez no había leído tu artículo —explica—, así que no me fijé. Y la última vez que estuve aquí... —Hace una pausa—. La última vez que vine, creí oír a alguien en el piso de arriba, me asusté y me fui.

—¿Vamos a echar un vistazo?

Ella asiente.

—Vale.

—En casa de mis padres también hay una de estas —comenta Dido, aferrándose al pasamanos para subir la estrecha escalera—. De pequeña me daba mal rollo. Creía que un fantasma iracundo iba a cerrar las dos puertas y me quedaría atrapada para siempre.

Al oír esto, Libby apura el paso y emerge ligeramente fatigada en el rellano del ático.

—¿Estás bien? —pregunta Miller con amabilidad.

—Mmm —murmura ella—. Más o menos.

Él se lleva la mano a la oreja.

—¿Lo habéis oído? —pregunta.

—¿El qué?

—El crujido.

Ella asiente, con los ojos como platos.

—Todas las casas viejas emiten esos ruidos cuando hace demasiado calor, o demasiado frío. Se quejan. Eso debió de ser lo que oíste el otro día. Los quejidos de la casa.

Ella se plantea preguntarle si las casas también tosen cuando tienen calor, pero decide dejarlo estar.

Miller se saca el teléfono del bolsillo y activa la cámara para filmar mientras avanza.

—Dios —susurra con fuerza—. Aquí está. Es esto.

Gira la cámara hacia la primera puerta a la izquierda.

—Mirad —dice.

Libby y Dido obedecen. Hay un pestillo en la parte exterior de la habitación. Siguen a Miller hacia el siguiente dormitorio. Otro pestillo. Y otro y otro más.

—Las cuatro habitaciones se podían cerrar desde fuera. Aquí es donde cree la policía que dormían los niños. Aquí se hallaron los

restos de sangre y las marcas en las paredes. Mirad —dice—, incluso el baño tenía pestillo fuera. ¿Entramos?

Tiene la mano puesta sobre el picaporte de uno de los dormitorios.

Libby asiente.

La primera vez que leyó el artículo de Miller, pasó muy por encima los párrafos sobre los cuartos del ático, pues no se veía capaz de soportar lo que el periodista sugería. Ahora solo quiere acabar con ello de una vez por todas.

Es un cuarto bastante amplio, blanco con detalles amarillos alrededor del rodapié, el suelo es de parqué, las ventanas están cubiertas con andrajosas cortinas blancas, hay unos colchones finos en los rincones, nada más. El siguiente dormitorio es similar. Y el otro. Libby contiene la respiración cuando se acercan a la cuarta puerta, pues está convencida de que tras ella se esconde un hombre. Pero no, solo es otra habitación blanca y vacía, con cortinas blancas y suelo de parqué. Están a punto de cerrar la puerta cuando Miller se detiene, acerca la cámara al rincón más alejado de la estancia y enfoca el colchón.

—¿Qué?

Cuando llega a la esquina, aparta el colchón de la pared y enfoca algo que hay allí encajado.

—¿Qué es eso?

Lo coge, primero se lo muestra a la cámara y después a sí mismo.

—Un calcetín.

—¿Un calcetín?

—Sí. De hombre.

Es un calcetín rojo y azul, un fogonazo de color que destaca sobre el lienzo blanco que son los dormitorios del ático.

—Qué raro —comenta Libby.

—Más que raro —corrige Miller—. Es imposible. Mirad.

Le da la vuelta al calcetín y se lo muestra a Libby y a Dido.

El calcetín tiene el logo de Gap.

—¿Qué? —pregunta Dido—. No lo pillo.

—Es el logo actual de la marca —explica él—. Solo lo llevan usando un par de años. —Sus ojos se fijan en los de Libby—. Este calcetín es nuevo.

22

Lucy llama a Michael a las cinco de la tarde del viernes desde una cabina. Él contesta de inmediato.

—Suponía que serías tú —dice, y ella intuye la sonrisa lasciva que se oculta tras su voz.

—¿Qué tal estás? —pregunta ella alegremente.

—Ah, estoy genial, ¿y tú?

—También genial.

—¿Ya te has comprado un móvil? Este número es de un teléfono fijo, ¿no?

—Le he pedido a un conocido que me lo compre —miente sin fisuras—. Uno de segunda mano. Me debería llegar mañana.

—Muy bien —dice Michael—. Estupendo. Como supongo que esta llamada no es de cortesía, imagino que querrás saber qué tal me ha ido con tu encarguito.

Ella suelta una risita.

—Me interesa un poco, sí —dice.

—Bueno —continúa él—, pues me vas a adorar, Lucy Lou, porque te he conseguido el paquete completo. Pasaportes para ti, para Marco, para tu niña e incluso para el perro. De hecho, me costaron tan caros los vuestros que el canino me lo regalaron.

Lucy siente que la perenne bilis le corta la comida. No quiere ni pensar en la cantidad de dinero que se habrá gastado Michael en los pasaportes ni en lo que le pedirá a cambio. Fuerza una carcajada alegre y dice:

—¡Ay, qué amables!

—Y una mierda amables —dice él. Y luego añade—: Y bien, ¿te apetece pasarte por aquí? Para recogerlos.

—¡Claro! —acepta ella—. Claro, pero hoy no. Tal vez mañana, o el domingo.

—Ven el domingo —dice él— a comer. Joy libra, así que

tendremos la casa entera para nosotros solos.

Nota que la bilis le alcanza la garganta.

—¿A qué hora? —consigue preguntar despreocupadamente.

—Sobre la una, por ejemplo. Asaré unos chuletones en la barbacoa. Tú puedes preparar eso que hacías tan rico, ¿cómo se llamaba? Lo que llevaba pan y tomates.

—*Panzanella*.

—Eso. Madre mía, qué bien te quedaba.

—Ah —dice ella—, gracias. Espero no haber perdido el toque mágico.

—Sí. No sabes cómo echo de menos tu toque mágico.

Lucy se ríe. Se despide hasta el domingo a la una. Luego cuelga el teléfono, corre al cuarto de baño y vomita.

23

Chelsea, 1990

Una tarde del verano de 1990, justo después de haber cumplido trece años, me topé con mi madre en el rellano. Estaba colocando las pilas de sábanas limpias en el armario. En otros tiempos, una vez por semana venía una pequeña furgoneta blanca con letras doradas, se llevaba la ropa sucia y nos la devolvía en límpidos fardos envueltos con un lazo o colgadas de perchas bajo cobertores de plástico.

—¿Qué fue del servicio de lavandería? —pregunté.

—¿Qué servicio de lavandería?

Le había crecido el pelo. Hasta donde yo sabía, no se lo había cortado en los dos años que hacía desde que se había mudado a nuestra casa el resto de la gente. Birdie llevaba una larga melena, y Sally también. Mi madre siempre lo había llevado por encima de los hombros. Ahora le llegaba a media espalda y se lo peinaba con la raya en el medio. Me planteé si estaría intentando parecerse a las otras dos, de la misma forma que yo trataba de ser como Phin.

—¿No te acuerdas de aquel viejo que venía con la furgoneta blanca a recoger la ropa sucia, que era tan bajito que siempre te preocupaba que no pudiera con todo?

La mirada de mi madre se desvió lentamente hacia la izquierda, como si estuviese rememorando un sueño, y luego dijo:

—Ah, sí. Lo había olvidado.

—¿Por qué ya no viene?

Se frotó las yemas de la mano, y yo la miré alarmado. Sabía lo que significaba ese gesto, y llevaba tiempo sospechando que ese era el problema, pero aquella fue la primera vez que me lo confirmaron. Éramos pobres.

—Pero ¿qué ha pasado con el dinero de papá?

—Chis.

—No lo entiendo.

—¡Chis! —dijo de nuevo.

Luego me arrastró con suavidad por el brazo, me metió en su cuarto y me sentó en la cama. Tomó mi mano entre las suyas y me miró intensamente. Me di cuenta de que no llevaba sombra de ojos y me pregunté desde cuándo no se la ponía. Habían cambiado muchas cosas muy despacio a lo largo de un periodo de tiempo muy extenso, y me resultaba complicado localizar las junturas.

—Me tienes que prometer, pero de verdad de verdad —me dijo —, que no hablarás de este tema con nadie más. Ni siquiera con tu hermana. Ni con los otros niños. Ni con los adultos. Con nadie, ¿me entiendes?

Asentí con fuerza.

—Solo te lo cuento porque confío en ti. Porque tienes dos dedos de frente. Así que no me decepciones, ¿vale?

Asentí aún más fuerte.

—El dinero de papá se terminó hace mucho.

Tragué.

—Pero, en plan, ¿todo?

—Básicamente.

—Entonces, ¿de qué vivimos?

—Papá está vendiendo las acciones y las participaciones. Aún tenemos algunas cuentas de ahorro. Si no gastamos más de treinta libras a la semana, nos queda para al menos un par de años.

—¿Treinta libras a la semana? —Casi se me salen los ojos de las cuencas. Mi madre solía gastar esa cantidad solo en flores—. ¡Pero si es imposible!

—Qué va. David nos echó una mano y nos ayudó a resolverlo.

—¿David? Pero ¿qué sabe David de finanzas? ¡Si ni siquiera tiene casa propia!

—Chis. —Se llevó el dedo a los labios y miró con ansiedad la puerta del dormitorio—. Tienes que confiar en nosotros, Henry. Somos adultos y no te queda más remedio que creer en nuestra palabra. Birdie gana algún dinero con las clases de violín. David también con sus ejercicios. Justin gana cantidades enormes.

—Sí, pero nosotros ese dinero ni lo olemos, ¿verdad que no?

—Claro que sí. Todo el mundo contribuye. Nos apañamos.

Entonces lo vi. Claro como el agua.

—¿Somos una comuna? —pregunté espantado.

Mi madre se rio como si fuese una idea ridícula.

—¡No! —respondió—. Por supuesto que no.

—¿Por qué no vende la casa papá? —pregunté—. Podríamos vivir en un pisito más modesto. Estaría bien. Así tendríamos más dinero.

—Esto no va solo de dinero, lo entiendes, ¿no?

—Entonces, ¿de qué va? —pregunté.

Suspiró, muy suave, y me masajeó la mano con los pulgares.

—Pues va de mí, supongo. Va de que durante mucho tiempo me sentí muy triste y todo esto —hizo un gesto para señalar el grandioso dormitorio, con sus cortinas lujosas y su lámpara de araña— no me hace feliz, de verdad que no. Entonces llegó David y me enseñó otra forma de vivir, una más altruista. Tenemos demasiado, Henry. ¿No lo ves? Demasiado demasiado, y cuando tienes tanto, tus posesiones te lastran. Ahora que ya no nos queda casi dinero, es un buen momento para cambiar, para reflexionar sobre qué comemos y qué usamos y cuánto gastamos y cómo llenamos las horas del día. Tenemos que dar, no tomar. David... —su voz tintineaba como una cuchara contra una copa de vino cuando pronunció su nombre— entrega casi todo su dinero a la beneficencia. Y ahora, con sus consejos, nosotros hacemos lo mismo. Dar a quienes más lo necesitan es bueno para el alma. Antes no hacíamos más que derrochar. La vida que llevábamos no estaba bien. ¿Comprendes? Pero ahora, con los consejos de David, podemos empezar a equilibrar la balanza.

Me concedí un momento para absorber el significado de sus palabras.

—Entonces, se quedan —dije al fin—. ¿Para siempre?

—Sí —respondió con una pequeña sonrisa—. Eso espero.

—¿Y somos pobres?

—No. No somos pobres, cielo. Hemos soltado lastre. Somos libres.

24

Libby, Miller y Dido registran la casa entera en busca de una vía por la que haya podido entrar el misterioso hombre del calcetín. Hay una puerta de cristal en la parte trasera que da a unas escaleras de piedra que desembocan en el jardín. Está atrancada y, como se revela cuando tratan de abrirla, también candada. Una espesa mata de glicinia se cuela por las rendijas que quedan entre la puerta y el marco, lo que indica que lleva muchas semanas sin abrirse, puede que incluso años.

Empujan las polvorientas ventanas de guillotina, pero todas están cerradas con pestillo. Revisan todos los rincones en busca de puertas secretas, pero no las hay.

Repasan las llaves de Libby una a una, y al final dan con la que desatranca la puerta de cristal. No obstante, sigue sin abrirse.

Miller mira abajo a través del cristal hacia la parte exterior de la puerta.

—Tiene un candado fuera —informa—. ¿Hay una llave pequeña en el manojo?

Libby selecciona la más pequeña que hay y se la pasa a Miller.

—¿Te parecería muy mal que rompiese uno de los cristales?

—¿Con qué? —pregunta ella.

Él muestra su codo.

Libby se estremece.

—Bueno, adelante.

Usa la harapienta cortina de flores para amortiguar el impacto. El cristal se parte en dos trozos perfectos. Miller pasa el brazo por el hueco y abre el candado con la llave diminuta. Al fin la puerta cede, rebanando los brotes de glicinia.

—Mirad —dice Miller al salir al jardín—. Aquí es donde cultivaban las plantas medicinales.

—¿Las que acabaron con la vida de los padres de Libby? —pregunta Dido.

—Sí. *Atropa belladonna*. Una de las llamadas «hierbas de las brujas». La policía halló un arbusto de buen tamaño.

Se dirigen al fondo del jardín, sombrío y fresco bajo la copa de una alta acacia. Allí hay un banco curvo que aprovecha la sombra del árbol y mira hacia la parte trasera de la casa. Incluso ese verano, el más caluroso de los últimos veinte años, el banco está húmedo y cubierto de musgo. Libby pasa los dedos por el reposabrazos. Se imagina a Martina Lamb aquí sentada en una soleada mañana, con una taza de té justo donde sus dedos se encuentran en ese momento, contemplando los pájaros dar vueltas por el cielo. Se imagina su otra mano dispuesta a acariciar su barriga abultada, una sonrisa se le forma en la cara al notar al bebé dar pataditas y girarse en su interior.

Y luego se la vuelve a imaginar un año más tarde, tomándose la cena envenenada, tumbándose en el suelo de la cocina y muriendo sin razón aparente, abandonando a su bebé en el piso de arriba.

Libby retira la mano y se gira de forma abrupta para contemplar la casa.

Desde donde están se ven cuatro grandes ventanas que abarcan la parte trasera de la sala de dibujo. También se ven cuatro ventanas más pequeñas encima, un par por cada dormitorio de la parte de atrás, además de una más estrecha en el medio que corresponde al descansillo de las escaleras. Sobre estas hay ocho ventanas estrechas con aleros, dos por cada cuarto del ático, y una circular en medio: la del baño. Luego está la azotea, tres chimeneas y el azul del cielo.

—¡Mirad! —exclama Dido poniéndose de puntillas y señalando frenética—. ¡Mirad! ¿No es una escalera eso de ahí? ¿O una salida de emergencia?

—¿Dónde?

—¡Ahí! ¡Mira! Justo detrás de aquella chimenea, de la roja. Mira.

Libby lo ve, un destello de metal. Lo sigue con la mirada hasta que sus ojos se topan con un saliente de ladrillo, luego un borde sobre los aleros, después un canalón unido a otro promontorio de ladrillo en el lateral de la casa, un saltito hasta el muro del jardín contiguo, otro hasta una carbonera de cemento y luego al jardín.

Gira en redondo. Detrás hay unos arbustos espesos aglutinados por un viejo muro de ladrillo. Sigue un camino obvio que los atraviesa, pisando los claros de la maleza. La espesura está jalonada de telarañas, que se le enganchan en la ropa y en el pelo. Pero sigue

adelante. Siente ese camino, vive en su interior, sabe lo que está buscando. Y allí está: un maltrecho portillo de madera, pintado de verde oscuro, colgando de las bisagras, que da a la descuidada parte de atrás del jardín de la casa de enfrente.

Miller y Dido se quedan parados detrás de ella, mirando sobre su hombro lo que hay tras la cancela de madera. Ella la empuja con todas sus fuerzas y echa un vistazo al jardín del vecino.

Está descuidado y sin segar. Hay un reloj de sol inclinado en medio del césped y varios senderos de grava polvorientos. No hay mobiliario ni juegos infantiles. Y ahí, en el lateral de la casa, se abre un camino que parece, desde allí, llegar directamente a la calle.

—Eso es —dice al tocar el candado abierto con una cizalla—. Mirad. La persona que duerme en la casa entra por este portillo, atraviesa el jardín, trepa por esa construcción de cemento —los conduce de vuelta al jardín—, escala el muro, subido por el canalón hasta esa plataforma, ¿veis?, ahí arriba, luego se encarama en ese saliente y por último llega al tejado y a la escalera. Lo único que nos falta es descubrir a dónde lleva esta última.

Mira a Miller. Él le devuelve la mirada.

—No soy muy ágil —comenta él.

Libby mira a Dido, que hincha las mejillas y dice:

—Venga ya.

Vuelven a entrar en la casa y suben hasta las habitaciones del ático. Entonces la ven: una pequeña trampilla en el techo del pasillo. Miller sube a Libby a hombros para que ella la empuje.

—¿Qué ves?

—Un túnel polvoriento. Y otra puerta. Súbeme un poco más.

Miller resopla y le da otro empujón. Ella se aferra a un listón de madera y se impulsa hacia arriba. Hace mucho calor, nota que se le pega la ropa al cuerpo por culpa del sudor. Se arrastra por el túnel y empuja la siguiente trampilla de madera, tras lo cual la impacta la gloriosa luz del sol. Está en la azotea, donde hay varias plantas muertas en tiestos y dos sillas de plástico.

Se coloca las manos en las caderas y contempla las vistas: delante está el verdor asoleado de Embankment Gardens y, después, el oscuro cinturón que es el río. Tras de sí ve la cuadrícula de calles estrechas que se extiende desde allí hasta King's Road; un patio de un *pub* lleno de parroquianos, un ajedrezado de jardines traseros y coches

aparcados.

—¿Qué ves? —escucha que Dido grita desde abajo.

—Lo veo todo —dice—, absolutamente todo.

25

Marco mira a Lucy con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no podemos ir contigo? —pregunta—. No lo entiendo.

Lucy suspira, se retoca el delineador en el pequeño espejo de mano que está usando y dice:

—Porque no, ¿vale? Me ha hecho un gran favor y me ha pedido que vaya sola, así que iré sola.

—Pero ¿y si te hace daño?

Lucy evita estremecerse.

—No me va a hacer daño. Tuvimos un matrimonio complicado, pero ya no estamos casados. Eso quedó atrás. La gente cambia.

Es incapaz de mirar a su hijo cuando le miente. Él le detectaría el miedo en los ojos. Descubriría lo que está a punto de hacer. Y no tendría ni idea de por qué, dado que no sabía nada de su infancia, de lo que escapó hacía veinticuatro años.

—Necesitas una palabra clave —dice Marco autoritario—. Te llamaré, y si tienes miedo, me dices: «¿Qué tal *Fitz*?». ¿De acuerdo?

Ella asiente y sonríe.

—De acuerdo —acepta.

Acerca a su hijo y le da un beso detrás de la oreja. Él se lo permite.

Stella y Marco la ven marcharse desde la cocina unos minutos más tarde.

—Estás guapa, mamá —le dice Stella.

A Lucy se le atenaza el estómago.

—Gracias, cariño —le dice—. Volveré sobre las cuatro. Entonces ya tendré los pasaportes y podremos empezar a planear el viaje a Londres.

Esboza una amplia sonrisa con la que muestra todos los dientes. Stella le abraza la pierna. Lucy la aparta un momento después y sale del edificio sin mirar atrás.

La cagada de Fitz aún está en el jardín. Tiene el doble de moscas encima. A Lucy le resulta extrañamente tranquilizador.

Michael abre la puerta; se ha colocado las gafas de sol sobre la cabeza y lleva puestos unos pantalones cortos holgados y una camiseta blanca reluciente. Le coge la bolsa de la mano, donde lleva los tomates, el pan y las anchoas que ha comprado de camino, y se adelanta para besarla en las mejillas. Lucy percibe el olor a cerveza en su aliento.

—Qué guapa estás —le dice—. Vaya. Pasa, pasa.

Lo sigue hasta la cocina. Hay dos chuletones sobre papel encerado en la encimera y una botella de vino en un enfriador. La música de Ed Sheeran sale por los altavoces del sistema de sonido Sonos y Michael parece estar de muy buen humor.

—¿Qué te pongo para beber? —pregunta—. ¿Un *gin-tonic*? ¿Un *bloody mary*? ¿Vino? ¿Cerveza?

—Una cerveza —responde ella—, gracias.

Él le pasa una Peroni y ella le da un sorbo. Debería haber desayunado fuerte, se percata entonces, cuando el primer trago se le va directo a la cabeza.

—Salud —dice él, acercando su botella a la de ella.

—Salud —repite Lucy.

Hay un bol de las patatas onduladas favoritas de Michael en la encimera y ella coge un buen puñado. Necesita estar lo bastante sobria como para mantener el control, pero lo bastante borracha como para soportar lo que ha venido a hacer.

—Y bien —dice ella al sacar una tabla de cortar de uno de los cajones y un cuchillo de otro; luego coge los tomates de la bolsa de la compra—, ¿qué tal va la novela?

—Ay, Dios, no preguntes —dice él, y pone los ojos en blanco—. No ha sido una semana productiva, por decirlo de alguna manera.

—Me imagino que el proceso es así, ¿no? Tiene un componente psicológico.

—Mmm —responde él, y le pasa una bandeja—. Por una parte sí. Por la otra, los mejores escritores simplemente se ponen y escriben. Es como decidir no salir a correr porque está lloviendo. Excusas. Tengo que esforzarme más.

Michael le sonríe y por un momento casi parece humilde, real, y durante ese instante ella piensa que quizá el día no sea tal como lo había previsto, que quizá simplemente coman juntos, charlen, él le de los pasaportes y la deje irse sin pedir nada más que un abrazo en la puerta.

—Es otra forma de verlo —comenta ella mientras siente cómo el afilado cuchillo se desliza por los tomates maduros como si fuesen de mantequilla—. Supongo que es un trabajo como cualquier otro. Tienes que presentarte y sacarlo adelante.

—Exacto —concuerda él—, exacto.

Se termina lo que le quedaba de cerveza y tira el casco en el cubo de reciclaje. Saca otra de la nevera y le ofrece una a Lucy. Ella niega con la cabeza y le muestra su botella, aún casi llena.

—Date prisa —dice él—. Tengo un Sancerre estupendo esperándote.

—Perdón —se disculpa ella mientras se lleva la botella a los labios—. Llevo sobria bastante tiempo.

—¿Ah, sí?

—No por voluntad propia —explica—, sino por falta de fondos.

—Bueno, pues hoy llevaremos a cabo la Operación Sacar a Lucy de la Sobriedad, ¿te parece? Venga, bebe.

Ahí está, el filo, muy cerca de la afabilidad, pero un grado más próximo a la agresión. No es una petición alegre, sino una orden. Ella sonríe y se toma la mitad de la botella.

Él la mira atentamente.

—Buena chica —dice—, buena chica. Ahora el resto.

Ella esboza una sonrisa sombría y se bebe lo que faltaba, casi se ahoga de lo rápido que intenta tragar.

Él le sonríe como un tiburón y dice:

—Ah, buena chica. Muy buena chica.

Toma la botella vacía de sus manos y se gira para sacar dos copas de vino de una alacena.

—¿Hacemos los honores? —ofrece, acompañado de un gesto hacia la puerta del jardín.

—Espera a que termine con esto. —Lucy señala los tomates, a medias de cortar.

—Ya acabarás después —le indica—. Tomemos una copa primero.

Ella lo sigue hasta el patio, con el bol de patatitas en una mano y el bolso en la otra.

Él sirve dos generosas copas y desliza una sobre la mesa hacia ella. Vuelven a brindar y él la inmoviliza con la mirada.

—Bueno, Lucy Lou, cuéntame, cuéntamelo todo. ¿Qué has hecho durante estos diez años?

—¡Ja! —se carcajea estridentemente—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—¿Qué te parece si me cuentas primero la historia del hombre que te hizo una hija?

El estómago le da un vuelco. Sabía desde el momento en el que Michael puso la vista en Stella que lo único en lo que había pensado era en que ella se había acostado con otro hombre.

—Ah, nada —dice ella—, no hay mucho que contar. Fue un desastre. Pero al menos tengo a Stella. Así que, bueno, ya sabes.

Él se inclina hacia ella, la mira con sus ojos de color avellana. Está sonriendo, pero solo con la boca.

—No —dice—, en realidad no sé nada. ¿Quién era? ¿Dónde os conocisteis?

Lucy piensa en los pasaportes, que se encuentran en algún lugar de la casa. No puede permitirse enfadarlo. No debe decirle que el padre de Stella fue el amor de su vida, el hombre más guapo que se ha echado a la cara, que era un pianista magnífico cuya música la conmovía hasta el llanto, que le había destrozado el corazón y que aún llevaba los pedacitos en los bolsillos incluso ahora, a pesar de que habían pasado ya tres años desde la última vez que lo había visto.

—Era un capullo —dice. Luego hace una pausa y toma un buen trago de vino—. Un tío bueno, un criminal sin nada en la sesera. Me apiadé de él. No me merecía, y mucho menos a Stella.

Pronuncia las palabras con convicción, porque Michael, a pesar de estar mirándole a los ojos, no tiene ni idea de que lo está describiendo a él.

Esta descripción parece satisfacer a Michael momentáneamente. Su sonrisa se ablanda y vuelve a parecer real.

—¿Y dónde se ha metido el idiota ese?

—Se piró. Volvió a Argelia. Le rompió el corazón a su madre, que me echa la culpa a mí. —Se encoge de hombros—. Pero en realidad la iba a decepcionar de todas formas. Así era él.

Él se le acerca de nuevo.

—¿Lo querías?

Ella resopla con sorna.

—Dios santo —responde, aún pensando en Michael—. Qué va.

Él asiente, como para dar su aprobación.

—¿Y ha habido alguien más en estos años?

Ella niega con la cabeza. Es mentira, pero esta le resulta más fácil de contar.

—No —dice—. Nadie. Vivo con lo justo y tengo dos niños pequeños. Aunque hubiese conocido a alguien, no habría funcionado. Logísticamente hablando. —Se encoge de hombros.

—Ya veo. Y ya sabes, Lucy —la mira, serio—, que te habría ayudado si me lo hubieses pedido. Lo único que tenías que haber hecho era acudir a mí.

Ella niega con la cabeza, triste.

Él dice:

—Ya, te entiendo. El orgullo.

Se equivoca tantísimo que casi es gracioso, pero ella asiente para seguirle el juego.

—Qué bien me conoces —dice, y él se ríe.

—Éramos la peor combinación de personas imaginable de muchas maneras distintas. ¿Recuerdas las que liábamos? Dios santo, ¡estábamos locos! Pero en cierto sentido éramos, joder, éramos una pasada, ¿no crees?

Lucy se obliga a sonreír y asentir, pero no es capaz de decir que sí.

—Tal vez deberíamos habernos esforzado más —dice él mientras rellena las dos copas, a pesar de que Lucy solo había dado un par de sorbos.

—A veces la vida te pone barreras —dice ella por decir.

—Es cierto, Lucy —afirma él, como si ella acabase de decir algo muy profundo. Se toma un buen trago de vino y añade—: Cuéntame cosas sobre mi hijo. ¿Es inteligente? ¿Le gustan los deportes?

«¿Es amable? —pregunta ella en silencio—. ¿Es bueno? ¿Cuida bien de su hermana? ¿Me mantiene con los pies en la tierra? ¿Huele bien? ¿Sabe cantar? ¿Realiza los retratos más maravillosos que se hayan visto? ¿Merece algo mejor que esta vida de mierda que le he dado?»

—Es bastante inteligente, sí —responde—. Está en la media en matemáticas y ciencia, pero destaca en idiomas, arte, lengua. Y no, los deportes no son lo suyo. Ni por asomo.

Ella lo observa, buscando una nube de decepción en su mirada. Pero él parece pragmático.

—No se puede ser bueno en todo —comenta—. Vaya, qué guapo es. ¿Muestra interés por las chicas ya?

—Solo tiene doce años —dice Lucy un poco bruscamente.

—Es buena edad —argumenta él—. Ay, Dios, no creerás que pueda ser gay, ¿verdad?

Lucy siente el impulso de tirarle el vino a la cara e irse. En cambio, dice:

—¿Quién sabe? No he visto indicios, pero, como ya te he dicho, aún no muestra interés por esas cosas. En fin —cambia de tema—, debería terminar la *panzanella*, para que marine un rato antes de comer.

Se levanta. Él también y dice:

—Y yo debería encender la barbacoa.

Ella se dirige a la cocina, pero antes de que haya podido alejarse, él la toma de las manos y le da la vuelta para mirarla. Lucy ve que sus ojos están acuosos, que ya está perdiendo el norte y solo es la una y media. Él le pone las manos sobre las caderas y la atrae hacia sí. Luego le aparta el pelo de la oreja, se inclina hacia delante y susurra:

—No debería haberte dejado marchar.

Sus labios rozan los de ella durante un instante, luego le da una palmadita en el trasero y la contempla alejarse y entrar en la cocina.

26

Chelsea, 1990

Poco después de que mi madre me contase que David nos obligaba a dar todo nuestro dinero a la beneficencia y que iba a vivir con nosotros para siempre, lo vi besar a Birdie.

Me pareció asqueroso entonces, por muchas razones.

Para empezar, como ya sabéis, Birdie me parecía una mujer repelente en el plano físico. Solo de pensar en sus pequeños y duros labios uniéndose a la boca grande y generosa de David, en las manos de él sobre sus caderas, en la asquerosa lengua de ella buscando la de él dentro de la húmeda cueva que formaban sus bocas... Uf.

Después, yo era bastante chapado a la antigua y ver una prueba de adulterio me removía hasta lo más profundo de mi ser.

Y por último, bueno, el tercer hecho repulsivo no me impactó de inmediato. No habría sido posible, porque las implicaciones de lo que acababa de presenciar sin querer no eran del todo obvias. No obstante, sí que sentí algo parecido a la ansiedad al ver a David y Birdie juntos, una sensación innata de que podrían sacar cosas el uno del otro que estaban mejor enterradas.

Sucedió un sábado por la mañana. Sally estaba fuera, sacando fotos en un rodaje de una película. Justin había instalado un puesto en un mercado para vender sus remedios botánicos. Mis padres estaban sentados en el jardín, en bata, leyendo el periódico y tomando té. Yo me había levantado a las ocho y media, bastante tarde para mí. Siempre he sido muy madrugador, casi nunca me quedaba en la cama más allá de las nueve, ni siquiera en la adolescencia. Casi no me había limpiado las legañas cuando los vi, al salir de mi habitación, abrazados ante la puerta del cuarto de Birdie. Ella llevaba un camisón

de muselina. Él, una bata de algodón negra con cinturón. La pierna de ella estaba metida entre las rodillas de él. Sus entrepiernas, pegadas. Él sostenía con una mano el cuello pálido y pecoso de ella. Esta le agarraba la nalga izquierda.

Me volví a meter en mi cuarto de inmediato, con el corazón que se me quería salir del pecho y el estómago dando un vuelco. Me llevé las dos manos a la garganta para intentar aplacar las náuseas y el horror. Musité la palabra «joder» entre dientes. Luego la volví a decir, esta vez en voz alta. Entorné la puerta un rato después y ya no estaban. No supe qué hacer. Tenía que contárselo a alguien; necesitaba hablar con Phin.

Phin se apartó las cortinas de cabello rubio de la cara. En plena pubertad, cada día estaba más guapo. Era ridículo. Solo tenía catorce años y ya pasaba del metro ochenta. Jamás había tenido, que yo supiera, ni una sola espinilla. Y si la hubiera tenido me habría dado cuenta, puesto que estudiar su cara era como un *hobby* para mí.

—Tengo que contarte algo —siseé con urgencia—. Es muy muy importante.

Nos dirigimos a la parte más alejada del jardín, donde el banco curvado absorbía el sol de la mañana. Con los árboles en flor y bien cargados de hojas, no se nos podía ver desde la casa. Nos giramos para mirarnos.

—Acabo de ver algo —le dije—. Algo muy muy malo.

Phin entrecerró los ojos. Estaba claro que pensaba que le iba a revelar que había visto al gato comer del plato de la mantequilla o algo así de pueril y banal. Sabía que no confiaba en mi habilidad de impartir noticias impactantes.

—He visto a tu padre. Y a Birdie...

Su expresión de impaciencia indulgente se esfumó, y me miró alarmado.

—Estaban frente a la puerta del cuarto de Birdie y Justin. Y se estaban besando.

Se sobresaltó al oír estas palabras. Lo había impactado. Al fin, tras dos años, Phin me miraba de verdad.

Vi que un músculo de su mandíbula se tensaba.

—¿Me estás intentando colar una trola? —preguntó, casi con un

gruñido.

Negué con la cabeza.

—Te lo juro —dije—. Los he visto. Justo antes de venir aquí. Hará unos veinte minutos. Te lo juro.

Los ojos de Phin se llenaron de lágrimas a toda velocidad y luego vi que intentaba con todas sus fuerzas hacerlas desaparecer. Ciertas personas opinan que carezco de empatía. Tal vez tengan razón. No se me ocurrió que Phin podría disgustarse. Creía que se quedaría impactado. Escandalizado. Asqueado. Pero no disgustado.

—Lo siento —me disculpé—. Es que...

Él negó con la cabeza. Su hermoso cabello rubio le cayó sobre la cara y luego lo apartó para revelar una expresión de sombría y descorazonadora valentía.

—No pasa nada —aseguró—. Me alegro de que me lo hayas contado.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo no sabía qué hacer. Había obtenido la atención de Phin, pero le había hecho daño. Miré sus grandes y bronceadas manos, entrelazadas sobre su regazo, y me entraron ganas de cogerlas, acariciarlas, llevármelas a los labios, besar el dolor hasta hacerlo desaparecer. Sentí una terrible ola de deseo físico inundar mi cuerpo, ascender desde las raíces, un anhelo atroz. Aparté la vista de sus manos hacia el suelo entre mis pies.

—¿Se lo vas a contar a tu madre? —dije al fin.

Él negó con la cabeza. El pelo le volvió a caer sobre la cara, que quedó oculta a mis ojos.

—Se moriría —respondió simplemente.

Asentí como si supiera lo que quería decir. Aunque, en realidad, no tenía ni idea. Solo tenía trece años, y no era un chico adelantado para mi edad. Que David y Birdie se besaran apasionadamente en pijama me había parecido repulsivo. Sabía que estaba mal que un hombre casado besase a una mujer que no fuese su esposa, pero no era capaz de extrapolar esos sentimientos a algo que no fuese yo mismo. No me podía imaginar cómo podría sentirse otra persona al respecto. No comprendía por qué Sally se querría morir porque su marido hubiese besado a Birdie.

—¿Y a tu hermana?

—No se lo pienso contar a nadie, hostia —soltó—. Joder, y tú tampoco deberías. En serio. No se lo digas a nadie. No hagas nada a

menos que yo te lo indique, ¿entendido?

Asentí de nuevo. Estaba como pez fuera del agua y agradecía que Phin tomase las riendas de la situación.

El momento se me estaba escapando de las manos, lo notaba. Sentía que Phin estaba a punto de levantarse y entrar en la casa, y que no me iba a invitar a acompañarlo y que me dejaría allí, en el banco, mirando la fachada trasera con el asunto dándome vueltas por la cabeza, con todo el anhelo y la necesidad y el deseo en carne viva. Y sabía que a pesar de lo que acababa de suceder, volveríamos a la normalidad, a la reserva educada mutua que nos mostrábamos.

—Salgamos hoy —propuse casi sin aliento—. Hagamos algo.

Se giró para mirarme. Dijo:

—¿Tienes dinero?

—No, pero puedo conseguirlo.

—Yo también —aseguró—. Nos vemos en el recibidor a las diez.

Se levantó y se fue. Lo miré marcharse, la silueta de su columna vertebral bajo la camiseta, la anchura de sus hombros, sus grandes pies impactando contra el suelo, el trágico vaivén de su hermosa cabeza.

Encontré un puñado de monedas en los bolsillos del abrigo de mi padre. Saqué dos libras del bolso de mi madre. Me peiné el flequillo y me puse una sudadera de cremallera que me había comprado ella hacía un par de semanas de una tienda barata en Oxford Street, que era unas cien veces mejor que cualquier prenda que me hubieran traído de Harrods o de Peter Jones.

Phin estaba sentado en su trono al pie de la escalera con un libro de bolsillo en la mano. Todavía hoy sigo imaginándomelo así, excepto en mis fantasías, en las que baja el libro, me mira, sus ojos se iluminan al verme y sonríe. En la vida real apenas reaccionaba ante mi llegada.

Se levantó, despacio, luego miró alrededor con aire furtivo.

—No hay moros en la costa.

Me hizo un gesto para que lo siguiese hasta la puerta principal.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras lo seguía hacia el exterior, sin aliento.

Lo vi alzar la mano y avanzar hacia la acera. Un taxi se detuvo ante nosotros y nos subimos.

—No me puedo permitir pagar un taxi —dije—. Solo tengo dos libras y media.

—No te preocupes —dijo con aire indiferente. Sacó un rollo de billetes de diez del bolsillo de su chaqueta y me alzó una ceja.

—¡Jesús! ¿De dónde has sacado eso?

—Del escondrijo secreto de mi padre.

—¿Tiene un alijo de dinero?

—Sip. Cree que nadie lo sabe, pero yo lo sé todo.

—¿No se dará cuenta de que faltan?

—Tal vez —dijo—. O tal vez no. De todas formas, no tiene forma de probar que he sido yo quien se los ha quitado.

El taxi nos dejó en Kensington High Street. Yo miré el edificio que teníamos delante: larga fachada, una docena de ventanas arqueadas, las palabras KENSINGTON MARKET en letras cromadas. Oía música proveniente de la entrada principal, algo metálico, martilleante, inquietante. Seguí a Phin al interior y me encontré en una madriguera de pasillos sinuosos, cada uno con un montón de tiendas minúsculas, atendidas por hombres y mujeres de expresión neutra y pelo multicolor, ojos delineados en negro, cuero desgarrado, labios blancos, raso rasgado, medias de rejilla, tachuelas, plataformas, *piercings* en la nariz, *piercings* en la cara, collares de perro, tupés, cortinas, enaguas, peróxido, vichí rosa, botas de PVC hasta el muslo, botines, chaquetas de béisbol, patillas, cardados, vestidos de gala, labios negros, labios rojos, chicle, uno comiendo un rollito de beicon, otro bebiendo té de un pocillo con estampado floral con el meñique, cuya uña estaba pintada de rosa, levantado, con un hurón en brazos que llevaba una correa de cuero con tachuelas.

Cada tienda tenía su propio hilo musical, de modo que era como ir cambiando de emisora de radio según íbamos andando. Phin iba tocando cosas al pasar: una chaqueta de béisbol antigua, una camisa de jugar a los bolos de seda con el nombre de Billy bordado a la espalda, una pila de LP, un cinturón de cuero con tachuelas.

Yo no toqué nada. Estaba aterrorizado. En la siguiente tienda por la que pasamos estaban quemando incienso. La mujer de pelo blanco y piel a juego que estaba sentada en un taburete justo delante de la puerta me miró de pasada con sus ojos azules como el hielo y yo me agarré el corazón.

En el siguiente puesto, había una mujer con un bebé en el regazo.

Este no me parecía el lugar más apropiado para un bebé.

Deambulamos por los pasillos de ese sitio tan extraño durante una hora. Compramos rollitos de beicon de una cafetería rarísima del piso de arriba y contemplamos a la gente. Phin se compró un pañuelo blanco y negro del tipo de los que llevan los hombres en el Sáhara y unos discos de siete pulgadas de grupos que yo no conocía ni de oídas. Intentó comprarme una camiseta negra con ilustraciones de serpientes y espadas. Yo me negué, a pesar de que a cierta parte de mí le gustaba. Él se probó un par de zapatos de ante azul con suelas de crepé a los que se refirió como *brothel creepers*. Se miró en un espejo de cuerpo entero, se apartó el flequillo de la cara y lo transformó en un tupé, con lo que se convirtió de pronto en un rompecorazones de los cincuenta, un cruce entre Montgomery Clift y James Dean.

Yo me compré una corbata de cordón con una cabeza de carnero de plata en la hebilla. Me costó dos libras. Un hombre que parecía un vaquero punk me la metió en una bolsa de papel.

Una hora más tarde emergimos a la normalidad de una mañana de domingo: familias comprando, gente subiendo y bajando de autobuses.

Caminamos un kilómetro y medio por Hyde Park y nos sentamos en un banco.

—Mira —dijo Phin mientras abría los dedos de su mano derecha.

Vislumbré una pequeña bolsa transparente arrugada. Dentro había dos cuadraditos de papel.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ácido —respondió.

No lo comprendí.

—LSD —aclaró.

De eso sí que había oído hablar. Era una droga, algo que tomaban los *hippies* y que les provocaba alucinaciones.

Se me abrieron los ojos como platos.

—Qué. Pero ¿cómo...? ¿Por qué?

—El de la tienda de discos. Me vino a decir que lo tenía. No le pregunté yo. Creo que pensó que era más mayor de lo que soy.

Me quedé mirando los cuadraditos de papel dentro de la diminuta bolsa. Me mareé al pensar en lo que aquello implicaba.

—¿No pensarás...?

—No. Hoy no. Pero en otro momento tal vez sí. Cuando estemos

en casa. ¿Te apuntas?

Asentí. Me apuntaría a cualquier cosa que implicase pasar tiempo con él.

Phin me invitó a un sándwich en un hotel pijo con vistas al parque. Nos los sirvieron en platos con el borde de plata, y con cuchillo y tenedor. Nos sentamos junto a una alta ventana y me pregunté qué parecíamos: el alto y guapo hombre aniñado, su amigo de cara de bebé con una sudadera cutre.

—¿Qué crees que estarán haciendo los adultos? —pregunté.

—Me importa una mierda —respondió Phin.

—A lo mejor han llamado a la policía.

—Les dejé una nota.

—Ah —dije sorprendido por ese acto, contrario a la actitud rebelde que había mostrado—. ¿Qué pusiste?

—Que Henry y yo habíamos salido, que volveríamos luego.

«Henry y yo.» El corazón me dio un brinco.

—Cuéntame lo que pasó en Bretaña —le pedí—. ¿Por qué os fuisteis?

Negó con la cabeza.

—No quieres saberlo.

—Sí que quiero. ¿Qué pasó?

Suspiró.

—Fue cosa de mi padre. Tomó algo que no le pertenecía. Luego dijo: «Ah, vaya, pensaba que lo compartíamos todo», pero aquello era una especie de reliquia familiar. Valía unas mil libras. Se lo llevó al pueblo, lo vendió y luego hizo como si hubiera visto a un ladrón colarse en la casa y robarlo. Se guardó la pasta bien escondida. El padre se enteró por radio patio. Se lio parda. Nos echaron al día siguiente. —Se encogió de hombros—. Y no solo fue eso. Pero esa fue la gota que colmó el vaso.

De pronto comprendí por qué no sentía remordimiento alguno por cogerle dinero a su padre.

David afirmaba ganar un buen monto con las clases de gimnasia, pero, a ver, ¿cuánto puedes sacar de entrenar a un puñado de *hippies* en una iglesia un par de veces a la semana? ¿Habría vendido algo nuestro sin que nos diésemos cuenta? Ya le había comido el coco a mi

madre, que lo había nombrado encargado de las finanzas de la familia. Quizá estuviese sacando fondos directamente de la cuenta corriente. O tal vez fuese el dinero que mi madre creía que estábamos donando a la beneficencia para ayudar a los pobres.

Todas mis vagas dudas sobre David Thomsen comenzaron a fusionarse en algo sólido y real.

—¿Qué te parece tu padre? —le pregunté mientras jugueteaba con el reborde de mi plato.

—Lo detesto —respondió.

Asentí, reafirmado.

—¿Y a ti el tuyo? —dijo él.

—Mi padre es débil —contesté con una convicción ardiente de que esa era la verdad.

—Todos los hombres lo son —afirmó Phin—. Ese es el puto problema del mundo. Demasiado débiles para querer como es debido. Demasiado débiles para equivocarse.

Me quedé sin respiración por el poder de esa sentencia. De inmediato supe que era lo más verdadero que había escuchado en mi vida. La debilidad de los hombres era la raíz de todas las cosas malas que habían sucedido en la historia.

Observé a Phin sacar dos billetes de diez del rollo para pagar los sándwiches.

—Lamento no poder devolverte el dinero —dije.

Él negó con la cabeza.

—Mi padre va a sacaros hasta el último centavo y destrozaros la vida. Es lo puto mínimo que puedo hacer.

27

Libby, Dido y Miller cierran al salir y se van al *pub*. Es el que Libby vio desde el tejado de la casa. Está abarrotado, pero consiguen una mesa alta en el jardín y acercan taburetes de otras mesas.

—¿Quién creéis que es? —pregunta Dido mientras revuelve su *gin-tonic* con la pajita.

Miller responde:

—No es un sintecho. No hay casi nada allí. Si estuviese viviendo en la casa, tendría más pertenencias guardadas.

—Entonces, ¿piensas que es alguien que solo se pasa por allí de vez en cuando? —pregunta Libby.

—Eso creo.

—Entonces, ¿había alguien en el ático el sábado cuando estuve en la casa?

—Eso creo también.

Libby se estremece.

—Mira —dice Miller—, esta es mi teoría. ¿Naciste en junio de 1993?

—El diecinueve.

La recorre un escalofrío al recordar la fecha. ¿Cómo puede estar segura de que es cierta? ¿Lo sabe alguien de verdad? Tal vez se la inventasen los de los servicios sociales. O su madre adoptiva. Nota que su confianza en las certezas de su vida se comienza a desmoronar.

—Vale. Tus hermanos recordarían el día de tu nacimiento, dado que eran adolescentes. Y si sabían que heredarías la casa al cumplir los veinticinco años, tendría sentido que quisieran regresar. Para verte...

Libby ahoga un grito.

—¿Quieres decir que crees que puede tratarse de mi hermano?

—Creo que puede ser Henry, sí.

—Pero si sabía que era yo la que estaba en la casa, ¿por qué no

bajó a verme?

—Bueno, eso no lo sé.

Libby alza su copa de vino, se la lleva a los labios durante un breve instante y la vuelve a dejar.

—No —dice con seguridad—. No tiene sentido.

—A lo mejor no quería asustarte —sugiere Dido.

—Podría haberme dejado un mensaje —argumenta ella—. Podría haberse puesto en contacto con el abogado para comentarle que quería conocerme. En cambio, se esconde en el ático como un bicho raro.

—Bueno, a lo mejor es un bicho raro —opina Dido.

—¿Qué descubriste sobre él? —le pregunta Libby a Miller—. Aparte de que es mi hermano.

—Nada más —responde este—. Sé que fue al colegio Portman House desde los tres años hasta los once. Sus profesores lo consideraban un niño inteligente, pero un tanto presuntuoso. No tenía muchos amigos. Y en 1988, cuando terminó la educación primaria, tenía una plaza reservada en el instituto St. Xavier, en Kensington, pero no la aceptó. Nadie supo nada más de él desde ese momento.

—No lo entiendo —dice Libby—. No me cuadra que ande merodeando, colándose por entre túneles y arbustos, escondiéndose en el piso de arriba cuando sabía que yo estaba en el de abajo. ¿Estás seguro de que es Henry?

—Claro que no. Pero ¿quién si no iba a saber que estarías allí? ¿Qué otra persona sabría cómo entrar en la casa?

—Uno de los otros —responde ella—. Tal vez sea uno de los otros.

28

Lucy mira la hora en su teléfono cuando Michael se distrae durante un segundo con una avispa que está revoloteando sobre su plato. La espanta con la servilleta, pero el insecto vuelve de nuevo.

Son casi las tres. Quiere volver a casa a las cuatro. Necesita los pasaportes, pero sabe que, al solicitarlos, acelerará el inevitable trayecto hacia la cama de Michael.

Comienza a retirar los platos.

—Trae —dice—, déjame que meta esto dentro. Así tu pesada amiguita te dejará en paz.

Él tiene los ojos vidriosos y le ofrece una sonrisa agradecida.

—Sí —asiente—. Buen plan. Y aprovechamos para hacer el café.

Ella lidera la marcha hacia la cocina y comienza a cargar el lavavajillas. Él la observa mientras la cafetera muele los granos de café.

—No has perdido la figura, Luce —comenta—. No estás nada mal para una madre de cuarenta y un años.

—Treinta y nueve. —Sonríe tensa y deja caer dos cuchillos en el cestillo de los cubiertos—. Pero gracias.

El ambiente es torpe, ligeramente agrio. Han bebido demasiado, comido demasiado, se han pasado demasiado rato sentados en el lánguido aire del patio. Lucy dice:

—Tengo que volver con los niños dentro de poco.

—Bah —dice Michael despreocupadamente—. Marco ya es mayor. Puede cuidar de su hermana un rato más.

—Sí, es cierto, pero Stella se pone un poco nerviosa cuando no estoy.

Lucy ve cómo se le crispa la mandíbula. A Michael no le hace nada de gracia oír hablar de las debilidades ajenas. Lo aborrece.

—Bueno —dice con un suspiro—, supongo que querrás que te dé los pasaportes.

—Sí, por favor.

El corazón le late tan fuerte contra las costillas que lo nota en los oídos.

Él inclina la cabeza y le sonríe.

—Pero no te largues todavía, ¿vale?

Se dirige a su estudio y ella oye cómo abre y cierra cajones. Regresa poco después con los pasaportes dentro de una bolsa de fieltro con cordones. La bambolea delante de ella.

—Soy un hombre de palabra —dice, acercándosele despacio. Tiene los ojos clavados en ella y sigue meciendo la bolsa.

Lucy no entiende lo que está haciendo Michael. ¿Espera que tome la bolsa? ¿Qué lo persiga? ¿Qué?

Sonríe, nerviosa.

—Gracias —dice.

En ese momento ya está pegado a ella, la parte baja de su espalda impacta contra el borde de la encimera, la bolsa de fieltro aferrada en la mano de Michael, su boca acercándose al hueco del cuello de ella. Lucy nota los labios de Michael rozar su piel. Lo oye gruñir.

—Ay, Lucy, Lucy, Lucy —dice—. Dios, qué bien hueles. Eres tan... —Se restriega contra ella— maravillosa. Eres... —Vuelve a gruñir y su boca asciende hacia la de ella, que le devuelve el beso.

A eso ha venido. Ha venido a tirarse a Michael y ahora va a tirarse a Michael como se lo ha tirado otras veces, y puede tirárselo de nuevo, claro que puede, sobre todo si se imagina que es Ahmed, o un desconocido incluso, entonces sí puede hacerlo, claro que puede.

Permite que le meta la lengua en la boca y cierra los ojos, fuerte, fuerte, fuerte. Sus manos la están cogiendo por detrás, la están empujando para subirla a la encimera; él agarra sus piernas y se las enrosca alrededor del cuerpo, sus manos aferran sus tobillos con tanta fuerza que Lucy se atenaza, pero no se detiene, sigue porque esto es a lo que ha venido. Tras ellos, la cafetera borbotea y silba. Ella derriba un vaso vacío, que rueda por la encimera hasta chocar contra la tetera y romperse en mil pedazos. Ella intenta apartar la mano de los cristales, pero Michael la está empujando hacia ellos, sus manos le levantan la falda, en busca de la goma de las bragas. Intenta deslizarse por la encimera para alejarse de los cristales, pero no quiere parar la inercia que ha tomado la situación, necesita que pase rápido para poder subirse la ropa interior, coger los pasaportes y volver a casa con

sus niños. Intenta concentrarse en ayudarlo a quitarle las bragas, pero nota un trozo de vidrio bajo su espalda, presionándole la piel. Intenta cambiar de posición por última vez cuando Michael se separa y dice:

—Hostia puta, quieres dejar de apartarte de mí de una puta vez. Joder.

Entonces aplica más presión contra su cuerpo y el trozo de cristal atraviesa la piel de Lucy, que se aparta de un salto y grita de dolor.

—¿Qué coño pasa ahora? ¡Me cago en la puta ya!

Lucy ve, casi a cámara lenta, cómo la mano de Michael desciende hacia su cara y entonces nota que los dientes se le mueven hacia el interior de la cabeza y el cerebro rebota en las paredes del cráneo cuando le pega.

Y ahora hay sangre, sangre caliente, corriendo por la parte baja de su espalda.

—Me he hecho daño —dice—. Mira, había cristales y...

Pero él no la escucha. En cambio, la obliga a volver a subirse a la encimera, donde el cristal le abre otra herida en la espalda, y de pronto penetra en su interior mientras le cubre la boca con la mano. No debería suceder así. Iba a ser consentido. Iba a dejarse hacer. Pero ahora está herida y sangra y percibe el olor a carne carbonizada que emana de su mano, ve la furia inexpresiva en su cara y lo único que quiere son los pasaportes, los putos pasaportes, no quiere que suceda esto y su mano se topa con un cuchillo; es el que ha utilizado para cortar los tomates, el que atravesaba sus pieles como si de mantequilla se tratara, y ahora lo tiene en la mano y lo hunde en el costado de Michael, en el hueco que queda bajo el borde de su camiseta, la parte suave, tierna y blanca donde la piel es casi infantil, y entra con tal facilidad que Lucy casi no procesa que lo ha hecho.

Ve que los ojos de Michael se nublan momentáneamente por la confusión, luego se le aclaran al comprender. Sale de su interior y se bambolea hacia atrás. Mira la sangre que emerge del agujero que tiene en el costado y lo cubre con las manos, pero la sangre sigue manando.

—Me cago en Dios, Luce. ¿Qué cojones has hecho? —La mira con los ojos abiertos e incrédulos—. Ayúdame. Joder.

Ella encuentra unos trapos de cocina y se los pone en las manos.

—Aprieta fuerte —le dice sin aliento—, presiona contra la herida.

Él toma los trapos y los sujeta contra su costado, entonces ella ve cómo le flaquean las piernas y cae al suelo. Intenta ayudarlo a

levantarse, pero él la aparta de un manotazo. De pronto a Lucy se le ocurre pensar que Michael se está muriendo. Se ve a sí misma llamando a la ambulancia. Los ve, al llegar, preguntarle qué ha pasado. Les diría que la había violado. Pruebas hay. El cristal que aún tiene incrustado en la zona lumbar es una de ellas. El hecho de que él aún tenga los pantalones por los tobillos es otra. Sí, la creerían. Sin duda.

—Voy a llamar a una ambulancia —le dice a Michael, cuyos ojos están mirando ciegamente el vacío—. Tú sigue respirando. Respira. Voy a llamar.

Se saca el móvil del bolso con dedos temblorosos, lo enciende y está a punto de marcar el primer dígito cuando se da cuenta de una cosa: es muy probable que la crean, pero no la dejarán irse. Tendrá que quedarse en Francia, responder preguntas; deberá revelar que está en el país de forma ilegal, que no existe, y le quitarán a sus hijos y todo, absolutamente todo, saldrá a la luz de forma rápida y horrible, como una pesadilla.

Su dedo sigue pegado a la pantalla del teléfono. Le lanza una mirada a Michael. Está temblando. Le sigue manando sangre del costado. A Lucy le entran náuseas y se vuelve hacia el fregadero, respirando con intensidad.

—Ay, Dios; ay, Dios; ay, Dios. Ay, Dios; ay, Dios; ay, Dios.

Se da la vuelta, mira el móvil, después a Michael. No sabe qué hacer. Y entonces lo ve; ve la vida escaparse del cuerpo de Michael. Lo ha visto antes. Sabe cómo es. Michael ha muerto.

—Ay, Dios. Ay, Dios; ay, Dios. —Se pone en cuclillas y le busca el pulso. Nada.

Empieza a hablar sola.

—Vale —se dice al levantarse—. Vale. Veamos. ¿Quién sabe que estás aquí? Joy, puede que él se lo haya dicho a Joy. Pero le habría dicho que iba a venir Lucy Smith. Sí. Lucy Smith. Sin embargo, ese no es mi nombre y, además, ahora ya no soy Lucy Smith. Soy... —Su mano temblorosa encuentra la bolsa de fieltro y saca los pasaportes. Pasa las páginas para leer el texto—. Soy Marie Valerie Caron. Bien. Bien. Soy Marie Caron. Sí. Y Lucy Smith no existe. Joy no sabe dónde vivo, pero...

»¡El colegio! —recuerda—. Michael sabía a qué colegio iba Marco. Pero ¿se lo habría comentado a Joy? No. No se lo habría

dicho. Claro que no. Y, aunque así hubiera sido, allí solo conocen a Lucy Smith, no a Marie Caron. Además, Stella va a otro colegio diferente, y nadie, excepto Samia y yo, sabe dónde está. ¿Y qué hay de los que han hecho los pasaportes? No. Estarán tan bien escondidos en los bajos fondos que nadie se plantearía siquiera buscarlos. Los niños: ellos sí sabían que yo iba a venir aquí, pero no se lo dirán a nadie. Bien. Vale.

Camina según va hablando. Luego observa el cuerpo inerte de Michael. ¿Debería dejarlo allí para que Joy lo encontrase a la mañana siguiente? ¿O debería moverlo, limpiar la cocina? ¿Esconder el cuerpo? Es un hombre grande. ¿Dónde lo metería? No sería capaz de ocultarlo por completo, pero quizá sí el tiempo suficiente para que ella y los niños llegasen a Londres.

Sí, decide, sí. Lo limpiará todo. Arrastrará el cuerpo hasta la bodega. Lo cubrirá con algo. Joy vendrá mañana y creerá que ha salido. No se dará cuenta de nada hasta que el cadáver comience a oler. Para entonces, Lucy y los niños ya habrán puesto pies en polvorosa. Y todos creerán que lo ha asesinado alguien relacionado con los momentos más turbios de su vida.

Abre la puerta del armario que hay bajo el fregadero. Saca lejía. Coge un rollo de papel de cocina superabsorbente.

Comienza a limpiar.

29

Chelsea, 1990

Me senté con Phin en el tejado de la casa. Phin era quien había descubierto ese lugar. Yo no tenía ni idea de su existencia. Para acceder a él, había que abrir una trampilla que había en el techo del pasillo del ático, escalar hasta alcanzar un túnel de techo bajo y luego abrir otra trampilla, que daba a una azotea con unas vistas alucinantes a la otra ribera del río.

Según parecía, no habíamos sido los primeros en descubrir la terraza secreta. Había un par de sillas de plástico hechas polvo, varias plantas muertas en macetas y una mesita.

Apenas me podía creer que mi padre no conociese ese sitio. Siempre se había quejado de que el jardín daba al norte, por lo que no podía disfrutar del sol vespertino. Y aquí arriba había un oasis privado que recibía los rayos del astro rey todo el día.

Resultó que los cuadraditos de papel que Phin había recibido en Kensington Market la semana anterior estaban divididos en cuatro cuadraditos aún más pequeños. Cada minisegmento tenía un dibujo de una cara sonriente.

—¿Y si nos da un mal viaje? —pregunté, y me sentí como un bobo por usar esa jerga.

—Mejor nos tomamos medio cada uno —propuso Phin—. Para empezar.

Asentí efusivamente. Habría preferido no tomarme nada en absoluto. Aquello no iba conmigo. Pero me lo estaba proponiendo Phin, y, como bien decía el cliché tan popular entre los padres, si se hubiese tirado por un puente, yo habría saltado detrás.

Lo vi tragarse el trocito de papel y luego él me vio hacer lo propio. El cielo era de un azul acuarela. El sol no tenía demasiada fuerza, pero hacía acto de presencia y cuando nos daba de pleno, nos

calentaba la piel. Pasó un buen rato y no sentimos nada. Hablamos de lo que veíamos: la gente sentada en sus jardines, los barcos deslizándose Támesis abajo, la central eléctrica del otro lado del río. Tras media hora más o menos, me relajé, pues comencé a pensar que el ácido era falso y que no me iba a pasar nada, que me había librado. Pero entonces noté que la sangre se me calentaba bajo la piel; miré al cielo y vi que estaba lleno de venas blancas latientes que se iluminaban de varios colores, como el nácar, cuanto más las contemplaba. Me percaté de que el cielo ya no era azul, sino de un millón de tonos diferentes compinchados para crear el celeste, y que el firmamento conspiraba y mentía, que era en realidad mucho más inteligente que nosotros y que tal vez todo lo que considerábamos inanimado nos superase en inteligencia y se estuviera burlando de nosotros. Miré las hojas de los árboles y me cuestioné su verdor. «¿Sois verdes de verdad? —me pregunté—. O en realidad estáis formadas por diminutas partículas moradas, rojas, amarillas, doradas que están de fiesta y riéndose, riéndose.» Miré a Phin. Dije:

—¿Tu piel es blanca de verdad?

Él se observó la piel.

—No. Es... —Me miró y se rio a carcajadas—. ¡Tengo escamas! ¡Mira! Tengo escamas. ¡Y tú! —Me señaló con gran hilaridad—. ¡Tienes plumas! Ay, Dios —exclamó—, ¿en qué nos hemos convertido? ¡Somos engendros!

Nos perseguimos por el terrado durante un minuto haciendo sonidos de animales. Yo me atusé las plumas. Phin desenrolló la lengua. Ambos nos asombramos y nos sorprendimos de lo larga que era.

—Tienes la lengua más larga que haya visto en mi vida.

—Porque soy un lagarto.

La volvió a enroscar dentro de la boca y luego la sacó de nuevo. Lo miré con entusiasmo. Y cuando volvió a emerger, la atrapé entre mis dientes.

—¡Ay! —se quejó Phin, y se agarró la lengua con los dedos mientras se reía de mí.

—¡Perdón! —me disculpé—. Soy un pájaro estúpido. Creía que era una lombriz.

Y entonces dejamos de reír y nos sentamos en las sillas de plástico y miramos, miramos, miramos el torbellino de la aurora

boreal que había sobre nuestras cabezas y las manos nos colgaban la una junto a la otra, los nudillos chocaban de vez en cuando, y cada vez que sentía la piel de Phin rozar la mía, me parecía que su esencia penetraba en mi epidermis, y que trocitos de su esencia se entremezclaban con la mía, conformando una sopa de los dos; esto resultaba demasiado tentador. Necesitaba enchufarme a él para capturar su esencia al completo y mis dedos se entrelazaron con los suyos y él me lo permitió, me dejó tomarle la mano, y lo noté derramarse en mi interior como cuando me subí en un barco en un canal y el capitán abrió las compuertas y contemplé el agua fluir de un lado al otro.

—Eso es —dije, y me giré para mirarlo—. Eso es. Tú y yo. Ahora somos la misma persona.

—¿Ah, sí? —preguntó Phin, mirándome con los ojos como platos.

—Sí, mira —respondí, y señalé nuestras manos—. Somos lo mismo.

Phin asintió y nos quedamos allí sentados durante un rato, no sé cuánto tiempo, pudieron ser cinco minutos, pudo ser una hora, con las manos unidas, contemplando el cielo y perdidos en nuestras ensoñaciones, producto de los compuestos químicos que habíamos consumido.

—No es un mal viaje, ¿verdad? —dije al fin.

—No —confirmó Phin—. Es un buen viaje.

—El mejor —puntualicé yo.

—Sí —asintió—. El mejor.

—Deberíamos vivir aquí arriba —sugerí—. Subir nuestras camas y mudarnos aquí.

—Deberíamos. Sí que deberíamos. ¡Ahora mismo!

Ambos nos pusimos en pie y saltamos por la trampilla para meternos en el túnel que iba por encima del ático. Las paredes del túnel palpitaban, como las entrañas de un cuerpo; me sentía dentro de una garganta, tal vez, o de un esófago. Casi nos caemos al pasillo desde la segunda trampilla y de pronto nos pareció estar donde no debíamos, como en *Doctor Who* cuando el protagonista abre la puerta del Tardis y no sabe dónde se halla.

—¿Dónde estamos? —pregunté yo.

—Abajo —respondió Phin—. En el mundo de abajo.

—Quiero volver arriba.

—Vamos a por las almohadas —propuso Phin—. Rápido.

Tiró de mi mano y me metió en su cuarto; cogimos las almohadas y estábamos a punto de volver a subir al túnel cuando David apareció justo delante de nosotros.

Estaba mojado porque acababa de salir de la ducha, llevaba una toalla alrededor de la cintura y el pecho al descubierto. Le miré los pezones. Eran oscuros y parecían de cuero.

—¿En qué andáis metidos? —preguntó; sus ojos iban de Phin a mí y vuelta, escrutadores. Su voz era como el retumbar de un trueno lejano. Era alto y completamente macizo, como una estatua. Noté que se me helaba la sangre en su presencia.

—Llevamos unas almohadas —explicó Phin—. *Al arriba*.

—¿Arriba?

—Arriba —repitió Phin—. Esto es abajo.

—Abajo.

—Abajo —confirmó Phin.

—¿Qué narices os pasa? —preguntó David—. Miradme a los ojos. —Tomó la mandíbula de Phin entre sus dedos y le escrutó las pupilas —. ¿Estás colocado? —preguntó, y se volvió hacia mí—. Dios, los dos vais pedo. ¿Qué coño habéis tomado? ¿Hachís? ¿Ácido? ¿Qué?

Poco después nos mandó a la planta de abajo y llamó a mis padres, y a la madre de Phin; David seguía con la toalla puesta y yo seguía mirándole los pezones de cuero y noté que el desayuno se me empezaba a revolver en el estómago. Estábamos en la sala de dibujo, rodeados de cuadros al óleo, animales muertos acechantes clavados en las paredes, cuatro adultos lanzando preguntas, preguntas, preguntas.

¿Cómo? ¿Qué? ¿De dónde? ¿Cómo lo pagasteis? ¿Sabían qué edad tenéis? Podríais haber muerto. Sois demasiado jóvenes. ¿En qué narices estabais pensando?

Y en ese preciso momento, Birdie entró en la sala.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Anda ya, pírate de aquí —dijo Phin—, esto no te incumbe.

—No te atrevas a hablarle así a un adulto —lo reprendió David.

—Eso —dijo Phin, señalando a Birdie— no es un adulto.

—¡Phin!

—No es una adulta. No es ni tan siquiera humana. Es una cerda. Mírala. Mira lo rosa que tiene la piel, lo pequeños que son sus ojos. Es una cerda.

La estancia entera ahogó un grito. Me quedé mirando a Birdie e intenté visualizarla como una cerda. No obstante, a mí me parecía más bien una gata muy vieja, de esas que tienen calvas en el pelaje y legañas en los ojos.

Entonces miré a Phin y me di cuenta de que tenía la vista clavada en su padre, y lo vi abrir la boca, reírse y luego decir:

—Entonces, ¡tú eres un besacerdas!

Se rio estruendosamente.

—Ella es una cerda y tú un besador de cerdas. Cuando la besaste, ¿sabías que era una cerda?

—¡Phin! —Sally esbozó una mueca.

—Henry los vio besarse. La semana pasada. Por eso le robamos el dinero a papá y salimos sin permiso. Porque estaba enfadado con él. Pero ahora ya sé por qué la besó. Porque... —Phin se estaba riendo tanto que apenas podía hablar— ¡quería besar a una cerda!

A mí también me entraron ganas de estallar en carcajadas porque Phin y yo éramos la misma persona, pero ya no sentía aquella conexión tan intensa, ahora lo único que sentía era un horror frío y sólido.

Sally salió corriendo; Phin la siguió, y luego David, con la toalla. Yo miré a Birdie, incómodo.

—Lo siento —dije por una razón incomprensible para mí.

Ella me miró embobada antes de salir de la estancia.

Solo quedábamos mis padres y yo.

Mi padre se puso en pie.

—¿De quién fue la idea? —quiso saber—. La de drogarse.

Me encogí de hombros. Notaba que el viaje se desvanecía de mi organismo. Sentía que regresaba a la realidad.

—No lo sé.

—Se le ocurrió a él, ¿verdad?

—No lo sé —repetí.

Suspiró.

—Habrá consecuencias, jovencito —dijo con voz grave—. Tendremos que decidir cuáles serán. Por ahora, vamos a que bebas un poco de agua y a que comas algo. Algo contundente. ¿Unas tostadas, Martina?

Mi madre asintió y yo la seguí a la cocina como un corderito.

Oía voces en el piso de arriba: las vocales vidriosas de Sally, el

estallido de David, el llanto de Birdie. Oía pasos, puertas que se abrían y cerraban, Mi madre y yo intercambiamos una mirada mientras ella metía las rebanadas de pan en el tostador.

—¿Es verdad? —me preguntó—. Lo que ha dicho Phin sobre David y Birdie.

Asentí.

Se aclaró la garganta, pero no dijo nada más.

Un instante después oímos que la puerta principal se cerraba de un portazo. Me asomé al pasillo y vi a Justin con las manos llenas de bolsas de arpillera, pues volvía de su puesto en el mercado dominical. Enseguida su voz se unió a la sinfonía de gritos procedentes del piso superior.

Mi madre me dio la tostada y me la comí en silencio. Recordé la ansiedad que había sentido al ver a Birdie y a David besarse hacía una semana, la sensación de que algo pútrido estaba escampándose por el mundo, como si ellos fuesen las llaves y se hubiesen abierto mutuamente. Y entonces recordé lo que sentí al tomar la mano de Phin y pensé que nosotros también éramos llaves que nos desbloqueábamos, pero que escamparíamos algo notable y bueno.

—¿Qué va a pasar? —pregunté.

—No tengo ni idea —respondió mi madre—. Pero nada bueno. Ni por asomo.

30

Michael está en la bodega y Lucy lleva una hora limpiando. Coge una bolsa de basura que hay junto a la puerta principal; está llena de papel de cocina empapado en sangre, un par de guantes de látex de Joy y hasta el más mínimo rastro de la comida: botellas de vino vacías, botellines de cerveza, servilletas, *panzanella* sobrante. Se ha curado las heridas de la espalda con tiritas que ha encontrado en el baño adyacente a la habitación de Michael y lleva en el bolso tres mil euros que ha sacado de la mesilla de noche.

Le echa un vistazo al Maserati cuando pasa a su lado. Siente una oleada de tristeza: Michael no volverá a conducir un deportivo. Michael no volverá a sacarse un billete de avión a Martinica por impulso, ni a descorchar una botella de champán añejo, nunca terminará de escribir su estúpido libro, ni volverá a saltar a la piscina vestido, nunca le regalará a una mujer cien rosas rojas, nunca más follará, ni besará a nadie…

Jamás volverá a hacer daño.

El sentimiento se desvanece. Tira la bolsa de basura en un contenedor enorme junto a la playa. La anega la adrenalina, la mantiene centrada y fuerte. Compra dos bolsas de comida y bebida para los niños. Marco le envía un mensaje a las cinco: «¿Dónde estás?».

«En la tienda —responde ella—. Llego enseguida.»

Los niños cooperan. Miran la bolsa de tentempiés y chuches con desconfianza.

—Nos vamos a Inglaterra —les dice, tratando de utilizar un tono alegre y liviano—. Vamos a celebrar el cumpleaños de la hija de una amiga.

—¡El bebé! —dice Marco.

—Eso es —confirma ella—. El bebé. Y nos alojaremos en la casa donde viví de niña. Pero primero ¡vamos de aventuras! Para empezar nos dirigiremos a París. ¡En tren! Luego tomaremos otro tren hasta Cherburgo. Después, nos subiremos a un barco que nos llevará a una islita llamada Guernsey, donde pasaremos una noche o dos en una pequeña casa de campo. Por último, tomaremos otro barco hasta Inglaterra y llegaremos a Londres en coche.

—¿Todos? —pregunta Stella—. ¿*Fitz* también?

—Sí, *Fitz* también. Pero tenemos que hacer el equipaje, ¿de acuerdo? Y debemos dormir un rato, porque hay que estar en la estación a las cinco de la mañana. Venga, vamos a picar algo, ducharnos para estar bien limpitos, hacer las maletas e irnos a la cama.

Deja a los niños empacando y cenando y se dirige al cuarto de Giuseppe. El perro le salta encima y ella permite que le lama la cara. Mira a Giuseppe y se plantea qué decirle. Es leal, pero es viejo y a veces se le va un poco la cabeza. Decide mentir.

—Nos vamos de vacaciones mañana —le dice—. A Malta. Tengo unos amigos que viven allí.

—Ah —suspira Giuseppe—. Malta es un lugar mágico.

—Sí —asiente ella, triste por estar engañando a una de las personas más amables con las que se ha cruzado.

—Pero en esta época del año hace calor —dice él—. Y mucho. —Mira al perro—. ¿Quieres que lo cuide hasta que volváis?

El perro. No había pensado en el maldito animal. Tras un momento de pánico, sale adelante.

—Me lo llevo como animal de apoyo emocional, para que me ayude con la ansiedad.

—¿Sufres ansiedad?

—No, pero lo dije para que me dejasen llevarme a *Fitz*.

Giuseppe no cuestionará ese motivo. No tiene demasiado claro cómo funciona el mundo moderno. En su mundo, corre el año 1987, más o menos.

—Qué bien —dice mientras acaricia la cabeza del animal—. ¡Te vas de vacaciones, chico! ¡Y menudas vacaciones! ¿Cuánto tiempo estaréis fuera?

—Dos semanas —responde ella—. Tal vez tres. Puedes alquilar nuestro cuarto, si te hace falta.

Él sonríe.

—Me aseguraré de que esté disponible cuando regreséis.

Ella le toma la mano.

—Gracias —le dice—. Muchísimas gracias.

Le da un abrazo fuerte; no tiene ni idea, ni por lo más remoto, de si lo volverá a ver. Abandona la estancia antes de que él vea sus lágrimas.

31

—Quiero pasar la noche en la casa —anuncia Miller al dejar el vaso vacío sobre la mesa—. Si te parece bien.

—¿Dónde piensas dormir?

—No pienso dormir.

Muestra decisión en el semblante.

Libby asiente.

—Vale —dice—. Por mí bien.

Regresan a la casa, Libby abre el candado de nuevo, tira de la verja de madera y vuelven a entrar. Se quedan quietos durante un instante, con los ojos apuntando hacia arriba, aguzando el oído para ver si captan movimientos. Pero todo está en silencio.

—Bueno —dice Libby, y le lanza una mirada a Dido—, me parece que nos vamos a ir yendo.

Dido asiente con la cabeza y Libby da un paso hacia la puerta principal.

—¿Estarás bien aquí solo? —pregunta.

—Por favor —responde Miller—, no hay más que mirarme. ¿Te parece que me dará mal rollo pasar la noche en una casa oscura y solitaria donde murieron tres miembros de una secta tras sufrir un robo?

—¿Quieres que me quede contigo?

—No. Vete a casa, duerme en tu cómoda cama. —Tiene los dedos sobre la barba y la mira con sus atractivos ojos de cachorrito.

Libby sonríe.

—Quieres que me quede, ¿verdad? —repite.

—No. No, no, no.

Libby se ríe y mira a Dido.

—¿Te importa irte sola? —le pregunta—. Nos vemos mañana en la oficina. Te lo prometo.

—Quédate —la anima Dido—. Y no te preocupes por llegar

puntual mañana. No hay prisa.

Está empezando a anochecer cuando Libby regresa a la casa tras haber acompañado a Dido hasta la boca del metro. Absorbe el ambiente de una cálida noche de verano en Chelsea, los grupos de adolescentes rubios con *shorts* vaqueros desgarrados y deportivas gigantes, los maravillosos salones que se ven por las ventanas de guillotina. Se concede un momento para fantasear que vive allí, que forma parte de este mundo enrarecido, que es, de hecho, una chica de Chelsea. Se imagina la casa de Cheyne Walk llena de antigüedades, lámparas de araña y arte moderno.

Pero en cuanto abre la puerta del número 16, la fantasía se disipa. La casa está maldita, mancillada.

Miller está sentado en la cocina, a la gran mesa de madera. Levanta la vista cuando entra Libby y le dice:

—Ven, rápido, mira esto. Mira.

Tiene la linterna del móvil encendida y está observando el interior de un cajón. Ella le echa un vistazo.

—Mira —insiste Miller.

En la parte de atrás del cajón, en lápiz negro, alguien ha garabateado las palabras: «Soy Phin».

32

Chelsea, 1990

Sally se fue de casa unas semanas después. Luego, pasados unos días, Birdie se trasladó al cuarto de David. Justin, sin embargo, no se marchó. Siguió viviendo en la habitación que había compartido con Birdie.

No me llegaron a castigar por lo del ácido, y a Phin tampoco. Pero estaba claro que para él perder a su madre había sido más duro que cualquier castigo que su padre pudiera haber imaginado. Se echaba la culpa a sí mismo, ante todo. La siguiente en la lista de la culpa era Birdie. La detestaba y se refería a ella como «eso». Luego culpaba a su padre. Y, por desgracia, y mayormente de forma subliminal, me culpaba a mí. Al fin y al cabo, yo era quien le había proporcionado la horrible y fatal píldora de conocimiento que él había utilizado para destruir involuntariamente el matrimonio de sus padres. Si yo no le hubiese dicho nada, no habría pasado nada: ni nos habríamos ido de compras, ni habríamos tomado ácido, ni habría revelado aquella espantosa tarde el incidente del beso a la cerda. De ese modo, el vínculo que habíamos establecido en el tejado no es que se desvaneciese, sino que estalló en una nube de humo tóxico.

Era complicado no considerar que me lo había guisado yo solito. Cuando pienso en la intención que tenía al contarle lo que vi, el ansia de escandalizarlo e impresionarlo, la falta de empatía y de consideración por cómo se sentiría al descubrirlo, me siento, sí, responsable. Y pagué el precio, generosamente. Porque al destruir sin querer el matrimonio de sus padres, había destruido sin querer mi vida.

Poco después de que Sally se marchase, me encontré con Justin

sentado a la mesa del jardín, ordenando pilas de hierbas aromáticas y flores. El mero hecho de que hubiese permanecido bajo el mismo techo que su exnovia adúltera me pareció triste y ligeramente subversivo. Seguía con su rutina de siempre, cultivando sus plantas, convirtiéndolas en bolsitas de arpillera llenas de polvo, diminutos viales de vidrio llenos de infusiones, amarrándoles etiquetas que decían *The Chelsea Apothecary*. Llevaba la misma ropa y caminaba de la misma forma; no había señales externas de malestar interno ni de que tuviese el corazón roto. Yo estaba sufriendo por mi propio corazón partido y por el final de mi breve relación con Phin, así que sentía curiosidad por saber qué le pasaba por la cabeza. Y con la marcha de Sally y la unión de Birdie y David, sin mencionar que mis padres se estaban convirtiendo en sombras cada vez más pequeñas de quienes habían sido en su día, él parecía una de las personas más normales bajo aquel techo, por extraño que pueda sonar.

Me senté en frente de él y me miró con aire cordial.

—Hola, chico. ¿Qué tal va todo?

—Todo va... —Estaba a punto de decir que me iba bien, pero entonces recordé que no era verdad en absoluto. De modo que contesté—: Raro.

Me miró con mayor atención.

—Bueno —comentó—, no hace falta que lo jures.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Lo observé retirar con cuidado capullos de ramas y ponerlos sobre una bandeja.

—¿Por qué sigues viviendo aquí? —dije al fin—. Ahora que Birdie y tú...

—Buena pregunta —dijo él, sin mirarme. Dejó otro capullo sobre la bandeja, se frotó las puntas de los dedos y luego se posó las manos sobre el regazo—. Supongo que porque, a pesar de que ya no estamos juntos, ella sigue formando parte de mí. El aspecto del amor que no tiene que ver con el sexo no se muere de inmediato. O al menos no necesariamente.

Asentí. Eso me parecía muy cierto, al menos en lo que a mí respectaba. Aunque hubiese muchas probabilidades de que jamás volviese a tomar a Phin de la mano, o incluso de que tuviéramos otra conversación profunda, seguía albergando los mismos sentimientos hacia él.

—¿Crees que volveréis a estar juntos?

Él suspiró.

—Sí —dijo—. Tal vez. Pero tal vez no.

—¿Qué piensas de David?

—Ah.

Su lenguaje corporal cambió sutilmente. Juntó un poco los hombros, entrelazó los dedos.

—Aún no lo he decidido —dijo al fin—. En ciertos aspectos creo que es un tío estupendo. En otros... —Negó con la cabeza— me da mal rollo.

—Sí —asentí más alto y con mayor intensidad de lo que pretendía—. Sí —repetí más bajo—, a mí también me da mal rollo.

—¿En qué sentido exactamente?

—Es... —alcé la vista al cielo, en busca de vocabulario apropiado — siniestro.

Justin emitió un rumor de risas.

—Ja, sí —dijo—. Lo has clavado. Sí. Siniestro. Toma. —Me pasó un puñado de flores diminutas que se parecían a las margaritas y un rollo de hilo—. Átalas en haces, por los tallos.

—¿Qué son?

—Caléndulas. Sirven para calmar las molestias de la piel. Mano de santo.

—¿Y eso qué es? —Señalé la bandeja de pequeños capullos amarillos.

—Camomila. Para hacer una infusión. Huélela. —Me dio un capullo. Me lo llevé a la nariz—. ¿No es el aroma más maravilloso del mundo?

Asentí y rodeé los tallos de la caléndula con el hilo, luego los até con una lazada.

—¿Así está bien?

—Genial. Sí. Bueno —comenzó—, me he enterado de lo que hiciste con Phin. La semana pasada. Ya sabes, el viaje.

Me sonrojé.

—Tío —exclamó—, ¡yo no toqué las drogas hasta poco antes de cumplir los dieciocho! ¿Cuántos tienes tú? ¿Doce?

—Trece —lo corregí firme—. Tengo trece años.

—¡Qué joven! —dijo—. Me quito el sombrero.

No comprendí ese comentario. Estaba clarísimo que había hecho algo malo. Pero sonreí de todos modos.

—Sabes que puedo cultivar lo que sea en el jardín —dijo en tono conspiratorio—. Cualquier cosa. ¿Comprendes?

Negué con la cabeza.

—No solo cultivo plantas medicinales. También puedo plantar otras cosas. Lo que te apetezca.

Asentí, serio. Y luego dije:

—¿Quieres decir drogas?

Soltó su rumor de risas otra vez.

—Bueno, sí, supongo que sí. De las buenas. —Hizo un gesto de complicidad—. Y de las malas también.

En ese momento se abrió la puerta de atrás. Ambos nos giramos para ver quién era.

Eran David y Birdie. Iban cogidos por la cintura. Nos lanzaron una breve mirada y luego se fueron a sentar al otro extremo del jardín. El ambiente cambió. Parecía como si una nube hubiese pasado delante del sol.

—¿Estás bien? —articulé sin sonido hacia Justin.

Él asintió.

—Todo bien.

Nos quedamos allí sentados un rato bajo el sofocante manto de su presencia, charlando sobre plantas y hierbas aromáticas y sus efectos. Me interesé por los venenos y me habló de la *Atropa belladonna*, la hierba de las brujas, que, según la leyenda, fue utilizada por los soldados de Macbeth para envenenar a la armada inglesa antes de que los atacasen; y de la cicuta, que fue la elegida para ejecutar la sentencia de muerte de Sócrates. También me habló del uso que se les daba a las plantas en encantamientos, y de las afrodisíacas como el *Ginkgo biloba*.

—¿Dónde aprendiste todo esto? —le pregunté.

Justin se encogió de hombros.

—En libros. Casi todo. Y a mi madre le gusta la jardinería. Me crie entre plantas y tierra. Fue... una progresión natural, en realidad.

Llevábamos sin recibir clase desde que Sally se había marchado. Los niños nos pasábamos los días merodeando por la casa, aburridos y nerviosos. «Lee un libro», era la cantinela que nos repetían cuando nos quejábamos de no tener nada que hacer. «Haz unas sumas.»

De modo que supongo que estaba listo para aprender algo nuevo, y, aparte de esto, lo único que había en oferta eran los ejercicios

extraños de David y el violín de Birdie.

—¿Hay alguna planta que pueda hacer que la gente, ya sabes, haga cosas en contra de su voluntad?

—Bueno, existen los alucinógenos, claro, las setas y tal.

—¿Y las puedes plantar aquí? —pregunté—. ¿En un jardín como este?

—Puedo plantar casi todo lo que se te pase por la mente, chico, donde sea.

—¿Puedo ayudarte? —pedí—. ¿Puedo cultivar cosas contigo?

—Claro —accedió Justin—. Puedes ser mi pequeño aprendiz, coleguita. Será guay.

No sé qué hablarían David y Birdie en la cama, tras la ominosa puerta de su cuarto; no me apetecía pensar demasiado en lo que pasaba en ese dormitorio. Escuché cosas que incluso ahora, casi treinta años después, me provocan escalofríos. Dormía con la almohada sobre la cabeza cada noche.

Por las mañanas descendían por las escaleras juntos, con aire satisfecho y superior. David estaba obsesionado con la melena de Birdie, que le llegaba por la cintura. La tocaba constantemente. Se la enroscaba en los dedos y la estrujaba en el puño; le pasaba los dedos por los tirabuzones mientras hablaba con ella. Una vez lo vi tomar un mechón y llevárselo a la nariz para luego inhalar profundamente.

—¿No es maravilloso el pelo de Birdie? —dijo en una ocasión. Miró a mi hermana y a Clemency, que llevaban media melena—. ¿No os gustaría tenerlo así a vosotras, chicas? —preguntó.

—En muchas religiones —comentó Birdie— se considera altamente espiritual que las mujeres lleven el pelo largo.

A pesar de no ser religiosos ni por lo más remoto, David y Birdie hablaban mucho del tema en los inicios de su relación. Debatían el sentido de la vida y lamentaban la escasa perdurabilidad de todo. Hablaban sobre minimalismo y sobre *feng shui*. Le pidieron permiso a mi madre para pintar su dormitorio de blanco, para trasladar el antiguo cabecero de metal a otro cuarto para así poder dormir con el colchón en el suelo. Aborrecían los aerosoles y la comida rápida y las farmacéuticas y los tejidos artificiales y las bolsas de plástico y los coches y los aviones. Ya planteaban la amenaza del calentamiento

global y se preocupaban por el impacto de su huella de carbono. Desde la perspectiva de la situación apocalíptica en la que nos encontramos, durante la ominosa ola de calor de 2018, con los océanos llenos de criaturas marinas asfixiadas por culpa del plástico y los osos polares resbalando en el casquete medio derretido, eran unos adelantados a su tiempo. Pero en 1990, cuando el mundo estaba despertando a la tecnología moderna y abrazando la cultura del usar y tirar, eran una aberración.

Y yo tal vez habría podido guardarles cierto respeto por la intensidad de su compromiso con el planeta de no ser porque David esperaba que todos los demás viviésemos tal como él deseaba. No le bastaba con que Birdie y él colocasen el colchón en el suelo. Todos debíamos colocar el colchón en el suelo. No le bastaba con que Birdie y él rehuyesen los coches y las aspirinas y las varitas de merluza. Todos debíamos rehuir los coches y las aspirinas y las varitas de merluza. Me había quedado claro que lo que había predicho de forma subliminal hacía semanas, cuando los había visto besarse, se había hecho realidad. Ella había desatado algo terrible en él y ahora pretendía que David lo controlase todo.

Según parecía, habíamos perdido la libertad.

33

No se hace de noche hasta casi las diez. Libby y Miller conversan en el jardín, cada uno en un extremo de la mesa, mientras los invade la oscuridad, sin darse cuenta de que ha llegado hasta que ya no se pueden ver ni el blanco de los ojos. Luego encienden unas velas, que titilan y bailan por efecto de la brisa. Se pasaron la última hora de luz registrando la casa y de eso es de lo que hablan: de sus hallazgos.

Aparte de la inscripción «SOY PHIN», que encontraron garabateada en el interior del cajón de la mesa, se toparon con las mismas palabras grabadas en la parte inferior de la bañera del ático, en el rodapié que rodeaba la puerta de uno de los dormitorios y dentro de un armario empotrado en un cuarto del primer piso. Hallaron unas cuantas cuerdas de instrumentos musicales en una de las pequeñas salas del piso de abajo y un atril metido en el aparador de la esquina. También encontraron una pila de pañales de tela limpios, crema para la irritación de la piel del bebé y bodis en el armario del dormitorio donde habían encontrado a Libby metida en su cuna. En un baúl en el pasillo de atrás había un montón de libros mohosos y grises; unos versaban sobre las propiedades curativas de las plantas, otros sobre brujería medieval, libros de hechizos. Todos estaban envueltos en una manta vieja y cubiertos con cojines tapizados que debieron de haber decorado un conjunto de muebles de jardín.

Hallaron una fina alianza de oro metida entre las lamas del parqué y el rodapié. Tenía un sello, al que Miller le sacó una foto para poder hacer *zoom* y verlo bien. Cuando lo buscaron en Google descubrieron que databa de 1975, el año en el que se habían casado Henry y Martina. Una minucia, perdida para el mundo, que llevaba oculta a los ojos de ladrones y detectives en su escondrijo oscuro veinticinco años o más.

Libby ahora lleva puesto el anillo en el dedo anular de su mano

izquierda. Es la alianza de su madre. Es de su talla. Lo gira mientras habla.

Se quedan en silencio cada varios minutos, atentos por si escuchan pasos entre la maleza. Miller se acerca al fondo del jardín de vez en cuando, en busca de sombras, de señales de que alguien haya entrado por la puerta trasera del patio. Sacan los cojines que habían encontrado en el baúl, apagan las velas y se sientan en la esquina más alejada del portillo trasero. Hablan en susurros cuando de pronto Miller se queda mirando a Libby con los ojos como platos y se lleva un dedo a los labios. «Chis.» Entonces sus ojos se desvían hacia la parte de atrás del jardín. Y ven a un hombre atravesar el césped, un hombre alto, delgado, de pelo corto, gafas que reflejan la luz de la luna, deportivas blancas y un bolso al hombro. Lo ven lanzar el bolso a lo alto del búnker y luego subir él mismo. Lo oyen escalar por el desagüe hasta el promontorio del primer piso. Luego ambos se mueven en silencio y lo ven desaparecer en el tejado.

El corazón de Libby late desbocado.

—Ay, Dios —susurra—. Ay, Dios. ¿Qué hacemos?

—No tengo ni puta idea —musita Miller.

—¿Nos encaramos con él?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

Ella niega con la cabeza. Está medio aterrada y medio desesperada por verse cara a cara con ese hombre.

Mira a Miller. Él la protegerá. O al menos dará la impresión de ser capaz de defenderla. El hombre al que han visto es menos corpulento que él y lleva gafas. Entonces ella asiente y dice:

—Sí, entremos. Vamos a hablar con él.

La casa está en penumbra, solo iluminada por la luz difuminada de las farolas y el reflejo plateado de la luna en las aguas del río. Libby sigue a Miller, reconfortada por su anchura. Ambos se detienen al pie de la escalera. Luego ascienden cada escalón despacio y con seguridad, hasta que se encuentran en el descansillo del primer piso. Aquí hay más claridad, la luna se ve por el ventanal que da a la calle. Ambos miran hacia arriba y luego el uno al otro.

—¿Todo bien? —susurra Miller.

—Todo bien —responde Libby.

La trampilla del techo del ático está abierta y la puerta del baño, cerrada. Oyen el sonido del pis chocando contra la taza, la

intermitencia cuando está a punto de terminar, el grifo abierto, una garganta que se aclara. Entonces la puerta se abre y sale un hombre y es guapo. Eso es lo primero que piensa Libby. Un hombre guapo con el pelo bien arreglado y liso, una cara juvenil y afeitada, brazos musculosos, una camiseta gris, vaqueros negros ajustados, gafas modernas, zapatillas de calidad.

Pega un salto de unos treinta centímetros y se agarra el pecho cuando los ve ante él.

—Me cago en Dios —suelta.

Libby también se sobresalta. Y Miller.

Todos se quedan mirándose los unos a los otros durante un rato.

—¿Eres...? —pregunta el hombre al fin, en el mismo instante en el que Libby dice:

—¿Eres...?

Se señalan y ambos se giran para mirar a Miller como si él tuviese la respuesta. Luego el hombre vuelve a centrarse en Libby y le pregunta:

—¿Eres Serenity?

Libby asiente.

—¿Tú eres Henry?

El hombre la mira impasible durante un momento, pero entonces se le aclara el rostro y le dice:

—No, soy Phin.

II

34

Chelsea, 1990

Mi madre, al ser alemana, sabía celebrar la Navidad como es debido. Era su especialidad. La casa estaba engalanada desde principios de diciembre con decoraciones caseras confeccionadas a partir de naranjas confitadas y tela con cuadros rojos y piñas pintadas, y el aire estaba preñado del aroma de las galletas de jengibre, *stollen* y vino especiado. Ni espumillón cutre ni guirnaldas tenían cabida para ella, tampoco cajas de bombones de Quality Street ni de Cadbury.

Hasta mi padre disfrutaba de las fiestas. Tenía un disfraz de Papá Noel que se ponía cada Nochebuena cuando éramos pequeños, y aún no sé cómo podíamos no darnos cuenta de que era él, pero al mismo tiempo no tengo ni idea de que se tratase de él. Al recordarlo, veo que es el mismo autoengaño que sentimos todos respecto a David Thomsen. La gente veía solo un hombre, pero, en la misma ojeada, también veían la respuesta a todos sus problemas.

Mi padre no se disfrazó esa Nochebuena. Argumentó que éramos demasiado mayores, y tal vez no le faltase razón. Pero también dijo que no se encontraba del todo bien. Mi madre organizó la típica celebración navideña a pesar de todo. Nos sentamos alrededor de un abeto (más pequeño que de costumbre) y desenvolvimos los regalos (menos que de costumbre) mientras sonaban villancicos por la radio y el fuego restallaba en la chimenea. Tras una media hora, justo antes de cenar, mi padre dijo que necesitaba echarse un rato, pues le dolía horrores la cabeza.

Treinta segundos más tarde estaba tendido en el suelo de la sala de dibujo, sufriendo una apoplejía.

Entonces no sabíamos que se trataba de una apoplejía. Pensábamos que era un ataque, o un infarto. El doctor Broughton, su médico personal, vino a examinarlo, aún en su atuendo navideño, que

consistía en un jersey de lana de color rojo y una pajarita con estampado de ramas de acebo. Recuerdo la cara que puso cuando mi padre le comunicó que ya no tenía seguro médico, lo rápido que se marchó de la casa, cómo cambió su actitud empalagosa de golpe y porrazo. Lo envió al hospital en una ambulancia de la seguridad social y se fue sin despedirse.

Mi padre volvió a casa dos días después.

Los médicos nos dijeron que se recuperaría, que tendría ciertas complicaciones cognitivas durante un tiempo, algunos problemas de movilidad, pero que el cerebro se curaría a sí mismo, que volvería a ser como antes en unas pocas semanas, o tal vez en menos tiempo.

No obstante, al igual que tras su primera apoplejía, nunca se recuperó del todo. Tenía deslices más notables. Se equivocaba de palabras, o directamente no encontraba la que quería utilizar. Se pasaba días enteros sentado en su sillón, en su cuarto, comiendo galletas muy despacio. A veces se reía en momentos inapropiados. Otras, no pillaba los chistes.

Se movía despacio. Evitaba las escaleras. Dejó de salir de casa por completo.

Y cuanto más se debilitaba mi padre, más avanzaba David Thomsen hacia su objetivo.

Cuando cumplí los catorce, en mayo de 1991, se habían establecido normas. No las típicas directrices familiares del estilo de no poner los pies sobre los muebles o no ver la tele antes de haber acabado los deberes. No eran las normas de toda la vida.

No, ahora teníamos normas delirantes, despóticas, escritas en rotulador negro en un póster enorme pegado a la pared de la cocina. Aún las recuerdo:

Nada de cortes de pelo SIN PERMISO de David o de Birdie
Nada de televisión
Nada de visitas SIN PERMISO de David o de Birdie
Nada de vanidad
Nada de avaricia
Nadie debe abandonar la casa SIN PERMISO EXPRESO de David o de Birdie

Nada de carne

Nada de productos animales

Nada de cuero/ante/lana/plumas

Nada de envases de plástico

No se permite generar más de cuatro desechos al día por persona, y eso incluye los desperdicios alimentarios

Nada de tintes artificiales en la ropa

Nada de medicamentos industriales

Nada de químicos

Solo un aseo o ducha AL DÍA POR PERSONA

Solo se permite lavarse el pelo una vez a la semana

TODOS LOS RESIDENTES deben pasar como mínimo dos horas al día en la sala de ejercicios con David

TODOS LOS NIÑOS deben pasar al menos dos horas al día con Birdie en la sala de música

Toda la comida ha de ser cocinada a partir de ingredientes orgánicos

Nada de calefacción, ni eléctrica ni de gas

Nada de gritos

Nada de palabrotas

Nada de correr

Esta lista de reglas había empezado siendo bastante corta, pero iba creciendo según iba aumentando el control de David sobre la casa.

Sally, a estas alturas, seguía viniendo de visita una o dos veces a la semana, para llevar a sus hijos a merendar. Dormía en el sofá de una amiga en Brixton y estaba intentando desesperadamente encontrar un lugar lo bastante grande al que poder mudarse con sus hijos. Phin se mostraba más hosco cuando volvía de estas salidas con su madre. Se encerraba en su cuarto y pasaba por alto las dos siguientes comidas. La razón de que muchas de las normas se hubiesen establecido era, en realidad, Phin. David no soportaba sus cambios de humor. No llevaba bien que desperdiciase comida ni no poder abrir la puerta de su cuarto siempre que le apeteciese. No soportaba que nadie hiciera nada que no correspondiese con su ideología. No aguantaba a los adolescentes.

Se añadieron dos normas más:

Nada de cerrar con pestillo

TODOS los inquilinos de la casa deben asistir a TODAS LAS COMIDAS

Una mañana, poco después de la quinta vez que Phin salía a pasar la tarde con su madre y rompía la norma de «**Nada de cerrar con pestillo**», cuando subí al piso de arriba vi a David retirar el pestillo de la puerta del cuarto de Phin, con la mandíbula en tensión, los nudillos apretados alrededor del mango del destornillador.

Phin estaba sentado en la cama, contemplando la escena con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cuando, a la hora de la cena, Phin seguía en la cama de brazos cruzados, callado como un muerto, David lo arrastró al piso de abajo por los brazos —que seguían cruzados— y lo sentó de malas maneras en una silla.

La empujó para acercarla a la mesa y le sirvió un bol de calabacín al curri con arroz. Los brazos de Phin seguían cruzados. David se levantó, cargó una cucharada de curri y se la llevó a la fuerza a los labios a su hijo. Él los apretó. Oí el sonido que hizo la cuchara al impactar contra los dientes de mi amigo. El ambiente era estremecedor. Phin, a estas alturas, tenía quince años y medio, pero parecía mucho mayor. Era alto y fuerte. La situación parecía que podía ponerse violenta en cualquier momento. Pero Phin se mantuvo firme, sus ojos trataban de abrir un agujero en la pared de enfrente, su cara estaba rígida de ira y determinación.

Al final, David desistió de intentar introducirle la cucharada a su hijo y la lanzó al otro lado de la estancia; el curri formó una medialuna amarilla en la pared, la cuchara emitió un grito metálico iracundo al impactar contra el suelo.

—¡Vete a tu cuarto! —gritó David—. ¡Ahora mismo!

Una vena le palpitaba en la sien. Su cuello estaba tenso y morado. Jamás había visto a un ser humano más lleno de ira que David en aquel momento.

—Será un placer —siseo Phin.

La mano de David apareció en escena y luego, casi a cámara lenta, cuando Phin pasó por su lado, impactó en la nuca del chico. Phin se dio la vuelta; su mirada atenazó la de su padre, vi puro odio en los ojos de ambos.

Phin siguió caminando. Oímos sus pasos, seguros y constantes, subir las escaleras. Alguien se aclaró la garganta. Vi que Birdie y David intercambiaban una mirada. La de Birdie, enjuta y reprobatoria, decía: «Estás perdiendo el control. Haz algo». La de David, oscura y furiosa, decía: «Eso pretendo».

En cuanto terminamos la cena, me dirigí al cuarto de Phin.

Estaba sentado sobre su cama, con las rodillas pegadas a la barbilla. Me miró.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—¿A ti qué te parece?

Me adentré un poco más en el dormitorio. Esperé a que me pidiera que me marchase, pero no lo hizo.

—¿Te dolió? —le pregunté—. El golpe.

Mis padres, por muy raros que fuesen, jamás me habían pegado. Era incapaz de imaginarme tan siquiera algo así.

—No mucho.

Me acerqué un poco más.

Entonces, de pronto, Phin me miró y ahí estaba otra vez. Me estaba viendo. De verdad.

—No me puedo quedar aquí —dijo mientras negaba con la cabeza—. Tengo que largarme.

El corazón me dio un vuelco. Phin era lo único que daba sentido a mi vida.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. A casa de mi madre.

—Pero...

Estaba a punto de objetar que su madre dormía en un sofá en Brixton, pero él me cortó.

—No lo sé, ¿vale? Solo sé que tengo que salir de aquí. No lo soporto más.

—¿Cuándo?

—Ya mismo.

Me miró a través de sus increíbles pestañas. Intenté leer su expresión. Me pareció ver un reto.

—¿Quieres... Debería... ir contigo?

—¡No! Hostia puta. No.

Me encogí sobre mí mismo. No. Claro que no.

—¿Qué quieres que diga? Cuando los adultos pregunten por ti.

—Nada —siseó—. Nada de nada. No digas ni una palabra.

Asentí con los ojos como platos. Lo vi meter unas cuantas cosas en una mochila de cordones: calzoncillos y calcetines, una camiseta, un libro, un cepillo de dientes. Se giró y me pilló mirándolo.

—Vete —me pidió—. Por favor.

Salí de la habitación y me dirigí despacio a la escalera de atrás, donde me senté en el tercer escalón y entrecerré la puerta de arriba para poder contemplar a Phin desaparecer por la trampilla del ático con su mochila. Era incapaz de imaginarme adónde iría o qué haría. Por un instante, pensé que tal vez planease vivir en el tejado. No obstante, aunque estábamos en mayo, aún hacía frío: no era viable. Luego oí ruido en el exterior y corrí hasta el cuarto de Phin, me hice pantalla con las manos para mirar por su ventana y observé el jardín. Ahí estaba: atravesando el césped como una exhalación hasta adentrarse en la oscuridad absoluta que emanaban las sombras de los árboles. Y de pronto, había desaparecido.

Me giré para mirar su cuarto vacío. Cogí su almohada y me la llevé a la cara. Lo inhalé.

35

Aún no ha amanecido cuando Lucy sale del Blue House a la mañana siguiente. Los niños tienen ojos somnolientos y caminan en silencio. Ella aguanta la respiración al pagar los billetes a París a una taquillera que parece conocer sus secretos más oscuros. La vuelve a aguantar cuando suben al tren, y otra vez cuando el revisor entra en su vagón y le pide que le enseñe los billetes. Cada vez que el tren aminora la marcha contiene el aliento y escruta el entorno por si ve un destello azul o la gorra azul marino de un gendarme. En París, se sienta con los niños y el perro en la esquina más silenciosa de la cafetería más tranquila mientras esperan la llegada del tren que los llevará a Cherburgo. Y luego vuelta a empezar: el miedo paralizador a cada paso, en cada momento. A la hora de comer, cuando se suben al siguiente tren, se imagina a Joy en casa de Michael, preguntándose dónde se habrá metido su jefe, y la adrenalina le corre tan rápido y fuerte por el cuerpo que le parece que se va a morir. Revisa mentalmente la casa de Michael en busca de lo que ha olvidado, la bandera roja que alertará a Joy de que tiene que entrar en la bodega de inmediato. Pero no, está convencida, absolutamente segura, de que no dejó ni una pista, ni rastro. Ha ganado tiempo. Al menos un día. Quizá hasta tres o cuatro. E incluso entonces, ¿le hablará Joy a la policía de ella, de la simpática mujer llamada Lucy, la madre del hijo de Michael, de forma que puedan considerarla sospechosa? No, les contará los líos turbios que tenía Michael con el mundo del hampa, los hombres de aspecto rudo que de vez en cuando aparecían en la puerta para hablar de «negocios». Los mandará en una dirección completamente diferente y cuando se den cuenta de que ahí no hay nada que rascar, Lucy ya habrá desaparecido del mapa.

Cuando el tren entra en Cherburgo esa tarde, su pulso ya se ha ralentizado y siente el suficiente apetito como para comerse el cruasán que había comprado en París.

En la parada de taxis, se suben al asiento trasero de un Renault Scenic hecho polvo y ella le pide al conductor que los lleve a Diélette. El perro va sentado sobre su regazo y tiene la barbilla posada en la ventanilla medio abierta. Es tarde. Ambos niños se quedan dormidos.

Diélette es un pequeño pueblo portuario, verde y con muchas colinas. Las únicas personas que cogen el ferri de última hora a Guernsey son turistas británicos, la mayor parte familias con niños pequeños. Lucy aferra los pasaportes con firmeza en su sudorosa mano. Sus pasaportes son franceses, pero ella es inglesa. Los niños tienen apellidos diferentes del suyo en sus documentos de identidad. Stella tiene la piel de distinto color. Sus mochilas están sucias y ellos parecen tan cansados que casi se los tomaría por enfermos. Y sus pasaportes son falsos. Lucy está segura, completamente convencida, de que los detendrán, los llevarán aparte y los interrogarán. Ha planeado este largo e indirecto viaje a Londres para no dejar rastro; no obstante, a pesar de todo, cuando le muestra los pasaportes al agente del puerto el corazón le late tan fuerte que sospecha que hasta él puede oírlo. El hombre pasa las páginas de los pasaportes y compara las fotos con las personas que tiene delante, luego se los devuelve a Lucy y le hace un gesto con los ojos para indicarle que pueden pasar.

Y ya están en mar abierto, en medio del agitado gris marino del canal de la Mancha, y Francia pronto queda atrás.

Lucy lleva a Stella sobre las rodillas en la popa para que la niña pueda ver el país donde nació, el único hogar que ha conocido en su vida, encogerse hasta que solo es una guirnalda iluminada en el horizonte.

—Adiós, Francia —se despide Stella, sacudiendo la mano—, adiós, Francia.

36

Libby observa a Phin.

Él la observa a ella.

—Vivía aquí —aclara, a pesar de que nadie le ha pedido explicaciones. Luego, a toda prisa, antes de que a Libby le dé tiempo de formular una respuesta, añade—: eres muy guapa.

Libby dice:

—Ah.

Luego Phin mira a Miller y pregunta:

—¿Tú quién eres?

—Hola. —Miller le ofrece su enorme mano—. Me llamo Miller Roe.

Phin lo contempla con curiosidad.

—¿De qué me suena ese nombre?

Miller emite un ruido extraño entre dientes y se encoge de hombros.

—Eres el periodista aquel, ¿verdad?

—Sip.

—Menuda mierda de artículo. Te equivocaste de cabo a rabo.

—Sip —repite Miller—. Ahora me voy dando cuenta.

—No me puedo creer lo guapa que eres —insiste volviéndose hacia Libby—. Te pareces muchísimo a...

—¿Mi madre?

—Sí —responde él—. A tu madre.

Libby recuerda las fotos en las que vio a su madre con el cabello teñido de negro a lo Priscilla Presley, los ojos pintados con kohl. Lo toma como un cumplido.

Luego dice:

—¿Qué haces aquí?

Phin responde:

—Esperarte.

—Pero si vine el otro día. Te oí. ¿Por qué no bajaste?

Él se encoge de hombros.

—Sí que bajé, pero cuando llegué al pie de la escalera, ya te habías ido.

—Ah.

—¿Quieres que...? —Phin señala la escalera.

Ambos lo siguen hacia el piso de abajo y entran en la cocina.

Phin se sienta a un lado de la mesa; Miller y Libby ocupan el opuesto. Libby estudia la cara de Phin. Debe de rondar la cuarentena, pero parece mucho más joven. Tiene unas pestañas extraordinariamente largas.

—Bueno —dice, extendiendo los brazos—, pues todo esto es tuyo.

Libby asiente.

—Aunque, en realidad, debería haber sido de mis hermanos, ¿no?

—Más tontos han sido. Ah, y debería felicitarte el cumpleaños. Con un poco de retraso.

—Gracias —responde ella—. ¿Cuánto tiempo hacía que no venías por aquí?

—Décadas.

Hay un largo y frágil silencio. Phin lo rompe al decir:

—Imagino que tendrás preguntas.

Miller y Libby intercambian una breve mirada. Ella asiente.

—Bueno —dice Phin—, ¿qué os parece si salimos de aquí? Vivo al otro lado del río. Tengo vino en la nevera. Y una terraza. Y gatos que parecen cojines.

Intercambian otra mirada.

—No os voy a matar —asegura Phin—. Y mis gatos tampoco. Venid. Os lo contaré absolutamente todo.

Veinte minutos después, Libby y Miller salen de un estrecho ascensor detrás de Phin y entran en un pasillo con suelo de mármol.

Su apartamento está al final.

Las luces se encienden automáticamente a su paso por el pasillo hasta que llegan al comedor y atraviesan las puertas de cristal para acceder a la terraza con vistas al río.

Todo es blanco e impecable. Una zalea reposa sobre el respaldo de un sofá larguísimo de color crema. Hay un ramo extravagante de

rosas y lirios en un jarrón que no parecería fuera de lugar en la exposición de Northbone Kitchens.

Phin abre las puertas de la terraza con un pequeño mando a distancia y los invita a sentarse en un par de sillones alrededor de una mesa baja. Mientras va a por el vino, Libby y Miller intercambian una mirada.

—Este piso debe de valer un par de millones —comenta él.

—Como poco —añade ella. Se levanta y contempla las vistas al otro lado del río—. ¡Mira! —exclama—. Se ve la casa. Estamos justo enfrente de ella.

Miller se pone a su lado.

—Vaya —suelta de forma mordaz—, creo que podemos asumir que no se trata de una coincidencia.

—¿Crees que la ha estado vigilando?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué si no escogerías un apartamento con estas vistas?

—¿Qué te parece Phin? —susurra ella.

Miller se encoge de hombros.

—Creo que es un poco...

—¿Raro?

—Sí, algo raro. Y también...

Pero entonces Phin vuelve con una botella de vino y tres copas dentro de una cubitera en una mano y un gato sujeto contra el pecho en la otra. Pone la cubitera sobre la mesa, pero al gato se lo queda en el regazo.

—Esta es *Mindy* —anuncia, mientras sacude la patita de la gata a modo de saludo—. *Mindy*, estos son Libby y Miller.

La gata los ignora e intenta escabullirse de los brazos de Phin.

—Ah —le dice él a la gata, que ya se está yendo—, vale. Me importa un carajo que te pires, cabrona.

Luego se vuelve hacia Libby y Miller y les dice:

—Es mi favorita. Siempre me enamoro de quien no me soporta. Por eso sigo soltero.

Abre el vino y sirve una generosa copa para cada uno.

—Salud —desea—, por los reencuentros.

Brindan y se instala un silencio ligeramente pesado.

—Menudas vistas —comenta Miller—. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—No mucho. Este edificio lo terminaron de construir el año pasado.

—Qué maravilla estar justo enfrente de Cheyne Walk, ¿no?

Phin asiente.

—Quería estar cerca —le dice a Libby— cuando regresaras.

Otro gato persa entra en la terraza. Este está horriblemente obeso y tiene los ojos saltones.

—Ah —dice Phin—, aquí está. El señor Que Todos Me Hagan Caso. Se ha enterado de que tengo visita. —Recoge al gigantesco animal y se lo pone en el regazo—. Se llama *Falo*. Le puse ese nombre porque es la única manera de tener siempre uno a mano.

Libby se ríe y toma un sorbito de vino. En otro mundo, se podría considerar una noche estupenda: dos hombres guapos, el clima veraniego, una terraza glamurosa con vistas al Támesis, una copa de vino blanco frío. Pero en este, todo parece distorsionado y ligeramente amenazador. Incluso los gatos.

—Y bien —apremia Miller—, has dicho que nos vas a contar todo lo sucedido en Cheyne Walk, ¿será confidencial o puedo ejercer de periodista?

—Puedes hacer de lo que te venga en gana.

—¿Te puedo grabar? —Miller busca el móvil, que lleva en el bolsillo trasero del pantalón.

—Claro —acepta Phin mientras sus dedos recorren el espeso pelaje del lomo del gato—. ¿Por qué no? Ya no tengo nada que perder. Dale.

Miller toquetea el teléfono durante unos instantes. Libby se fija en que le tiemblan ligeramente las manos, lo que delata su entusiasmo. Toma un buen trago de vino para calmar sus propios nervios. Luego Miller deja el móvil sobre la mesa y pregunta:

—Vale. Aseguras que me he equivocado en todo al escribir el artículo. ¿Podemos empezar por ahí?

—Por supuesto. —El gato gordo salta del regazo de Phin y él se retira los pelos de las perneras de los pantalones con el canto de las manos, sin prestar demasiada atención a la tarea.

—Cuando estaba investigando, me topé con el nombre de David Thomsen. ¿Lo conoces?

—Sí —afirma Phin—. Es mi padre.

Libby ve que una especie de alivio triunfal barre el rostro de

Miller, que exhala y dice:

—¿Y tu madre es Sally?

—Eso es, Sally es mi madre.

—¿Y Clemency...?

—Mi hermana.

—Y el tercer cadáver...

—Era el de mi padre. —Phin asiente con la cabeza—. Lo has clavado. Qué pena que no lo descubrieras a tiempo para incluirlo en el artículo.

—Bueno, sí que lo sabía, pero no fui capaz de dar con vosotros. Me pasé meses buscando, pero ni rastro. ¿Qué fue de vuestras vidas?

—Bueno, yo sé qué fue de la mía, pero no tengo ni idea de qué ha sido de mi madre ni de Clemency.

—¿Habéis perdido el contacto?

—Absolutamente. No las he vuelto a ver desde mi adolescencia. Hasta donde yo sé, mi madre vive en Cornualles y asumo que mi hermana también. —Se encoge de hombros y toma su copa de vino—. En Penreath —puntualiza.

Miller le lanza una mirada inquisitiva.

—Estoy casi seguro de que vive en Penreath.

—Ah —dice Miller—. Estupendo, gracias.

—De nada —replica él. Luego se frota las manos y añade—: ¡Pregúntame otra cosa! Como por ejemplo lo que pasó la noche en la que murieron todos.

Miller sonríe sin gracia y dice:

—Vale. ¿Qué pasó entonces? La noche en la que murieron todos.

Phin los mira a ambos con cara traviesa, luego se acerca para poner la boca directamente sobre el micrófono del móvil de Miller y dice:

—Bueno, pues, para empezar, no fue un suicidio, sino un asesinato.

37

Chelsea, 1991

Phin pasó una semana fuera de casa. Me resultaba casi imposible soportar el sinsentido que había adquirido todo tras su partida. Cuando estaba aquí, cada trayecto a la cocina estaba preñado de la posibilidad de ver su cara. Lo primero que hacía cada mañana era imaginar nuestros encuentros. Sin él, me hallaba en una casa oscura llena de desconocidos.

Y entonces, una semana más tarde, oí que la puerta principal daba un portazo y me llegaron voces desde el pasillo, y allí estaba Phin, con Sally tras él, hablando en tono apremiante con David, que estaba de pie con los brazos cruzados sobre la barriga.

—No le pedí que viniera. Por Dios bendito. Es lo último que se me habría pasado por la cabeza. Ya me parece que me estoy pasando de la raya al quedarme tanto tiempo en casa de Toni yo sola, como para encima añadir a mi hijo adolescente.

David dijo:

—¿Por qué no me llamaste?

—¡Me dijo que estabas al corriente de todo! ¿Cómo iba a sospechar de él? Y te he llamado ahora, ¿o no?

—Creí que lo habían asesinado. Nos hemos vuelto locos de la preocupación.

—¿Cómo que «hemos»? ¿A quién cojones te refieres?

—Nosotros —contestó David—. Todos. Y, por favor, no uses ese tipo de lenguaje en esta casa.

—Phin me ha dicho que le pegas.

—Ah, no. No le pegué. Por Dios santo. Solo fue una colleja.

—¿Le diste una colleja?

—Virgen santísima, Sal, no tienes ni idea de lo que es vivir con este crío. Es maleducado. Roba. Se droga. Les falta al respeto a los

demás inquilinos...

Sally puso la mano entre ella y David.

—Ya basta —dijo—. Es un adolescente. Es buen chico, pero adolescente. Todo eso le viene de serie.

—Bueno, tú, con tu ligeramente patética visión de la realidad, puedes considerarlo así. Pero el resto del mundo no está de acuerdo. No hay excusas que valgan. Jamás se me habría pasado por la cabeza comportarme de esa forma cuando tenía su edad. Es de la piel del diablo.

Vi que la mano de Sally apretaba el hombro de Phin. Vi que sus mejillas se hundían. Luego dijo:

—Voy a ver un piso mañana. En Hammersmith. Dos habitaciones. Podemos comenzar a gestionar la custodia.

David parecía escéptico.

—¿Cómo piensas pagarlo?

—He trabajado y ahorrado.

—Bueno, ya veremos. Pero de verdad creo que Phin no está a salvo a tu cargo. Eres demasiado blanda con él.

—No soy blanda, David, sino que le demuestro que lo quiero. Deberías probarlo tú también.

Sally se quedó un par de horas. El ambiente era tóxico. Birdie no salió de su cuarto, pero la oí toser ostentosamente, suspirar y caminar en círculos por la habitación. Cuando Sally se marchó, Birdie bajó como una exhalación y se lanzó a los brazos de David susurrando dramática:

—¿Estás bien, mi amor?

El respondió estoico:

—Estoy bien.

Y entonces miró a Phin, entrecerró los ojos y dijo las palabras que dieron inicio a la verdadera pesadilla.

Dijo:

—A partir de ahora van a cambiar mucho las cosas. Tenlo claro.

Lo primero que cambió fue que a Phin lo encerraban en su cuarto cada vez que David o Birdie se veían incapaces de controlarlo. No sé cómo, pero los adultos nos convencieron de que aquello era normal,

explicable, cuerdo incluso. «Es por su propio bien», repetían como un mantra.

Le permitían salir para ducharse, para cuidar del jardín, para ayudar en la cocina, para las clases de violín, para las comidas y para hacer ejercicio.

Dado que pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre en nuestros cuartos, esto al principio no nos pareció tan siniestro como puede parecer aquí escrito. Es muy extraño, visto desde la perspectiva actual, lo sencillo que les resulta a los niños aceptar las situaciones más extravagantes. Aun así, pensándolo fríamente, negro sobre blanco, sí que resulta chocante.

Un día, poco después de que Phin regresase con su madre, estaba sentado con las piernas cruzadas sobre mi cama, leyendo un libro que él me había prestado hacía unas semanas. Me sobresalté al verlo porque era tarde y asumía que ya lo habrían encerrado hasta la mañana siguiente.

—¿Cómo…? —comencé.

—Justin me acompañó después de cenar —explicó—. Y sin querer queriendo olvidó cerrar el pestillo.

—El bueno de Justin —comenté—. ¿Qué piensas hacer? No irás a escaparte, ¿verdad?

—No —respondió—. Al menos de momento. Mi madre se mudará al piso nuevo la semana que viene y entonces me iré con ella. Y dejaré toda esta mierda atrás.

Me sentó como un puñetazo en la garganta. Se me quebró la voz al responder:

—Pero… ¿te dejará tu padre?

—Me la suda lo que diga. Cumplo los dieciséis en diciembre. Quiero vivir con mi madre. No tiene mucho que decir sobre el asunto.

—¿Y Clemency?

—Vendrá conmigo.

—¿Crees que Birdie y tu padre también se mudarán, cuando vosotros os hayáis marchado?

Soltó una carcajada cortante.

—Eeeh, no. Ni de coña. Está asentado. Todo le está saliendo a pedir de boca.

Se instaló un corto silencio entre nosotros. Luego Phin dijo:

—¿Recuerdas cuando subimos al tejado? ¿Cuando tomamos el ácido?

Asentí con efusión. ¿Cómo olvidarlo?

—Sabes que queda uno. Allí arriba.

—¿Un...?

—Un cuadradito de ácido. El tipo de Kensington Market me dio dos. Solo nos tomamos uno.

Dejé que esta información me penetrase durante un instante.

—¿Quieres decir que...?

—Eso creo. A ver, todos piensan que estoy encerrado en mi cuarto. Las niñas están dormidas. Nadie va a subir. Podrías bajar a decirles que te vas a la cama y coger un vaso de agua. Te espero aquí.

Por supuesto, hice exactamente lo que me indicó.

Cogimos una manta y nos pusimos un jersey. Yo fui el primero en meterme en la trampilla, luego Phin me pasó el vaso de agua y subió detrás de mí. Aunque estábamos en julio, el aire era fresco y húmedo. Phil encontró la bolsita donde la había dejado: en una maceta. No me apetecía tomármelo, en realidad. Esperaba que hubiese perdido sus efectos tóxicos dado que llevaba allí varios meses, expuesto a las inclemencias del tiempo. Deseé que una ráfaga de viento repentina se lo llevase. O que Phin lo volviese a guardar y dijese: «No lo necesitamos. Nos tenemos el uno al otro».

Retiramos las hojas secas de las sillas de plástico y nos sentamos juntos.

Phin sacó el cuadradito de ácido y lo sostuvo en la palma de la mano.

El cielo estaba maravilloso. Azul regio, ámbar chamuscado, rosa pintalabios. Se reflejaba sobre la superficie del río. A lo lejos, resplandecía el puente de Battersea.

Vi a Phin contemplar el cielo. Nuestra actitud era diferente a la de la última vez que habíamos subido aquí. Phin parecía distinto. Más pensativo, menos rebelde.

—¿A qué crees que te acabarás dedicando? —me preguntó—. Cuando seas mayor.

—Algo que tenga que ver con ordenadores —respondí—. O con el cine.

—¿O ambos, quizá?

—Sí —asentí con alegría—. Haciendo cine por ordenador.

—Mola —comentó.

—¿Y tú?

—Yo quiero vivir en África —contestó—. Quiero ser guía de safari.

Me reí.

—¿De dónde has sacado eso?

—Hicimos un safari cuando tenía seis años. Vimos hipopótamos copulando. Es casi lo único que recuerdo. Pero también me ha quedado grabado el guía. Era un tío inglés superguay. Se llamaba Jason.

Percibí una nota de anhelo en su voz. Me hizo sentirme más conectado con él de una forma que no era capaz de procesar.

—Recuerdo decirles a mis padres que de mayor me quería dedicar a eso. Mi padre comentó que jamás haría fortuna transportando a turistas en un Land Rover. Como si el dinero fuese lo único que importase...

Suspiró y le dirigió una ojeada a la palma de su mano.

—Bueno —dijo—, ¿vamos a ello?

—Solo un poquito —dije yo—. Muy pequeñito.

Las siguientes dos horas se desarrollaron como un sueño precioso. Contemplamos el cielo hasta que toda traza de color se fundió en negro. Hablamos sin sentido alguno sobre el significado de nuestra existencia. Nos reímos hasta que nos entró el hipo.

En un punto de la noche, Phin dijo:

—Tienes que venir a Hammersmith a visitarme cuando me mude. Tienes que pasar unos días con nosotros.

—Sí. Sí, por favor.

Y en otro punto dije yo:

—¿Qué harías si te besase?

Y Phin se rio y se rio y se rio hasta que le dio un ataque de tos. Estaba doblado de la risa mientras que yo lo contemplaba con una sonrisa inocente y trataba de comprender el significado de su respuesta.

—No —insistí—, en serio. ¿Qué harías?

—Te tiraría del tejado —contestó, aún sonriendo. Luego extendió los dedos y dijo—: Plaf.

Me obligué a reírme. Ja, ja. Qué gracia.

Luego él dijo:

—Venga, vámonos ya.

—¿Adónde?

—Ya lo verás. Tú sígueme.

Y lo seguí. Que tonto que era. Lo seguí hasta el descansillo del ático, donde salimos por una ventana y nos deslizamos por el costado de la casa en un acto alucinante y mareante de locura temeraria.

—¿Qué estás haciendo? —repetía yo sin cesar. Mis uñas se clavaban en el ladrillo, las perneras de mis pantalones se rasgaban al contacto con la mampostería—. ¿Adónde vamos?

—¡Es mi ruta secreta! —me contestó, mirándome con ojos salvajes—. ¡Vamos al río! ¡No se enterará nadie!

Para cuando aterrizamos en el césped, yo estaba sangrando por varios sitios a la vez, pero no me importaba. Lo seguí entre las sombras hasta un portillo que había en la parte más alejada del jardín, cuya existencia ignoraba hasta aquel momento. De pronto, como si del armario que conduce a Narnia se tratase, aparecimos en el jardín del vecino, y entonces Phin me tomó de la mano y me hizo doblar dos esquinas, atravesar el resplandor mágico de Chelsea Embankment, cruzar cuatro calles llenas de coches para llegar a la ribera del río. Entonces me soltó la mano. Durante un instante nos quedamos allí, en silencio, hombro con hombro, y vimos gusanos dorados y plateados atravesar la superficie del agua. Yo observé a Phin, que estaba más guapo que nunca bajo la tenue e inestable luz.

—Deja de mirarme —dijo.

Lo contemplé con mayor intensidad.

—En serio —insistió—. Para ya.

Pero seguí mirándolo con mayor ahínco incluso.

Entonces me dio un empujón, con ambas manos, me empujó fuerte hacia el agua oscura y de pronto me sumergí y mis oídos se llenaron del eco de las burbujas y mi ropa se volvió muy pesada y las prendas se me pegaban a la piel e intenté gritar pero en vez de eso tragué agua y mis manos tantearon el río y mis piernas patalearon la nada densa y pegajosa. Entonces se abrieron mis ojos y vi caras: una constelación de caras ennegrecidas que rodeaban la mía e intenté hablarles, intenté pedirles que me ayudaran, pero se alejaron y luego ascendí, me dolía la muñeca, la cara de Phin estaba encima, me arrastraba por los escalones de piedra hasta la orilla.

—Puto pirado —dijo, y se rio, como si yo hubiese decidido caerme al Támesis, como si hubiese sido una travesura.

Lo empujé.

—¡Puto cabrón! —grité, mi voz, que aún no había cambiado, sonó estridente e insoportable—. ¡Puto cabrón de mierda!

Pasé a su lado como un vendaval, crucé los cuatro carriles llenos de coches, uno de los cuales incluso me pitó, y llegué a la puerta de casa.

Phin me persiguió y me alcanzó justo ante la puerta, sin aliento.

—¿Qué cojones haces?

Debería haber parado en ese momento, de verdad. Debería haber respirado hondo y haber evaluado la situación y haber tomado otra decisión. Pero estaba tan lleno de ira, no solo porque me hubiese tirado al asqueroso y helado Támesis, sino porque Phin llevaba años dándome una de cal y una de arena, prestándome una mínima atención cuando le interesaba e ignorándome cuando no le servía para nada. Entonces lo miré, estaba seco y muy guapo y yo estaba mojado y feo; me giré y llamé al timbre con firmeza.

Se me quedó mirando. Lo vi tratar de decidir si quedarse o huir. Pero un segundo después se abrió la puerta y apareció David, que nos miró a Phin y a mí alternativamente y alzó los hombros y tensó la boca y me pareció un animal encerrado a punto de atacar. Muy despacio y estruendosamente dijo:

—Adentro, ahora mismo.

En ese mismo instante, Phin se dio la vuelta y echó a correr, pero su padre era más alto que él y estaba en mejor forma; lo alcanzó antes de que llegase a la esquina y lo placó contra la acera. Lo miré con la barbilla alzada en señal de defensa, con los dientes castañeteando en mi cráneo infantil, con los brazos rodeándome el cuerpo.

Apareció mi madre en el quicio.

—¿Qué narices está pasando aquí? —preguntó, mirando sobre mi cabeza—. ¿Qué demonios habéis hecho?

—Phin me tiró al río —balbuceé entre mis dientes castañeteantes.

—Dios santo —dijo, y me metió en casa—. Dios santo. Entra. Quítate esa ropa. Qué narices...

No entré ni me quité la ropa. Me quedé a ver cómo David arrastraba a su hijo, ya crecidito, por la acera, como si de una presa se tratase.

«Ya está —pensé—. Ya está.»

38

El miércoles por la mañana, tras pasar dos noches en un hotel rural bastante básico y soportar una travesía agitada hasta la costa de Inglaterra, Lucy alquila un coche y comienza el trayecto hacia Londres.

Cuando ella se marchó del país era invierno, y en su mente allí siempre hace frío, los árboles siempre están deshojados, la gente siempre va ataviada para soportar el tiempo inclemente. Pero Inglaterra está en pleno verano, largo y caluroso, y las calles están llenas de gente feliz y bronceada que lleva pantalón corto y gafas de sol; las aceras están cubiertas de mesas, hay niños en cada fuente y tumbonas a la puerta de las tiendas.

Stella mira por la ventanilla desde el asiento trasero, *Fitz* va en su regazo. Jamás había salido de Francia. Nunca había abandonado la Costa Azul. Su corta vida había transcurrido en las calles de Niza, entre el Blue House, el piso de Mémé y la guardería.

—Y bien, ¿qué os parece Inglaterra? —pregunta Lucy, que mira por el espejo retrovisor.

—Me gusta —responde Stella—, tiene colores bonitos.

—Colores bonitos, ¿eh?

—Sí. Los árboles son extraverdes.

Lucy sonríe y Marco le da la siguiente indicación para entrar a la autopista, pues lleva la aplicación de Google Maps abierta.

Tres horas más tarde, Londres comienza a aparecer en ráfagas de paisaje urbano algo deteriorado.

Ve que Marco se gira para mirar por la ventanilla, esperando ver el Big Ben y el palacio de Buckingham y comer pollo frito de Dixie y distinguir alguna tienda de electrodomésticos de segunda mano.

Al fin cruzan el río en un glorioso día soleado: las aguas refulgen como diamantes hechos de rayos de sol; las casas de Cheyne Walk brillan intensamente.

—Ya hemos llegado —le dice a Marco—. Es esta.

—¿Cuál de ellas? —pregunta él, casi sin aliento.

—Esa. —Lucy señala el número 16. Su tono es alegre, pero su corazón late tan rápido que le duele al ver la fachada.

—¿La de la verja? —dice Marco—. ¿Esa de ahí?

—Sí —confirma ella, con un ojo puesto en la casa y otro buscando un sitio para aparcar.

—Es grande —comenta él.

—Sí —admite ella—. Es verdad que lo es.

Sin embargo, por raro que parezca, ahora le parece más pequeña, desde su mirada adulta. De niña la veía como una mansión. Ahora ve que no es más que una casa. Una casa preciosa, pero una casa al fin y al cabo.

Le queda claro que no va a aparcar cerca y acaban dejando el coche al otro extremo de King's Road, en una zona de World's End en la que hay que pagar mediante una app.

Hace tanto calor como en el sur de Francia, unos treinta grados.

Cuando llegan a la casa, están todos sudando y el perro jadea.

La verja de madera está cerrada con un candado. Se quedan en fila y escrutan el edificio.

—¿Estás segura de que es esta casa? —insiste Marco—. ¿Cómo puede vivir nadie aquí?

—Ahora está desocupada —explica ella—, pero vamos a entrar a esperar a que lleguen los demás.

—¿Cómo vamos a entrar?

Lucy suspira y dice:

—Sígueme.

39

A la mañana siguiente, Libby se despierta con un brillante rayo de luz solar. Pasa la mano por el suelo debajo de su cama y luego sobre la mesilla de noche en un intento de localizar su móvil. No está. Los recuerdos que guarda de la velada anterior son borrosos e informes. Se incorpora a toda velocidad y echa un vistazo al dormitorio. Es un cuarto pequeño y blanco y ella se encuentra en una cama de madera muy baja con un colchón enorme. Y Miller también.

Se sube la sábana hasta la barbilla por instinto antes de darse cuenta de que está completamente vestida; lleva la misma camiseta que el día anterior y la ropa interior. Tiene un vago recuerdo de haberse quitado los pantalones cuando Miller estaba en el cuarto de baño para rápidamente meterse entre las sábanas. Tiene un vago recuerdo de enjuagarse la boca con pasta de dientes y nota pegotes incrustados en las muelas. Tiene muchos vagos recuerdos.

Está en el piso de Phin.

Está en la cama con Miller.

Ambos están vestidos y han dormido con la cabeza junto a los pies del otro.

Anoche Phin les sirvió una copa de vino tras otra. E insistió, casi hasta rozar la extravagancia, en que pasasen la noche allí.

—No os vayáis —les suplicó—. Por favor. Os acabo de encontrar. No quiero volver a perderos.

Y ella había replicado:

—No me vas a perder. Ahora somos casi vecinos. ¡Mira! —Y señaló la hilera de casas nobles que había al otro lado del río, en concreto al número 16.

—Por favor —insistió Phin, sus largas pestañas llegaban a tocar sus cejas perfectamente arregladas—. Seguro que estáis mejor aquí que en los colchones viejos y mugrientos de esa casa. Venga. Os prepararé un delicioso desayuno mañana. Tengo aguacates. A los

mileniales os pirran, ¿no?

—Yo prefiero huevos —respondió Miller.

—¿Entras dentro de la generación milenial? —preguntó Phin con los ojos entrecerrados, ligeramente malintencionado.

—Por los pelos —aclaró Miller—, pero lo del aguacate no me llegó a calar.

Libby mira la hora en el despertador que hay en la mesilla de noche y resuelve que, si se marcha dentro de ocho minutos, aún puede llegar al trabajo a las nueve. Esto para ella es llegar tarde, pero a esa hora aún no habrá empezado a sonar el teléfono ni a entrar clientes por la puerta.

Se vuelve a poner los pantalones y se levanta de la cama baja.

Miller se remueve.

Ella lo mira.

Ve un indicio de un tatuaje en su hombro, justo donde se le ha levantado la camiseta. No soporta los tatuajes. Por eso le resulta tan complicado encontrar pareja en estos tiempos que corren. No obstante, no puede evitar pensar que parece un chico agradable. Tierno y atractivo.

Aparta la mirada de su cuerpo durmiente y se dirige de puntillas hacia el cuarto de baño, al que se accede desde el dormitorio. Tiene un vago recuerdo de haberlo usado anoche. Al mirarse en el espejo, se ve bastante decente. El peinado de la mañana anterior ha sobrevivido bastante bien las subsiguientes aventuras. Vuelve a enjuagarse con pasta de dientes y se aclara la boca con agua del grifo. Se recoge el pelo en una cola de caballo y encuentra desodorante en uno de los armaritos.

Cuando vuelve a entrar en el dormitorio, Miller ya está despierto.

Y le sonríe.

—Buenos días —dice él.

Estira los brazos sobre la cabeza y Libby puede contemplar el tatuaje al completo. Es algo celta. Podría ser peor.

—Ya me marcho —comenta ella mientras coge el bolso.

—¿Adónde?

—A trabajar —responde Libby.

—No fastidies, ¿en serio? ¿No te podrías pedir la mañana libre?

Se queda quieta. Claro que podría pedirse la mañana libre. Pero Libby no funciona así. Se pone nerviosa solo de pensarlo.

—No —sentencia—. Es que quiero ir a trabajar. Tengo mucho que hacer. Reuniones con clientes.

—¿No quieres defraudar a nadie?

—No quiero defraudar a nadie.

—Bueno —dice él, y retira la sábana para dejar al descubierto sus calzoncillos, unos bóxers elásticos de color azul, y sus piernas, de jugador de *rugby*—. Dame treinta segundos y voy contigo.

—No sabrás dónde está mi teléfono por casualidad, ¿no? —le pregunta ella.

—Ni idea —responde él, que se levanta de la cama y se pone los pantalones.

Tiene el pelo alborotado. La barba también. Esboza una sonrisa.

—¿Piensas mirarte en el espejo?

—¿Debería? —Parece confuso.

Mira la hora que es y dice:

—No. Tienes buen aspecto. Vamos a buscar los móviles y nos marchamos.

Pone la mano en el pomo y lo gira. La puerta no se abre. Vuelve a intentarlo. De nuevo, no se abre. Lo intenta cuatro veces más.

Luego se gira hacia Miller y le dice:

—Estamos encerrados.

40

Chelsea, 1991

David dejó a Phin encerrado en su cuarto durante una semana después del incidente del río. Una semana entera. En parte me alegré, porque no me sentía capaz de mirarlo a la cara. Me había tirado al río, pero lo que había hecho yo había estado mucho mucho peor.

No obstante, sobre todo me dolió. Sufría a causa de los remordimientos, de la culpa, de la rabia, de la indefensión y de la añoranza. Le subían las comidas y le permitían ir al baño dos veces al día, momentos en los que su padre se quedaba vigilando la puerta con los brazos cruzados sobre la barriga como un gorila de discoteca malintencionado.

El ambiente de la casa durante esos días era pesado e imposible de descifrar. Todo emanaba de David. Irradiaba una energía terrible y oscura, y todos evitábamos enfadarlo aún más, yo incluido.

Una tarde, durante la encarcelación de Phin, me senté a organizar hierbas medicinales con Justin. Eché un vistazo a la fachada posterior de la casa, en concreto a la ventana de Phin.

—¿No crees que está mal —le pregunté— que David encierre a Phin?

Él se encogió de hombros.

—Podría haberte matado, tío. Podrías haber muerto.

—Ya, eso lo sé. Pero no me mató. No me morí. Es que lo veo... mal.

—Bueno, sí, probablemente no sería lo que yo haría si estuviese en sus zapatos, pero yo no tengo hijos, no sé cómo es ser padre. David solo está haciendo «su trabajo», supongo. —Entrecomilló con los dedos esas palabras.

—¿Cómo que su trabajo? —dije yo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, pues eso, tener absolutamente todo bajo control.

—Lo odio —confesé, y mi voz se quebró sin previo aviso.

—Bueno, pues ya somos dos.

—¿Por qué no te marchas?

Me miró primero a mí y luego a la puerta trasera.

—Eso pretendo hacer —susurró—. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

Asentí.

—Me he enterado de que hay una parcela disponible. En Gales. Una mujer a la que conozco del mercado me lo contó. Están buscando a alguien para montar un huerto de hierbas aromáticas. Será como aquí, me darán alojamiento y tal. Pero sin capullos arrogantes que se crean los jefes. —Puso los ojos en blanco en dirección a la casa.

Sonreí. «Capullo arrogante.» Me encantaba la expresión.

—¿Cuándo te irás?

—Pronto —respondió—. Muy pronto. —Me volvió a mirar—. ¿Quieres venir conmigo?

Parpadeé.

—¿A Gales?

—Sí. A Gales. Podrías seguir siendo mi aprendiz.

—Pero si solo tengo catorce años.

No dijo nada más, simplemente asintió con la cabeza y siguió amarrando las hierbas.

Un rato después me di cuenta de lo que me había querido decir. No me había invitado a acompañarlo para que siguiese siendo su aprendiz, ni porque me necesitase. Me había invitado porque consideraba que estaría más seguro con él que en mi propia casa.

Justin desapareció dos días después. No le dijo a nadie que se iba y se marchó tan pronto por la mañana que ni siquiera David se había levantado aún. Yo, que había aprendido la lección del incidente de Phin, no le conté a nadie lo que sabía del terreno galés. Me dio la impresión de que él no querría que nadie supiera adónde se dirigía. Entré en su cuarto ese mismo día. Había venido con lo justo y se había marchado con menos aún. Me acerqué hasta el alféizar, donde sus

libros estaban colocados en fila.

Brujería y hechizos modernos.

Wicca para principiantes.

Hechizos wicca con plantas.

Seguro que se los había dejado a propósito, para mí.

Eché un vistazo al pasillo y tras comprobar que no había nadie, me guardé los libros bajo el jersey.

Estaba a punto de volver a mi habitación cuando me llamó la atención algo que había sobre la mesilla de noche. Algo pequeño y peludo. Al principio pensé que era un ratón muerto, pero tras inspeccionarlo mejor, me di cuenta de que era una pata de conejo pegada a un trozo de cadena. Tenía una vaga idea de que se suponía que atraía la buena suerte, como el brezo y los tréboles de cuatro hojas. Me lo guardé en el bolsillo del pantalón y corrí hacia mi cuarto, donde lo escondí todo bajo el colchón.

Nunca perdí la esperanza de volver a tener noticias de Justin.

Una vez hallados los cuerpos, cuando la policía estaba en plena investigación para desentrañar lo sucedido y para dar con los hijos «trágicamente desaparecidos» de los Lamb, esperé y esperé a que apareciese Justin en las noticias de las seis para hablar de su estancia en la casa, de que David Thomsen encerraba a su hijo adolescente en su cuarto y dictaba lo que todos los inquilinos debían comer, vestir y adónde podían y no podían ir.

He buscado su nombre en Google muchas veces, pero no he encontrado ni rastro de él por ninguna parte. Asumo que, o bien ha fallecido, o bien emigró a un país remoto, o bien sabe lo que nos pasó y ha decidido guardar silencio y no involucrarse. Fuera cual fuese la opción correcta, sentí alivio al no saber de él, aunque en secreto. No obstante, lo eché de menos. No me había caído bien al principio, pero acabó por ser el menor de mis problemas.

Pasaron varios meses. El verano dio paso al invierno. Tomé el mando del huerto de Justin. David me animó a ello, pues encajaba con su ideología. Los jóvenes deberían dedicarse a actividades moralmente aceptables. No deberían aprender habilidades que podrían llevarlos a

las garras del malvado capitalismo. No sabía que tenía guardados bajo el colchón los libros de Justin ni que estaba desarrollando unas habilidades muy concretas. Cada tarde le llevaba a quien estuviese preparando la cena puñados de albahaca y menta fresca, y se me felicitaba por ello. Birdie incluso me preparó un baño una noche cuando me vio quedarme bajo la lluvia para proteger unos brotes muy delicados.

—Estás haciendo muy buen trabajo —me alabó, y me dio una toalla antes de que me dirigiese al piso de arriba—. David está muy contento contigo.

«David está muy contento contigo.»

Me apetecía morderla, como un perro.

Como era de prever, Sally no había conseguido alquilar el piso de Hammersmith y aún seguía durmiendo en el sofá de Brixton; ahora hablaba de mudarse a Cornualles.

Llegó una tarde, con Phin y Clemency a la zafa, con tres horas de retraso, pues habían asistido a la fiesta de una amiga, donde quedó patente que se había pasado la tarde bebiendo como una cosaca. Había visto a adultos borrachos en muchas otras ocasiones, cuando mis padres aún salían y celebraban fiestas los fines de semana. No obstante, no estoy seguro de haber visto a nadie tan borracho como Sally aquella tarde.

—No me puedo creer —escuché que decía David en una voz tensa de enfado— que creas ni por lo más remoto que alguien permitiría que estos niños viviesen contigo. Mira en qué estado vienes.

—¡Ja! —exclamó Sally—. ¡Como si tú fueses mejor opción! ¡Mira en qué estado vienes tú! ¿Quién te crees que eres? Eres patético. Patético. Tú y esa chica fea tuya. Y sabe Dios a quién más te estarás follando. Sabe Dios.

Vi que David intentó empujarla hacia la puerta. Noté que sentía deseos de pegarle y que estaba esforzándose por contenerse.

Pero entonces apareció mi madre.

—Te prepararé un café —dijo, y tocó el codo de Sally mientras le lanzaba a David una mirada amenazadora—. Venga, vamos a devolverte la compostura.

Fingí ignorar el drama y aparecí por la cocina un instante después.

—Vengo a por agua —expliqué, pero a nadie le importaba.

Hice como que me marchaba, pero en realidad me quedé agazapado tras la puerta de la despensa.

Sally lloraba en silencio, con un pañuelo contra la cara. La escuché decir:

—Por favor, cuida de ellos. Hazlo por mí. No sé si seré capaz de... —El resto de las palabras quedaron ahogadas por el bocinazo de un barco que pasaba por el río—. Estoy muy preocupada. Phin me ha contado que lo ha encerrado en su cuarto. Sé que hizo mal, sí. Dios santo, sé que Henry pudo haber muerto, pero es demasiado... despiadado. ¿No te lo parece? Encerrar a un adolescente así. Es un desalmado...

—Ya sabes cómo es David —respondió mi madre—. Es su forma de mantener el orden. Nos ha salvado, Sally. De verdad. Antes de que llegase, yo no le veía el sentido a la vida. Ahora, en cambio, me levanto cada mañana feliz de seguir existiendo. Contenta de ser quien soy. No estoy explotando el planeta. No contribuyo al calentamiento global. Mis hijos no acabarán tras mesas de cristal robando a los pobres. Ojalá —terminó— que David hubiese entrado en nuestra vida mucho antes.

41

Libby golpea la puerta con los puños. Miller también. La puerta es sólida, cortafuegos. Él se dirige hacia la ventana para ver si hay alguna vía de escape por allí, pero está cerrada a cal y canto y solo conduce a una caída de diez pisos.

Registran el cuarto de nuevo en busca de sus teléfonos, en vano.

Tras media hora, dejan de dar golpes y se sientan, derrotados, en el suelo con las espaldas contra los pies de la cama.

—¿Y ahora qué? —pregunta Libby.

—Démosle media hora más y luego intentaré derribar la puerta de una patada.

—¿Por qué no intentas derribarla ahora?

—No soy tan fuerte como pueda parecer. Me lesioné la espalda hace tiempo. Tengo que andarme con ojo.

—Te doy diez minutos —concede ella.

—Vale, diez minutos.

—¿A qué coño crees que está jugando? —pregunta Libby.

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Crees que pretende matarnos?

—Lo dudo.

—Entonces, ¿por qué nos ha encerrado?

—¿Por accidente, quizá?

Libby lo mira incrédula.

—No piensas eso de verdad, ¿no?

El despertador marca las 7.37. Ella sigue intentando calcular lo tarde que llegará al trabajo cuando ambos se incorporan al oír un portazo. Luego escuchan una voz. Es la de Phin, que se dirige a uno de sus gatos. Oyen sonidos de besos. Se ponen en pie de un salto y comienzan a golpear la puerta del dormitorio de nuevo.

Un instante después, la puerta se abre y aparece la cara de Phin, que los mira.

—Ay, Dios —dice, y se cubre la boca con la mano—. Ay, Dios. Lo siento muchísimo. Es que soy sonámbulo, y no sería la primera vez que me cuelo en el dormitorio de los invitados, incluso en una ocasión intenté colarme en su cama. Por eso echo el cerrojo antes de irme a dormir. Y esta mañana, como me desperté demasiado pronto, decidí salir a correr. Me olvidé de vosotros por completo. Lo siento muchísimo, de verdad. Venid. Vamos a desayunar.

—No puedo. Llego tarde al trabajo.

—Bah, llama y explica lo que te ha pasado. Seguro que lo entienden. Venga. Tengo zumo de naranja recién exprimido y todo. Hace muy buen día hoy también. Podemos desayunar en la terraza. Por favor.

Estaba haciendo lo mismo que anoche, suplicando. Libby se sintió atrapada.

—¿Por qué no nos lo contaste anoche? —preguntó—. ¿Por qué no nos avisaste de que ibas a cerrar la puerta con pestillo? O ¿por qué no nos pediste que la cerrásemos nosotros desde dentro?

—Era muy tarde —respondió—, y yo estaba muy borracho y muy idiota.

—Nos has dado un buen susto, ¿sabes? Estaba aterrada. —Libby nota que se le quiebra la voz, la tensión de los últimos minutos empieza a desvanecerse.

—Por favor, perdonadme —les pide él—. Soy imbécil. No pensé. Estabais dormidos y no quería despertaros. Entonces cerré sin más. Sin pensar. Venga, vamos a comer algo.

Miller y ella intercambian una mirada. Libby percibe que él quiere quedarse. Asiente.

—Vale, pero rápido. Ah, por cierto, Phin.

Él la mira, todo dulzura.

—¿Dónde están nuestros móviles?

—Uy —responde él—. ¿No están en vuestro cuarto?

—No —dice ella—. Ninguno de los dos.

—Vaya, pues debisteis de dejarlos en la terraza anoche. Vamos a buscarlos.

Lo siguen por el pasillo hasta el comedor abierto a la cocina.

—Ah —dice despreocupado—. Aquí están. Los dejasteis cargando en la cocina. Debíamos de estar muy muy borrachos anoche como para ser tan organizados. Adelante —les indica—, id a sentaos en la

terraza. Os llevaré el desayuno.

Se sientan uno junto al otro en el sofá. El sol brilla al otro lado del río y se refleja en las ventanas de las casas de Cheyne Walk.

Libby nota que Miller se le acerca.

—No cuela —le susurra al oído—. No me trago lo de «estaba borracho, así que os encerré sin deciros nada». Y mucho menos lo de los móviles. Es verdad que bebí demasiado anoche, pero recuerdo tener el móvil en la mano cuando me acosté. Esto me huele a chamusquina.

Libby asiente.

—Tienes razón —dice—. Hay algo que no cuadra.

Enciende el móvil y llama a Dido. Le salta el buzón de voz.

—No tengo tiempo de contarte la historia entera —dice—, pero sigo en Chelsea. ¿Podrías pedirle a Claire que atendiese a los Morgan a las diez? Tiene todos los detalles. Y las cuotas nuevas están en el sistema. Solo hay que imprimirlas. Llegaré para la siguiente reunión. Lo prometo. Lo siento muchísimo, ya te contaré todo con detalle cuando nos veamos. Y si no llego a las diez y media, llámame. Si no contesto —echa un rápido vistazo a su espalda, donde ve a Phin tras la barra americana de la cocina, cortando pan—, estoy en Battersea, en un bloque de pisos justo enfrente de la casa, al otro lado del río. ¿De acuerdo? No sé qué número es, pero estará como en el décimo piso. Nos vemos pronto. Lo siento. Adiós.

Cuelga y mira a Miller.

Él la mira con el rabillo del ojo y sonríe amable.

—No permitiré que te pase nada —la tranquiliza—. Me aseguraré de que llegues a la oficina para la siguiente reunión. Viva. ¿Vale?

La inunda una ola de afecto. Sonríe y asiente.

Phin aparece con una bandeja y la pone ante ellos. Huevos revueltos, aguacate machacado con semillas espolvoreadas por encima, una pila de tostadas de pan de centeno, un trozo de mantequilla y una jarra de zumo de naranja frío.

—¿Tiene buena pinta o no? —comenta, y les tiende unos platos.

—Buenísima —dice Miller, y se frota las manos antes de servirse unas cuantas tostadas.

—¿Café? —ofrece Phin—. ¿Té?

Libby pide café y le echa un poco de leche de una jarra. Coge una tostada, pero se da cuenta de que no tiene apetito.

Mira a Phin. Quiere preguntarle algo sobre lo que les contó anoche, pero no acaba de recordarlo con claridad; es como si se moviera justo delante de su mano pero fuese incapaz de tocarlo. Tenía que ver con una mujer llamada Birdie que tocaba el violín. Y con una gata. También mencionó una lista de normas y un sacrificio pagano y algo muy feo que tenía que ver con Henry. No obstante, es todo tan vago que es, cree ella, como si no les hubiese contado nada en absoluto. En cambio, pregunta:

—¿Tienes fotos de cuando erais niños?

—No —responde con aire afligido—. Ni una. Recuerda que no quedaba nada en la casa cuando nos marchamos. Mi padre lo vendió todo, hasta la última mota de polvo. Y lo que no vendió, lo donó a las tiendas de segunda mano. Pero... —Hace una pausa—. ¿Recuerdas una canción? Es de los ochenta, se llamaba... No, claro que no, eres demasiado joven. De todos modos, existe una canción, de un grupo llamado Versión Original, que fue número uno durante varias semanas el verano antes de que nos mudásemos a esa casa. Birdie, la mujer de la que os hablé, formó parte de ese grupo durante un tiempo. Justin también. Y el vídeo se grabó en Cheyne Walk. ¿Os apetece verlo?

Libby ahoga un grito. Aparte de la foto de sus padres vestidos de gala que aparecía en el artículo del *Guardian* que escribió Miller, esto será lo más cerca que estará de saber cómo era su lugar de procedencia.

Acceden a la sala de estar y Phin conecta el móvil a la enorme pantalla de plasma. Busca en YouTube y luego le da al *play*.

Libby reconoce la canción de inmediato. No sabía cómo se llamaba ni quién la cantaba, pero la conoce muy bien.

El vídeo empieza con un plano del grupo tocando junto al río. Todos van vestidos de *tweed*, con coderas y sombreros y botas Dr. Martens. Son muchos, tal vez unos diez integrantes. Dos de ellos son mujeres, una de las cuales toca el violín, la otra, una especie de tambor de piel.

—Ahí la tenéis —dice Phin, que pausa el vídeo y señala la pantalla—. Esa es Birdie. La del pelo largo.

Libby contempla a la mujer que aparece en pantalla. Una chica escuchimizada, casi sin barbilla y con cara seria. Se aprieta el violín contra la mandíbula y mira a cámara con intensidad.

—¿Esa es Birdie? —pregunta. No es capaz de relacionar a esta

mujer frágil y de aspecto mediocre con la del relato de Phin, la sádica que presidía la casa en la que reinaba la crueldad y el abuso.

Phin asiente.

—Sip. La misma puta malvada.

Reanuda la reproducción del vídeo y ahora se ve al grupo dentro de una casa, una casa gloriosa y caótica llena de cuadros al óleo y muebles rimbombantes, tronos de terciopelo rojo, espadas refulgentes y madera pulida, cortinas ornamentadas, cabezas de alce, zorros disecados y lámparas de araña resplandecientes. La cámara sigue al grupo por la casa; los integrantes posan con sus instrumentos en una escalera tallada con gran lujo, atraviesan pasillos chapados en madera, hacen como que luchan con las espadas, se prueban un casco propio de un rey, se suben a horcajadas sobre el cañón que hay en el jardín delantero y tocan ante una enorme chimenea de piedra llena de troncos ardientes.

—Dios santo —exclama Libby—. Era preciosa.

—Sí —comenta Phin serio—, ¿verdad? Y esa zorra y mi padre la destruyeron toda.

La mirada de Libby vuelve a posarse en la imagen que muestra el televisor. Diez jóvenes, una casa llena de vida y dinero y energía y candor.

—No comprendo —dice en voz baja— cómo pudo acabar como acabó.

42

Los primeros rayos del sol de la tarde les calientan la piel cuando Lucy, los niños y el perro doblan la esquina del edificio de pisos que hay detrás del número 16 de Cheyne Walk. Cruzan de puntillas y deprisa el jardín comunal para alcanzar la desvencijada puerta trasera; Lucy les pide silencio a sus hijos al pasar por la zona boscosa y al entrar en el jardín, que tiene parches marrones debido al calor del largo verano.

Se percata no sin sorpresa de que la puerta trasera de la casa no está cerrada. Hay un cristal roto. Parece reciente. Un escalofrío le recorre la espina dorsal.

Mete la mano por el hueco y gira el pomo desde dentro. La puerta se abre y ella suelta un suspiro de alivio por no tener que escalar por el lateral de la casa para llegar al tejado.

—Da miedo —dice Stella, que sigue a Lucy hacia el interior de la casa.

—Sí —asiente ella—, un poco.

—A mí me mola —comenta Marco, que pasa la mano por encima de un radiador enorme y contempla la estancia.

Mientras les enseña la casa a los niños, a Lucy le da la sensación de que no se ha movido ni una mota de polvo, ni una telaraña, desde la última vez que había estado allí. Le parece como si la casa se hubiese quedado congelada en el tiempo, esperando a que regresara. El olor, aunque rancio, también le resulta familiar. La manera como la luz atraviesa las oscuras estancias, el sonido de sus pasos sobre las lamas del parqué, las sombras que se proyectan en las paredes. Todo está exactamente igual. Pasa los dedos sobre varias superficies mientras van recorriendo la casa. En el curso de una semana, ha revisitado dos de las viviendas más significativas de su vida, Antibes y Chelsea, los dos lugares donde le hicieron daño, donde la rompieron, de donde se vio forzada a escapar. El peso de esas experiencias le

lastra el corazón.

Tras examinar toda la casa, se sientan en el jardín. Las sombras que emiten los árboles y los arbustos sin podar son largas y frescas.

Lucy ve que Marco está hurgando por el jardín con un palo. Lleva una camiseta negra y durante un fugaz momento imagina que es Henry, cuidando del huerto. Casi se lanza a comprobar su cara. Pero entonces lo recuerda. Henry ahora es un hombre adulto. No un niño.

Intenta imaginarse a Henry en la actualidad, pero no puede. Solo es capaz de verlo como lo vio la última noche que pasaron todos juntos, la tensión de su mandíbula al descubrir lo que había sucedido, la luz de las velas titilando contra sus mejillas, su silencio ominoso.

—¿Qué es esto? —le pregunta Marco.

Lucy se pone la mano en la frente y atraviesa el jardín.

—Ah —dice cuando está cerca de él—, es un huerto de plantas medicinales. Uno de los habitantes de esta casa las cultivaba.

Marco se detiene, coloca el palo entre sus pies como si fuese un bastón y mira la fachada trasera de la casa.

—¿Qué pasó aquí? —pregunta—. Se te nota que sucedió algo. Desde que llegamos, te tiemblan las manos. Y siempre nos has contado que tu tía te llevó a Francia porque eras huérfana, pero estoy empezando a sospechar que tuvo que pasar algo muy muy malo para que te tuviese que sacar del país. Y creo que sucedió en esta casa.

—Ya lo hablaremos más tarde —dice ella—. Es una historia muy larga.

—¿Dónde están tus padres? —insiste él, y Lucy se da cuenta de que traer a Marco aquí ha abierto las compuertas de todo lo que jamás se le había ocurrido preguntarle—. ¿Dónde los enterraron?

Ella toma aliento, sonríe tensa.

—No tengo ni idea. Ni la más remota idea.

Lucy tenía la costumbre de anotarlo todo, constantemente, cuando era joven. Compraba cuadernos rayados y bolígrafos y se sentaba en cualquier sitio y escribía y escribía y escribía. Dejaba fluir las ideas. Phin atado a una cañería en su cuarto, los adultos muertos, la furgoneta aguardando en las sombras con el motor en marcha y el largo y oscuro trayecto durante la noche, el silencio postraumático, y aguardar y aguardar a que llegase eso que nunca llegó; ahora,

veinticuatro años después, aún sigue esperando a que llegue, y está tan cerca que lo percibe en el filo de la garganta.

Esta fue la historia que escribió una y otra vez. La escribía y luego arrancaba las páginas del cuaderno, formaba una bola con ellas y las tiraba a la basura, al mar, a un sombrío patio de luces. Las quemaba o las desleía en agua o las reducía a pedacitos. Pero necesitaba escribirla para convertirla en una historia en lugar de aceptar que era la realidad de su vida.

Por aquella época, la verdad la ponía de los nervios, le revolvía el estómago, le desbocaba el corazón, la acosaba en sueños, la asqueaba cuando se despertaba y le impedía dormir cuando cerraba los ojos por la noche.

Siempre fue consciente de que lo único que podría traerla de vuelta a Londres, a este lugar donde pasaron cosas tan horribles, era el bebé.

Pero ¿dónde estaba? Había pasado por allí, eso seguro. Había pruebas por toda la casa. Bebida en la nevera, vasos sucios en el fregadero, el agujero de la puerta de atrás.

Ahora solo le queda esperar a que regrese.

43

Chelsea, 1992

Lo siguiente que pasó fue que mi madre se quedó embarazada.

Claramente no de mi padre. Él apenas se podía levantar del sillón. Cuando nos dieron la noticia, curiosamente no nos sorprendió. Porque a estas alturas ya me había quedado horriblemente claro que mi madre estaba obsesionada con David.

Lo había notado la noche en la que había llegado, cuando se alejaba de él, y supe entonces que era porque se sentía atraída hacia él. Había visto cómo esa primera atracción se convertía en deseo a medida que mi padre fue debilitándose y la influencia de David aumentando. Me resultaba obvio que mi madre estaba a merced de David por completo, que estaría dispuesta a sacrificar todo por él y por recibir su aprobación, su familia incluida.

No obstante, de un tiempo a esa parte, empecé a darme cuenta de otras cosas.

Oía el sonido de puertas que se abrían y se cerraban bien entrada la noche. Veía un rubor en el cuello de mi madre, notaba momentos cargados de significado, escuchaba susurros urgentes, olía su aroma en el cabello de mi madre. Vi que Birdie la vigilaba de cerca, vi los ojos de David recorrer con la mirada partes de su cuerpo que no deberían interesarle. Lo que estuviese sucediendo entre ellos era salvaje y vivo y se estaba extendiendo hasta alcanzar cada rincón de la casa.

La noticia se nos reveló igual que todas las demás, a la hora de la cena. David fue el encargado de contarlo, por supuesto, y lo hizo sentado entre mi madre y Birdie, mientras les tomaba una mano a cada una. Casi se podía percibir la inflamación de la sangre bajo su epidermis, de lo orgulloso que estaba de sí mismo. Qué tío. Dos pájaros en mano y ahora un bollo en el horno. Qué tío.

Mi hermana rompió a llorar y Clemency salió pitando de la

cocina y la oímos vomitar en el cuarto de baño que había junto a la puerta de atrás.

Yo contemplé a mi madre horrorizado. A pesar de que no me sorprendía que hubiese sucedido aquello, sí que me chocaba que le hubiese permitido a David gritarlo a los cuatro vientos, sin preocuparse por nada. No me entraba en la cabeza que no hubiese considerado que una conversación privada sería mejor forma de revelarle esa noticia a sus hijos. ¿No se avergonzaba? ¿No sentía remordimientos?

Tal parecía que no. Tomó la mano de mi hermana y dijo:

—Cariño, siempre habías querido un hermanito pequeño.

—Sí, pero así no. ¡Así no!

Mi hermana, siempre tan dramática. No obstante, en esta ocasión la comprendía.

—¿Y qué hay de papá? —intervine yo desesperanzado.

—Él ya lo sabe —respondió ella, que ahora me aferraba la mano y también me la apretaba—. Él lo comprende. Vuestro padre quiere que sea feliz.

David seguía sentado entre Birdie y mi madre, y no nos quitaba ojo de encima. Era obvio que solo pretendía concederle a mi madre el capricho de consolarnos. En realidad le importaba un comino lo que pensáramos de él y de su asqueroso acto de penetrar y preñar a nuestra madre. Lo único que le importaba en el mundo era él mismo.

Miré a Birdie. Tenía un aspecto extrañamente triunfal, como si esto fuese el resultado de un plan maestro urdido por ella.

—Yo soy incapaz de concebir —explicó entonces, como si me hubiese leído la mente.

—¿Y, entonces, mi madre qué es? —me descubrí preguntando un poco demasiado bruscamente—, ¿una incubadora humana?

David suspiró. Se tocó los labios con el costado del dedo, una pose que adoptaba a menudo y que aún hoy me enerva cuando se la veo a otras personas.

—Esta familia necesita un centro —comentó—. Un corazón. Una razón de ser. Esta casa necesita un bebé. Vuestra maravillosa madre se está sacrificando por nosotros. Es una diosa.

Birdie asintió calmadamente para mostrar su acuerdo.

Entonces apareció Clemency, con aspecto ceniciento y enfermizo. Se dejó caer a peso muerto sobre su silla y se estremeció.

—Cielo —le dijo David—. Intenta verlo de esta forma: esto unirá las dos familias. Los cuatro tendréis un hermanito o hermanita en común. Dos familias —alargó las manos para tomar las suyas— unidas.

Mi hermana volvió a romper a llorar y Clemency apartó la mano y la cerró en un puño.

Birdie suspiró.

—Ay, por favor, de verdad —siseó—. Madurad las dos de una vez.

Vi que David le lanzaba una mirada de advertencia. Ella se la devolvió con una petulante sacudida de cabeza.

—Os llevará varios días acostumbraros a la nueva situación. Lo comprendo —dijo David—. Pero os pido que confiéis en mí. Este bebé será el futuro de nuestra comunidad. Este bebé lo será todo.

Mi madre engordó de una manera que yo jamás habría imaginado que fuese posible. Ella, que siempre había sido tan delgada, con sus caderas marcadas y su larga y estrecha cintura, de pronto se convirtió en la persona más gorda de la casa. Le daban de comer a todas horas y no le permitían hacer nada.

El «bebé» según parecía necesitaba mil calorías extra al día, y mientras los demás teníamos que alimentarnos con *biryani* de champiñón y crema de zanahoria, mi madre se atiborraba de espaguetis y *mousse* de chocolate. ¿He comentado lo delgados que estábamos todos a estas alturas? Ninguno había padecido sobrepeso en ningún momento, aparte de mi padre. Pero cuando todos los esfuerzos se centraron en engordar a mi madre como si de una cabra sacrificial se tratara, los demás nos quedamos en los huesos. Yo seguía usando la misma ropa que llevaba a los once años, y me faltaba poco para cumplir los quince. Clemency y mi hermana parecían anoréxicas y Birdie era básicamente una cerilla. La comida vegana pasa por el cuerpo sin pena ni gloria, nada se queda dentro. Pero cuando, además, se te raciona y se te machaca una y otra vez que no debes repetir porque eso es ser avaricioso, cuando un cocinero odia la mantequilla, con lo cual no comes apenas grasa (y los niños tienen que comer grasas), otro odia la sal, de modo que todo está insípido, y otro se niega a comer trigo porque se le hincha el estómago como un globo,

así que nunca completas la dosis necesaria de carbohidratos y las comidas siempre son ligeras, pues acabas delgado y desnutrido.

Una vecina, poco después de que se hallaran los cadáveres, cuando la prensa andaba revoloteando alrededor de la casa con micrófonos y cámaras, salió en las noticias para comentar lo delgados que estábamos todos. «Sí que me planteé —dijo la vecina (a quien yo no había visto en mi vida)— si los estarían cuidando como es debido. Me preocupaba un poco. Estaban terriblemente delgados. Pero no es cuestión de meterse donde no te llaman, ¿verdad?.»

No, señora desconocida, claramente no se metió.

No obstante, mientras nosotros nos consumíamos, mi madre engordaba más y más. Birdie le confeccionó túnicas premamá de algodón negro, tela que había comprado por kilómetros en rebajas hacía unos meses, con la intención de fabricar bolsos para venderlos en el mercado de Camden. Vendió un total de dos antes de que la echasen los otros comerciantes que contaban con licencia para estar allí, y abandonó el proyecto al instante. Ahora, sin embargo, cosía con fervor, desesperada por formar parte de lo que le estaba sucediendo a mi madre. David y Birdie también empezaron a vestir las túnicas negras. Donaron toda su ropa a la beneficencia. Estaban ridículos a más no poder.

Debería haber sabido que no pasaría mucho tiempo hasta que nos obligasen a nosotros a usarlas.

Birdie entró en mi cuarto un día con bolsas de basura.

—Vamos a donar toda tu ropa a la beneficencia —anunció—. Hay personas que la necesitan más que nosotros. Vengo a ayudarte a recogerla.

Pensándolo fríamente, no me puedo creer lo poco que me resistí. Nunca llegué a compartir la filosofía de vida de David, pero le tenía miedo. Lo había visto placar a Phin en la acera delante de casa hacía un año, en aquella noche de infausto recuerdo. Lo había visto pegarle. Sabía que era capaz de hacer cosas peores. Y Birdie también me imponía. Era la que liberaba el monstruo que vivía en su interior. A pesar de que a veces refunfuñaba y me quejaba, jamás me negaba. Así pues, aquella tarde de martes de finales de abril, me vi vaciando mi armario y mis cajones en bolsas de basura; allá fueron mis vaqueros favoritos, y aquella sudadera de H&M tan chula que Phin me había regalado cuando la había elogiado. Allá fueron mis camisetas, mis

jerséis y mis pantalones cortos.

—Y ahora ¿qué me pondré para salir? —pregunté—. No puedo ir desnudo por ahí.

—Toma —me dijo, y me pasó una túnica negra y unas mallas a juego—. Todos vestiremos igual a partir de ahora. Tiene sentido.

—No puedo salir a la calle así vestido —dije consternado.

—Los abrigos no los vamos a donar —respondió—. Y, además, si apenas sales.

Tenía razón. Era bastante ermitaño. Con la «lista de normas» y el «no asistir al colegio» y el hecho de que no tenía ningún sitio al que ir, apenas salía de casa. Tomé la túnica y las mallas y los apreté contra el pecho. Ella me lanzó una mirada significativa.

—Venga —me apremió—. El resto.

Miré hacia abajo. Se refería a la ropa que llevaba puesta.

Suspiré.

—¿Podrías darme un poco de intimidad, por favor?

Me miró suspicaz, pero salió de mi cuarto.

—Date prisa —gritó desde el otro lado de la puerta—. Tengo cosas que hacer.

Me quité la ropa lo más rápido que pude y la doblé en una pila.

—¿Puedo conservar los calzoncillos? —grité para que me oyese desde fuera.

—Sí, claro que sí —respondió de inmediato.

Me puse la ridícula túnica y las mallas y me contemplé en el espejo. Parecía un monje muy pequeño y delgado. Contuve las ganas de soltar una carcajada. Luego, a toda prisa, pasé la mano por el fondo de todos los cajones para ver si nos habíamos dejado algo. Mis dedos lo encontraron y me quedé mirándolo un instante. La corbata de cordón que me había comprado en Kensington Market hacía dos años. Jamás me la había puesto. No obstante, no podía soportar pensar que nunca lo haría. La deslicé bajo el colchón, junto con los libros de brujería de Justin y la pata de conejo, y luego abrí la puerta. Le pasé mi ropa doblada a Birdie.

—Buen chico —me felicitó. Por un segundo, pareció querer acariciarme el pelo. En cambio, sonrió y repitió—: buen chico.

Me quedé quieto durante un instante, ponderando, dado que parecía estar teniendo un momento de debilidad, si plantearle la pregunta que me ardía tras los labios. Tomé aliento y luego la escupí:

—¿No estás celosa? —pregunté—. ¿No sientes celos del bebé?

Se mostró destrozada durante una milésima de segundo. Sentí que veía su interior, la cruda yema de su ser. Se estremeció y se recompuso. Respondió:

—Pues claro que no. David quiere un bebé. Agradezco a tu madre que le permita tenerlo.

—Pero ¿no ha tenido que... acostarse con ella?

Que yo recordase, jamás había hablado de sexo en mi vida, y sentí que la cara se me ponía colorada.

—Sí —dijo secamente—. Claro.

—Pero ¿no es tu novio?

—Compañero —puntualizó—, es mi compañero. No me pertenece. Ni yo a él. Lo único que importa es su felicidad.

—Ya —dije pensativo—. Pero ¿y la tuya?

No contestó.

Mi hermana había cumplido trece años unos días antes de que se nos anunciara el embarazo de mi madre. Me parecía, aunque no es que sea un experto en el tema, precisamente, que estaba convirtiéndose en una jovencita muy guapa. Era alta, como mi madre, y ahora, como llevaba un año sin cortarse el pelo, según las normas de la casa, su cabellera oscura le llegaba a la cintura y era densa y brillante; por el contrario, Clemency y Birdie tenían el pelo áspero y con las puntas abiertas. Estaba delgada, como todos, pero tenía buena figura. Imaginaba (aunque no pasaba mucho tiempo pensando en eso, lo aseguro) que si engordase unos cinco kilos tendría un tipazo de escándalo. Además, el rostro de bebé que yo había contemplado durante toda su vida estaba dando paso a una cara interesante con un encanto travieso. Casi hermosa.

Menciono esto no porque crea que sea importante describir el aspecto de mi hermana, sino porque es crucial que ya no se la vea como una niña pequeña. Porque ya no lo era.

Cuando sucedió lo siguiente, estaba a punto de convertirse en una mujer.

44

Libby llega al trabajo, sin aliento, dos minutos después de que haya empezado la reunión que tenía agendada con Cerian Tahany. Cerian es una *DJ* conocida en la ciudad que se va a gastar cincuenta mil libras en renovar su cocina, y cada vez que pone un pie en la oficina, se genera un ligero alboroto. En circunstancias normales, Libby estaría ultrapreparada para recibirla, tendría todo el papeleo listo, habría dispuesto una taza de café, se habría mirado en el espejo, se habría comido un caramelo y se habría alisado la falda. Hoy se encuentra con que Cerian ya está sentada y contempla la pantalla de su móvil con impaciencia cuando Libby hace su aparición.

—Lo siento muchísimo —se disculpa—. Muchísimo.

—No pasa nada —dice Cerian, que apaga la pantalla del teléfono y se lo guarda en el bolso—. Vamos a ello, ¿te parece?

Durante la siguiente hora, Libby no tiene tiempo de pensar en lo sucedido el día anterior. Lo único en lo que puede pensar es en encimeras de mármol de Carrara y cajones para cubertería y campanas extractoras y lámparas de techo de cobre o esmaltadas. La reconforta. Le encanta hablar de cocinas. Se le da bien. Entonces, de pronto la presentación termina y Cerian se guarda las gafas de cerca en el bolso y le da un abrazo de despedida, y al salir el ambiente de la oficina se desinfla y se diluye y todos los presentes se relajan.

Dido la llama a su despacho, en la parte de atrás.

—Y bien —la apremia mientras abre una lata de Coca-Cola *light* —. ¿Qué narices ha pasado?

Libby pestañea.

—No estoy segura. Fue todo superraro.

Libby le cuenta cómo se encontraron con Phin en el piso de arriba y cómo cruzaron el puente Albert hasta llegar a su despampanante apartamento en Battersea, con vistas directamente a la casa. Le cuenta a Dido lo que recuerda de la historia que Phin les

relató en la terraza. Y luego le explica lo que les pasó esa misma mañana, cuando se despertó durmiendo en la misma cama que Miller, con la cabeza junto a sus pies, y Dido comenta:

—Bueno, eso podría habértelo anticipado yo.

Libby la mira de reojo.

—¿Qué?

—Miller y tú. Noté una conexión.

—¿Qué dices? Ni de coña.

—Vaya que sí. Hazme caso. Estas cosas se me dan de perlas. He predicho tres matrimonios antes de que las parejas siquiera se conociesen. En serio.

Libby desacredita esas tonterías.

—Estábamos borrachos y nos metimos en la cama completamente vestidos. Nos despertamos esta mañana con toda la ropa puesta. Ah, y tiene un tatuaje, cosa que no soporto.

—Creía que ya no quedaba nadie sin tatuar a estas alturas de la vida.

—Yo misma.

Le vibra el móvil y lo coge.

—Hablando del rey de Roma —comenta cuando ve el nombre de Miller en la pantalla—. ¡Hola!

—Escucha —comienza él en tono urgente—, esto es rarísimo. Acabo de intentar acceder al archivo que creé anoche, la grabación de la historia que nos contó Phin. No está.

—¿Cómo?

—Alguien la ha borrado.

—¿Dónde estás?

—En una cafetería en Victoria. Estaba a punto de ponerme a transcribirla cuando me di cuenta de que no la tenía.

—Pero ¿estás seguro de que lo grabaste? Quizá no le diste al botón como es debido.

—Le di al botón como es debido, sin duda. Recuerdo que anoche la comprobé. La escuché. La tenía. Incluso le cambié el nombre.

—Entonces, ¿crees que...?

—Tiene que haber sido Phin. ¿Te acuerdas de que dijiste que estabas segura de que tenías el móvil contigo al irte a dormir? Pues yo también. Y para acceder al mío se necesita mi huella dactilar. Debió de entrar en nuestro cuarto cuando estábamos dormidos, desbloquear

mi móvil con mi propio pulgar y llevarse el tuyo también. Luego nos encerró. Y aún hay más. Lo he buscado en Google. Phin Thomsen. No hay ni rastro de él por ninguna parte. También busqué el piso en el que vive. Es de Airbnb. Según leí en su web, lleva alquilado desde mediados de junio. Básicamente desde...

—Desde mi cumpleaños.

—Desde tu cumpleaños. —Miller suspira y se pasa la mano por la barba—. No tengo ni idea de quién es ese tío, pero no es trigo limpio.

—¿Recuerdas la historia? —pregunta Libby—. Aunque no sea completa, solo lo suficiente para colegir la verdad.

Él hace una breve pausa.

—La tengo algo borrosa —responde—. Recuerdo la mayor parte, pero el final está muy...

—Igual que yo —interviene ella—. Muy borrosa. Y dormí...

—Como un muerto —completa él.

—Y llevo todo el día sintiéndome...

—Muy muy raro.

—Muy rara —coincide ella.

—Y estoy empezando a sospechar que...

—Sí —interrumpe Libby—, yo también. Creo que nos drogó. Pero ¿por qué?

—Eso no lo sé —dice Miller—. Pero deberías comprobar tu móvil. ¿Lo tienes protegido con contraseña?

—Sí —responde ella.

—¿Cuál es?

Libby suspira. Se le hunden los hombros.

—Mi fecha de nacimiento.

—Ya —comenta Miller—. Bueno, comprueba si hay algo raro. Quizá haya metido algo. *Spyware* o algo.

—¿Tú crees?

—Quién sabe. Es raro de narices. Todo lo que sucedió anoche es rarísimo. Se coló en tu casa. Nos drogó...

—Presuntamente.

—Presuntamente nos drogó. Al menos sabemos que se coló en nuestro cuarto mientras dormíamos, usó mi huella dactilar para desbloquear mi móvil, sacó el tuyo de tu bolso y nos encerró. De este tío me lo creo todo.

—No —susurra ella—. Si tienes razón. Lo comprobaré. Tal vez

esté escuchando esta conversación.

—Sí. Es posible. Y, tío, si me escuchas, te tenemos calado, cabrón sibilino. —Libby lo oye tomar aliento—. Deberíamos volver a reunirnos. Pronto. He investigado a Birdie Dunlop-Evers. Tiene un pasado interesante. Y creo que he encontrado información sobre el otro inquilino de la casa: Justin, el novio de Birdie. ¿Cuándo te va bien?

El pulso de Libby se acelera al pensar en los avances de la historia.

—Esta noche —dice casi sin aliento—. Bueno, o incluso... —Mira a Dido, que la está observando atentamente—. ¿Ahora? —Esta pregunta va dirigida a Dido, que asiente con ímpetu y articula en silencio: «Vete, vete»—. Puedo quedar ahora. Donde tú me digas.

—¿En nuestra cafetería?

Ella sabe exactamente a cuál se refiere.

—Vale —responde—. En nuestra cafetería. Llegaré en una hora.

Una vez ha colgado, Dido la mira y dice:

—Creo que es el momento perfecto para que te tomes unas vacaciones.

Libby esboza una mueca.

—Pero...

—Nada de peros. Yo me encargo de los Morgan y de Cerian Tahany. Lo que está pasando es mucho más importante que las cocinas.

Libby abre la boca para salir en defensa de la importancia de las cocinas. Las cocinas importan. Son un foco de felicidad. Todos necesitamos una cocina. Las cocinas, y la gente que las compra, han sido el centro de su vida desde hace cinco años. Pero sabe que Dido tiene razón.

Asiente y dice:

—Gracias, Dido.

Luego ordena su mesa, responde dos correos que acaba de recibir, programa el mensaje automático que avisará de que no está en la oficina y abandona la calle mayor de St. Albans en dirección a la estación de tren.

45

Chelsea, 1992

En mayo de 1992 nuestra casa se había metamorfoseado en algo monstruoso. El mundo exterior, lleno como estaba de carnívoros, humo y gérmenes que no podríamos vencer solo con ejercicio y flores, seguro que acabaría con la vida de la preciosa descendencia de David. Por tanto, nadie podía salir. Nos dejaban el pedido de verdura en la puerta cada semana, y en la despensa había legumbres, cereales y alubias como para cinco años.

Entonces, un día, poco antes de mi decimoquinto cumpleaños, David nos obligó a entregar los zapatos.

Los zapatos.

Según parecía, incluso los que no estaban hechos de animales muertos eran malos malos malos. Recordaban las aceras sucias y los penosos trayectos a despachos malvados donde la gente hacía más y más ricos a los que ya lo eran y dejaban a los pobres a merced de la escasez ingeniada por el gobierno. La gente pobre en la India, según nos contaron, iba descalza; por lo tanto, nosotros también. Metimos todos los zapatos en una caja de cartón y los dejamos en la puerta del local más próximo de la beneficencia.

Desde el día en el que David se llevó nuestros zapatos hasta la noche en la que escapamos, dos años después, nadie puso un pie en la calle.

46

Miller está comiendo cuando Libby entra en la cafetería de West End Lane.

—¿Qué es eso? —pregunta ella mientras cuelga su bolso del respaldo de la silla y se sienta.

—Un burrito de pollo y chorizo —responde, y se limpia la salsa que le había quedado en la comisura de la boca—. Está muy bueno. Buenísimo.

—Son las cuatro de la tarde —comenta ella—. ¿Estás comiendo o cenando?

Se queda pensativo.

—¿Una comida tardía? ¿Una cena tempranera? ¿Una comicena? ¿Una cenida? ¿Tú has comido?

Ella niega con la cabeza. No ha probado bocado desde el desayuno que les sirvió Phin en la terraza, no le ha apetecido.

—No tengo hambre.

Miller se encoge de hombros y le da otro mordisco al burrito.

Libby pide un té y espera a que Miller termine de comer.

El apetito de Miller le resulta extrañamente atractivo. Come como si no existiera otra actividad más importante en el mundo. Come, según observa ella, conscientemente.

—Bueno —dice Miller, que abre la pantalla de su portátil y lo gira hacia Libby—. Te presento a Birdie Dunlop-Evers. O, mejor dicho, Bridget Elspeth Veronica Dunlop-Evers, que es su nombre completo. Nacida en Gloucestershire en abril de 1964, se mudó a Londres en 1982 y cursó estudios de violín en el Royal College of Music. Actuaba en la calle los fines de semana hasta que se unió al grupo Green Sunday con su novio de aquel entonces, Roger Milton. Este, dicho sea de paso, acabó convirtiéndose en el cantante de los Crows.

Mira a Libby, expectante.

Ella le devuelve una mirada inexpresiva.

—¿Son famosos?

Él pone los ojos en blanco.

—Déjalo. —Y continúa—: En fin, va sacándole partido al violín durante varios años hasta que hace una prueba para unirse a Versión Original. Empieza a salir con un tal Justin Redding y lo presenta al grupo, al que se une como percusionista. Según entrevistas de la época, era bastante controladora. Nadie la soportaba. Tuvieron su momento de gloria en el verano de 1988 y luego sacaron otro *single* más, que resultó ser un fracaso estrepitoso; entonces ella le echó la culpa a los demás, montó el pollo, dejó el grupo y se llevó a Justin consigo. Y ahí se acaba la historia que internet nos puede contar de Birdie Dunlop-Evers. No hay nada más. Solo... —Hace un gesto con la mano para indicar que algo cae por un precipicio.

—¿Y qué se sabe de sus padres?

—Nada. Tenía siete hermanos, provenía de una familia pija católica. Sus padres siguen vivos, según creo entender, o sea, que no he encontrado indicios de que hayan muerto, y hay docenas de pijitos Dunlop-Evers por ahí, tocando instrumentos y gestionando empresas de reparto veganas. Pero por alguna razón, su familia no se percató de que su cuarta hija desapareció de la faz de la Tierra en 1994, o les dio igual.

—¿Y su novio Justin?

—Nada. Lo mencionan un par de veces dado que fue percusionista de Versión Original en su mejor momento, pero nada más.

Libby se queda en silencio, absorbiendo la información. ¿Cómo puede ser posible que la gente desaparezca de la faz de la Tierra así como así? ¿Cómo es posible que nadie se dé cuenta?

Miller vuelve a girar la pantalla hacia sí y escribe algo.

—Entonces —dice— comencé a investigar a Phin. Me puse en contacto con el dueño del piso por Airbnb y le comenté que estaba investigando un asesinato y necesitaba que me diese el nombre de la última persona que le había alquilado el piso. Se mostró muy entusiasta, encantado de participar. Justin Redding.

Libby lo mira anonadada.

—¿Cómo?

—Phin, o quienquiera que fuese ese tío, usó el nombre del exnovio de Birdie para alquilar el apartamento.

—Vaya.

—¿A que sí? —Vuelve a teclear en el ordenador—. Y por último, pero no por ello menos importante, te presento a Sally Radlett.

Vuelve a girar la pantalla hacia Libby. En ella hay una mujer mayor, con el cabello plateado cortado en forma de casco, gafas de carey, ojos azules húmedos, un indicio de sonrisa, una blusa azul celeste con tres botones desabrochados que deja a la vista una pálida clavícula, ecos de belleza en los ángulos de su rostro. Bajo la fotografía se pueden leer las palabras «Terapeuta y asesora vital. Penreath, Cornualles».

—El mismo pueblo. La misma edad. Una ocupación que le pega bastante: «terapeuta vital». El tipo de trabajo de pacotilla que acaba desempeñando la gente como Sally Thomsen, ¿no te parece? —Miller le lanza a Libby una mirada triunfal—. ¿Qué me dices? ¿Es ella o qué?

Libby se encoge de hombros.

—Bueno, sí, podría ser.

—Y sale su dirección. —Señala la pantalla y Libby ve la pregunta en sus ojos antes de que la plantee.

—¿Crees que deberíamos ir a verla?

—Eso creo, sí.

—¿Cuándo?

Él levanta una ceja, sonríe y marca un número en su teléfono. Se aclara la garganta y dice:

—Buenos días, ¿hablo con Sally Radlett?

Libby oye que la voz al otro lado de la línea responde que sí.

Entonces, tan repentinamente como la empezó, Miller termina la llamada. Mira a Libby y le dice:

—¿Ahora mismo?

—Pero... —Está a punto de empezar a buscar una razón por la que no le es posible ir en ese mismo instante, pero recuerda que no existe—. Tengo que darme una ducha —argumenta.

Él sonríe, vuelve a ponerse el ordenador delante de los ojos y comienza a teclear.

—¿Hotel rural? —propone—. ¿O Premier Inn?

—Premier Inn.

—Estupendo. —Varios clics más tarde, ha reservado dos habitaciones en un Premier Inn en Truro—. Puedes ducharte en cuanto lleguemos. —Cierra la pantalla y desenchufa el ordenador para

guardarlo en una funda de nailon—. ¿Estás lista?

—Estoy lista.

47

Decidí que el bebé que venía en camino era la causa de todos nuestros males. Vi a mi madre engordar, a los demás adelgazar. Vi a David pavonearse, engreído y pomposo. Con cada kilo que engordaba mi madre, con cada patadita que daba el bebé, cada vez que se movía, David se envolvía en otra capa de confianza en sí mismo. Era nauseabundo. Intenté aferrarme a lo que me había dicho Phin el día que habíamos ido a Kensington Market: que lo habían echado a patadas de la última casa en la que había intentado infiltrarse. Traté de imaginarme lo humillante que había sido para él que lo pillasen con las manos en la masa robando a sus anfitriones. Intenté recordar que el hombre que se había presentado ante nuestra puerta hacía cuatro años, que no tenía ni un duro ni tampoco dónde caerse muerto, era el mismo que ahora se paseaba por mi casa como un pavo engreído.

No soportaba pensar en la llegada al mundo de ese bebé. Sabía que David lo usaría para asentar su condición de dios en nuestro pequeño y retorcido universo. Si el bebé no estuviese en camino, mi madre podría dejar de comer, y se nos permitiría volver a introducir gérmenes en casa. Y, lo que es más importante, no habría ninguna razón en absoluto para que tuviésemos que seguir aguantando a David Thomsen. Nada nos uniría a él, nada nos ataría.

Sabía lo que tenía que hacer y sé que no da muy buena imagen de mí mismo. Pero no hay que olvidar que era solo un niño. Y que estaba desesperado. Intentaba salvarnos a todos.

Fue fácil administrarles la medicación. Me encargué de preparar la comida de mi madre siempre que pude. Le preparaba té y batidos de verdura. En todo lo que le serví le eché los remedios que aparecían en el capítulo «Interrupción natural de embarazos no deseados» de uno

de los libros de Justin. Cantidad de perejil, canela, artemisa, semillas de sésamo, camomila y aceite de onagra vespertina.

Cuando le alcanzaba un vaso de zumo, me acariciaba la mano y me decía:

—Qué bien te estás portando, Henry. Me siento bendecida por tener un cuidador tan atento.

Yo me ruborizaba un poco y no respondía, porque en cierto modo sí que la estaba cuidando. La estaba liberando del grillete que la ataría a David para la eternidad. No obstante, también podía decirse que no la estaba cuidando en absoluto.

Entonces, un día, cuando estaba de cinco meses y el bebé era muy real y había comenzado a moverse y a dar pataditas, mi madre bajó a la cocina y la escuché hablar con Birdie.

—El bebé no se ha movido. En todo el día.

La consternación fue en aumento en la casa a lo largo del día y yo noté una sensación oscura y nauseabunda en la boca del estómago, porque sabía lo que sucedería.

Por descontado, no se avisó a ningún médico, no se la llevó al hospital. Según parecía, David Thomsen era un ginecólogo cualificado además de sus otras múltiples habilidades. Tomó el mando, ordenó que le trajeran toallas, agua y tonterías homeopáticas que no servían para nada.

El bebé tardó cinco días en salir tras su muerte.

Mi madre se pasó horas llorando desconsolada. Se encerró en su cuarto, con David, Birdie y el feto, y emitió sonidos que se oían por toda la casa. Los cuatro niños nos quedamos juntos en el cuarto del ático, incapaces de procesar como es debido lo que acababa de suceder. Y entonces, mucho más tarde ese mismo día, mi madre bajó el feto al piso de abajo, envuelto en un chal negro, y David le cavó una tumba, donde lo enterraron, al fondo del jardín, en plena noche, rodeados de velas.

Fui a ver a mi padre aquella noche. Me senté enfrente de él y le dije:

—¿Sabes que ha muerto el bebé?

Él se giró y se me quedó mirando. Sabía que no respondería a mi pregunta porque era incapaz de hablar, pero pensé que tal vez hubiese algo en sus ojos que me permitiese descifrar lo que pensaba de los acontecimientos del día. No obstante, lo único que vi fue miedo y

tristeza.

—Era un niño —dije—. Lo han llamado Elijah. Lo están enterrando ahora mismo, en el jardín.

Siguió observándome.

—Casi mejor así, ¿no? ¿Qué te parece a ti?

Buscaba redimir ms pecados. Decidí tomar su silencio como una aprobación.

—En realidad, lo más probable es que muriese de todas formas, ¿no? Porque nacer sin asistencia médica... Incluso podría haber sido peor, podría haber muerto mamá también. Yo creo que es mejor así. —Contemplé mi reflejo en el cristal de la ventana que había detrás de mi padre. Me vi joven e ingenuo—. Era muy pequeño.

Se me quebró la voz al pronunciar la última palabra. El bebé era muy muy pequeño, como un muñeco extraño. Se me había roto el corazón al verlo. Mi hermanito.

—Bueno, pues eso es lo que ha pasado hoy. Ahora supongo que podremos volver a la normalidad.

Sin embargo, ahí residía el problema: que la normalidad no existía. La vida de mi padre no era normal. El bebé ya no existía, pero yo seguía sin zapatos. El bebé ya no existía, pero mi padre seguía sentado en su sillón mirando a la pared. El bebé ya no existía, pero seguíamos sin ir al colegio, sin irnos de vacaciones, sin amigos, sin acceso al mundo exterior.

El bebé ya no existía, pero David Thomsen seguía aquí.

48

Son las nueve. Lucy y los niños se han instalado en el antiguo dormitorio de sus padres. Las paredes bailan al ritmo de las llamas de las velas. Stella ya está dormida, con el perro enroscado en el hueco que forman sus rodillas.

Lucy abre una lata de *gin-tonic*. Marco, una de Fanta. Brindan por Londres.

—Bueno —dice él bajito—, ¿tienes intención de contarme lo del bebé?

Ella suspira.

—Ay, Dios. —Se pasa la mano por la cara—. No lo sé. Es todo tan...

—Cuéntamelo, por favor.

—Mañana —accede ella, ahogando un bostezo—. Te lo contaré mañana. Te lo prometo.

Marco se duerme unos minutos más tarde y entonces la única que queda despierta es Lucy, en esa maldita casa que juró que jamás volvería a pisar. Retira con sumo cuidado la cabeza de Marco de su regazo y se pone en pie. Contempla el sol poniente reflejado en los brillantes cristales del edificio nuevo que hay al otro lado del río. Cuando vivía allí, esos apartamentos no existían. Quizá si hubiesen existido, alguien los habría visto, imagina, alguien se habría enterado, alguien los habría rescatado y les habría ahorrado los desagradables destinos a los que los habían abocado.

Se duerme un poco después de las tres de la madrugada; su mente, que había pasado horas obcecada en no desconectarse, de pronto la sume en el sueño.

Y entonces, igual de repentinamente, se despierta. Se yergue. Marco la imita. El móvil les comunica que han dormido hasta tarde.

Se oyen pasos sobre sus cabezas.

Lucy le cubre la mano a Marco con la suya y se lleva el dedo índice a los labios.

Vuelve a reinar el silencio y comienza a relajarse. Pero luego lo oye de nuevo, son pasos, sin lugar a dudas, y el crujido de lamas de parqué.

—Mamá...

Le aprieta la mano y se levanta despacio. Atraviesa la estancia de puntillas hasta llegar a la puerta. El perro se despierta y se levanta, se despega del cuerpecito de Stella y la sigue hasta la puerta. Las garras resuenan contra la madera, de modo que Lucy lo coge en brazos. Nota que se le está formando un gruñido en la garganta y le chista para que se lo aguante.

Marco está detrás de ellos y Lucy percibe su respiración, intensa y pesada.

—No te acerques —sisea.

El gruñido de *Fitz* va tomando forma. Se oye otro crujido en el piso de arriba y *Fitz* ya no se puede aguantar más.

Los crujidos dejan de sonar.

Pero los sustituye el ruido de pasos, firmes y acompasados, que descienden por la escalera de madera que conduce a las habitaciones del ático. Lucy deja de respirar. El perro comienza a ladrar de nuevo y se retuerce para que lo suelte. Ella empuja la puerta para mantenerla cerrada con todo el peso de su cuerpo.

Stella se ha despertado y contempla la puerta con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, cariño —susurra ella desde el otro extremo de la habitación—. Nada. *Fitz* está haciendo el tonto.

La puerta del descansillo del primer piso rechina y luego se cierra de golpe.

La adrenalina inunda el cuerpo de Lucy.

—¿Es el bebé? —pregunta Marco en un susurro urgente, con los ojos llenos de terror.

—No lo sé —responde ella—. No sé quién es.

Los pasos avanzan por el pasillo y de pronto hay alguien respirando al otro lado de la puerta. El perro se calla, pone las orejas hacia atrás y enseña los dientes. Lucy se aparta de la puerta y la abre

una rendija. Entonces *Fitz* salta de sus brazos y se escurre hacia fuera, donde hay un hombre, al que ladra y le lanza mordiscos alrededor de los tobillos; el hombre mira al perro con una pequeña sonrisa y le ofrece la mano para que se la huela. *Fitz* se tranquiliza y le huele la mano, y después permite que el hombre le acaricie la cabeza.

—Hola, Lucy —saluda este—. Bonito perro.

III

49

Libby está tumbada en la cama del hotel, con la típica raya de color berenjena a los pies. Los hoteles Premier Inn son su lugar feliz; los asocia con noches de chicas y escapadas y bodas en ciudades lejanas. La cama de un Premier Inn le resulta familiar y reconfortante. Podría quedarse tumbada en ella todo el día. Pero ha quedado con Miller a las nueve en la recepción. Le echa un vistazo a la pantalla de su teléfono. Las ocho y cuarenta y ocho. Se levanta de la cama y se da una ducha muy rápida.

El viaje desde Londres fue largo, y descubrió un montón de cosas sobre Miller en las cinco horas que pasaron juntos anoche.

Sufrió un accidente de tráfico a los veintidós años que lo obligó a pasar un año entero en una silla de ruedas y una larga rehabilitación. De joven había sido delgado y deportista, pero jamás recuperó la forma física. Tiene dos hermanas mayores y un padre gay y se crio en Leamington Spa. Estudió Ciencias Políticas en la universidad, donde conoció a su exmujer, cuyo nombre era Matilda, Mati para los amigos. Le enseñó una foto de ella que tenía en el móvil. Era extraordinariamente guapa, de cabello cobrizo oscuro, labios carnosos y un peinado cuadrado, en plan hípster, que le sentaría como un tiro al noventa y nueve por ciento de la población.

—¿Por qué os separasteis? —le preguntó. Y luego añadió—: Si no es demasiado personal.

—Ah, fue por mi culpa —respondió él, llevándose una mano al corazón—. Completamente mía. Prioricé todo menos a ella. Mis amigos, mis aficiones. Pero sobre todo mi trabajo. Y sobre todo —se detiene para esbozar una sonrisa irónica— el artículo del *Guardian*. —Se encogió de hombros—. Aprendí la lección, al menos. Jamás volveré a anteponer mi trabajo a mi vida personal. ¿Y tú qué? —preguntó—. ¿Hay algún señor Libby por ahí?

—No —respondió ella—. No. Es un proyecto en desarrollo.

—Bah, aún eres joven.

—Sí —aceptó ella, olvidándose por una vez de su carrera contra el reloj para alcanzar sus metas—. Todavía lo soy.

Se vuelve a poner la misma ropa que el día anterior y se presenta en la recepción a las nueve y dos minutos; Miller ya está allí esperándola. No se ha cambiado ni, por lo que parece, duchado. Tiene aspecto desaliñado, la imagen misma de un hombre que no ha visto su propia cama en cuarenta y ocho horas. No obstante, hay algo agradable en su estilo desgreñado y despreocupado, y Libby tiene que resistir la tentación de atusarle el pelo, de colocarle el cuello de la camiseta.

Él, por supuesto, se ha zampado un buen desayuno cortesía del Premier Inn y está terminándose el café cuando ella llega. Ahora le dedica una sonrisa, deja la taza y los dos abandonan el hotel.

El despacho de Sally está en la calle mayor de Penreath, en un edificio de ladrillo visto. El local de la planta baja aloja un *spa* llamado La Playa. Las oficinas de Sally están en el piso de arriba. Miller llama al timbre, y una chica muy joven contesta.

—¿Sí?

—Buenos días —dice Miller—. Buscamos a Sally Radlett.

—Lo lamento, está con un paciente. ¿Puedo ayudarles?

La chica es pálida y rubia natural, y tiene la misma estructura ósea que Sally. Durante un momento, Libby piensa que debe de ser su hija. Pero no le salen las cuentas. Sally debe tener unos sesenta años, o más.

—Eh, no, tenemos que hablar con Sally —responde Miller.

—¿Tienen cita?

—No —contesta él—, por desgracia, no. Es una especie de urgencia.

La chica entrecierra ligeramente los ojos y luego señala un sofá de cuero con la mirada y les dice:

—¿Desean sentarse mientras esperan? No tardará mucho más.

—Muchas gracias —le agradece Miller, y los dos toman asiento, uno al lado del otro.

La sala de espera es pequeña; están lo bastante cerca de la chica, que está sentada ante su escritorio, como para oírla respirar.

Una llamada telefónica rompe el silencio incómodo y Libby se gira hacia Miller para susurrarle:

—¿Y si no es ella?

—Pues no lo es y ya está —dice él, con un encogimiento de hombros.

Libby se lo queda mirando un segundo. De pronto se da cuenta de que él no ve la vida del mismo modo que ella. Está preparado para equivocarse; no tiene que saber a todas horas lo que va a pasar después. La idea de vivir la vida de la misma manera que Miller le resulta extrañamente atractiva.

Aparece una mujer alta. Lleva un vestido gris de manga corta y sandalias de color dorado. Se despide de un hombre de mediana edad y luego se topa con los ojos de Libby y Miller, a los que dedica una mirada recelosa. Se gira hacia la chica del mostrador y le dice:

—¿Lola?

La chica los mira y comenta:

—Han pedido una cita de urgencia.

Sally vuelve a mirarlos y sonríe sin convicción.

—¿Hola?

Claramente no le gusta eso de que la gente entre a pedir citas de urgencia.

No obstante, Miller se muestra impávido y se levanta del sofá.

—Sally —dice—, me llamo Miller Roe. Esta es mi amiga Libby Jones. ¿Podría concedernos unos diez minutos de su tiempo?

Ella vuelve a mirar a la chica llamada Lola. Esta confirma que el siguiente paciente de Sally no llegará hasta las once y media. Sally los guía hacia su despacho y cierra la puerta tras ellos.

La consulta de Sally es acogedora, de estilo escandinavo: un sofá de color pálido con una manta de ganchillo por encima, paredes gris pálido, un escritorio pintado de blanco y sillas a conjunto. De todas partes cuelgan docenas de fotografías en blanco y negro.

—Y bien —comienza—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Miller mira a Libby. Quiere que empiece ella. Libby se vuelve hacia Sally y le dice:

—Acabo de heredar una casa. Enorme. En Chelsea.

—¿En Chelsea? —repite vagamente.

—Sí. En Cheyne Walk.

—Ajá. —Asiente con la cabeza una sola vez.

—El número 16.

—Sí, sí —dice con un toque de impaciencia—. No sé... —comienza, pero de pronto se detiene y entrecierra los ojos—. ¡Ah! —exclama—. ¡Eres el bebé!

Libby asiente.

—¿Usted es Sally Thomsen? —pregunta.

Esta se queda callada un segundo.

—Bueno —dice luego—, técnicamente no. Recuperé mi apellido de soltera hace unos años, cuando emprendí este negocio. No quería que nadie..., ya sabéis. Pasé por momentos muy oscuros y quería concederme un nuevo comienzo, supongo. Pero sí. Yo fui Sally Thomsen. Pero escuchadme bien —dice, y su tono de pronto se vuelve tenso y oficioso—, no quiero meterme en ningún embrollo. Mi hija me hizo jurar que jamás hablaría con nadie de lo que sucedió en la casa de Chelsea. No debo ni siquiera mencionarla. Sufrió estrés postraumático durante muchos años, y, en realidad, sigue muy afectada. Por mucho que me alegre de que estés aquí, sana y salva, me temo que debo pediros que os marchéis.

—¿Podríamos hablar con su hija? ¿Cree que lo aceptaría?

Sally le lanza una mirada helada a Miller, el responsable de formular esta pregunta.

—De ninguna manera —responde—. De ninguna manera.

50

Chelsea, 1992

Mi madre nunca llegó a recuperarse del todo de la pérdida del bebé.

Se fue retirando cada vez más de la vida comunal. También se alejó de David. Empezó a pasar más tiempo con mi padre, los dos solos, sentados el uno al lado del otro.

Yo, como era de esperar, me sentía responsable de la infelicidad de mi madre. Intenté remediar la situación ofreciéndole mejunjes que los libros de Justin aseguraban que curaban la melancolía. Pero era casi imposible convencerla de que comiese nada, así que todos mis esfuerzos fueron en vano.

David parecía haberla abandonado. Me sorprendió. Habría esperado que se involucrase en su recuperación. Sin embargo, se mostró distante con ella, casi frío.

Un día, poco después de que mi madre hubiese sufrido el aborto, le pregunté a David:

—¿Por qué ya no le hablas a mi madre?

Él me miró y suspiró.

—Tú madre está sanando. Necesita seguir su propio camino para recuperarse.

«Su propio camino.»

Noté una oleada de furia en mi interior.

—No me parece que esté sanando —respondí—. Creo que está cada vez peor. ¿Y qué hay de mi padre? ¿No debería recibir cuidados? ¿Tratamiento? Se pasa la vida sentado en un sillón. Tal vez alguien del mundo exterior podría hacer algo por él. Algún tipo de terapia. Quizá electrochoque o algo por el estilo. Puede que existan avances médicos en el campo de la apoplejía que desconocemos porque estamos aquí encerrados... —Había comenzado a gritar y en cuanto las palabras abandonaron mi boca, supe que me había pasado de la raya, y

entonces la noté: la fría y áspera piel de su mano impactó contra mi mandíbula.

Saboreé el regusto metálico de la sangre dentro de la boca, noté que los labios se me dormían. Me toqué la sangre con un dedo y miré a David con horror.

Él me miró desde su altura, superior a la mía, con sus anchos hombros encorvados junto a sus orejas, una vena latiente en la sien. Era increíble lo rápido que ese hombre silencioso y espiritual se podía convertir en un monstruo iracundo.

—No tienes derecho a hablar de esas cosas —gruñó—. No sabes nada de nada. Eres un niño.

—Pero es mi padre. ¡Y desde que llegaste lo has tratado como una mierda!

Su mano volvió a hacer aparición, esta vez al otro lado de mi cara. Sabía que esto iba a acabar pasando. Desde la primera vez que lo vi, tuve claro que David Thomsen me acabaría pegando si me enfrentaba a él. Y ahí estábamos.

—Lo has arruinado todo —dije en pleno subidón de emoción, con la convicción de que ya no tenía nada que perder—. Crees que eres muy poderoso e importante, pero te equivocas. ¡No eres más que un matón! Entraste en mi casa y maltrataste a todos hasta que nos dejaste tal como nos querías ver. Luego embarazaste a mi madre y ahora está triste y a ti te da igual, no te importa nada. ¡Porque solo piensas en ti!

Entonces me pegó tan fuerte que me tiró al suelo.

—¡Levántate! —gritó—. Levántate y vete a tu cuarto. Te quedarás en aislamiento una semana.

—¿Vas a encerrarme? —dije—. ¿Por hablarte? ¿Por exponerte mis sentimientos?

—No —masculló—. Te encierro porque no soporto mirarte. Porque me das asco. Ahora tienes dos opciones: puedes irte por tu propio pie o puedo arrastrarte. ¿Qué prefieres?

Me levanté y corrí. Pero no hacia las escaleras, sino hacia la puerta principal. Giré el pomo y tiré; estaba listo, listo para echar a volar, listo para parar a un desconocido y decirle: «Estamos atrapados en casa con un megalomaníaco. ¡Ayúdenos, por favor!». Pero la puerta estaba bloqueada.

¿Cómo no lo había pensado? Tiré y tiré y luego me volví hacia él y le dije:

—¡Nos has encerrado!

—No —contestó—. La puerta está cerrada. No es lo mismo, ni por asomo. ¿Vamos?

Subí dando pisotones por la escalera de atrás hasta el piso de arriba. David me seguía.

Oí el sonido del pestillo de la puerta de mi cuarto.

Chillé y lloré como un bebé grande y patético.

Escuché a Phin gritarme desde su habitación: «¡Cállate! ¡Cállate ya!».

Llamé a mi madre a voces, pero no vino.

No vino nadie.

Aquella noche, me dolió la cara en los sitios donde David me había pegado, me rugían las tripas, no podía dormir, de modo que me pasé toda la noche despierto mirando las nubes pasar sobre la luna, observando las oscuras siluetas de los pájaros en las copas de los árboles, escuchando los crujidos y los lamentos de la casa.

Perdí un poco la cordura, creo, durante la semana que pasé encerrado. Arañé las paredes hasta que me sangraron las uñas. Golpeé la cabeza contra el suelo. Hice ruidos de animales. Vi cosas que no existían. Creo que la intención de David era que emergiera de la reclusión más sumiso y listo para un nuevo comienzo. Sin embargo, no fue así.

Cuando me abrieron la puerta, siete días después, y se me permitió volver a deambular por la casa, no me sentía sumiso. Me sentía monstruosamente consumido por una ira justificada. Pensaba acabar con David de una vez por todas.

Había algo en el aire cuando recuperé la libertad, un secreto enorme vagando por la atmósfera, acarreado por las motas de polvo y los rayos de sol, enganchado en los hilos de las telas de araña en las esquinas de los dormitorios.

Cuando me uní al resto de los inquilinos para el desayuno la primera mañana tras mi reclusión, le pregunté a Phin:

—¿Qué pasa? ¿Por qué se comporta todo el mundo tan raro?

Él se encogió de hombros y dijo:

—¿No se comportan siempre así de raro?

Yo insistí:

—No. Están más raros de lo normal. Como si pasara algo.

Phin ya estaba enfermo a esas alturas, era obvio. Su piel, otrora tan suave e inmaculada, estaba gris e imperfecta. Su pelo caía grasiento a un lado de la frente. Y olía raro, como ácido.

Se lo mencioné a Birdie.

—Phin parece enfermo —dije.

Ella respondió desdeñosa:

—Phin está perfectamente. Le vendría bien hacer un poco más de ejercicio, nada más.

Escuchaba los ruegos de su padre en la sala de ejercicio para que se esforzase más.

—Más, tú puedes. Esfuérzate, con más intensidad. ¡Venga! ¡Si no lo estás ni intentando!

Luego veía a Phin salir de la estancia demacrado y desesperado. Subía las escaleras hasta el piso de arriba tan despacio como si cada una le doliese más que la anterior.

Le dije:

—Deberías salir al jardín conmigo. El aire fresco te sentará bien.

Él dijo:

—No quiero ir a ninguna parte contigo.

—Bueno, no tienes por qué venir conmigo. Sal solo.

—¿No te enteras? —dijo—. Nada en esta casa me sentará bien. Lo único que me sentaría bien sería salir de esta casa. Necesito largarme. Necesito —dijo, con los ojos clavados en los míos— largarme.

A mí me parecía que la casa se estaba muriendo. Primero mi padre se había apagado, luego mi madre, ahora Phin. Justin nos había abandonado. El bebé había muerto. Yo ya no le veía el sentido a nada.

Entonces, una tarde, oí risas en el piso de abajo. Miré por el pasillo y vi a David y a Birdie salir de la sala de ejercicios. Ambos estaban sanos como manzanas. David le pasó un brazo sobre los hombros a Birdie y la atrajo, le dio un beso intenso en los labios acompañado de un sonoro «mua». Y eran ellos; no me cabía duda alguna. Eran ellos los que estaban matando a la casa, como vampiros, le estaban chupando toda la energía, todo el amor y la vida y la bondad, se lo estaban llevando todo ellos, estaban alimentándose de nuestra miseria y de nuestros ánimos rotos.

Entonces miré a mi alrededor, a las paredes que en otros tiempos habían albergado cuadros al óleo, a los rincones donde había habido muebles exquisitos. Recordé las lámparas de araña que tiempo atrás habían reflejado la luz del sol. La plata y el latón y el oro que refulgía en cada superficie. Recordé el vestidor de mi madre, lleno de ropa y bolsos de diseño, los anillos que lucía en los dedos, los pendientes de diamante y los collares de zafiro. Desaparecidos. Todos habían acabado en «la beneficencia» para ayudar a «los más necesitados». Estimé el valor de todas esas posesiones. Miles de libras, sospeché. Muchos miles de libras.

Entonces volví a mirar a David, con su brazo alrededor de Birdie, ambos tan libres y despreocupados de todo lo que sucedía en esa casa. Y pensé: «No eres un mesías, ni un gurú, ni un dios, David Thomsen. No eres un filántropo ni un benefactor. No eres un hombre espiritual. Eres un criminal. Has entrado en mi casa y la has desvalijado. Tampoco eres un hombre compasivo. Si lo fueras, estarías sentado con mi madre, acompañándola en el duelo por vuestro hijo muerto. Buscarías una forma de ayudar a mi padre a abandonar el infierno en vida que está sufriendo. Llevarías a tu hijo al médico. No te estarías riendo con Birdie. Estarías demasiado preocupado por la infelicidad de todos los demás. Dado que no tienes compasión, de ello se deduce que no has debido de dar el dinero a los pobres. Te lo debes de haber quedado. Y eso debe ser lo que guardas en el escondrijo del que Phin me habló hace tantos años. Si estoy en lo cierto, ¿dónde está el dinero? ¿Y qué piensas hacer con él?».

51

Chelsea, 1992

Dos semanas después de que David me hubiese permitido salir de mi cuarto, desveló el embarazo de mi hermana una noche cuando estábamos sentados a la mesa. Aún no había cumplido los catorce años.

Vi que Clemency se apartaba de mi hermana, como si le hubiesen rociado aceite hirviendo. Vi la cara de mi madre, una expresión vacía y sin vida, y me quedó claro que ya estaba al corriente. Miré a Birdie. Me sonrió. Y al ver esos dientes diminutos, exploté. Me lancé sobre la mesa y me abalancé sobre David. Intenté pegarle. Bueno, en realidad intenté matarlo. Esa era mi principal intención.

Pero yo era pequeño y él, grande, y Birdie, cómo no, se interpuso entre nosotros y alguien me agarró y me devolvió a mi lado de la mesa. Miré a mi hermana, la extraña sonrisa que jugueteaba en sus labios, y no me pude creer que no me hubiese dado cuenta de que la muy imbécil se había tragado toda esa historia, que veía a David igual que mi madre, igual que Birdie. Que estaba orgullosa de que la hubiese elegido, de albergar su semilla en su vientre.

Y entonces lo comprendí.

David no solo quería nuestro dinero. Quería la casa.

Eso era lo único que había querido desde el momento en el que puso un pie en su interior. Y tener un hijo con mi hermana le garantizaba ese derecho.

Al día siguiente fui al dormitorio de mis padres. Abrí las cajas de cartón donde guardaban todas sus posesiones sin valor monetario. Las habían retirado allí cuando habían tenido que deshacerse de los muebles. Vi que mi padre me miraba.

—Papá —dije—, ¿dónde está el testamento? El que indica quién se quedará con la casa cuando vosotros muráis.

Vi que las palabras se comenzaban a formar en lo más profundo de su garganta. Abrió la boca un milímetro, o dos. Me acerqué a él.

—Papá, ¿lo sabes? ¿Sabes dónde están esos papeles?

Su mirada pasó de mi cara a la puerta del dormitorio.

—¿Están fuera? —pregunté.

Él parpadeó.

Lo hacía a veces cuando le daban de comer. Si mamá le preguntaba: «¿Está rico, cariño?», él parpadeaba y ella decía: «Me alegro», y le daba otra cucharada.

—¿En qué habitación? —pregunté—. ¿En cuál están?

Vi que sus ojos se movían hacia la izquierda. Hacia el dormitorio de David y Birdie.

—¿En el cuarto de David?

Parpadeó.

Se me hundió el corazón.

No me sería posible entrar en la habitación de David y Birdie. La tenían siempre cerrada con llave, para empezar. E incluso si no fuese así, las consecuencias que me sobrevendrían si me pillasen eran impensables.

Volví a recurrir al libro de hechizos de Justin, que tan útil me había sido.

«Hechizo de estupefacción temporal».

Me pareció que era exactamente lo que necesitaba. Prometía unos momentos de desconcierto general y sopor, perfecto para una «huida furtiva».

Requería utilizar una de las hierbas de las brujas, *Atropa belladonna*, la planta venenosa de la que me había hablado Justin hacía varios meses. Yo la había cultivado en secreto, pues había encontrado unas semillas en el baúl de boticario de Justin. Las semillas tenían que pasar dos semanas sumergidas en agua en el frigorífico. Les había contado a los adultos que estaba experimentando con unas plantas medicinales para ayudar a Phin con su hastío.

Luego había plantado las semillas en dos tiestos grandes. Habían tardado tres semanas en brotar, y la última vez que las había visto estaban en plena floración. Según el libro, la *Atropa belladonna* es muy complicada de cultivar y yo me sentí muy orgulloso de mis

habilidades cuando había florecido la primera flor púrpura. Me colé en el jardín y arranqué un par de brotes, me los metí en la goma de las mallas y subí a toda prisa. En mi cuarto preparé la infusión con hojas de camomila y agua azucarada. También había que echarle dos pelos del lomo de un gato pelirrojo y el aliento de una anciana, pero yo era un boticario, no un mago.

Mis tés tenían mucho éxito en la casa. Le conté a David y a Birdie que estaba experimentando con una mezcla nueva: camomila y hojas de frambuesa. Me miraron con cariño y me dijeron que tenía muy buena pinta.

Me disculpé con Birdie mientras le daba el primer sorbo porque quizá lo encontraría demasiado dulce; le conté que era solo un toquecito de miel, para contrarrestar el amargor de las hojas de frambuesa. El hechizo especificaba que las víctimas del mismo debían beberse al menos media taza. Me quedé allí sentado, con expresión cariñosa, como si ansiase su aprobación más que nada en el mundo, para que siguieran bebiendo, aunque no les gustase el sabor.

Sin embargo, sí que les gustó, y ambos se terminaron la taza entera.

—Bueno —dijo Birdie poco después, mientras recogíamos los cacharros—. Ese té es superrelajante, Henry. De hecho, me parece que... —Vi que se le quedaban los ojos en blanco por un instante—. Voy a tener que ir a echarme una siesta —terminó.

Vi que David también estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

—Sí —convino—. Una siestecita.

—Venga —me ofrecí yo—, os ayudo a subir. No sabéis cuánto lo siento. He debido de echar demasiada camomila. Vamos, vamos.

Dejé que Birdie tomase mi brazo. Posó su mejilla en mi hombro y dijo:

—Me ha encantado tu té, Henry. Es el mejor del mundo.

—Muy bueno, muy bueno —asintió David.

Este rebuscó la llave de su dormitorio entre los pliegues de la túnica. Mientras lo hacía, vi que, debajo, llevaba un bolso de cuero cruzado sobre el pecho. Asumí que ahí era donde guardaba todas las llaves de todos los cuartos de la casa. Le costaba acertar en la cerradura, de modo que le eché una mano. Luego los acosté a ambos, que se durmieron profundamente al instante.

Y ahí estaba yo. En el dormitorio de David y Birdie. No había puesto un pie en ese cuarto desde hacía años, desde que Sally aún vivía con nosotros.

Miré a mi alrededor y apenas fui capaz de procesar lo que veían mis ojos. Pilas de cajas de cartón sobre cuyas tapas se insinuaban prendas de ropa, libros, posesiones, las posesiones que nos habían asegurado que eran pérfidas y malvadas. Vi dos pares de zapatos en la esquina, uno de él y otro de ella. Vi alcohol, una botella a medio beber de vino con el corcho reutilizado, una copa con restos pegajosos en el fondo, el *whisky* caro de mi padre. Vi una caja de galletas, el envoltorio de una chocolatina Mars. Vi ropa interior de seda, un bote de champú de la marca Elvive.

No obstante, dejé todo eso de momento. No tenía ni idea de cuánto iba a durar ese estado de «estupefacción temporal». Tenía que encontrar los papeles de mi padre y marcharme.

Al buscar entre las cajas di con mi estuche, que no había visto desde mi primer día de colegio. Lo sostuve un instante y lo contemplé como si de una reliquia de otra civilización se tratase. Pensé brevemente en aquel niño, con sus pantalones bombachos marrones, saliendo del colegio dando saltitos el último día del curso, con la barbilla alzada en un gesto triunfal al imaginarse el mundo nuevo que se abría ante él. Abrí la cremallera, me lo llevé a la nariz, inhalé el aroma de virutas de lápiz e inocencia; luego me lo puse en la cintura de las mallas para ocultarlo en mi habitación.

Encontré un vestido de noche de mi madre. Encontré las escopetas de mi padre. Encontré las mallas y el tutú de *ballet* de mi hermana, a pesar de que no comprendí la razón por la que habían guardado aquello.

Entonces, en la tercera caja, encontré los documentos de mi padre: archivadores con estampado de mármol gris con fuertes anillas metálicas en el interior. Saqué el que llevaba escrito «Asuntos de la casa» y hojeé el contenido rápidamente.

Y allí estaba, el testamento de Henry Roger Lamb y Martina Zeynep Lamb. Me lo metí también en la goma de las mallas. Lo leería con calma en mi habitación. Oí que la respiración de Birdie se aceleraba y vi que su pierna se sacudía. A toda prisa, atraje otra caja hacia mí. En ella encontré pasaportes. Los cogí y los comprobé: eran el mío, el de mi hermana y el de mis padres. Noté una llamarada de furia

crecer en mi interior. ¡Este individuo nos había quitado los pasaportes! Me parecía lo más maléfico que había hecho, peor incluso que encerrarnos en nuestra propia casa. Robarle el pasaporte a otro ser humano, su vía de escape, su llave hacia la aventura, el conocimiento, su posibilidad de aprovechar todo lo que el mundo ofrece... El corazón me ardía de ira. Me fijé en que mi pasaporte había caducado y al de mi hermana le faltaban seis meses. No nos servían para nada.

Oí a David farfullar entre dientes.

La estupefacción temporal había sido demasiado temporal y no tenía claro si sería capaz de convencerlos de que volviesen a probar un té nuevo especial. Esta podía ser mi única oportunidad de descubrir los secretos escondidos en este cuarto.

Encontré una caja de paracetamol. Una de pastillas para la tos. Una de condones. Y, enterrado bajo todo esto, un fajo de billetes. Pasé los dedos por el costado. Produjo un sonido agradable, debía de haber una buena suma. Unas mil libras, estimé. O quizá más. Saqué varios billetes de diez del fajo y los guardé doblados entre los documentos de mi padre, que llevaba metidos en la goma de las mallas.

Birdie gruñó.

David gruñó.

Me levanté, con el testamento de mi padre, mi estuche y cinco billetes de diez libras clavados en el estómago.

Salí de la habitación de puntillas y cerré la puerta tras de mí.

52

La cabeza de Lucy le da vueltas. Las facciones del hombre se enfocan y se desenfocan. Un instante parece una persona, al siguiente, otra. Le pregunta quién es.

—Ya sabes quién soy —responde.

La voz le resulta al mismo tiempo familiar y extraña.

Stella ha atravesado la estancia y se aferra a la pierna de su madre con los brazos.

Lucy ve a Marco a su lado, con una pose fuerte e intimidante.

El perro acepta el cariño del desconocido con alegría, se tumba de espaldas para que le rasque la barriga.

—Buen chico —dice el hombre—. Muy muy buen chico.

Vuelve a mirar a Lucy y se coloca las gafas con el dedo índice.

—Me encantaría tener un perro —comenta—, pero no es justo dejarlos solos en casa todo el día mientras uno está en el trabajo, ¿no te parece? Por eso me conformo con tener gatos. —Suspira y luego se incorpora y la mira de arriba abajo—. Me encanta tu estilo, por cierto. Jamás me imaginé que acabarías siendo tan bohemia.

—¿Eres...? —Lo observa con los ojos entrecerrados.

—No pienso decírtelo —dice el hombre en tono juguetón—. Vas a tener que adivinarlo.

Lucy suspira. Está muy cansada. Ha recorrido muchos kilómetros. Su vida ha sido muy larga y muy dura y nunca nada le ha resultado fácil. Ni por un segundo. Ha tomado decisiones horribles y ha acabado en sitios horrendos con gente terrible. Es, como tan a menudo ha sentido, un fantasma, la mera silueta de una persona que tal vez haya existido en algún momento, pero a la que la vida ha borrado.

Y ahora ahí está: madre, asesina, inmigrante ilegal que ha allanado una morada que no le pertenece. Lo único que quiere es ver al bebé y cerrar el círculo de su existencia. Pero ahora hay un hombre ante ella y cree que puede tratarse de su hermano, pero ¿cómo puede

ser su hermano y a la vez no serlo? ¿Y por qué le tiene miedo?

Lo mira a la cara, ve la sombra de sus largas pestañas sobre sus mejillas. Phin, piensa. Es Phin. Pero entonces le mira las manos: pequeñas y delicadas, con muñecas estrechas.

—Eres Henry —dice—, ¿verdad?

53

Chelsea, 1992

Me encaré con mi madre tras la revelación del embarazo y le dije: «Has permitido que tu hija se acueste con un hombre de tu edad. Es asqueroso».

Ella respondió simplemente: «No he tenido nada que ver en el asunto. Lo único que sé es que hay un bebé en camino y que todos deberíamos estar muy contentos».

Jamás, hasta ese día, me había sentido tan completamente solo. No tenía ni madre ni padre. No teníamos visitas. El timbre no sonaba nunca. El teléfono llevaba meses desconectado. Los días posteriores al aborto de mi madre, alguien se presentaba ante la puerta de nuestra casa y se pasaba media hora al día dando golpes con fuerza. Eso duró casi una semana. Nos recluían en nuestros cuartos en esos momentos. Después, mi madre comentó que se trataba de su hermano, mi tío Karl. Me caía bien el tío Karl, era de esos tíos jóvenes y animados que tiraba a sus sobrinos a la piscina y contaba chistes verdes que provocaban escándalo entre los adultos. La última vez que lo habíamos visto había sido en su boda, en Hamburgo, cuando yo tenía unos diez años. Se había puesto un traje estampado con chaleco. Pensar que había venido a nuestra casa y no le habíamos dejado pasar me rompió otra pequeña parte del corazón.

—Pero ¿por qué? —le pregunté a mi madre—. ¿Por qué no le dejamos pasar?

—Porque no entendería nuestra forma de vivir. Es demasiado frívolo y su vida no tiene propósito alguno.

No respondí porque no había respuesta posible. No lo entendería. Ni él ni nadie. Al menos mi madre era consciente de eso.

La verdura nos llegaba en una caja de cartón una vez a la semana; le dejábamos el dinero al repartidor en un sobre al lado de la

puerta. Alguna vez llamó; mi madre le abría la ranura del correo y el hombre decía algo del estilo de: «Hoy no había rábanos, señora, los he cambiado por nabos, espero que le sirvan». Y mi madre sonreía y respondía: «Está bien, muchísimas gracias». Cuando se descubrieron los cadáveres, dicho repartidor acudió a la policía y les contó que pensaba que la casa era un convento de clausura y mi madre, una monja. Se refería a esta entrega en su ruta como «el convento». Dijo que no tenía ni idea de que viviesen niños en la casa. Tampoco sabía que hubiese un hombre.

Yo me sentía muy solo a esas alturas. Intenté retomar mi amistad (o lo que a mí me había parecido una amistad) con Phin, pero él seguía muy enfadado conmigo por haberlo traicionado la noche que me tiró al río. Y sí, sé que debería estar enfadado con él por haberme tirado al río, pero estábamos colocados y yo sabía lo insufrible que me ponía y en cierta forma me había merecido que me tirase al río; mi rabia posterior tenía más que ver con el orgullo y los sentimientos heridos que con el hecho de que me hubiese puesto en peligro de muerte. Además, estaba enamorado de él, y a la persona amada se le perdona casi cualquier cosa. Es un atributo que me ha acompañado hasta la vida adulta, por desgracia. Siempre me enamoro de gente que me odia.

Me topé con Clemency en la cocina una tarde, poco después de que se nos comunicase el embarazo de mi hermana.

—¿Lo sabías? —le pregunté.

Se puso un poco colorada, dado que apenas habíamos cruzado un par de palabras en varios años y ahora estábamos comentando el encuentro sexual de su mejor amiga con su padre.

—No. No tenía ni idea —dijo.

—Con lo íntimas que sois, ¿cómo no te enteraste?

Se encogió de hombros.

—Creía que estaban haciendo ejercicio.

—¿Y qué piensas sobre ello?

—Me da asco.

Asentí vehementemente para mostrar mi acuerdo.

—¿Había hecho tu padre algo parecido alguna vez?

—¿Quieres decir...?

—Los bebés. ¿Había embarazado a alguna otra persona?

—Ah —dijo en voz baja—. No, solo a mi madre.

Le pedí que viniese a mi cuarto y pareció asustarse, lo que me dolió, pero luego pensé que era buena señal. Me venía bien que la gente me tuviese miedo para derrocar a David y echar a todos de esta casa.

Una vez en mi cuarto, aparté el colchón de la pared y saqué los objetos que había encontrado en la habitación de David y Birdie. Los extendí por el suelo y dejé que Clemency los mirase. Le conté de dónde los había sacado.

—Pero ¿cómo te colaste en su cuarto? —preguntó.

—No te lo puedo decir —respondí.

Vi que la asaltaba la confusión al pasar la mirada sobre los objetos.

—¿Tu estuche?

—Sí. Mi estuche. Y hay muchas otras cosas.

Le conté que había visto ropa interior de seda, *whisky* y fajos de billetes. Y al contárselo, vi que la estaba destrozando. Fue como cuando le revelé a Phin que había visto a su padre besar a Birdie. Había olvidado que estaba hablando de su padre, que había una buena cantidad de material genético compartido, de recuerdos, de conexión, y que estaba rasgando todo eso con mis palabras.

—¡Nos lleva mintiendo todo este tiempo! —dijo, restregándose los ojos con las palmas de las manos—. Creía que estábamos ayudando a los más necesitados. No lo entiendo. ¡No lo entiendo!

La miré firmemente a los ojos.

—Es simple —expliqué—. Tu padre les ha quitado a mis padres todos sus objetos de valor y ahora quiere hacerse con la casa. Con la ley en la mano, nos pertenece a mi hermana y a mí, aunque no podemos acceder a ella hasta que cumplamos los veinticinco. Pero mira esto.

Le enseñé el testamento que había sacado de la caja. Había una cláusula añadida, escrita con la letra de David. En ella se decía, en jerga jurídica de pacotilla, que en caso de muerte de mis progenitores, la casa iría directamente a manos de David Sebastian Thomsen y sus herederos. Esta cláusula tenía la firma de mi madre y de Birdie en calidad de testigos. Era imposible que tuviese ninguna validez legal, pero la intención quedaba clara.

—Y va a tener un hijo para asegurarse de que nadie le quita la casa.

Clemency se quedó callada un rato. Luego dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

—Aún no lo sé —respondí, mesándome la barbilla como si tuviese una larga barba de sabio, que obviamente no tenía. No me salió la barba hasta bien entrado en la veintena, e incluso entonces no era nada del otro mundo—. Pero vamos a hacer algo.

Me miró sorprendida.

—Vale.

—Pero —dije con firmeza— me tienes que prometer que esto queda entre nosotros. —Señalé los objetos que había sisado del cuarto de David y Birdie—. No le digas nada a tu hermano. Ni a mi hermana. ¿Entendido?

Asintió.

—Te lo prometo. —Se quedó callada un minuto y luego me miró y dijo—: Ya lo había hecho antes.

—¿El qué?

Dejó caer la mirada hasta su regazo.

—Intentó convencer a su abuela para que le dejase la casa. Ella estaba senil. Mi tío se enteró y nos echó. Entonces fue cuando nos mudamos a Francia. —Me volvió a mirar—. ¿Crees que deberíamos llamar a la policía? —propuso—. Para contarles lo que ha hecho.

—No —dije al instante—. En realidad, no ha quebrantado la ley, ¿verdad? Lo que necesitamos es un plan. Tenemos que marcharnos. ¿Me ayudarás?

Asintió.

—¿Harás lo que sea necesario?

Asintió de nuevo.

Fue como encontrarme en una encrucijada. Había muchas formas de procesar el trauma de aquellos años, pero dado que la gente a la que más quería me había dado la espalda, escogí la peor opción posible.

54

Libby y Miller salen de la consulta de Sally diez minutos después.

—¿Estás bien? —le pregunta Miller a Libby al adentrarse en el calor abrasador de la calle.

Ella consigue esbozar una sonrisa, pero entonces se da cuenta de que está al borde de las lágrimas y que no va a ser capaz de contenerlas.

—Ay, Dios —dice Miller—. Ay, madre. Ven aquí, ven. —La guía hacia un parque tranquilo y se sientan en un banco bajo un árbol. Se palpa los bolsillos—. No tengo pañuelos, lo siento.

—Tranquilo —dice ella—, yo sí que tengo.

Se saca un minipaquete de clínex del bolso y Miller sonríe.

—Te pega un montón llevar un minipaquete de clínex contigo a todas partes.

Ella se lo queda mirando.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues... quiero decir que... —Se le suaviza la expresión—. Nada —acaba por decir—, simplemente que eres muy organizada. Eso es todo.

Ella asiente. Eso lo tiene bastante claro.

—No me queda más remedio —comenta.

—¿Por qué? —pregunta él.

Ella se encoge de hombros. No le resulta sencillo hablar de asuntos personales, pero dado todo lo que han vivido juntos durante los últimos dos días, le parece que los límites que suele marcar con respecto a las conversaciones se han desplomado.

Dice:

—Mi madre, la adoptiva, era un poco..., bueno, más bien es un poco caótica. Muy muy muy buena. Pero mi padre era quien se encargaba de mantenerla centrada. Él murió cuando yo tenía ocho años, y desde entonces... siempre llegué tarde a todo. Nunca tenía las

cosas que me hacían falta para el colegio. No le entregaba las hojas informativas de excursiones y demás porque no me valía de nada. Reservó un viaje en plenos exámenes finales del instituto. Emigró a España cuando yo tenía dieciocho. —Se encoge de hombros—. Siempre he tenido que ser yo la adulta. Ya sabes.

—¿La que lleva los pañuelos?

Libby suelta una carcajada.

—Eso es. Recuerdo que una vez me caí en el parque y me hice una herida en el codo. Mi madre se puso a rebuscar por el bolso a ver si encontraba algo para limpiármela y entonces apareció otra madre cuyo bolso era exactamente del mismo tamaño que el de la mía y sacó una toallita antiséptica y un paquete de tiritas. Yo pensé: «Jo, de mayor quiero tener un bolso mágico como ese». Ya sabes.

Él le sonríe.

—Te está funcionando de maravilla el plan —le comenta Miller —. Eres consciente, ¿verdad?

Ella suelta una risita nerviosa.

—Me esfuerzo —dice—. Hago lo que puedo.

Durante un instante se quedan en silencio. Sus rodillas se rozan brevemente y de inmediato vuelven a separarse como por resorte.

Entonces Libby dice:

—Bueno, pues menuda pérdida de tiempo, ¿no?

Miller le lanza una mirada extrañada.

—Bueno —dice—, no del todo. La chica. Lola. Es la nieta de Sally.

Libby ahoga un grito.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque vi una foto en el escritorio de Sally en la que salían ella, una mujer joven y un bebé. Y luego vi otra foto en la pared en la que aparecía Sally junto a una jovencita rubia. Además, vi un dibujo infantil enmarcado en la pared que decía: «Te quiero, abuela». —Miller se encoge de hombros—. Uní todos los cabos y listo.

Entonces se acerca a Libby para enseñarle algo en la pantalla de su móvil.

—¿Qué es esto? —le pregunta ella.

—Es una carta dirigida a Lola. Vi que sobresalía de su bolso, debajo de la mesa. Me marqué el mítico truco de agacharse para atarse los cordones y... ¡clic!

Libby lo observa anonadada.

—Pero ¿cómo se te ocurrió siquiera...?

—Libby, soy periodista de investigación. Es mi trabajo. Y si mi teoría es correcta, Lola es hija de Clemency. Esto significa que Clemency no debe de vivir lejos. Por lo tanto, esa dirección —señala la pantalla de su teléfono— tiene todas las papeletas de ser la suya. Creo que es posible que hayamos dado con el segundo adolescente desaparecido.

Una mujer abre la puerta de la pequeña casita. Un golden retriever muy bien educado se detiene a su lado y menea la cola sin mucha emoción. La mujer tiene un ligero sobrepeso; piernas rellenas y largas, un pecho voluminoso. Su cabello es oscuro, lo lleva cortado en una media melena y adornan sus orejas unos aros dorados; viste unos vaqueros azules y una blusa de lino sin mangas.

—¿Sí?

—Ah —dice Miller—. Hola. ¿Clemency?

La mujer asiente.

—Me llamo Miller Roe. Esta es Libby Jones. Acabamos de hablar con tu madre. En el centro. Nos comentó que vivías por aquí cerca y...

Clemency observa a Libby con intensidad.

—Pareces... Tu cara me resulta familiar.

Libby baja la cabeza y deja que sea Miller quien haga los honores.

—Es Serenity.

Las manos de Clemency se aferran al marco de la puerta durante un instante. Echa la cabeza hacia atrás y Libby cree que está a punto de desmayarse. Pero entonces se recupera, le alarga las manos a Libby y le dice:

—¡Claro! Ya tienes veinticinco. Por supuesto. Debería haberme dado cuenta... Debería haberlo sabido. Debería haber imaginado que vendrías. Ay, madre mía. Pasad, por favor. Entrad.

La casa por dentro es muy bonita: suelos de parqué, arte abstracto, jarrones con flores, luz natural atravesando ventanas de vitral.

El perro se acomoda a los pies de Libby mientras Clemency les busca unos vasos de agua. Ella le acaricia la cabeza. Jadea por culpa

del calor y de la humedad y el aliento le huele fatal, pero a Libby le da igual.

Clemency regresa y se sienta enfrente de ellos.

—Buah —exclama, mirando a Libby—. ¡Qué guapa eres! Y tan... real.

Libby suelta una risita nerviosa.

Clemency dice:

—Eras solo un bebé cuando me fui. No tenía ninguna foto tuya. No sabía adónde habías ido a parar ni quién te había adoptado ni qué tipo de vida habías acabado teniendo. Y no podía imaginarte. Era incapaz. Lo único que podía ver era un bebé. Un bebé que parecía una muñeca. Ligeramente irreal. Y, ay. —Se le llenan los ojos de lágrimas y luego dice, con la voz rota—: Lo siento muchísimo. ¿Estás...? ¿Has estado...? ¿Te ha ido todo bien?

Libby asiente. Recuerda a su madre, al lado del hombre al que ella llama yogurín (a pesar de que solo es seis años menor que ella), recostada en el diminuto balcón de su apartamento de una habitación de Denia (en el que no hay sitio para Libby cuando va de visita), ataviada con un caftán rosa fucsia, explicándole por Skype que no ha tenido tiempo de comprar vuelos para ir a verla en su cumpleaños y que para cuando había tenido la oportunidad de mirar, los baratos ya habían volado. Recuerda el entierro de su padre, cuando, cogida de la mano de su madre, miraba al cielo y se preguntaba si habría llegado bien, y se preocupaba por cómo iba a ir al colegio a partir de ese momento, dado que su madre no tenía carnet de conducir.

—Me ha ido bien —responde—. Me adoptó una pareja muy agradable. He tenido mucha suerte.

A Clemency se le ilumina el semblante.

—¿Y dónde vives?

—En St. Albans —responde ella.

—¡Ah, qué bien! Y... ¿estás casada? ¿Tienes hijos?

—No. Estoy soltera. Vivo sola. Sin niños ni mascotas. Soy comercial de cocinas de diseño. Soy muy... Bueno, en realidad no hay mucho más que decir sobre mí. Al menos hasta que...

—Ya —la corta Clemency—. Imagino que te habrá resultado muy impactante.

—Por decirlo de forma suave.

—¿Y cuánto sabes? —pregunta circunspecta—. Sobre la casa.

Sobre todo.

—Bueno —comienza Libby—, es un poco complejo. Para empezar, tenemos lo que me habían contado mis padres, que era que mis progenitores biológicos habían muerto en un accidente de tráfico cuando yo tenía diez meses. Luego tenemos lo que leí en el artículo de Miller, que era que mis padres formaban parte de una secta y que había habido una especie de suicidio colectivo y a mí me habían cuidado unos gitanos. Y luego, bueno, hace un par de días, Miller y yo estábamos en la casa de Cheyne Walk y nos topamos con un tipo. Era bastante tarde, en plena noche. Nos dijo... —Hace una pausa—. Nos dijo que se llamaba Phin.

Los ojos de Clemency se abren como platos y sofoca un grito.

—¿Phin? —repite—. ¿Estás segura de que era Phin?

—Bueno, ese es el nombre que nos dio. Dijo que tú eras su hermana. Que llevaba años sin veros ni a ti ni a vuestra madre.

Clemency niega con la cabeza.

—Estaba muy enfermo cuando lo dejé en la casa. Muchísimo. Y mi madre y yo lo buscamos por todas partes. Removimos cielo y tierra. Durante años. Recorrimos todos los hospitales de Londres. Pateamos parques para comprobar las caras de los vagabundos. Esperamos y esperamos a que se presentase en nuestra casa. Jamás vino, y al final..., bueno, asumimos que había muerto. ¿Por qué otro motivo no habría vuelto? ¿Por qué no nos habría buscado? O sea, seguro que lo habría hecho, de estar vivo, ¿no? —Hace una pausa—. ¿Estás absolutamente segura de que se trataba de Phin? —vuelve a preguntar—. Dime qué aspecto tenía.

Libby describe las gafas de carey, el pelo rubio, las pestañas largas, los labios carnosos.

Clemency asiente.

Entonces Libby le habla del apartamento de lujo, de los gatos persas. Le cuenta la broma del que se llamaba *Falo*, y Clemency niega con la cabeza.

—No —dice—. Ese no parece Phin. De verdad que no. —Se queda callada un instante, sus ojos vagan por la estancia mientras piensa—. ¿Sabéis lo que creo? —dice al fin—. Creo que puede tratarse de Henry.

—¿Henry?

—Sí. Estaba enamorado de Phin. Completamente no

correspondido. Rozaba la obsesión. Se pasaba las horas contemplándolo. Se vestía como él. Copiaba sus peinados. Incluso intentó matarlo en una ocasión. Lo empujó al río. Le sostuvo la cabeza bajo el agua. Por suerte, Phin era más fuerte que Henry. Más alto. Consiguió desembarazarse de él. Henry mató a la gata de Birdie, ¿lo sabíais?

—¿Qué?

—La envenenó. Le cortó la cola. Tiró el resto del cadáver al río. Las señales estaban ahí desde el principio. No es agradable decir esto sobre un niño, de verdad que no, pero en mi opinión Henry era la maldad personificada.

55

Chelsea, 1993

No maté a la gata de Birdie. Por supuesto que no. Pero es cierto, murió por mi culpa.

Estaba experimentando con la belladona, tratando de crear otro brebaje adormecedor, un poco más potente que el que les había dado a David y Birdie para poder entrar en su cuarto. Una estupefacción ligeramente menos temporal. Decidí probarlo en la gata con la esperanza de que si no le hacía daño a ella, sería seguro usarlo en humanos. Por desgracia, sí que le hizo daño. Aprendí la lección. El siguiente brebaje lo hice mucho menos potente.

Lo de la cola, bueno, suena muy mal dicho así: «Le cortó la cola». Me la quedé. Era tan bonita, tan suave, tan colorida... No se debe olvidar que por aquel entonces no tenía nada, nada suave, todo me lo habían arrebatado. Ella ya no la necesitaba. Sí, es verdad, me quedé con la cola de la gata. Y —mentira y falsedad— no lancé el cadáver al Támesis. ¿Cómo podría haberlo hecho? No me permitían salir de casa. La gata, de hecho, sigue enterrada en el huerto.

Y lo de que fui yo quien tiró a Phin al Támesis en vez de al revés simplemente es una mentira rotunda. Lo que puede ser cierto es que Phin me empujase en medio de una pelea que sucediese justo después de que yo intentase tirarlo a él. Sí. Ese pudo ser el caso. Me dijo que lo estaba mirando con demasiada intensidad. Yo le respondí:

—Te miro porque eres precioso.

Él dijo:

—Qué raro eres. ¿Por qué tienes que ser tan raro siempre?

Yo repliqué:

—¿No te has enterado, Phin? ¿No sabes que te quiero?

(Antes de juzgarme demasiado duramente, debo recordar que había tomado LSD. No estaba del todo en mis cabales.)

—Déjalo ya —dijo. Estaba abochornado.

—Por favor, Phin —imploré—. Por favor. Llevo enamorado de ti desde el momento en el que te vi por primera vez... —E intenté besarlo. Mis labios rozaron los suyos y durante un instante creí que me iba a devolver el beso. Aún recuerdo la impresión, la suavidad de sus labios, el ligero soplo de aliento que pasó de su boca a la mía.

Le puse la mano sobre la mejilla y entonces se apartó de mí y me miró con un asco tan manifiesto que sentí como si una espada me atravesase el corazón.

Me empujó y casi me caí de espaldas. Entonces le devolví el empujón y él volvió a empujarme y yo le empujé de nuevo y él a mí y allá fui, sé que no quería tirarme al agua. Por eso me sentí mucho peor al haberle hecho creer a su padre que el incidente había sido intencionado, al haber permitido que pasase una semana encerrado en su cuarto sin confesarle a nadie que había sido un accidente. Él tampoco dijo nada, porque para explicar lo que había ocurrido tendría que revelar que yo había intentado besarlo. Y, bueno, claramente para él no había una confesión peor que aquella.

56

Chelsea, 1993

Una noche de verano, a mediados de junio, oí a mi hermana mugir.

No existe otra palabra para describirlo.

Sonaba exactamente igual que una vaca.

Esto duró un buen rato. Estaba en la habitación de invitados, que le habían preparado para ella. A Clemency y a mí se nos había alejado de la puerta de la habitación y se nos había indicado que nos quedásemos en nuestros cuartos hasta que se nos llamase.

Los mugidos duraron muchas horas.

Y luego, unos diez minutos después de la media noche, oí un llanto de bebé.

Y sí. Eras tú.

Serenity Love Lamb. Hija de Lucy Amanda Lamb (14) y David Sebastian Thomsen (41).

No pude verte hasta bien entrado el día siguiente, y debo confesar que me pareciste muy guapa. Tenías cara de foquita. Y me miraste sin pestañear de una forma que me hizo sentir comprendido. Jamás me había sentido así. Dejé que me asieras el dedo con la manita y me resultó agradable de una forma extraña. Siempre había creído que odiaba a los bebés, pero quizá no fuese cierto, al fin y al cabo.

Y luego, unos días más tarde, te arrancaron de los brazos de mi hermana y te trasladaron a la habitación de David y Birdie. Mi hermana regresó al piso de arriba, al dormitorio que compartía con Clemency. Por la noche te oía llorar abajo y a mi hermana en la habitación de al lado. Por el día la llevaban al piso de abajo para que se extrajera la leche con un artefacto de aspecto medieval que vertía el líquido alimento en biberones de la misma era, y luego la volvían a enviar a su cuarto.

Entonces todo volvió a cambiar: las líneas divisorias entre ellos y

nosotros se recolocaron y mi hermana volvió a ser una de los nuestros. Fue este acto de crueldad lo que nos unió.

57

Lucy se acerca a él.

Su hermano.

Su hermano mayor.

Ahora lo ve claro.

Lo mira a los ojos y dice:

—¿Dónde te habías metido, Henry? ¿Dónde has estado?

—Ah, de aquí para allá, ya sabes.

Una oleada de furia comienza a asediarla. Ha pasado todos estos años sola. No ha tenido a nadie. Y aquí está Henry, alto y limpio y guapo y frívolo.

Le da un puñetazo en el pecho con ambas manos.

—¡La abandonaste! —grita—. ¡La dejaste aquí! ¡Dejaste al bebé!

Él le agarra las manos y dice:

—No. Tú te marchaste. ¡Fuiste tú! Yo me quedé. ¡Y fui el único! Me preguntas dónde he estado. ¿Dónde has estado tú?

—He estado... —comienza, y deshace los puños y deja caer los brazos—. He estado en el infierno.

Todos se quedan en silencio un momento. Luego Lucy da unos pasos atrás y llama a Marco.

—Marco —dice—, este es Henry. Es tu tío. Henry, este es mi hijo, Marco. Y esta es Stella, mi hija.

Marco mira a su madre y a Henry y vuelta a empezar.

—No entiendo nada. ¿Qué tiene esto que ver con el bebé?

—Henry estaba... —comienza. Suspira y vuelve a empezar—: Había un bebé. Vivía aquí con nosotros cuando éramos adolescentes. Tuvimos que dejarla aquí porque..., bueno, porque tuvimos que hacerlo. Y Henry ha venido, lo mismo que yo, para verla, ahora que ya es mayor.

Henry se aclara la garganta y dice:

—Hum.

Lucy se gira para mirarlo.

—Yo ya la he visto —informa—. He conocido a Serenity. Estuvo aquí. En la casa.

Lucy ahoga un gritito.

—Ay, Dios. ¿Está bien?

—Sí —contesta él—. Sana y robusta, y muy guapa.

—Pero ¿dónde está? —pregunta Lucy.

—Bueno, pues ahora mismo se encuentra con nuestra vieja amiga Clemency.

Lucy toma aire atropelladamente.

—¡Clemency! Ay, Dios, ¿dónde está? ¿Dónde vive?

—Creo que en Cornualles. Mira. —Henry enciende la pantalla de su teléfono y le muestra un punto parpadeante en un mapa—. Ahí está Serenity —dice, señalando el punto—. En el número 12 de Maisie Way, Penreath, Cornualles. Le colé un sistema de seguimiento en el móvil. Para no volver a perderle la pista.

—Pero ¿cómo sabes que está con Clemency?

—Ajá —dice él mientras cierra la aplicación que rastrea la localización de Serenity y abre otra distinta.

Toca una flecha en un mensaje de audio. Y de pronto se oyen voces. Dos mujeres hablando en voz baja.

—¿Esa es ella? —pregunta Lucy—. ¿Es Serenity?

Él escucha.

—Sí, eso creo —comenta, y sube el volumen.

Entonces irrumpe otra voz.

—Y esa —dice él— es Clemency. Escucha.

58

Clemency le ha pedido a Miller que las deje a solas. Quiere contarle a Libby la historia en privado. Miller saca al perro a pasear y Clemency se sienta sobre sus piernas en el sofá y comienza lentamente a relatar.

—El plan era rescatar al bebé. Henry drogaría a los adultos con el brebaje adormecedor que se había inventado y recuperaría nuestros zapatos, que estaban en una caja en la habitación de David y Birdie. También cogería ropa de calle, el dinero y al bebé y luego sacaríamos la llave del bolso que mi padre llevaba bajo la túnica y saldríamos a la calle. Entonces, hablaríamos con el primer agente de policía o adulto digno de confianza con el que nos topásemos y le confesaríamos que llevábamos años encerrados en nuestra casa a manos de los adultos que aún estaban en ella. Luego nos las apañaríamos para venir hasta aquí y dar con mi madre. No teníamos muy claro cómo ponernos en contacto con ella. Haríamos una llamada a cobro revertido desde una cabina y que fuera lo que Dios quisiera. —Clemency sonríe irónica—. Como ves, no lo teníamos del todo claro. Solo queríamos marcharnos.

»Entonces un día mi padre anunció que iba a organizar una fiesta para celebrar el cumpleaños de Birdie, que cumplía treinta. Henry nos reunió en su cuarto. Era nuestro líder extraoficial a estas alturas, supongo. Y dijo que ese era el momento adecuado. La fiesta de cumpleaños de Birdie. Explicó que se ofrecería a cocinar. Me pidió que le cosiese un bolsito para las botellas de brebaje, que se escondería en las mallas. Todos teníamos que mostrarnos entusiasmados por la fiesta. Lucy y yo incluso aprendimos a tocar una canción con el violín en su honor.

—¿Y Phin? —se interesó Libby—. ¿No estaba involucrado en los planes?

Clemency suspira.

—Phin iba a su rollo la mayor parte del tiempo. Y Henry no quería que participase. Esos dos... —Suspira de nuevo—. Su relación

era bastante tóxica. Henry quería a Phin, pero Phin odiaba a Henry. Además, Phin estaba enfermo.

—¿Qué le pasaba?

—Jamás lo llegamos a descubrir. Tal vez fuese cáncer, no lo sé. Por eso mi madre y yo creímos que podría haber muerto.

»En fin —continúa—. El día de la fiesta estábamos todos tensos. Los tres. Pero seguimos fingiendo entusiasmo por la fiesta de las narices. Y en cierta manera estábamos emocionados. Era nuestra fiesta de la libertad. Al otro lado de ella, atisbábamos una vida normal. O al menos distinta.

»Tocamos el violín para Birdie y, así, distrajimos la atención de los adultos para que Henry pudiese cocinar. Fue muy extraño el contraste entre mi padre y Birdie, y todos los demás. Nosotros teníamos un aspecto demacrado y, en cambio, ellos refulgían de satisfacción y vitalidad. Mi padre tenía el brazo sobre los hombros de Birdie y su cara reflejaba total y absoluta soberanía. —Clemency manosea el cojín que tiene sobre el regazo. Su mirada es dura y tensa —. Era como si... —continúa—, como si permitiese que esta mujer tuviese una fiesta, por la pura generosidad de su corazón; como si pensara: "Mira la felicidad que he creado. Puedo hacer lo que me dé la gana y aun así la gente me adora".

La voz de Clemency comienza a quebrarse y Libby le toca la rodilla suavemente.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Libby.

Clemency asiente.

—Jamás le había contado esto a nadie —confiesa—. Ni siquiera a mi madre, ni a mi marido, ni a mi hija. Es duro. Ya sabes. Hablar de mi padre. Recordar la clase de hombre que fue. Y lo que le pasó. Porque, a pesar de todo, seguía siendo mi padre. Y lo quería.

Libby le toca el brazo a Clemency con suavidad.

—¿Estás segura de que quieres continuar?

Clemency asiente y endereza la espalda. Continúa:

—Normalmente poníamos los platos en el centro de la mesa y cada uno se servía su comida, pero esa noche Henry dijo que le apetecía servirnos como si estuviésemos en un restaurante. De esa forma, podía asegurarse de que cada plato acababa ante la persona que debía comerlo. Entonces mi padre propuso un brindis. Chocó su vaso con cada uno de los allí presentes y dijo: «Sé que la vida no

siempre ha sido fácil para nosotros, en particular para los que hemos sufrido alguna pérdida. Sé que a veces debe ser complicado mantener la fe, por así decirlo, pero el hecho de que sigamos aquí, después de tantos años, y que sigamos siendo una familia, de hecho, ahora un poquito más numerosa», cuando dijo esto tocó tu cabecita, «demuestra lo bien que estamos y lo afortunados que somos». Entonces se volvió hacia Birdie y dijo... —Clemency se detiene para tomar aliento—. Dijo: «Mi amor, mi vida, la madre de mi hija, mi ángel, mi razón para vivir, mi diosa. Feliz cumpleaños, querida. Te lo debo todo», y entonces se dieron un beso largo y húmedo y sonoro, y recuerdo pensar... —Hace una pausa y le echa una mirada arrepentida a Libby —. Pensé: «Ojalá os muráis».

»El brebaje tardó unos veinte minutos en empezar a hacer efecto. Tres o cuatro minutos más tarde, todos los adultos estaban inconscientes. Lucy te cogió del regazo de Birdie y nos pusimos en marcha. Henry nos dijo que teníamos unos veinte minutos, media hora como máximo, hasta que los efectos del brebaje se desvaneciesen. Tumbamos a los adultos en el suelo de la cocina y yo hurgué entre los pliegues de la túnica de mi padre hasta encontrar el bolsito de cuero. En lo alto de las escaleras, busqué y rebusqué entre el manojo hasta que di con la llave que abría su cuarto.

»Y vaya que si me impactó. Henry nos había avisado de lo que debíamos esperar ver, pero aun así, experimentarlo en primera persona, fue impactante. Ahí estaba lo que quedaba de las hermosas posesiones de Henry y Martina, empacadas, las antigüedades, los perfumes, los productos de belleza y las joyas y el alcohol. Henry dijo: "Mirad, mirad todas estas cosas. Y mientras, nosotros no teníamos nada. Es un acto de pura maldad esto que estáis contemplando".

»Habían transcurrido cinco minutos de los treinta de los que disponíamos. Encontré pañales, ropita de bebé, biberones. Luego me di cuenta de que tenía a Phin justo detrás. Le dije: "Rápido, busca algo de ropa. Tienes que abrigarte. Hace frío fuera".

»Él me dijo: "No creo que sea capaz. Estoy demasiado débil".

»Yo le dije: "Pero no te podemos dejar aquí, Phin".

»Él me dijo: "¡No puedo! No puedo, ¿vale?".

»Ya habían pasado casi diez minutos, así que no me podía permitir emplear más tiempo en intentar convencerlo. Vi a Henry llenar una bolsa con billetes. Le dije: "¿No deberíamos dejar el dinero,

para que la policía lo procese como una prueba?".

»Pero él me dijo: "No. Es mío. No lo pienso dejar aquí".

»A estas alturas tú estabas llorando. Chillando. Henry gritaba: "¡Haz que se calle! ¡Por el amor de Dios!".

»Y entonces oímos pisadas por la escalera. Un segundo después, apareció Birdie. Tenía aspecto desquiciado y apenas era capaz de coordinar sus movimientos. Entró a trompicones en el cuarto, con los brazos estirados hacia Lucy, y dijo: "¡Dame a mi hija! ¡Dámela!".

»Entonces Birdie se abalanzó sobre ti —dice Clemency—. Y Henry estaba fuera de sí. Gritando a todo el mundo. Phin estaba ahí parado y parecía a punto de desmayarse. Yo me quedé congelada, en realidad. Porque creí que si Birdie se había despertado, los demás también. Mi padre entre ellos. Que en cualquier momento todos iban a aparecer por la puerta y nos iban a encerrar en nuestros cuartos para el resto de nuestras vidas. El corazón me latía desbocado. Estaba aterrada. Y entonces, no sé, aún no estoy segura de lo que pasó, pero de repente Birdie se desplomó. Estaba desplomada en el suelo y le sangraba la comisura del ojo. Como lágrimas rojas. Y también el pelo, justo aquí. —Clemency se señala un punto por encima de su oreja—. Era oscura y pegajosa. Miré a Henry y vi que tenía un colmillo en la mano.

Libby le lanza una mirada interrogadora.

—Me pareció un colmillo de elefante. O un asta. Algo así.

Libby recuerda el vídeo musical que les mostró Henry. Había cabezas de animales disecados en las paredes y zorros embalsamados que parecían vivos sobre mesas de caoba.

—Estaba ensangrentada, tenía una veta de sangre. Y Henry la tenía en las manos. Todos dejamos de respirar. Durante unos segundos. Hasta tú. Y se hizo el silencio. Intentábamos escuchar a los otros adultos. Intentábamos escuchar la respiración de Birdie. Había sido errática. Ahora había desaparecido. Un pequeño reguero de sangre le atravesaba el pelo, bajaba por su sien, le entraba en el ojo... —Clemency lo resigue en su propia cara con la punta del dedo—. Pregunté: «¿Está muerta?».

»Henry dijo: "Cállate. Cállate y déjame pensar".

»Fui a comprobar si tenía pulso y Henry me empujó. Me empujó con tanta fuerza que me caí de espaldas. Gritó: "¡Déjala, déjala".

»Entonces nos dirigimos al piso de abajo. Nos dijo: "Quedaos

aquí. No os mováis". Miré a Phin. Estaba pálido y sudoroso. Era obvio que estaba a punto de desmayarse. Lo acerqué a la cama. Entonces regresó Henry. Estaba gris como la ceniza. Dijo: "Ha pasado algo. Algo ha salido mal. No lo entiendo. Los demás. Están todos muertos. Todos".

La última palabra de Clemency emerge de su boca como un suspiro. Sus ojos se llenan de lágrimas y se lleva las manos a los labios.

—Todos. Mi padre. Los padres de Henry. Muertos. Y Henry no paraba de decir: «No lo entiendo. No lo entiendo. Apenas les puse nada. Solo un poquito, una cantidad que no mataría ni a un gato. No lo entiendo».

»Y de pronto, el plan, la misión de rescate, esto que íbamos a hacer para conseguir nuestra libertad, nos había atrapado. ¿Cómo íbamos a salir a la calle ahora en busca de un policía? Habíamos asesinado a cuatro personas. Cuatro.

Clemency se detiene un momento y toma aliento. Libby se percata de que le tiemblan las manos.

—Y teníamos que cuidar de un bebé, y todo... todo era... Dios, ¿te importa que salgamos al jardín? Necesito fumar.

—Claro, sin problema —acepta Libby.

El jardín trasero de Clemency es todo losas de pizarra descascarilladas y sillones de ratán. Es casi mediodía y el sol está llegando a su cénit, pero hace fresco y hay sombra en la parte trasera de la casa. Clemency saca una cajetilla de tabaco de un cajón de la mesilla de centro.

—Mi escondrijo secreto —dice.

En el lateral de la cajetilla hay una foto de una persona con cáncer de boca. Libby apenas puede soportar mirarla. ¿Por qué fumará la gente?, se pregunta. Saben que puede matarlos. Su madre fuma. «Mis chicos —los llama—. ¿Dónde están mis chicos?»

Observa a Clemency aproximar una cerilla a la punta del cigarrillo, inhalar y soltar el humo. Sus manos dejan de temblar al instante. Dice:

—¿Por dónde iba?

59

Chelsea, 1994

Ya sé que parece un desastre horrible. Cómo no. Cualquier situación en la que haya cuatro cadáveres es nada ideal.

Pero lo que nadie parece comprender es que sin mí, Dios santo, tal vez aún seguiríamos allí, esqueletos de mediana edad, y nos habríamos perdido la mitad de nuestra vida. O habríamos muerto. Eso es, no olvidemos que podríamos haber muerto. Sí, sin duda, las cosas no salieron como las habíamos planeado, pero logramos escapar. Escapamos. Y nadie más tenía otro plan, ¿a que no? Nadie estaba listo para dar un paso adelante. Es fácil criticar, pero no tanto asumir el control.

No solo tenía que lidiar con cuatro cadáveres, un bebé y dos adolescentes, también tenía que pensar en Phin. Se estaba comportando de manera delirante y me pareció que podía suponer un problema, así que, para facilitar las cosas, lo encerré en su cuarto.

Ya, ya lo sé. Pero tenía que aclararme las ideas.

Lo oíamos gritar en el piso de arriba. Las chicas querían ir a por él, pero les dije:

—No, quedaos aquí. Tenemos que trabajar en equipo. No os mováis.

La prioridad para mí era Birdie. Era raro ver allí, tan pequeña y rota, a esa persona que había controlado nuestras vidas durante tanto tiempo. Llevaba el top que Clemency le había cosido como regalo de cumpleaños y una cadena que le había dado David. Su larga melena estaba recogida en un moño. Sus ojos pálidos contemplaban la pared. Un ojo estaba rojo brillante. Sus pies, descalzos y huesudos, tenían las uñas sin cortar y ligeramente amarillentas. Desabroché la cadena de su cuello y me la metí en el bolsillo.

Clemency lloraba.

—Es muy triste —decía—. ¡Muy triste! ¡Tenía padres! ¡Y ahora ha muerto!

—No es nada triste —la contradije severo—. Merecía morir.

Clemency y yo la llevamos al piso de arriba y luego la sacamos al terrado. No pesaba nada. Allí había una especie de sumidero, justo en el lado opuesto a donde había cogido la mano de Phin la primera vez que tomamos ácido. Estaba lleno de hojas secas y daba al desagüe que bajaba por el lateral de la casa. La envolvimos en toallas y sábanas y la metimos allí. Luego la cubrimos con más hojas secas y con unas tablas de andamio que encontramos cerca.

Después, en la cocina, me quedé mirando los tres cuerpos sin atisbo de emoción. No podía permitir que mi mente se regodease en la realidad de lo ocurrido. Había matado a mis padres. A mi bella y estúpida madre y a mi pobre y roto padre. Me tenía que distanciar del hecho de que, por mi culpa, mi madre jamás volvería a acariciarme el cabello ni a llamarme su «niño hermoso», que no volvería a acudir a un club con mi padre a beber limonada en silencio. Que no tendría familia con la que reunirme en Navidad, que mis potenciales hijos no tendrían abuelos, que nadie se preocuparía por mí cuando me hiciese mayor. Era huérfano. Huérfano y asesino involuntario.

No obstante, no entré en pánico. Mantuve mis emociones a raya y contemplé los tres cuerpos tendidos en el suelo de la cocina y pensé: «Parecen miembros de una secta». Pensé: «Cualquiera que entre aquí y los vea con sus túnicas negras a juego pensará que se han suicidado».

Entonces me resultó obvio lo que debía hacer. Tenía que conseguir que pareciese un suicidio colectivo. Recolocamos las decoraciones para eliminar todo rastro de una fiesta de cumpleaños frívola, simulamos una seria última cena. Nos deshicimos de los demás platos. Lavamos todas las sartenes y las ollas y tiramos los restos de comida. Colocamos los cadáveres para que estuviesen mirando en la misma dirección. Les acerqué los viales a las manos para marcarlos con sus huellas dactilares y luego los coloqué sobre la mesa, uno al lado de cada plato, como si hubiesen tomado el veneno al unísono.

No hablamos.

Fue un proceso extrañamente sagrado.

Besé la mejilla de mi madre. Estaba muy fría.

Besé la frente de mi padre.

Y luego miré a David. Ahí estaba, tumbado, el hombre que, justo

como había predicho Phin tantos meses atrás, me había destrozado la vida. El hombre que nos había hecho polvo, que nos había pegado, que nos había negado la comida y la libertad, que nos había retirado los pasaportes, que había preñado a mi madre y a mi hermana, que había intentado arrebatarnos la casa. Había extinguido su patética existencia y me sentí triunfal. Pero también noté una horrible sensación de desagrado.

«Mírate —quise decir—, mira lo patético que has podido llegar a ser.»

Me apeteció pisotearle la cara hasta que no fuese más que un amasijo de carne y vísceras, pero me contuve y regresé a su dormitorio.

Sacamos todas las cajas. En una encontramos un montón de mochilas de cordones de las que había hecho Birdie para venderlas en el mercado de Candem y las llenamos hasta los topes de todo lo que fuimos capaces de meter en ellas. Había casi siete mil libras en efectivo y las repartimos entre los cuatro. También hallamos las joyas de mi madre, los gemelos de oro de mi padre y una caja de botellas de *whisky*. Vaciamos el alcohol por el fregadero y pusimos las botellas junto a la puerta principal, al lado de la de champán. Metimos las joyas en las mochilas. Luego deshicimos las cajas y las apilamos.

Una vez dejamos la casa lista para dar la impresión indudable de ser la sede de una secta, nos marchamos sin hacer ruido, por la puerta principal, y llegamos al río. Era plena madrugada, serían sobre las tres. Pasaron varios coches, pero ninguno ralentizó la marcha ni pareció percatarse de nuestra presencia. Nos detuvimos junto al río, en el mismo lugar donde Phin y yo nos habíamos peleado hacía años, donde yo había acabado sumergido bajo el agua y viendo visiones en la oscuridad. Estaba lo bastante calmado como para apreciar mis primeros instantes de libertad en dos años. Después de tirar las botellas vacías, la lencería de seda, los frascos de perfume y los vestidos de noche al río, en bolsas con piedras, nos quedamos allí parados unos instantes y percibí nuestras respiraciones, mas la belleza y la paz del momento fue eclipsada por el horror de todo lo sucedido. El aire que emergía de la superficie negra metalizada del río era denso a causa del gasoil y de la fuerza vital. Olía a todo lo que nos habíamos

perdido desde el momento en el que David Thomsen había entrado en nuestra casa, desde el día en el que él y su familia se habían mudado al piso de arriba.

—Inhalad —les dije a las chicas—. Sentid. Lo hemos logrado. De verdad.

Clemency lloraba en silencio. Sorbió por la nariz y se limpió la punta con la palma de la mano. En cambio, tuve la certeza de que Lucy también sentía el poder de lo que habíamos conseguido.

Si no fuese por ti, Serenity, mi hermana habría sido más débil. Habría llorado la muerte de su mamá, moqueando como Clemency. Pero precisamente porque te tenía a ti sabía que había más en juego que nuestras identidades como hijos amantísimos de un padre y una madre. Alzaba la barbilla en un gesto valiente, casi rebelde. Me sentí orgulloso de ella.

—Todo va a salir bien —le dije—. Lo sabes, ¿verdad?

Asintió y nos quedamos allí un instante o dos, hasta que vimos las luces de un remolcador acercarse a nosotros de frente y salimos pintando, volando sobre el asfalto, de nuevo hacia la casa.

Y entonces fue cuando sucedió.

Clemency huyó.

No llevaba zapatos. Solo calcetines. Tenía los pies grandes, y los zapatos de mi madre que Birdie había guardado le quedaban demasiado pequeños, mientras que los de David le sobraban.

Durante un momento la observé correr. Dejé pasar un par de segundos de indecisión e inacción y luego le susurré a Lucy:

—Entra en casa, entra en casa.

Me di la vuelta y me puse a perseguir a Clemency.

Enseguida me di cuenta de que al hacer eso estaba llamando la atención. Un puñado de personas vagaban por las calles: era jueves por la noche, los jóvenes volvían a casa tras haberse apeado de los autobuses nocturnos que los dejaban en King's Road. ¿Qué explicación podría darles de por qué un adolescente vestido con una túnica negra estaba persiguiendo a una jovencita aterrorizada que también vestía una túnica negra y, además, iba descalza?

Me detuve en la esquina de Beaufort Street. Mi corazón, que llevaba sin experimentar el impacto de correr desde hacía mucho tiempo, repicaba contra mis costillas como un pistón hasta que creí que iba a vomitar. Me doblé sobre mí mismo, escuché mi respiración

entrar y salir de mi cuerpo como una cabeza de ganado estrangulada. Me di la vuelta y regresé despacio a la casa.

Lucy me esperaba en el recibidor. Tú estabas sentada en su regazo, tomando el pecho.

—¿Dónde está Clemency? —preguntó.

—Se ha ido —respondí, aún ligeramente fatigado—. Se ha largado...

60

Libby se queda mirando a Clemency.

—¿Dónde? —pregunta—. ¿Dónde fuiste?

—Fui al hospital. Seguí las indicaciones de urgencias. Vi que la gente me miraba, pero a esas horas de la noche, en urgencias, nadie le dio demasiada importancia a mi aspecto. Es una locura, está lleno de borrachos. De gente preocupada y asustada. Me acerqué al mostrador y dije: «Creo que mi hermano se está muriendo. Necesita asistencia médica».

»La enfermera me miró. Dijo: "¿Cuántos años tiene?".

»Yo respondí: "Dieciocho".

»Ella me dijo: "¿Y dónde están vuestros padres?". Y de pronto me quedé muda. No sé qué me sobrevino. Intenté formar palabras, pero era incapaz de sacarlas de mi boca. Tenía la imagen mental de mi padre, muerto, tendido como un santo macabro. Y Birdie en el tejado, envuelta como una momia. Pensé: "¿Cómo voy a pedir a nadie que venga a esa casa? ¿Qué le pasará al bebé? ¿Y a Henry?". Y entonces me di la vuelta y me marché. Pasé la noche de silla en silla en el hospital. Cada vez que alguien me miraba raro o parecía estar a punto de dirigirme la palabra, me cambiaba de sitio.

»A la mañana siguiente, me aseé en el servicio y luego fui derecha a una zapatería. Llevaba un abrigo; me había recogido el pelo. Pasaba tan inadvertida como es posible para una adolescente caminando descalza por la calle a principios de abril. Tenía la mochila llena de billetes. Me compré zapatos. Vagué por la ciudad. Nadie me miró. Nadie se percató de mi existencia. Caminé hasta la estación de Paddington, siguiendo las señales. A pesar de que llevaba seis años viviendo en Londres, no tenía un mapa mental de la ciudad. De todas formas, me las apañé para llegar. Me compré un billete de tren para Cornualles. Lo que fue una locura, dado que no tenía el número de teléfono de mi madre. Ni su dirección. Ni siquiera sabía cómo se

llamaba su pueblo. Pero guardaba recuerdos, cosas que había mencionado cuando nos había ido a visitar justo después de mudarse aquí. Nos había hablado de un restaurante a pie de playa al que nos llevaría cuando la fuésemos a visitar; en él servían helado azul y granizados. Decía que había muchos surfistas, que los contemplaba desde la ventana de su piso. Mencionó a su vecino de al lado, un artista excéntrico cuyo jardín estaba lleno de esculturas fálicas hechas de teselas de colores. Habló de un puesto de *fish and chips* que había en la esquina de su calle, y de que había perdido el tren directo a Londres y había tenido que hacer dieciocho paradas.

»Así que sí, di con ella. En Penreath, encontré su calle, su piso.

Los ojos de Clemency se llenan de lágrimas al recordar y sus dedos regresan a la cajetilla de tabaco que tiene delante. Saca otro cigarrillo, lo enciende e inhala.

—Abrió la puerta y me vio allí. —Se le quiebra la voz con cada palabra e inspira hondo—. Me vio y simplemente me asió y me dio un abrazo muy muy largo. Percibí el olor a alcohol en su aliento y me di cuenta de que no era perfecta y descubrí por qué no había ido a buscarnos, pero supe, simplemente supe, que todo había terminado. Y que estaba a salvo.

»Me llevó adentro y me sentó en el sofá; su piso era, bueno, un desastre, había cosas por todas partes. No estaba acostumbrada al desorden; estaba acostumbrada a vivir sin nada, al vacío.

»Quitó algunas cosas del sofá para hacerme sitio y me dijo: "¿Y Phin? ¿Dónde está?".

»Entonces, claro, me quedé muda. Porque la verdad era que me había escapado y lo había abandonado, encerrado en su cuarto. Y si le explicaba a mi madre por qué estaba encerrado, tendría que contarle todo lo demás. Entonces la miré y vi que estaba tan rota como yo, y debería habérselo contado todo. Pero no fui capaz. De modo que le dije que los adultos se habían suicidado. Que Henry, Lucy y Phin aún estaban en la casa contigo. Que la policía iba de camino. Que todo saldría bien. Y sé que suena ridículo, pero recuerda dónde había estado, lo que había vivido. Mi lealtad era débil. Los niños no habíamos tenido a nadie en quien confiar excepto los unos en los otros. Lucy y yo éramos inseparables, casi como hermanas..., hasta que se quedó embarazada.

—¿Lucy? —dice Libby—. ¿Lucy se quedó embarazada?

—Sí —confirma Clemency—. Creía que... ¿No lo sabías?

La mente de Libby va a toda velocidad.

—¿El qué?

—Que Lucy es...

Pero Libby ya sabe lo que le va a decir. Se lleva la mano a la garganta y dice:

—Que Lucy es ¿qué?

—Pues que Lucy es tu madre.

Libby contempla la foto del cáncer de boca de la cajetilla de Clemency, se embebe de cada detalle, hasta el más desagradable y repugnante, para intentar bloquear la ola de náuseas que se le acerca. Su madre no es una hermosa mujer de la alta sociedad con un peinado a lo Priscilla Presley. Su madre es una adolescente.

—¿Quién es mi padre? —pregunta tras un instante.

Clemency la mira con cara de disculpa y le dice:

—Fue... mi padre.

Libby asiente. Medio se lo esperaba.

—¿Cuántos años tenía Lucy?

La barbilla de Clemency cae hacia su pecho.

—Catorce. Mi padre, cuarenta y tantos.

Libby pestañea despacio.

—¿Y fue...? ¿Él la...?

—No —contesta Clemency—. Al menos según Lucy, no. Según ella fue...

—¿Consentido?

—Sí.

—Pero era demasiado joven. Con la ley en la mano, sigue siendo violación.

—Sí, pero mi padre era... muy carismático. Tenía la habilidad de hacerte sentir especial. O despreciada. Y siempre es más agradable formar parte del grupo de los especiales. Comprendo cómo pudo llegar a pasar. Entiendo... No obstante, eso no quiere decir que no me resultase repulsivo. Lo fue. Lo odié por ello. Y a ella también.

Ambas se quedan en silencio un rato. Libby deja que las revelaciones de los últimos minutos permeen su mente. Su madre era una adolescente. Una adolescente, no una mujer de mediana edad de alguna parte del mundo. Su padre era un viejo verde, un pederasta, un animal. Y mientras está sumida en estos pensamientos, la sobresalta

una notificación en su móvil. Es un wasap de un número desconocido.

—Disculpa —le dice a Clemency mientras coge el teléfono—. ¿Te importa?

El mensaje es una foto. El texto adjunto dice: «Te estamos esperando. ¡Vuelve!».

Libby reconoce el escenario de la imagen. Es la casa de Cheyne Walk. Y allí, sentada en el suelo, con las manos extendidas hacia la cámara, hay una mujer: delgada, de pelo oscuro, muy bronceada. Lleva una camiseta de tirantes y tiene tatuajes alrededor de sus fibrosos brazos. A su izquierda hay un niño muy guapo, también bronceado y de cabello oscuro, y una niña preciosa con rizos dorados, piel aceitunada y ojos muy verdes. En el suelo, a sus pies, hay un perrito marrón, blanco y negro, jadeando por el calor.

Y en primer plano, sosteniendo el teléfono tan lejos como se lo permite la longitud de su brazo y sonriendo a cámara con sus dientes extremadamente blancos es el hombre que se hace llamar Phin. Libby gira la pantalla para mostrársela a Clemency.

—¿Esa es...?

—Ay, Dios mío. —Clemency acerca un dedo a la pantalla y señala a la mujer—. ¡Es ella! Esa es Lucy.

Libby usa ambos dedos para agrandar la cara de la mujer. Lucy se parece a Martina, la mujer a la que consideró su madre durante un breve periodo de tiempo. Tiene su misma piel oscura y su pelo negro brillante, pero el de Lucy está chamuscado en las puntas, donde muestra un color marrón parduzco. En su frente aparece alguna arruga. Sus ojos son de color marrón oscuro, como los de Martina. Como los de su hijo. Parece curtida, cansada. Pero es maravillosamente bella.

Llegan a Cheyne Walk cinco horas más tarde.

Ante la puerta, Libby busca las llaves en el bolsillo interior de su bolso. Podría entrar sin llamar; al fin y al cabo, es su casa. Entonces, traga saliva al percatarse. No es su casa. No es suya en absoluto. La casa debía pertenecer a la hija de Henry y Martina. Un bebé que jamás llegó a nacer.

Se guarda las llaves en el bolso y llama al número que le había enviado el wasap.

—¿Sí?
Es una mujer. Su voz es dulce y melódica.
—¿Eres... Lucy?
—Sí —responde ella—. ¿Quién eres tú?
—Soy... Serenity.

61

Lucy baja el teléfono y mira a Henry.

—Ya ha llegado.

Van juntos hasta la puerta principal.

El perro empieza a ladrar al oír a gente fuera y Henry lo toma en brazos y lo hace callar.

El corazón de Lucy late a toda velocidad mientras su mano se acerca al pomo. Se toca el pelo, lo alisa. Se obliga a sonreír.

Y ahí está. La hija a la que se vio obligada a abandonar. La hija a quien deseaba tanto recuperar que ha cometido un asesinato para poder hacerlo.

Su hija es de estatura mediana, de complexión estándar, no se parece en nada al bebé rollizo a quien abandonó en la cuna de Harrods. Tiene el pelo rubio, pero no rizado. Los ojos azules, pero no tan claros como los del bebé al que dejó atrás. Lleva unos pantalones cortos de algodón, una blusa de manga corta, unas deportivas de lona rosa. Aferra un bolso verde hierba contra el vientre. Luce dos pendientes de oro con gotas de cristal, solo uno en cada oreja. No va maquillada.

—¿Serenity...?

Ella asiente.

—O Libby, para los amigos. —Suelta una risita.

Lucy también se ríe.

—Libby, claro. Eres Libby. Pasa, pasa.

Tiene que resistir el instinto de abrazarla. En cambio, la guía por el recibidor con solo una mano sobre el hombro.

Detrás de Serenity hay un hombre alto y guapo con barba. Ella lo presenta como Miller Roe. Dice:

—Es mi amigo.

Lucy los acompaña a la cocina, donde sus hijos esperan sentados, nerviosos.

—Chicos —dice ella—, esta es Serenity. Mejor dicho, Libby. Y Libby es...

—¿El bebé? —pregunta Marco, con los ojos como platos.

—Eso es. Libby es el bebé.

—¿Qué bebé, mami? —pregunta Stella.

—Es el bebé que tuve cuando era muy jovencita. El bebé que me vi obligada a dejar en Londres. El bebé cuya existencia jamás revelé a nadie. Es vuestra hermana mayor.

Marco y Stella se quedan boquiabiertos. Libby los saluda levemente con la mano. Resulta incómodo durante un instante, pero entonces Marco dice:

—¡Lo sabía! ¡Lo supe desde el principio! ¡Desde que vi la notificación en tu móvil! Sabía que el bebé era tuyo. ¡Lo sabía!

Se levanta y corretea por la cocina, y durante un breve segundo Lucy piensa que pretende escapar, que está enfadado con ella por haber tenido un bebé secreto, pero en realidad corre hacia Libby, le rodea la cintura con los brazos y la aprieta fuerte; y sobre la cabeza de Marco, Lucy ve que los ojos de Libby están abiertísimos a causa de la sorpresa, pero también del placer. Le toca la coronilla y sonríe a Lucy.

Entonces, cómo no, Stella imita a su hermano mayor y se aferra a las caderas de Libby. Y ahí están, piensa Lucy. Sus tres bebés. Juntos. Al fin. Se queda quieta, con las manos sobre la boca, y le caen lágrimas por las mejillas.

62

Chelsea, 1994

No soy un desalmado, Serenity, te lo prometo.

¿Recuerdas cómo dejé que me cogieras el dedo el día que naciste, cómo te miré y algo floreció en mi interior? Me sentí igual cuando nos encontramos cara a cara dos noches atrás. Aún sigues siendo el bebé a mis ojos, sigues teniendo esa inocencia, esa total ausencia de maldad.

Pero tienes otra cosa.

Tienes sus ojos azules, su piel pálida, sus pestañas largas y oscuras.

No te pareces a Lucy.

No te pareces a David Thomsen.

Te pareces a tu padre.

Y me siento ridículo, echando la vista atrás, por no haberlo visto cuando estaba justo ante mis narices. Con tus rizos rubios y tus ojos azules y tus labios carnosos. ¿Cómo se le escaparía a David? ¿Cómo no lo vio nadie? Imagino que resulta imposible de creer. Imposible de concebir.

Que mi hermana se estuviese acostando con David y con Phin al mismo tiempo.

No me enteré hasta el día después de la fiesta de Birdie.

Lucy y yo aún no habíamos decidido qué hacer. Phin no dejaba de dar vueltas por su cuarto, así que lo até a un radiador para que no se hiciera daño. Por su propio bien.

Lucy estaba consternada.

—¿Qué estás haciendo? —lloraba.

—Va a acabar haciéndose daño —dije con convicción—. Es solo hasta que decidamos qué hacer con él.

Te tenía en brazos. No os habíais separado ni un instante desde que te había tomado de los brazos de Birdie la noche anterior.

—Tenemos que buscar ayuda, la necesita.

—Sí, estoy de acuerdo, pero también debemos tener en cuenta que hemos matado a cuatro personas y que podríamos ir a la cárcel.

—Fue un accidente —argumentó—. Ninguno teníamos intención de matar a nadie. La policía se dará cuenta.

—No. No tenemos pruebas de los abusos que sufrimos. Ni de todo lo demás que ha sucedido aquí. Lo único que tenemos es nuestra versión de los hechos.

Entonces me detuve. Miré a Lucy y luego a ti y pensé: «Ahí está. Esa es la prueba que necesitamos, si decidimos acudir a las autoridades, la prueba del abuso está aquí mismo. Aquí mismo».

Le dije:

—Lucy. El bebé. El bebé prueba que abusaron de ti. Tienes quince años. Tenías catorce cuando nació. Pueden hacer una prueba de ADN. Descubrirán que David es el padre. Puedes decir que te violó, en repetidas ocasiones, desde que eras pequeña. Puedes afirmar que Birdie lo alentaba. Y que luego te robaron a tu hija. En realidad es casi verdad. Y entonces yo diré... Yo diré que me encontré a los adultos muertos. Podría falsificar una nota en la que se dijera que se arrepentían de su comportamiento. De cómo nos habían tratado.

De pronto me asaltó la sensación de que podríamos irnos de rositas. Podríamos largarnos y no acabar en la cárcel, Phin se curaría y a Lucy no le quitarían a su hija y todos nos tratarían con amabilidad.

Entonces Lucy dijo:

—Henry. Sabes que Serenity no es de David, ¿verdad?

Dios, que idiota inocente estaba hecho, pues no caí al instante. Recuerdo pensar: «Bueno, y entonces, ¿de quién narices puede ser?».

Y en ese momento todo encajó. Al principio me reí. Y luego me dieron náuseas. Entonces dije:

—¿En serio? ¿De Phin? ¿En serio?

Ella asintió.

—Pero ¿cómo? —pregunté—. ¿Cuándo? No lo comprendo.

Bajó la cabeza y dijo:

—En su cuarto. Solo un par de veces. Fue como, no sé, un consuelo. Fui a hablar con él porque me preocupabas. Y entonces una cosa llevó a la otra...

—Ay, Dios. ¡Serás puta!

Intentó apaciguarme, pero la aparté. Dije:

—Aléjate de mí. Me das asco. Eres una pervertida y una cerda. Eres una guarra. Una guarra asquerosa.

Sí, me puse muy melodramático. Pocas veces en la vida sentí más asco respecto a un ser humano como el que tuve por Lucy en aquel momento.

No podía ni mirarla. Era incapaz de pensar. Cada vez que intentaba que se me ocurriese algo, cuando trataba de decidir qué hacer, la mente se me llenaba de imágenes de Lucy y de Phin: él sobre ella, besándola, sus manos, las manos que había sostenido entre las mías aquel día en el tejado, acariciando el cuerpo de mi hermana. Jamás había sentido tanta rabia, tanto odio ni tanto dolor.

Quería matar a alguien. Y esta vez a conciencia.

Fui al cuarto de Phin. Lucy intentó detenerme. La empujé para quitármela de encima.

—¿Es cierto? —le grité—. ¿Es verdad que te acostaste con mi hermana?

Me miró inexpresivo.

—¿Sí o no? —grité de nuevo—. ¡Contéstame!

—No te pienso decir nada —respondió— hasta que me desates.

Sonaba exhausto. Como si se estuviera desvaneciendo.

Sentí que la ira se empezaba a disipar de inmediato y me senté a los pies de su cama.

Dejé caer la cabeza entre mis manos. Cuando levanté la vista, él tenía los ojos cerrados.

Hubo un momento de silencio.

—¿Te estás muriendo, Phin? —pregunté.

—Ni-puta-idea.

—Tenemos que salir de aquí —dije—. Tienes que ponerte en marcha. En serio.

—No puedo.

—No te queda más remedio.

—Déjame aquí y punto, joder. Me quiero morir.

Se me pasó por la cabeza, he de confesar, ponerle una almohada sobre la cara y apretar, acercarme para aspirar su último aliento, susurrarle palabras tranquilizadoras al oído, subyugarlo, arrancarle la energía vital, asimilar su poder. Pero recordemos que, a excepción del

bebé no nato de mi madre —y he buscado en Google el tema hasta la saciedad durante años y resulta que es muy complicado hacer abortar a una mujer sana usando solamente perejil—, jamás he matado a nadie deliberadamente. Soy una persona siniestra, Serenity, eso lo sé. No albergo las mismas emociones que el resto de los mortales. Pero soy capaz de sentir mucha compasión y mucho amor.

Y Phin fue la persona a la que más quise en mi vida.

Le desaté la muñeca del radiador y me tumbé a su lado.

Le dije:

—¿Te llegué a agradar en algún momento? Aunque fuese durante un instante.

Él me dijo:

—Siempre me caíste bien. ¿Por qué no me ibas a agradar?

Hice una pequeña pausa para reflexionar sobre la pregunta.

—Porque me gustabas demasiado.

—Eras un pesado —dijo, y noté un toque de humor sarcástico en su débil voz—. Muy pesado.

—Sí —acepté—. Tienes razón. Lo siento. Lamento haber intentado besarte. Siento haber sido tan pesado.

Se oían crujidos y lamentos en las paredes y los techos. Tú estabas dormida. Lucy te había dejado en la cuna vieja que había en el vestidor de la habitación de mis padres. Llevaba treinta y seis horas despierto a estas alturas, y el silencio y el sonido de la respiración de Phin me sumieron en un inmediato y profundo sueño.

Cuando me desperté, dos horas más tarde, Lucy y Phin se habían esfumado, y tú seguías dormida en la cuna.

63

Libby mira a Lucy y ve a una mujer rodeada de niños cariñosos a los que ha traído desde Francia hasta Inglaterra. Incluso se ha traído al perro. Claramente no es de las que va abandonando a la gente a la que quiere. Dice:

—¿Por qué me dejaste?

Lucy comienza a negar con la cabeza al momento.

—No —aclara—, no. No. No te dejé. Jamás te abandoné. Pero Phin estaba tan enfermo y tú tan sana... Te puse en la cuna, esperé a que te durmieras y volví al cuarto de Phin. Henry estaba dormido y yo al fin fui capaz de convencer a Phin de que se levantara. Pesaba mucho, y yo estaba muy débil. Lo saqué de la casa y nos dirigimos a casa del médico de mi padre, el doctor Broughton. Recuerdo que me llevaban allí cuando era pequeña, estaba justo al doblar la esquina. Tenía una puerta de color rojo chillón. Lo recordaba. Era casi medianoche. Abrió la puerta en pijama. Le dije quién era. Luego añadí —suelta una carcajada irónica al acordarse—: «¡Tengo dinero! Puedo pagarle».

»Al principio se mostró enfadado. Luego le echó un vistazo a Phin y dijo: "Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios". Subió las escaleras a toda prisa, farfullando entre dientes; luego volvió a bajar vestido con una camisa y unos pantalones.

»Nos llevó a su consulta. Todas las luces estaban apagadas. Las encendió, dos filas de tubos fluorescentes se despertaron al unísono. Tuve que hacerme pantalla con la mano. Tumbó a Phin en una camilla y comprobó sus constantes vitales y me preguntó qué narices había pasado. Dijo: "¿Dónde están tus padres?". Yo no tenía ni idea de qué contestar.

»Le dije: "Se han ido", y me miró de reojo, como para decirme: "Ya hablaremos de eso luego". Entonces llamó a alguien. Lo escuché explicar la situación a la otra persona usando jerga médica. Media

hora después se presentó allí un hombre joven. Era el enfermero. Entre ambos llevaron a cabo una docena de pruebas. El enfermero salió en plena noche para llevar una bolsa de muestras a un laboratorio. Yo llevaba dos días sin dormir. Veía estrellitas. El doctor Broughton me preparó una taza de chocolate caliente. Fue... Aunque parezca una locura, fue la mejor taza de chocolate caliente que me tomé en mi vida. Entonces me senté en el sofá de su consulta y me quedé dormida.

»Cuando me desperté serían las cinco de la mañana y el enfermero había regresado del laboratorio. Phin tenía una vía puesta, pero sus ojos estaban abiertos. El doctor Broughton me explicó que sufría desnutrición severa. Dijo que solo necesitaría reponer líquidos y descansar para restablecerse.

»Asentí y dije: "Su padre ha muerto. No sé dónde vive su madre. Tenemos una hija. No sé qué hacer".

»Cuando le hablé del bebé, le cambió la cara. Dijo: "Dios santo, pero ¿cuántos años tienes?".

»Yo respondí: "Quince".

»Me miró de forma extraña y dijo: "¿Dónde está el bebé?".

»Le dije: "En la casa. Con mi hermano".

»Preguntó: "¿Y tus padres, dónde han ido?".

»Revelé: "Han muerto".

»Entonces suspiró. Dijo: "No tenía ni idea. Lo lamento mucho —Y luego añadió—: Mira, no sé qué es lo que está pasando y no quiero involucrarme, pero me has traído a este muchacho y tengo el deber de cuidarlo. Lo dejaremos aquí en observación. Tengo un cuarto donde se puede quedar un tiempo".

»Le dije que me quería marchar, volver a por ti, pero él comentó: "Pareces anémica. Deja que te haga unas pruebas antes de que salgas a la calle. Y también deberías comer algo".

»Me ofreció un bol de cereales y un plátano. Me sacó sangre, me tomó la presión arterial, me examinó los dientes, los oídos, como a un caballo en la feria de ganado.

»Me dijo que estaba deshidratada y que tenía que quedarme un tiempo en observación para recuperar líquidos.

Entonces Lucy mira a Libby y dice:

—Lo siento muchísimo, pero cuando me dio el visto bueno para marcharme, ya había terminado todo. La policía había acudido,

también los servicios sociales, y tú habías desaparecido.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Llegué demasiado tarde.

64

Chelsea, 1994

Yo me ocupé de ti, Serenity. Me quedé contigo y te alimenté con plátano machacado, leche de soja, gachas y arroz. Te cambié los pañales. Te arrullé hasta que te dormiste. Pasamos muchas horas juntos tú y yo. Estaba claro que Lucy y Phin no pensaban regresar y los cadáveres que había en la cocina pronto comenzarían a descomponerse. Sospeché que alguien habría alertado a las autoridades. Sabía que debía irme. Añadí un par de líneas a la nota de suicidio. «Nuestra hija se llama Serenity Lamb. Tiene diez meses. Por favor, que acabe en una buena familia». Puse el bolígrafo que había utilizado para escribir la nota en la mano de mi madre y luego lo dejé en la mesa al lado del papel. Te di de comer y te puse un bodi limpio.

Y entonces, cuando estaba a punto de marcharme, noté en el bolsillo de mi chaqueta la pata de conejo de Justin. Lo había guardado para que me trajese buena suerte, a pesar de que no creo en esas cosas, y con razón, ya que no me había ayudado en nada desde que lo había sacado del cuarto de Justin. Te deseaba lo mejor, Serenity. Eras lo único puro que había en esa casa, lo único bueno que salió de todo ese asunto. Por eso cogí la pata de conejo y la metí entre tus sábanas.

Luego te di un beso y dije:

—Adiós, niña bonita.

Salí por la puerta de atrás; llevaba puesto un traje de mi padre de la marca Savile Row y un par de zapatos Jermyn Street, también suyos. Me había atado la corbata de cordones al cuello de la camisa de mi padre y me había peinado con la raya al lado. Llevaba la mochila llena de dinero y joyas. Salí al sol de la mañana, noté sus dorados rayos sobre mi piel exhausta. Busqué una cabina y llamé al 999. Modulé la voz para que no se me reconociese y dije que me preocupaban mis vecinos. Que llevaba bastante tiempo sin verlos. Que

se oía el llanto de un bebé.

Me acerqué a King's Road; las tiendas aún no habían abierto. Seguí caminando hasta la estación Victoria y me senté en la terraza de una cafetería cutre con mi traje Savile Row y me pedí un café. No lo había probado en mi vida. Me apetecía muchísimo. Cuando llegó y lo probé, me dieron arcadas. Le eché dos sobres de azúcar y me obligué a bebérmelo. Encontré un hotel anónimo y pagué tres noches. Nadie me preguntó cuántos años tenía. Me inscribí en la hoja de registro bajo el nombre Phineas Thomson. Con o. No Thomsen, con e. Quería ser casi Phin, pero no del todo.

Encendí el televisor de mi cuarto. Al final del informativo dieron una pequeña noticia. Tres cadáveres. Un suicidio colectivo. Una secta. Un bebé sano y bien cuidado. Varios adolescentes presuntamente desaparecidos. Registro policial en curso. Las fotos que utilizaron eran las que nos habían sacado en el colegio el último año que habíamos acudido. Yo tenía diez años y llevaba el pelo corto. Lucy tenía ocho y llevaba un corte estilo paje. Ambos irreconocibles. No se mencionaba ni a Phin ni a Clemency.

Solté un suspiro de alivio.

¿Y luego qué? ¿Qué sucedió entre aquel chaval de dieciséis años que veía la tele en calzoncillos sobre una colcha de nailon en un hotel barato y el hombre de mediana edad que soy ahora?

¿Quieres saberlo? ¿Te interesa?

Bueno, pues encontré trabajo. En una empresa de reparaciones eléctricas en Pimlico. Los dueños eran una familia bangladesí que estaban medio chiflados y a quienes les importaba un carajo la historia de mi vida, siempre y cuando llegase puntual al trabajo.

Me mudé a un estudio. Me compré libros de programación y un ordenador y estudié solo en casa cada noche.

Por aquel entonces ya había internet y teléfonos móviles, así que dejé mi empleo y me puse a trabajar en un Carphone Warehouse en Oxford Street.

Me mudé a un apartamento de una habitación en Marylebone, justo antes de que el barrio se volviera prohibitivo. Me teñí de rubio. Decidí empezar a hacer ejercicio. Me puse cachas. Comencé a frecuentar las discotecas y a acostarme con desconocidos. Me enamoré, pero me pegaba. Me volví a enamorar, pero me dejó. Me blanqueé los dientes. Me compré peces tropicales. Se murieron.

Conseguí un puesto en una empresa emergente. Al principio solo éramos cinco. Tres años después, ya éramos cincuenta, yo ganaba un sueldazo de cinco ceros y tenía mi propio despacho.

Me compré un piso de tres habitaciones en Marylebone. Me enamoré. Me dijo que era feo y que nadie me querría y luego me dejó. Me operé la nariz. Me implanté extensiones en las pestañas. Me rellené los labios.

Luego, en 2008, acudí al abogado cuyo nombre aparecía en el testamento original de mis padres. Había pasado mucho tiempo intentando apartar de mi mente Cheyne Walk y lo que allí había sucedido, había luchado por forjarme una nueva vida con una nueva (aunque ligeramente prestada) identidad. No quería tener nada que ver con el patético Henry Lamb ni con su historia. Para mí, esa persona había muerto. Pero al hacerme mayor y asentarme, comencé a pensar en ti, cada día más: quería saber dónde estabas y cómo eras y si habías encontrado la felicidad o no.

Me había enterado por las noticias de que todo el mundo había asumido que eras hija de Martina y Henry Lamb. Mi «nota de suicidio» había sido convincente y no se habían molestado en hacer un test de ADN. Al recordar los términos del testamento de mis padres, se me ocurrió que tal vez llegaría el día en el que volverías a entrar en mi vida. Pero no estaba seguro de si el fideicomiso seguía en manos del abogado. Y en caso de que así fuera, no tenía claro que David no hubiese alterado los términos cuando tenía a mi madre bajo control.

Ya había cumplido los treinta a estas alturas. Era alto, rubio, musculoso y bronceado. Me presenté como Phineas Thomson. Dije:

—Estoy buscando información sobre una familia a la que conocía. Creo que ustedes llevaban sus asuntos legales. Los Lamb. De Cheyne Walk.

Una joven rebuscó entre una pila de papeles, presionó algunos botones en el teclado del ordenador y me dijo que eran los depositarios de un fideicomiso de la familia Lamb, pero que no le estaba permitido darme más datos.

Había un chico guapo en el despacho. Me había echado el ojo mientras aguardaba en la recepción. Esperé a la puerta del bufete hasta la hora de comer y luego me hice el encontradizo con él cuando salió. Se llamaba Josh. Cómo no. Todo el mundo se llama Josh últimamente.

Me lo llevé a casa, le cociné, me lo tiré y, obviamente, dado que solo pretendía utilizarlo, se enamoró perdidamente de mí. Solo tuve que fingir reciprocidad un mes para pedirle que encontrase los documentos, los fotocopiase y me los trajese.

Y allí estaba, negro sobre blanco, exactamente como lo habían redactado mis padres cuando yo era un bebé de pecho y Lucy aún ni existía. El número 16 de Cheyne Walk y todo su contenido se custodiará en fideicomiso para los descendientes de Henry y Martina Lamb hasta que el mayor alcance los veinticinco años de edad. David no había podido meterle mano al fin y al cabo, y Lucy no había aparecido para reclamarlo. El fideicomiso estaba ahí, esperando a que tú cumplieras los veinticinco. Una persona más cínica consideraría que lo único que me movió a buscarte era reclamar mi propia herencia. Dado que no poseía prueba alguna que demostrase que soy Henry Lamb, yo no podía reclamarla por mí mismo, y si entraba en tu vida podría tener una oportunidad de tomar lo que era mío por derecho. Pero en realidad no fue una cuestión de dinero. De eso tengo bastante. Necesitaba cerrar el círculo. Y también recuperar el vínculo que me une a ti, Serenity.

Entonces, en junio de este año alquilé el apartamento del otro lado del río. Compré un par de prismáticos y vigilé la casa desde la terraza.

Una mañana escalé la fachada trasera de la casa de Cheyne Walk y pasé el día entero en el tejado desmantelando el esqueleto de Birdie de su envoltorio momificado. Despegando sus diminutos huesos. Tirándolos en una bolsa de plástico negra. Al caer la noche, lancé la bolsa al Támesis. Era sorprendentemente pequeña. Pasé la noche en mi viejo colchón y volví al apartamento a la mañana siguiente. Y entonces, cuatro días más tarde, apareciste. Con el abogado. Desatrancasteis el portillo. Abristeis la puerta. La cerrasteis tras de vosotros.

Solté un suspiro de alivio.

Por fin.

El bebé había vuelto.

65

Libby se queda mirando a Lucy.

—¿Qué fue de Phin después de que lo dejases en la clínica del doctor Broughton? ¿Se recuperó?

—Sí —responde Lucy—. Se recuperó.

—¿Sigue vivo?

—Hasta donde yo sé sí.

Libby se cubre la boca con las manos.

—Ay, Dios —exclama—. ¿Dónde está?

—No lo sé. No lo he visto desde los dieciocho o así. Estuvimos juntos en Francia durante un tiempo. Luego perdimos el contacto.

—¿Cómo acabasteis en Francia? —se interesa Libby.

—Nos llevó el doctor Broughton. O más bien hizo que alguien nos llevase. El doctor Broughton parecía conocer a todo el mundo. Era de ese tipo de personas; podrías llamarlo un mediador, supongo. Era el médico personal de muchos criminales de guante blanco. Creo que no era la primera vez que alguien lo despertaba en mitad de la noche. Seguramente haya cosido heridas de bala en su propia casa.

»En cuanto nos vio en las noticias, quiso tenernos lo más lejos posible. Una semana después de que hubiese llamado a su puerta consideró que estábamos lo suficientemente recuperados para marcharnos. Un tal Stuart nos metió en la caja de una furgoneta Ford Transit y nos llevó hasta Burdeos por el Eurotúnel. Nos dejó en una granja, propiedad de una mujer llamada Josette. Otro contacto del doctor Broughton. Nos permitió alojarnos allí durante meses a cambio de mano de obra. No nos preguntó ni quiénes éramos ni por qué habíamos acabado allí.

»Phin y yo no..., ya sabes. Lo que había pasado entre nosotros había sido circunstancial. En cuanto nos vimos fuera de aquel ambiente, volvimos a ser solo amigos. Casi como hermanos. Pero hablábamos de ti a todas horas, nos preguntábamos cómo estarías,

quién te estaría cuidando, lo guapa y buena que serías, lo alucinante que llegarías a ser, lo inteligentes que habíamos sido al crearte.

—¿Os planteasteis regresar a por mí? —pregunta Libby pensativa.

—Sí —responde Lucy—. Sí que lo hicimos. O al menos yo. Phin se mostraba más circunspecto, más preocupado por su futuro que por el pasado. No mencionamos ninguna de las otras vivencias. No hablamos de nuestros padres, de lo que había pasado. Intenté sacar el tema, pero Phin se cerraba en banda. Parecía como si lo hubiese borrado todo de su mente. Como si lo hubiese bloqueado. Actuaba como si nada de aquello hubiese sucedido. Y se recuperó tan bien ese primer año... Bronceado y atlético. Los dos, en realidad. Josette tenía un violín viejo que nunca usaba, así que me lo prestaba. Tocaba para ella durante el invierno, y luego en verano, cuando la granja se llenaba de estudiantes y de jornaleros, tocaba para ellos. Me dejó llevarme el violín al pueblo y tocar los viernes y los sábados por la noche, así comencé a ganarme un dinero. Lo ahorré para poder pagar el viaje de vuelta a Londres, tanto el mío como el de Phin, para ir a tu encuentro.

»Entonces, una mañana, unos dos años más tarde, cuando me desperté, Phin había desaparecido. Me había dejado una nota en la que decía "Me voy a Niza". —Lucy suspira—. Me quedé en Burdeos el resto del verano y ahorré hasta que pude permitirme un billete de autobús a Niza. Me pasé semanas durmiendo en la playa por las noches e intentando dar con Phin por el día. Acabé dándome por vencida. Tenía el violín de Josette. Tocaba cada noche. Saqué suficiente dinero para pagarme una habitación en un hostal. Cumplí diecinueve, veinte, veintiuno. Entonces conocí a un hombre. Un hombre muy rico. Me dejó sin aliento. Se casó conmigo. Tuve un hijo. Dejé al ricachón y conocí a un hombre muy pobre. Tuve una hija. El pobretón me dejó y entonces...

Lucy se detiene y Libby observa su expresión. Hay algo ignoto, casi inconcebible, en ella. Pero el momento pasa y Lucy continúa con su relato.

—Entonces fue tu cumpleaños y yo regresé.

—Pero ¿por qué no volviste antes? —pregunta Libby—. Cuando tú misma cumpliste los veinticinco, por ejemplo. ¿No sabías lo del fideicomiso?

—Sí que estaba al tanto —responde ella—, pero no tenía forma de probar mi identidad. No tenía certificado de nacimiento. Mi pasaporte era falso. Estaba sumida en un matrimonio horrible con el padre de Marco. Era todo demasiado... —Lucy suspira—. Y luego pensé que si Henry no reclamaba la casa, automáticamente pasaría al bebé, es decir, a ti, porque todo el mundo creía que eras hija de mis padres. Eso es lo que decidí hacer: esperar a que el bebé cumpliera los veinticinco y regresar entonces. Cuando me compré mi primer *smartphone*, hace unos años, lo primero que hice fue poner una alarma en el calendario para no olvidarlo. Y cada minuto de cada día desde entonces lo he pasado esperando este momento. Esperando volver.

—¿Y Phin? —pregunta Libby desesperada—. ¿Qué fue de él?

Lucy suspira.

—Asumo que se largó a algún lugar donde nadie pudiese encontrarlo. Imagino que eso es lo que quería.

Libby suspira. Ahí está. Al fin. Toda la historia. Excepto una pieza.

Su padre.

IV

66

Libby está con el pulgar quieto sobre la pantalla de su móvil. Tiene abierta la aplicación del banco y lleva desde las nueve de la mañana actualizándola cada quince minutos.

Hoy se formaliza la venta de la casa de Cheyne Walk.

La vendieron hace un mes, al fin; tras muchos meses sin que nadie mostrase interés, hubo una avalancha de ofertas cuando bajaron el precio y luego dos intentos abortados de asentar un contrato hasta que, por fin, apareció un comprador sudafricano, que ofreció pagar en metálico; quedó todo atado y bien atado, firmado y sellado en el espacio de dos semanas.

Siete millones cuatrocientas cincuenta mil libras.

Pero su saldo sigue siendo de 318 libras. Los últimos coletazos de su última nómina.

Suspira y vuelve a centrarse en la pantalla del ordenador. Su último proyecto. Una pequeña cocina de estilo Shaker pintada con tiradores de cobre y encimeras de mármol. Para la primera casa de unos recién casados. Va a quedar preciosa. Desearía poder verla instalada. Pero jamás la llegará a ver. Ya no. Hoy es su último día en Northbone Kitchens.

También es su cumpleaños. Hoy cumple veintiséis. Y esta vez es su cumpleaños real. No el 19 de junio, sino el 14. Es cinco días mayor de lo que pensaba. No pasa nada. Cinco días es un precio muy razonable para conseguir a cambio siete millones de libras, una madre, un tío y dos mediohermanos. Y ahora que ha dejado de contar los escalones que le faltan para alcanzar sus metas antes de una edad arbitraria, ¿qué más da ir cinco días adelantada?

Vuelve a actualizar la aplicación.

Trescientas nueve libras. Acaba de hacerse efectivo un pago de PayPal que había hecho la semana anterior.

Hace buen día. Mira a Dido.

—¿Salimos a comer? Invito yo.

Dido le devuelve la mirada por encima de la montura de sus gafas de cerca y sonríe.

—¡Por supuesto!

—Dependiendo de si me llega el dinero o no, el menú puede ser o bien sándwiches con Coca-Cola o bien langosta con champán.

—La langosta está sobrevalorada —dice Dido antes de bajarse las gafas y devolver la vista a la pantalla de su ordenador.

El móvil de Libby vibra a las once. Es un mensaje de Lucy.

> ¡Nos vemos luego! Está reservado para las 20:00.

Lucy vive con Henry en su lujoso piso de Marylebone. Según parece, no se entienden demasiado bien. A Henry, que lleva viviendo solo veinticinco años, no le hace ni pizca de gracia compartir su espacio con niños, y sus gatos odian al perro. Lucy ya está tanteando el mercado inmobiliario. En St. Albans. Libby le ha echado el ojo a una casita de estilo georgiano con dos mil metros cuadrados de terreno a las afueras del pueblo.

Vuelve a actualizar.

Trescientas nueve libras.

Entra en el correo electrónico, por si acaso le ha llegado una notificación de alguna incidencia. Pero no hay nada.

Dividirán el dinero entre los tres en cuanto hayan pagado el impuesto de sucesiones. Ella se ofreció a renunciar a su parte de la herencia. La casa no le pertenece. No es su hermana. Pero ellos insistieron. Les dijo: «No necesito un tercio. Con un par de miles de libras ya me apaño». Pero ellos siguieron insistiendo. «Eres su nieta —dijo Lucy—. Tienes tanto derecho como nosotros.»

A la una, Dido y ella salen de la oficina.

—Me temo que nos tocan sándwiches.

—Genial —comenta Dido—. Me apetecen mucho.

Van a la cafetería del parque y se sientan a una mesa de la terraza, al sol.

—No me puedo creer que nos dejes —dice Dido—. Iba a decir que la oficina va a parecer más silenciosa, pero en realidad no es que tú hayas sido una persona ruidosa, pero sí que va a quedar... demasiado vacía de Libby cuando no estés. Y de tu hermoso pelo. Y de

tus pilas ordenadas.

—¿Mis pilas ordenadas?

—Sí, tus... —Imita una pila de papeles bien alineados con las manos—. Ya me entiendes. Con los bordes alineados. —Sonríe—. Te echaré de menos.

Libby la mira y le dice:

—¿Tú nunca te planteaste dejarlo? Cuando heredaste la casa, por ejemplo. Y todo lo demás. Seguro que no te hace falta el dinero, ¿no?

Dido se encoge de hombros.

—No, supongo que no. Y hay momentos en los que me gustaría mandarlo todo a paseo y pasarme el día en el establo con Spangles antes de que estire la pata. Pero, en realidad, es lo único que tengo. Tú, en cambio, lo tienes todo. Todo lo que las cocinas no pueden darte.

Libby sonríe. Hay algo de verdad en eso.

No se trata solo del dinero. En absoluto.

Se trata de la gente a la que ahora pertenece, a la familia que la ha acogido sin titubeos. Y se trata de la persona que ha descubierto que existe bajo las pilas ordenadas y las planificaciones meticulosas. Esa no era ella. Jamás lo ha sido. Se había convertido en esa persona para compensar la inconsistencia de su madre. Para encajar en el colegio. Para hacerse un sitio en un grupo de amigos cuyos valores jamás compartió en realidad, en su interior. Ella es más que amistades superficiales y requisitos de Tinder demasiado estrictos. Ella es el producto de dos personas que le dan mil vueltas a los padres biológicos con los que había fantaseado, el diseñador gráfico y la relaciones públicas del mundo de la moda, con su coche deportivo y sus perros diminutos. Qué poca imaginación.

Actualiza la aplicación como por inercia.

Vuelve a mirar. Aparece un número ilógico. Un número que no tiene ningún sentido en absoluto. Tiene demasiados ceros, demasiadas cifras. Le enseña el móvil a Dido.

—Ay-Dios-mío.

Dido se cubre la cara con las manos y ahoga un grito. Luego se vuelve para mirar hacia la cafetería.

—Camarero —llama—. Dos botellas de vuestro mejor Dom Pérignon. Y trece langostas. Rapidito.

No hay ningún camarero a la vista, por descontado, y los

ocupantes de la mesa de al lado las miran raro.

—Mi amiga acaba de ganar la lotería —explica Dido.

—Ah —comenta la mujer—. ¡Qué suerte!

—¿Sabes? —le dice Dido a Libby—. Ya no tienes que volver a la oficina si no quieres. Es tu cumpleaños. Y te acaban de ingresar tropecientos mil trillones de libras. Podrías, si te apetece, tomarte el día libre.

Libby sonríe, arruga la servilleta de papel y la tira sobre la bandeja de plástico.

—No —responde—. Ni en broma. No pienso rajarme. Además, estoy casi segura de que he dejado unos papeles sin alinear.

Dido le sonríe.

—Pues venga —dice—. Tres horas y media de normalidad. Vamos a quitárnoslas de encima, ¿te parece?

67

A Lucy aún le queda una hora de soledad en el piso de Henry. La usa para darse un baño, pintarse las uñas de los pies, secarse el pelo con el secador y colocárselo sobre los hombros, echarse crema hidratante, maquillarse. Aún no da por sentadas estas pequeñas cosas. Hace un año que Henry la encontró en la casa de Cheyne Walk, hace un año que la reunió con Serenity, hace un año que todos se volvieron a encontrar. Desde entonces, Lucy vive con Henry en su inmaculado piso de Marylebone, donde duerme en una cama de matrimonio bajo suaves sábanas de algodón, y no tiene nada más que hacer en sus días que pasear al perro y cocinar platos deliciosos. Clemency y ella quedan una vez al mes para tomar champán y hablar sobre sus hijos y sobre música y sobre las idiosincrasias de Henry y sobre todo lo imaginable, excepto lo que les pasó a ambas cuando eran pequeñas. Jamás volverán a estar tan unidas como entonces, pero siguen siendo buenas amigas.

Marco tiene trece años y va a un colegio privado de postín en Regent's Park donde, según dice, «todo el mundo vapea y toma keta». Henry se ocupa de las mensualidades. Marco ya ha perdido el acento francés por completo, y, como él dice, ahora se siente londinense.

Stella tiene seis años y va a primero de primaria en un colegio de Marylebone, donde tiene dos mejores amigas y ambas se llaman Freya.

Ayer Lucy tomó el metro hasta Chelsea y se quedó parada delante de la casa. Han retirado la verja y el cartel de «Se vende» ha sido sustituido por uno de «Vendido». Muy pronto la casa recobrará vida con el sonido de taladros y martillos al ser desmantelada y vuelta a montar para adaptarse a los gustos de otra familia. Muy pronto, alguien la considerará su hogar, y jamás sabrán lo que sucedió entre esas paredes tantos años atrás, que cuatro niños fueron encerrados y sus espíritus quebrados y luego liberados al mundo dañados, incompletos, perdidos y distorsionados. A Lucy le cuesta recordar la

chica que fue entonces, le cuesta aceptar que una encarnación de sí misma estaba tan desesperada por obtener algo de atención que se acostó con el padre y el hijo. A veces mira a Stella, su niña perfecta, e intenta imaginarla a los trece años, entregándose de esa manera solo para sentirse amada. La hace sufrir un dolor inimaginable.

Suena una notificación en su teléfono y nota, como cada vez que pasa, y probablemente como seguirá notando en el futuro, un escalofrío de inquietud. La investigación del asesinato de Michael no se ha cerrado aún, pero se ha asumido que ha sido el resultado de alguna deuda impagada a sus socios del hampa. Poco después del incidente, vio su nombre en un periódico francés:

Se cree que Rimmer tiene un hijo de su primera esposa, una ciudadana británica a la que se conoce solamente con el nombre de Lucy. Según la asistenta de Rimmer, la víctima había recibido una breve visita de su exmujer recientemente, pero por el momento no se la considera sospechosa.

No obstante, jamás se podrá librar del miedo a que la encuentre un joven detective recién contratado y desesperado por probar su valía. Jamás, sospecha ella, será capaz de volver a relajarse de verdad.

No es un mensaje de un detective novato, es de Libby: un pantallazo de la web de su banco acompañado de la palabra «¡Kaching!».

Ahí está, piensa Lucy, y la atraviesa un escalofrío de alivio. El final de esta fase de su vida. El principio de la siguiente. Ahora puede comprarse una casa propia. Al fin. Una casa para sus hijos y para su perro. Una casa que nadie podrá arrebatarle. Y entonces, piensa, será capaz de descubrir qué debería hacer con su vida. Le gustaría, piensa, estudiar violín. Le gustaría ser música profesional. Y ahora ya no hay obstáculos en su camino.

La primera mitad de la vida de Lucy fue mancillada y oscura, una batalla tras otra. La segunda mitad será dorada.

Responde al mensaje de Libby.

¡Champán para todos! Nos vemos luego, cielo. Me muero de ganas de celebrarlo contigo. Todo.

Libby responde.

Yo también tengo muchas ganas de verte. Te quiero.

Yo también te quiero.

Luego añade una larga hilera de besos y se guarda el teléfono.

Su hija es maravillosa: una mujer amable y cariñosa, una mezcla de Stella y Marco en muchos aspectos, pero también hija de su padre por la forma como se forja su propio camino y crea sus propias normas, por cómo es completa y absolutamente ella misma. Y está creciendo y cambiando muchísimo, dejando atrás algunos de los tics y obsesiones que la lastraban, permitiendo que la vida le muestre su trayectoria en lugar de imponerle una trayectoria a su propia vida. Ha merecido la pena todo lo malo que le ha pasado desde que la abandonó en la cuna hasta el momento en el que se volvieron a encontrar. Es un ángel.

Lucy vuelve a coger el móvil y rebusca entre los contactos hasta llegar a la G. Redacta un mensaje.

Queridísimo Giuseppe. Soy yo, tu Lucy. Te echo mucho de menos. Solo quería decirte que tanto los niños como yo estamos felices y sanos, y Fitz también. No voy a regresar a Francia. Tengo una vida maravillosa y me apetece echar raíces. No obstante, jamás te olvidaré y siempre te estaré agradecida por haberme ayudado cuando mi vida estaba fuera de control. No sé qué habría sido de mí sin ti. Todo mi amor, Lucy.

68

Aquella noche, la familia de Libby la espera en un restaurante de Marylebone.

Lucy, Marco, Stella y Henry.

Marco la saluda con un medio abrazo incómodamente dramático que acaba con la cabeza del chico impactando contra la clavícula de Libby.

—Feliz cumpleaños, Libby —le dice.

Stella le da un abrazo suave y le dice:

—Feliz cumpleaños, Libby. Te quiero.

Estos dos niños, sus hermanos, han sido el mejor regalo de todos.

Son maravillosos, y Libby lo atribuye enteramente a la mujer que los ha criado. Lucy y ella han trabado una relación muy estrecha muy rápido. La escasa diferencia de edad implica que a veces Lucy parece más una gran amiga que la mujer que la parió.

Lucy se levanta. Rodea el cuello de Libby con los brazos y le da un sonoro beso cerca de la oreja.

—Felicidades —le dice—. Esta vez como Dios manda. Hace veintiséis años creía que me iba a partir por la mitad.

—Sí —asegura Henry—. Mugía como una vaca. Y pasó horas así. Nos teníamos que tapar los oídos con las manos. —Le da uno de sus abrazos cautelosos.

Libby aún no ha calado del todo a Henry. A veces recuerda que Clemency le contó que era la maldad personificada y la recorre un escalofrío. Recuerda lo que hizo: ejecutar a cuatro personas, momificar el cuerpo de una mujer, mutilar a una gata. No obstante, jamás fue su intención asesinar a nadie, y Libby considera que si los cuatro chicos hubieran acudido a las autoridades esa noche y hubiesen explicado lo que había sucedido, lo mal que los habían tratado, que los habían encerrado, que todo había sido un accidente, los agentes los habrían creído y los habrían rehabilitado.

Henry es raro, pero no lo oculta. Mantiene que no los encerró a propósito en el cuarto de invitados del apartamento que había alquilado, que no les quitó los móviles y que no eliminó la grabación de Miller. Dijo:

—Si lo hice, debía de estar más borracho de lo que pensaba.

Libby jamás llegó a encontrar un dispositivo de seguimiento ni un micrófono implantado en su móvil. Pero tampoco cambió la contraseña.

Henry también niega haberse sometido a cirugía estética con el fin de parecerse más a Phin. Argumenta:

—¿Por qué querría parecerme a él? Si yo soy mucho más guapo.

Pierde la paciencia con los niños bastante a menudo y lo aturulla la repentina afluencia de gente en su mundo, pequeño y controlado hasta ahora; es algo gruñón, pero también muy gracioso. No le importa demasiado mantenerse fiel a la verdad y parece vivir en el filo de la realidad. ¿Cómo culparlo después de lo que le ha pasado? Libby supone que ella también se comportaría así si su infancia hubiese sido tan traumática.

Libby abre la tarjeta que Henry le ha dado y lee: «Dulce Libby Jones, estoy muy orgulloso de que seas mi sobrina. Te quise entonces y te querré siempre. Feliz cumpleaños, preciosa».

Él la mira con un ligero rubor de vergüenza y ahora Libby no acepta uno de sus abrazos cautos. Esta vez rodea su cuello con los brazos y lo aprieta hasta que él le devuelve el gesto.

—Yo también te quiero —le susurra al oído—. Gracias por encontrarme.

Entonces llega Miller.

Dido tenía razón.

Ahí había algo.

A pesar de que Roe pega muy mal con Jones, de que su madre guarda sus distancias, de que su barriga baila como la gelatina, de que tiene demasiado vello facial, de que no tiene mascotas pero sí una exmujer, había algo que contaba más que todo eso. ¿Y acaso un tatuaje no es solo un dibujo en la piel? No es una ideología. Es un garabato.

Miller dejó de escribir el artículo por Libby. La noche en la que ella se reunió con su familia, el verano anterior, tomó su libreta y arrancó todas las páginas que tenían información sobre el tema.

—Pero —protestó ella— es tu trabajo, así es como te ganas la vida. Podrías haber sacado una buena tajada.

Él la calló con un beso y le dijo:

—No te pienso arrebatar a tu familia. Los mereces más de lo que yo merezco una exclusiva.

Ahora Libby se sienta a su lado y lo saluda con un beso.

—Feliz cumpleaños, Lamb —le susurra él al oído.

Es el apodo que le ha dado. Libby jamás había tenido un apodo.

Él le entrega un sobre bien lleno.

Ella le pregunta:

—¿Qué es?

Él sonríe y dice:

—Te sugiero que lo abras para comprobarlo.

Es un folleto, grueso y brillante, de un hotel con safari en Botsuana, el Chobe Game Lodge.

—¿Esto es…?

Miller sonríe. Dice:

—Tal parece. Según el amabilísimo empleado de recepción con quien hablé, su mejor guía es un hombre de unos cuarenta y pocos años llamado Phin. Pero ahora lo escribe con F. Finn. Finn Thomsen.

—¿Y es él?

—Estoy seguro al noventa y nueve por ciento. Pero solo hay una forma de confirmarlo.

Se saca unas hojas de papel impreso del bolsillo de la chaqueta y se las pasa. Es un correo en el que le confirman la reserva de una habitación de lujo para dos en el Chobe Game Lodge.

—Puedo ir con mi madre —propone él— si a ti no te apetece. Siempre ha querido ir de safari.

Libby niega con la cabeza.

—No —dice—. Claro que me apetece. Por supuesto que quiero ir contigo.

Hojea los papeles y luego vuelve a mirar el folleto. Entonces se fija en una fotografía: un *jeep* lleno de turistas que observan una manada de leones. Mira la foto más de cerca. Se centra en el guía, que está sentado en la parte delantera del vehículo y sonríe a cámara. Tiene una melena espesa de color rubio tostado por el sol. Su cara está abierta; su sonrisa es como un rayo de luz.

Parece el hombre más feliz del mundo.

Se parece a ella.

—¿Crees que puede ser él? —pregunta.

—No lo sé —responde Miller.

Mira al otro lado de la mesa, a Henry y Lucy, y les muestra el folleto. Sus caras se contraen al examinar la imagen. Entonces Lucy se lleva el puño a la boca y Henry se recuesta contra el respaldo de la silla.

Lucy asiente con convicción.

—Sí —dice, y se le quiebra la voz—. Sí, es él. Ese es Phin. Está vivo. ¡Mira! Está vivo.

69

Está vivo. Phin está vivo. Mi corazón se retuerce y se agita y me dan mareos. Está tan guapo como nunca. Sentado en un *jeep* en África, sin preocupaciones, bronceado, con sus botas y su sonrisa casi ofensiva. Seguro que nunca piensa en mí, seguro que no piensa en ninguno de nosotros. En especial en ti, Serenity. Seguro que no piensa en ti. No te prestaba atención cuando vivías en nuestra casa. Ahora tampoco te la prestará.

Lucy claramente te mintió al decirte que hablaban de ti constantemente cuando vivían en Francia. A Phin no le gustan los bebés. No es una persona familiar. Vive dentro de sí mismo. Es un lobo solitario. La única vez, la única, que conseguí sacarlo de sí mismo fue la primera vez que tomamos ácido. Cuando nos dimos la mano, cuando lo sentí pasar dentro de mí, cuando me convertí en Phin. Él no se convirtió en mí, claro está: ¿quién querría ser yo? Pero yo sí que me convertí en él. Lo escribía por toda la casa en cuanto tenía ocasión, como gritos silenciosos en rincones y huecos y lugares escondidos. «Soy Phin».

Pero ¿cómo podría ser Phin cuando Phin estaba ahí, recordándome constantemente lo mucho que yo no era él? Con cada movimiento de flequillo, con cada encogimiento de hombros, con cada mirada taciturna desde el otro lado de un cuarto vacío, con cada página que pasaba de una novela de culto.

En principio debía ser una poción de amor, para que se enamorase de mí. No funcionó. Lo único que hizo fue desvaírlo. Lo debilitó. Lo afeó. Y cuanto más se debilitaba él, más fuerte me volvía yo. Así que se la seguí dando. No con la intención de matarlo, eso jamás entró en mis planes, sino para mantenerlo medio apagado para yo poder brillar más intensamente. No obstante, aquella noche, la del cumpleaños de Birdie, cuando Lucy me reveló que él era el verdadero padre de su hija, entré en su cuarto para matarlo.

Cuando me pidió que lo desatara, le dije:

—Solo si dejas que te bese.

Y lo besé. Seguía teniendo la mano amarrada a la tubería y el cuerpo medio roto, pero lo besé en los labios, en la cara. No se resistió. Me dejó hacer. Lo besé durante un largo minuto. Le toqué los labios con el dedo, le pasé la mano entre el pelo, hice todo lo que había soñado desde el minuto en el que había entrado en mi casa cuando yo tenía solo once años, cuando aún no sabía que iba a sentir el deseo de besar a nadie.

Esperé que me apartase de un empujón. Pero no lo hizo. Se mostró sumiso.

Entonces, cuando ya lo había besado bastante, lo desaté del radiador y me tumbé a su lado.

Rodeé su tibio cuerpo con mis brazos.

Cerré los ojos.

Me quedé dormido.

Cuando me desperté, ya no estaba allí.

Llevo buscándolo desde ese momento.

Y ahora lo he encontrado.

Sabía que el gran oso de Libby daría con él.

Y no me ha decepcionado.

Miro a Miller; te miro a ti.

Pongo la mejor sonrisa de tío Henry y digo:

—¿Hay sitio para uno más?

Agradecimientos

Quiero agradecer a un trío de maravillosas editoras: mi editora del Reino Unido, Selina Walker, que ha trabajado fines de semana y largas jornadas hasta bien entrada la noche para ajustar, pulir y recomponer mi manuscrito para hacerlo legible. También a Lindsay Sagnette, de Estados Unidos, quien añadió una capa de perspicacia y claridad. Y, por último, a Richenda Todd, que excedió el papel de editora de mesa y me obligó a enfrentarme a muchos conflictos problemáticos que había intentado ignorar porque no era capaz de arreglarlos. Las tres habéis supuesto una clase magistral del impacto que puede suponer tener un buen editor. Gracias también a mi maravilloso agente, Jonny Geller, que no me permitió mostrar mi libro al mundo hasta que no conseguí la mejor versión. Cuanto más te obligan a trabajar en la edición, más se involucran tus editores en tu obra y más se preocupan por ti. Tengo muchísima suerte de contar con todos vosotros.

Gracias a Najma Finlay, mi publicista en el Reino Unido, que está a punto de comenzar su baja por maternidad y no volverá hasta que tenga los siguientes tres libros listos para publicitar; disfruta de cada instante que puedas compartir con tu maravilloso bebé.

Gracias a Deborah Schneider, mi increíble agente de Estados Unidos, por..., bueno, ¡tú ya sabes por qué! ¡Menudo año hemos tenido!

Gracias a Coco Azoitei por la ayuda con la jerga necesaria para explicar lo que pasa cuando pruebas un violín recién reparado, y gracias a la gente de Facebook que ofreció información sobre fideicomisos familiares. Cualquier error en estos dos temas es única y exclusivamente culpa mía.

Gracias a los equipos de las editoriales del Reino Unido, Estados Unidos y el resto del mundo por cuidar tan bien de mi obra —¡y de mí!—, con mención especial a Ariele y Haley en Estados Unidos, Pia y Christoffer en Suecia, Oda en Noruega y Elisabeth y Tina en

Dinamarca.

Gracias a los responsables de los audiolibros y a los estudios de grabación que producen contenido de tan impresionante calidad, y gracias a los actores y dobladores que leen mis obras de forma tan hermosa.

Gracias a los libreros, a las librerías, a los organizadores de festivales y a cualquiera que haya contribuido a llevar mis libros a las manos de los lectores.

Gracias a mi familia (mi animalario incluido) por mantenerme con los pies en la tierra siempre.

Y, por último, gracias a los dos vodkas con tónica dobles que me dieron impulso para escribir los últimos tres capítulos de esta novela un viernes por la noche y me ayudaron a encontrar las últimas líneas, que ya sabía yo que andaban por ahí escondidas. ¡Salud!

Lisa Jewell (19 julio 1968, Fitzrovia, Londres), es una escritora británica afincada en Londres. Empezó a escribir ya en la escuela primaria, donde destacaba por sus relatos y poemas. Tras licenciarse en Arte y Diseño, se inició en el mundo de la moda y compaginó trabajos con clases de escritura creativa. Su primera novela, publicada en 1999, se convirtió en el debut del año. A esta le siguieron varios títulos de género romántico y sus relatos de suspense, que la han convertido en una autora superventas traducida a más de venticinco idiomas.

Índice

Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota aclaratoria sobre el nombre del personaje Cerian Tahany
I
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
31
32
33
II
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
III
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61

62
63
64
65
IV
66
67
68
69
Agradecimientos
Sobre la autora
Índice
Créditos

Dentro de casa
Lisa Jewell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Family Upstairs*

© del texto: Lisa Jewell, 2019
© de la traducción: Verónica García, 2023.

© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-08-27152-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta